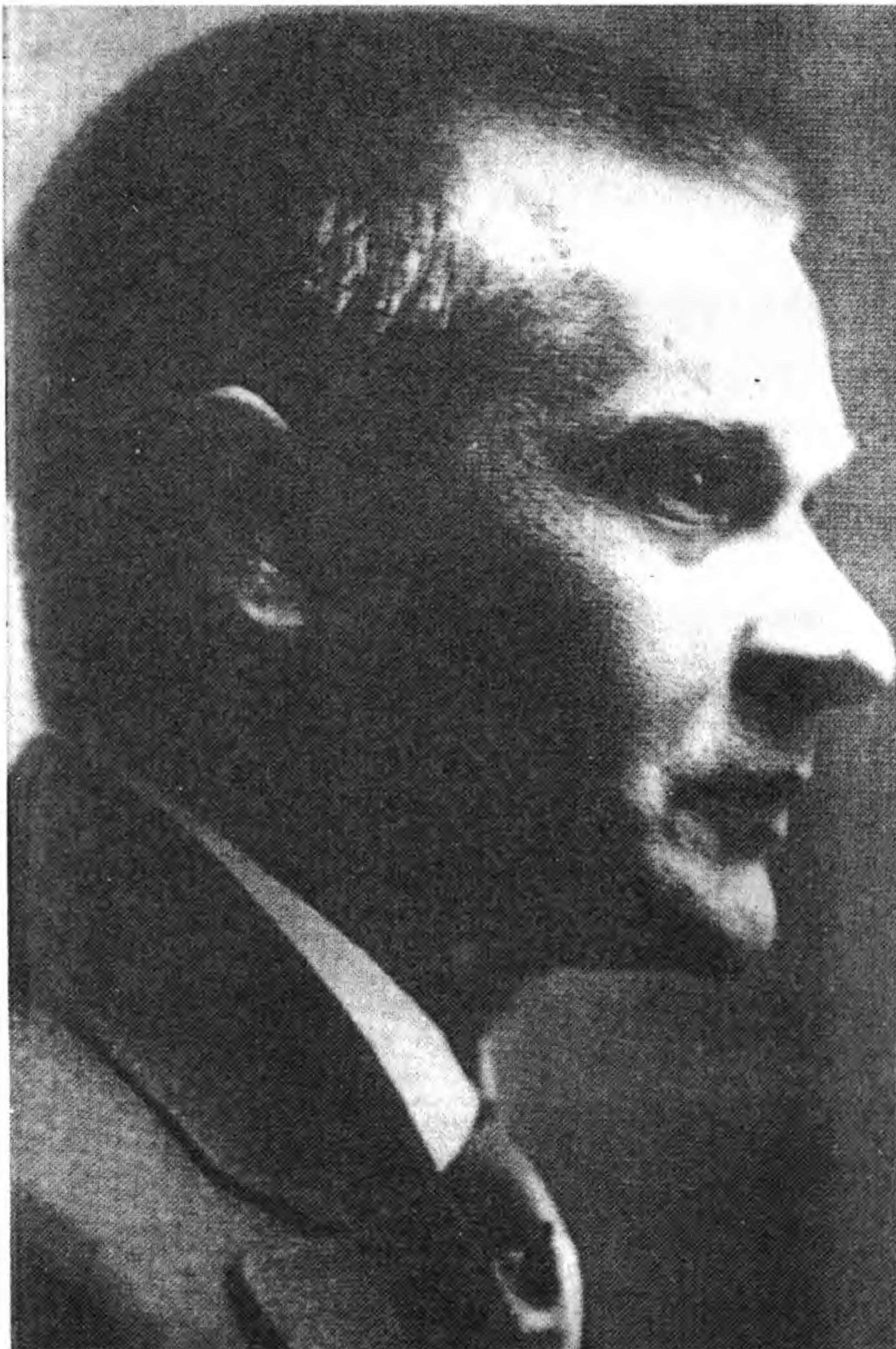
E D I T O R I A L   T R O T T A

Georg Trakl

OBRAS COMPLETAS



LA DICHA DE ENMUDECER

Serie Poesía

El traductor de esta obra ha recibido una ayuda
a la creación literaria del Ministerio de Cultura

Altamirano, 34. 28008 Madrid
Teléfono: 549 14 43
Fax: 549 16 15

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 84-87699-66-9
Depósito Legal: VA-33/94

Impresión
Simancas Ediciones, S.A.
Pol. Ind. San Cristóbal
C/ Estaño, parcela 152
47012 Valladolid

CONTENIDO

LA VIDA BREVE DE GEORG TRAKL

José Luis Reina Palazón

> Yo estoy siempre triste cuando soy feliz.
>
> G. T.

Si tuviéramos que resumirla en una frase elegiríamos: la expresión de una culpa. La poesía es su penitencia insuficiente, su consecuencia: la muerte. Su lectura obliga a movilizar la propia imaginería síquica porque se trata de una poesía del descenso a un alma muy lejana por su herida de un sentimiento habitual. Y sin embargo ese abismo nos abre paisajes y figuras que parecen inmediatos a nosotros. Su fascinación confluye con la nuestra por todo aquello que sólo apenas nos atrevemos a soñar, y esto incluso a soslayo de nuestra conciencia, casi nunca desde el fondo del alma, tal vez a su orilla. Depende, pues, del interés del lector en perderse por un sendero extraño, que lo espera siempre, o en las aguas melancólicas, frías, de un lago alpino, que manan de él mismo, pero que llevan a un fondo distinto. Todo lo que allí vea depende de su propio camino, del peso de su paso, del desafío a sí mismo, del olvido de lo que normalmente ha sentido. La voz que puede oír es la voz de un destino, hecho de fe y desesperanza, de decisión y de angustia, de entrega y delirio. Todas las imágenes allí labradas son las locuras de un niño, la soledad de un joven, la pasión y la muerte de un hombre muy antiguo. Tanto, que en él podemos vernos a nosotros mismos antes de nacer, a nuestro nombre, a nuestra alma, a nuestro tiempo, a nuestra conciencia, a nuestro común camino. Hay algo que en él sin embargo no conoceremos, la ilusión de sentirnos vivos.

> ... Sólo ahora, bajo la influencia del vino, parecía que Trakl volvía lentamente a reanimarse. Ya no se retraía tan sensiblemente ante las preguntas de Dallago, comenzó a lanzar, con una voz baja, como un trueno lejano, cada vez más frecuentes aquellas palabras y dichos sibilinos y de oráculo, que con sus impresionantes imágenes pusieron de pronto en mis manos la clave de su poesía: en cierto sentido escribía exactamente tal como hablaba.

El natural abierto, algo infantil, de Dallago parecía atraer y provocar a Trakl. Pues era evidente que le resultaba penoso tener que contestar y aquél no parecía tener esto demasiado en cuenta.

Dallago hacía caso omiso a su manera de ser y arremetía cada vez más contra él.

—¿Conoce usted bien a Walt Whitman? —le preguntó de repente.

Trakl contestó afirmativamente; añadió, sin embargo, que lo consideraba pernicioso.

—¿Cómo es eso? —dijo Dallago—. ¿Cómo pernicioso? ¿No lo aprecia? ¡Usted tiene sin duda en su manera algo común con él!

Ficker precisó que más bien podía verse un profundo contraste entre los dos, pues Whitman afirmaba sencillamente la vida en todas sus manifestaciones, mientras que Trakl era realmente pesimista.

—Sí, ¿es que no siente ninguna alegría de vivir? —seguía insistiendo Dallago—. ¿Es que su creación, por ejemplo, no le reporta ninguna satisfacción?

—Sin duda —admitió Trakl—, pero hay que desconfiar de esa satisfacción.

Dallago se echó hacia atrás en su silla en un asombro desmedido.

—Entonces, ¿por qué no se va usted simplemente a un convento? —preguntó tras un corto silencio.

—Yo soy protestante —contestó, bronco, Trakl.

—¿Pro-tes-tan-te? —preguntó Dallago subrayando—. ¡Esto sí que no lo hubiera imaginado! ¡Entonces debía usted vivir no en la ciudad sino en el campo, donde estuviera alejado del tumulto de los hombres y más cerca de la naturaleza!

—No tengo ningún derecho a retirarme del infierno —replicó Trakl.

—¡Pero Cristo también se retiró!

—¡Cristo es el hijo de Dios! —contestó aquél.

Dallago apenas podía dominarse.

—Entonces, ¿cree usted también que toda salvación viene de él? ¿Usted entiende las palabras «hijo de Dios» en sentido propio?

—Yo soy cristiano —respondió Trakl.

—Bueno —continuó aquél—, ¿cómo se explica usted entonces figuras como Buda o los sabios chinos?

—También ellos han recibido su luz de Cristo.

Enmudecimos pensando sobre la profundidad de esta paradoja. Pero Dallago no se daba aún por satisfecho.

—¿Y los griegos? ¿No cree usted también que la humanidad ha caído mucho más bajo desde entonces?

—Nunca había caído la humanidad tan bajo como ahora, desde la aparición de Cristo —replicó Trakl—. ¡No podía hundirse más bajo! —añadió tras una corta pausa.

Dallago parecía no querer darse cuenta de que Trakl se retraía cada vez más y se cerraba y sacó a Nietzsche como último triunfo.

—¡Nietzsche estaba loco! —exclamó Trakl bruscamente, mientras sus ojos chispeaban de manera extraña.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Quiero decir —dijo aquél airado— que Nietzsche tenía la misma enfermedad que Maupassant!

Su rostro era horrible cuando dijo aquello: el demonio de la mentira parecía centellear en sus ojos.

—Eso no se debe decir —le respondió Dallago severamente y con toda la

autoridad moral de quien representa la verdad—. ¡Eso no se debe decir! ¡Usted debe saber que la locura tiene causas síquicas!

Trakl, que había bajado la cabeza, miró, midió a su contrincante con una mirada extraña y calló. Pero después de un rato pareció recordar sus palabras sobre Cristo:

—¡Es inaudito —comenzó— cómo Cristo con cada palabra sencilla soluciona las cuestiones más profundas de la humanidad! ¿Se puede solucionar más exhaustivamente la cuestión de la comunidad del hombre y la mujer que en el mandamiento: Han de ser una sola carne?

Hans Szklenar (ed.), *Erinnerung an G. T.*

Cristo, dios de pasión, es la figura central de identificación de Trakl, porque representa en su persona la divinización de la carne, luz de la muerte y máxima sabiduría, obsesión ideal de Trakl, en vida y obra; no como ascetismo, sino como iluminación en su infierno de humana soledad, conciencia y amor. Perseverar en la búsqueda de uno mismo sin confiar en la satisfacción, tampoco la que pueda dar o vislumbrar la poesía, pura vanidad, comparada con la palabra práctica del evangelio, es el mensaje de Trakl, si queremos leer su poesía como mensaje. Es a la vez el fracaso necesario de un corazón auténtico, como él creía el de Mörike, que «se había desangrado en sus escritos», frente a la «superficialidad de Goethe», que no había escrito nunca «desde la neurastenia, ni siquiera de joven», y cuya grandeza consistía en «su veracidad a pesar de todo». «Todos los poetas son vanidosos y la vanidad es repugnante». «Sólo a quien desprecia la felicidad le es dado conocer».

DIAS DE UNA VIDA

La dulzura de una triste infancia

Trakl nació en Salzburgo el 3 de febrero de 1887, en el número 2 de Waagplatz. Era el quinto hijo del comerciante de hierros y materiales de construcción Tobias Trakl y de su esposa Maria Halik. Fue bautizado en la Iglesia protestante, junto al Salzach-Quai, con el nombre de Georg, frecuente en la familia del padre.

Ésta no era oriunda de Salzburgo, a donde Tobias se trasladó con Maximilian, hijo de un primer matrimonio, desde Neustadt-Wien, donde había muerto un primer hijo del segundo con Maria Halik, Gustav. En Salzburgo nacen Gustav Mathias, Maria Margarethe, llamada Mizzi, Hermine Aurelia, llamada Minna, Friedrich y Margarethe, llamada Gretl, que nació el 8 de agosto de 1891 y que fue la hermana preferida de Georg. Todos eran de confesión evangélica.

El nombre Trackl, Trickl, Trakel, Trackel —nunca Trakl— era el de una antigua familia asentada en Harkau, en Ödenburg, Sopron, en Hungría, hacia el siglo XIII, de lengua alemana, evangélicos de Suavia, que emigraron a aquella región católica. Tobias Trakl se traslada en los años sesenta a Viena, donde trabajó probablemente como empleado de comercio. Se casó en primeras nupcias con Valentina Götz, la hija de un artesano, y en la boda de la que sería después su segunda esposa, Maria Halik, con Maximilian Schallner, firma por primera vez, como testigo, con el nombre de Trakl. Viudo de sus primeras nupcias se casa en Ödenburg con Maria, ya divorciada y embarazada de su primer hijo, Gustav. Después se trasladan a Salzburgo, probablemente para mantener en secreto la historia singular de este matrimonio. La familia de la madre provenía de Bohemia; el abuelo materno de Georg Trakl era checo, maestro jardinero, se casó con una alemana de Praga y alemanizó su nombre Havlik. La abuela materna era procedente de Alservorstadt, cerca de Viena.

En Salzburgo la familia alcanzó pronto bienestar y prestigio. Llevaba una vida burguesa, con ama, criados y una institutriz, Maria Boring, de Alsacia, católica, que pronto enseñó a los niños el francés, la única lengua extranjera que conocía Trakl. La educación de los hijos no fue severa. El padre era liberal y tolerante, en política nacional moderado, y fue siempre un gran apoyo para los niños. La madre, fría, caprichosa, algo oscura de carácter, más interesada por su colección de antigüedades y de labores de artesanía que por los niños, excepto en lo que respectaba a sus clases de música. Todos tocaban el piano; Georg muy bien y Grete se haría después pianista en Salzburgo, Viena y Berlín. La madre era de religión católica, aunque oficialmente, tal vez por razones de matrimonio, se convirtió al protestantismo. No parece haber habido problemas en la familia. Georg es descrito como un niño sano, vivo y fuerte, no diferente de los otros. Su intento de ahogarse, a la edad de cinco años, se calificó de distracción. También está testimoniado que se arrojó temerariamente ante unos caballos desbocados y que intentó parar un tren a plena velocidad.

Metamorfosis

Desde 1892 Trakl asiste a la clase primaria de una escuela católica; la religión era impartida en otra escuela protestante, donde conoció a Erhard Buschbeck, su amigo íntimo de toda la vida. En el otoño de 1897 entra en el Liceo Humanístico de la ciudad; los compañeros von Kalmár, Minnich, Schwab y Vonwiller serán también sus amigos en los

años posteriores a la escuela. Tuvo malas notas en matemáticas, latín y griego y repitió el examen de bachillerato elemental en 1900. Comienza entonces las clases de piano con el compositor Augusto Brunetti-Pisano. Tenía especial predilección por la música romántica: Chopin, Liszt, los rusos; más tarde por Wagner. Hacia 1904 escribe sus primeras prosas líricas y poemas bajo la influencia de Lenau, Baudelaire, Verlaine, George y Hofmannsthal. En 1905 abandona el Liceo tras suspender el examen de bachiller superior, a pesar de una intensa preparación. Por este motivo busca «desgraciadamente otra vez refugio en el cloroformo», como se lee en la primera carta que de él se conserva. Se decide por la carrera de farmacéutico, la única que era posible con el bachillerato elemental. El padre, que sabía de los experimentos con drogas de Trakl, dio a la fuerza su visto bueno. La despedida de la escuela no pareció entristecer a Georg. El 18 de septiembre comienza su aprendizaje práctico en la farmacia «El Ángel Blanco» en la Linzergasse de Salzburgo, donde aún sigue abierta al público. En la farmacia era puntual y diligente, aunque sus trabajos literarios eran ya su predilección. Gran lector desde la infancia, su interés posterior se centraría en Nietzsche, Dostoievski y Lenau, de clara influencia en algunos de sus poemas.

Según sus compañeros de clase, en la pubertad se produce un cambio de carácter en Trakl: el muchacho alegre y abierto se vuelve arisco, retraído y arrogante. Eran frecuentes las experiencias con cloroformo y drogas y las amenazas de suicidio. Es por entonces cuando debe de haber comenzado su relación incestuosa con su hermana Grete, a la que quería y admiraba ya desde la infancia y que era entre los hermanos la única que compartía sus intereses artísticos.

En 1906 funda con los amigos el círculo de poetas «Apolo», después «Minerva». Cultivaban la exaltación, la bebida, la droga y la visita a burdeles. Según sus testimonios, por entonces sólo escribía prosa, historias cortas, muy elaboradas, de nombres ya característicos: *El relegado, El hermano, Un error, El pan de la tarde.* No se conserva ninguno de los textos, como tampoco el de un poema, «El monje», que, según testimonio de Bruckbauer, uno de los apolíneos, trataba «de celo ardoroso y penitencia, un asunto sensual, pero tratado con delicadeza, que terminaba con *Exaudi me, o Maria* y que sin duda sirvió de base al poema «El santo», de la *Colección de 1909.* También leyó allí versos de Nietzsche sin nombrar al autor. Al no gustar a nadie, se levantó despreciativo diciendo: «Eran de Nietzsche». Según su hermano Fritz, conocía muy bien a Baudelaire y el neo-romanticismo, pero ante todo prefería los dramas de Ibsen, Björnson y Strindberg. Otro compañero cuenta que también escribía poesías de estilo impresionista, que des-

pués rompió. Por entonces reduce el círculo de amigos sólo a los íntimos y se estiliza como joven artista.

Probablemente en 1905 conoció al autor dramático Gustav Streicher (1873-1915), de vida antiburguesa y escándalo social en Salzburgo. Viniendo del naturalismo, sus modelos eran entonces Ibsen y Maeterlinck. Bajo su influencia, Trakl escribe el drama *El día de los difuntos. Pieza ambiental dramática en un acto,* que se representa en Salzburgo el 31 de marzo de 1906. La reacción del público fue positiva; la de la crítica, dividida. La liberal alabó la fuerza y la plasticidad del lenguaje; la clerical le negaba cualquier talento: «son sólo trozos de Ibsen y Nietzsche». El argumento: «Un ciego filósofo llega a la conclusión de que sólo el niño puede creer en la Biblia, no el hombre adulto. Añora el placer de la vida que su hermana Grete sabe gozar. Él es vidente y sabe todo lo que hace la hermana. Sólo los espectadores no saben lo que él quiere. Saca el revólver, apunta, pero lo guarda de nuevo».

El 12 de mayo de 1906 el periódico liberal *Salzburger Volksblatt,* que le invitó a colaborar, publica la prosa *País de ensueño.* Heine, Nietzsche y Poe son las influencias del momento. En el mismo periódico publica otras dos piezas, el 30 de junio de 1906, *Barrabás. Una fantasía,* y el 14 de julio, *María Magdalena. Un diálogo.* El tema de ambos es la muerte de Cristo y la pasión de la vida. En la segunda presenta la contraposición entre el saber y su consecuente dolor y el deseo de sólo vivir: «A ti te espera la amada / a mí el silencio de la noche». También las poesías de esta época muestran los mismos temas.

El 15 de septiembre estrena *Fata Morgana. Una pieza trágica*: «Un hombre joven al que el sol del desierto o de la vida le ha quemado el cerebro; el espejismo que lo atrae es Cleopatra». El fracaso fue rotundo para amigos, familia y público. La prensa destaca la predilección del autor por temas bíblicos y condena el lenguaje a la manera de Hofmannsthal. Trakl lo quemó todo, drama, crítica y programas, y buscó desahogo en la droga.

En diciembre de 1906 publica la prosa *Abandono,* influida por Poe, neo-romántica como las anteriores en el lenguaje, temas y motivos. Las recensiones que publicó, sobre Streicher y otros, en el mismo periódico muestran que conocía muy bien la literatura del momento y que era capaz de un lenguaje crítico, distante y objetivo. Por entonces escribe la mayor parte de las poesías de la *Colección de 1909.* En abril, «El canto de la mañana», con clara influencia de Hölderlin.

Probablemente hacia finales de 1907 comienza a escribir la tragedia en tres actos *La muerte de Don Juan,* que destruiría más tarde, hacia 1912. En septiembre de 1908 logra el certificado de examen de su aprendizaje práctico, con buena calificación, y se matricula en Farmacia

en la Universidad de Viena. Allí conoce las traducciones de Rimbaud de K. L. Ammer, que le influirán en el vocabulario, especialmente el del poema «Enfance» en «Salmo».

EXTRAÑA PRIMAVERA

Los años en Viena (1908-1912)

El estudio de Farmacia duró dos años, del 5 de octubre de 1908 al 25 de julio de 1910. Un año después entró de servicio voluntario en el Departamento de Sanidad número 2 del Ejército imperial, desde el 1 de octubre al 30 de septiembre de 1911. Las vacaciones las pasó en Salzburgo, «la ciudad hermosa», frente a la cual Viena era una «ciudad de mierda» (carta 103) y los vieneses un pueblo vulgar (carta 75, a Maria Geipel). Erhard Buschbeck, aún en Salzburgo en 1908, se inicia como empresario literario de Trakl en Viena un año después.

En la primavera de 1909 escribió a otro amigo: «Trakl tiene ahora poesías maravillosas». Este año fue para Trakl muy productivo, con «días provechosos» de creación (carta 10). Buschbeck publicaría las poesías de la *Colección de 1909* en 1939 bajo el título de una prosa de Trakl: *Del cáliz de oro*. Sólo dos de ellas, «Ruina» y «Música en Mirabell», serían incluidas por Trakl en su libro *Poesías*, que la editorial Kurt Wolff publicó en 1913. Buschbeck, estudiante de derecho en Viena, le pone en contacto con Hermann Bahr (1863-1934), el crítico literario más famoso del momento, y consigue publicar en el muy leído *Neues Wiener Journal* tres poemas de Trakl: «A una que pasa», «Plenitud» y «Oración». Bahr, que viajaba por Europa, también a España, siempre a la busca de la última novedad, no mantuvo por Trakl el interés inicial, lo que su hermana Grete, que en septiembre de 1909 había comenzado en Viena sus estudios de música, nunca le perdonaría. Por entonces Trakl la sedujo a la droga, de la que quedó adicta toda su vida. Entretanto siguió publicando en el *Volksblatt* de Salzburgo —«Junto a una ventana», «Tres estanques», «Cementerio de San Pedro», «Último acorde»— y en las revistas vienesas *Merkur* —«Tres estanques»—, *Ton und Wort* —«Bendición de mujeres», «La ciudad hermosa»— y *Der Ruf* —«En la aldea»—.

En marzo de 1910 comienza *Barbazul*, del que sólo se conservan algunas escenas, y cuya temática está en relación con la de *La muerte de Don Juan*. La boda de sangre presenta el dualismo muerte-placer bajo la invocación de lo divino y lo demoniaco. Buschbeck intentaba introducir a Trakl en los círculos literarios y llegó a ser director del

«Akademischer Verband für Literatur und Musik» (Círculo Académico para la Literatura y la Música), donde, con asistencia tumultuosa, se dieron conciertos de Bruckner, Mahler, Schönberg; Kraus, Loos y Kokoschka eran también amigos del círculo. Allí se publicaba *Der Ruf*, que dirigía Robert Müller, poeta amigo de Trakl. También allí conoció al periodista Ludwig Ullmann, a quien acusa de imitar su «manera, con tanto esfuerzo lograda» (carta 14). Muchos de los poemas publicados por Wolff son de este período. Escribe febrilmente: «qué caos infernal de ritmos e imágenes» (carta 15). Con sobresaliente en química, aprueba sus exámenes finales, poco después de la muerte del padre, el 18 de junio de 1910.

El 25 de julio, ya licenciado en farmacia, viaja a Salzburgo, donde pasa el verano, y en octubre vuelve de nuevo a Viena para el servicio militar voluntario en el Departamento de Sanidad (carta 18, a su hermano Friedrich). Es un período relativamente estable, pues aunque había perdido el apoyo económico del padre, tenía ingresos y tiempo para sus trabajos. Las tardes de amigos y vino son bien frecuentes, así como el cambio de domicilio. Terminado el servicio pasa a la reserva, dependiendo de la guarnición de Innsbruck.

Cuando, terminado el servicio militar, vuelve a Salzburgo, en octubre de 1911, todo ha cambiado: Grete se había marchado a Berlín para continuar sus estudios de música, las hermanas mayores se casan, los hermanos están en el servicio militar. El negocio lo regentan la madre y el hermanastro. Para Trakl comienzan entonces los fuertes ataques y períodos depresivos.

El 10 de octubre, a pesar de que odiaba la carrera de funcionario, extiende una solicitud de empleo al Ministerio de Trabajo. Como la adjudicación tardaba, el 20 de diciembre solicita la reincorporación al servicio activo, lo que se le otorgará a partir del 1 de abril de 1912, como teniente farmacéutico en el hospital de la guarnición número 10 de Innsbruck, en servicio de prueba. Entre el 15 de octubre y el 20 de diciembre había trabajado en la farmacia «El Ángel Blanco». El contacto con los clientes fue difícil y sintomático de las dificultades de los próximos años.

En esos días se relaciona con el grupo PAN de Salzburgo, círculo literario reaccionario, contrario a movimientos de vanguardia como «Die Brücke» y «Der Blaue Reiter». Aquí conoció a Karl Hauer, escándalo de burgueses, antiguo colaborador de la revista de Karl Kraus *Die Fackel*, con quien se entrega a grandes excesos dionisiacos (carta 26). También pasa noches enteras en los cafés discutiendo sobre literatura. Su libro preferido por entonces era *Las afinidades electivas*, de Goethe: «tiene tanta calma y dulzura...». Anhelaba la vida sencilla y maldecía el

espíritu del poder y del comercio. De estos años, 1910-1912, son muchas de las poesías más conocidas de Trakl como «La joven sirvienta», «En invierno». También reelabora otras, «para dar a la verdad lo que es de la verdad», como aclara en la carta 26, una intención que le acompañará siempre.

OTOÑO TRANSFIGURADO

Innsbruck: Los últimos años (1912-1914)

El 1 de abril de 1912 comienza en Innsbruck su servicio de prueba para pasar al activo, que cumplió, al parecer, con agrado de sus jefes. «Aunque su porte es todavía poco militar, tiene un carácter seguro, tiene ambición, es de confianza, cumplidor de su deber y amante del orden», reza el informe del hospital al Ministerio de la Guerra *(sic)*. Para Trakl era Innsbruck una especie de destierro (cartas 29 y 30), «la más brutal y vulgar de las ciudades que existen en este agobiado y maldito mundo». Le desespera tener que estar sometido a una voluntad ajena: «Para qué esta plaga. Siempre seré al final un pobre Kaspar Hauser». Borneo y Viena son los sueños de liberación. Vive retraído, y el informe precisa: «... para un hombre joven, demasiado huraño». Pero a partir de mayo de 1912 conoce en el «Café Maximilian» a Ludwig von Ficker (1880-1967), director de la revista *Der Brenner* (1910-1954), que será su amigo y mecenas, y cuya ayuda es fundamental en los últimos años de Trakl. Desde 1912 hasta 1915 la revista publica regularmente sus poemas. Buschbeck facilitó el contacto desde Viena a través del poeta y colaborador de *Die Fackel* Robert Müller, que envió el poema de Trakl «Arrabal en viento alpino». El círculo de la revista ejercería una gran influencia en la obra de Trakl y en su recepción, como veremos más adelante.

En septiembre de 1912 termina el servicio de prueba y el 1 de octubre toma posesión del cargo como funcionario. Su vida no parece cambiar: «Trabajo, trabajo... no tengo tiempo... viva la guerra».

El 23 de octubre se le concede la plaza solicitada al Ministerio de Trabajo en 1911, en Viena, y una semana después solicita pasar de nuevo a la reserva, lo que se le concede el 30 de octubre.

El final del verano y el otoño de 1912 fueron muy productivos a pesar de un consumo excesivo de alcohol, debatiéndose el poeta entre el anhelo de tranquilidad y retiro y su placer dionisiaco (carta 34). También por entonces sufrió de agorafobia y de sensaciones de despersonalización, a lo que alude la carta 41.

El 1 de octubre *Der Brenner* publica «Salmo», dedicado a Karl Kraus, poema que inicia la fase estilísticamente más productiva de Trakl. Kraus corresponde con un aforismo en *Die Fackel.* Muchas de las nuevas poesías que Trakl escribe por entonces son las incluidas en el libro *Crepúsculo y ruina*, primer título de *Poesías.* A la influencia de Rimbaud se une la del Hölderlin de los himnos tardíos, por ejemplo, en el poema «Helian». Mientras publica regularmente en *Der Brenner,* mantiene correspondencia con Buschbeck, que intentaba publicar *Poesías* por suscripción en Viena, ayudado por Grete en Berlín, donde se había casado el 17 de julio con el librero Arthur Langen (cartas 32 y 33). El 18 de diciembre Buschbeck envía los manuscritos a la Editorial Langen de Munich, donde era lector K. B. Heinrich, colaborador del *Brenner.* Ludwig von Ficker decide publicar el libro en la editorial de su revista ante la demora y posterior negativa de la muniquesa. Trakl solicita y consigue una postergación de su nuevo puesto en el Ministerio de Trabajo en Viena, donde contacta con Loos, Kokoschka y Kraus. En Viena y Salzburgo escribe «Helian». El 31 de diciembre se presenta a su nuevo servicio, que duró dos horas.

El 1 de enero de 1913 suscribe una solicitud de alta y vuelve a Innsbruck, donde termina «Helian», que se publica en *Der Brenner* el 1 de febrero. De mediados de febrero hasta principios de abril está en Salzburgo. La madre decide el cierre del comercio. Son semanas de «enfermedad y desesperación» y «amargura y preocupación por el próximo futuro» (cartas 59 y 56). Con una gran depresión, busca refugio en Innsbruck-Mühlau en la mansión de von Ficker y en la del hermano de éste en Hohenburg-Igls. Se informa por medio de Buschbeck sobre la posibilidad de trabajo en el Hospital General de Viena.

El 5 de abril el joven editor Kurt Wolff, que lo sería también de Kafka, se interesa por las poesías de Trakl, que le envía el manuscrito de *Crepúsculo y ruina* (cartas 70 y 71). Franz Werfel, lector de la Editorial Wolff, quería publicar primero una selección, a lo que Trakl se opuso terminantemente, logrando así el primer proyecto contratado, mil ejemplares del libro completo, en antigua letra romana, por 150 coronas. Todavía durante la impresión hizo diferentes cambios y correcciones. El 15 de abril se publica en *Der Brenner* «Canción nocturna», el 1 de mayo y 1 de julio los poemas de «Elis» y el 15 de julio el poema «Karl Kraus». Del 15 de julio hasta el 12 de agosto trabaja en el Ministerio de la Guerra en Viena. A mediados de julio la Editorial Kurt Wolff le envía el libro publicado con el título *Poesías* en la colección «Der Jüngste Tag», números 7 y 8. El 12 de agosto se dio de baja por enfermo y abandonó el odiado servicio, al que no volvió. El libro le animó probablemente a vivir como artista y a abandonar el intento de

adaptarse a la vida normal burguesa. Una doble vida, como llevaron Benn y Döblin, era imposible para él (carta 34).

En la tercera semana de agosto viaja a Venecia con Kraus, Loos y su esposa Bessie, Peter Altenberg, Ludwig y Sissi von Ficker, para una estancia de 12 días. En septiembre y octubre se hospeda en casa de von Ficker. El 1 de octubre se publica en *Der Brenner* «Sebastian en sueño» y el 15 «Metamorfosis del mal». Karl Röck, poeta amigo de Trakl, anota en su diario de finales de octubre: «Trakl sueña durante tres noches seguidas que se suicida». El 2 de noviembre viaja a Viena para activar una nueva solicitud en el Departamento de Contabilidad de la Sanidad en el Ministerio de Trabajo. Nuevos contactos con Loos, Kraus y Kokoschka. Sufre una gran crisis, reflejada en las cartas 102 y 106 a Ludwig von Ficker. Vuelve a Innsbruck el 10 de diciembre, donde da su única lectura pública y pinta su autorretrato en el *atelier* del caricaturista Max Sterle.

Al atardecer mi corazón

En enero de 1914 *Der Brenner* publica los poemas «A un muerto prematuro», «Anif», «Canto del Occidente» y «A los enmudecidos». Tiene lugar la conversación con Limbach, que reprodujimos al principio. Termina «Sueño y entenebrecimiento», que se publica en *Der Brenner* el 1 de febrero. El 1 de marzo, «Séptuple canto de la muerte». Kurt Wolff comienza en marzo la impresión del nuevo libro *Sebastian en sueño*. El 15 de marzo Trakl viaja a Berlín para visitar a su hermana Grete, muy enferma a causa de un aborto.

Encuentro con Else Lasker-Schüler. El 1 de abril *Der Brenner* publica «Canto del retraído». El 3 de abril Trakl vuelve a Innsbruck en un estado de profunda depresión. A mediados de abril lo visita el por entonces muy famoso poeta Theodor Däubler; en los paseos en común por los alrededores Trakl habla incesantemente de la muerte. A mediados de marzo Ludwig von Ficker, en nombre de Trakl, se informa sobre la posibilidad de un empleo como farmacéutico en el recién fundado Estado de Albania. Para ayudar a la hermana, Trakl pide dinero a un antiguo amigo rico, que lo rechaza con burlas. El 1 de mayo *Der Brenner* publica «Occidente». Escribe el «Fragmento» de drama. Del 20 al 26 de mayo Trakl y von Ficker visitan en Torbole, lago de Garda, a Karl Dallago, colaborador de *Der Brenner*. A finales de mayo corrige las galeradas del libro *Sebastian en sueño*. El 8 de junio se informa en la administración holandesa sobre la posibilidad de empleo como farmacéutico en las colonias. Comienza *Revelación y ocaso*. El 28 de junio

tiene lugar el atentado de Sarajevo. Entre junio y octubre escribe siete de los últimos poemas. Ludwig von Ficker recibe de Ludwig Wittgenstein la suma de cien mil coronas, parte de su herencia, que destinó a la ayuda de artistas necesitados. Von Ficker asignaría veinte mil a Trakl y Rilke, respectivamente, manteniendo el anonimato del donante. El 28 de julio Austria-Hungría declara la guerra a Serbia. El 6 de agosto rompe las relaciones diplomáticas con Rusia. El 24 de agosto Trakl parte de Innsbruck como teniente sanitario hacia el campo de batalla, en una brigada de socorro asignada al hospital de campaña 7/14. Marchas de la tropa en la región de Lemberg, Galitzia (Polonia). En el frente del 6 hasta el 11 de septiembre; en la retirada de Grodeck los camaradas impiden un intento de suicidio de Trakl. A mediados de octubre Trakl recibe en Limanova la orden de internamiento en el departamento siquiátrico del hospital de la guarnición número 15 en Cracovia, para observación de su estado mental. El 25 y 26 de octubre von Ficker visita a Trakl. El 27 de octubre envía a von Ficker los dos últimos poemas «Queja» y «Grodeck». El 3 de noviembre, al atardecer, Trakl muere de una parada cardiaca por sobredosis de cocaína. El 6 de noviembre es enterrado en el cementerio de Rakovicz en Cracovia.

En 1915 *Der Brenner* publica las siete poesías últimas y la prosa *Revelación y ocaso*. Kurt Wolff publica en Leipzig el libro *Sebastian en sueño* con fecha de edición de 1914.

En 1917, el 21 de noviembre, Grete Langen-Trakl se suicida en Berlín de un disparo en el pecho.

En 1919 Wolff edita en Leipzig las *Poesías* en la ordenación temática de Karl Röck.

En 1925, el 7 de octubre, los restos mortales de Trakl son trasladados al camposanto de Mühlau cerca de Innsbruck, donde yacen.

FIN DE SIGLO EN SALZBURGO

Trakl en Salzburgo

En su interesante libro *A la sombra de tiempos famosos,* Ernst Hanisch y Ulrike Fleischer describen el ambiente del Salzburgo de Trakl, rico en contradicciones, propio de una sociedad hábil en tejer la niebla de su subconsciente. Stefan Zweig, que había elegido el Mönchsberg, uno de los más bellos lugares de Salzburgo, como lugar de residencia, describe la vida burguesa de los años anteriores a la Primera Guerra como un mundo de seguridad donde todo parecía estar fundado para durar, con claros estratos sociales y una fe en el progreso indetenible: se vivía bien

y se vivía fácil. Otras fuentes describen aquellos años como despreocupados, armónicos, serenos y portadores de felicidad. Alguien que sería más tarde ministro se entusiasmaba muchos años después recordando «aquella época bella y fantástica». Cuando en 1913 un socialdemócrata exclama en el Parlamento de Salzburgo que la vieja Austria está al borde del desastre, un prelado le responde lleno de optimismo que hay en ella tanta fuerza y actividad vital que está convencido de que Austria sobrevivirá siempre. Tal vez hubiera sido muy distinta la respuesta de cualquiera de los miles de artesanos, criados y obreros que por entonces vivían en Salzburgo en muy diferentes condiciones. Pero no eran ellos la principal amenaza de aquella burguesía que mantenía sin duda su fe en el progreso y en la capacidad de solución de todas las contradicciones sociales mediante un reformismo moderado.

En la punta de la pirámide social de la ciudad estaban las ramas salzburguesas de la Corte imperial, que tenían siempre mejores posibilidades en la burocracia estatal, representante del poder central, que como en todo el Imperio intentaba dirigir y vigilar todos los campos político-sociales: el Parlamento, las reuniones públicas, la Iglesia, la prensa, el teatro. El representante político del emperador, el presidente de la provincia, era siempre un aristócrata. El gobernador era jefe de la burocracia autonómica y del Parlamento regional. La sanción de las leyes por parte de la administración central hacía sentir el poder de Viena en todo el Imperio. Austria-Hungría era un Estado de derecho donde la arbitrariedad personal no era posible ni siquiera para el emperador, pero en su poder estaba el nombramiento de los presidentes y gobernadores, la convocación de los Parlamentos regionales y la sanción de las leyes. El Imperio austro-húngaro sólo se dejaba democratizar muy lentamente, pues cada paso en esta dirección reforzaba la independencia de las distintas nacionalidades.

El proceso de democratización se realizó paradójicamente de arriba abajo. Primero se introdujo el derecho a voto de los hombres para la elección de la Dieta imperial. El derecho de voto general, meta política de la socialdemocracia, quedó limitado en la provincia y en la ciudad a la propiedad y a los ingresos de los electores *(Zensuswahlrecht)* hasta 1918. Las mujeres, si eran propietarias, debían hacer representar su voto por un varón. De la oposición a la democratización de amplios sectores sociales fueron ejemplo los ensayos que un amigo de Trakl, el escritor y anticuario Karl Hauer, publicó en *Die Fackel,* en los que argumentaba con tónica nietzschiana:

> Dar derecho de voto al pueblo es hacerlo infaliblemente populacho, pues con la libertad crece la ansiedad hasta lo infinito; igualmente a las mujeres, que sólo

son promotoras de cultura como material de placer creador masculino, como obra de arte viva, o como tónico eficaz, multiplicador de las energías másculinas.

Las fuerzas políticas estaban agrupadas según determinadas confrontaciones ideológicas: Estado-Iglesia, centro-periferia, sector primario-secundario, trabajadores-propietarios. En 1907 se introdujo el derecho general de voto de los hombres para la Dieta imperial. Mientras los liberales perdieron su dominio político en Viena a mitad de los años noventa, su poder duró en la región de Salzburgo hasta la Primera Guerra Mundial con una mayoría de los socialdemócratas en la ciudad de Salzburgo en 1911. Con el proceso de formación de clases de los campesinos y obreros se establece un campo enemigo para la cultura liberal burguesa, pero los esfuerzos de ésta por arrebatarlos al clericalismo se mantuvieron en diversas instituciones culturales, si bien el afán emancipador había pasado en muchos campos a la socialdemocracia. Común a ambas era un virulento espíritu anticlerical surgido en el XIX.

La provincia de Salzburgo era en un 98 por 100 de confesión católica: en la ciudad sólo 1.391 personas eran protestantes, entre ellas la familia Trakl. El anticlericalismo sostenido por tres grupos políticos, los liberales, los socialdemócratas y los nacionales germanófilos, era bandera del progreso contra la reacción, de la inteligencia laica contra el poder de los curas. Éstos aparecían en la propaganda política no sólo como fanáticos religiosos, sino como perversos seductores de adolescentes. Políticamente Roma era considerada una internacional negra, antialemana, eslavófila. Debido a la secularización de sus propiedades, la Iglesia de Salzburgo carecía de bienes y su obispo sólo disponía de un menguado sueldo estatal. Ejercía, sin embargo, una gran labor humanitaria de ayuda a los pobres y necesitados. Su dominio en la enseñanza, frente a la laica, era fuerte y su autoridad moral la ejercía casi con terror.

También en lo político sabía defenderse la santa institución; la alianza de católicos y nacionalistas antisemitas dio al traste con el poder liberal en Salzburgo. Común a los católicos y a los nacionales era el antisemitismo, que era a la vez antivienés. Viena era para ellos el centro de la cultura judía y decadente. El periódico clerical *Salzburger Blatt* era un verdadero portavoz de esa tendencia. La misma familia de Trakl no estuvo libre de esa influencia, a juzgar por una expresión de Grete. También el profesor de piano Brunetti-Pisano era antisemita. La única alusión del poeta mismo en tales términos figura en la carta 25. La mención a una muchacha judía, en la prosa *Sueño y entenebrecimiento,* debe el calificativo a que las prostitutas se hallaban en Salzburgo en la Judengasse (Callejuela de los judíos).

Otra ideología, el pangermanismo, estaba unida desde mediados del XIX a los miedos de eslavización, a la influencia de otras lenguas del Imperio. La consecuente defensa del alemán, apoyada por todos los partidos, no escondía sino la gran necesidad de modernización: mientras que el Imperio alemán se expandía económica e intelectualmente, Austria se estancaba. Lo alemán era marca de modernidad, así como el modelo capitalista americano. Mientras la burguesía dudaba insegura, la socialdemocracia apostaba totalmente por la industrialización y era en la provincia el impulso decidido de la modernización, lo que resumía en la alternativa: «ciudad moderna o nido de cuervos». Para la Iglesia católica este plan era una visión de horror, un peligro de perderse en la inmoralidad y en la falsa riqueza. De ahí le venía su sambenito de eslavófila. Trakl, eslavófilo en sus gustos literarios y musicales, era también radical frente a la industrialización y al modelo alemán: «Deseo para cada alemán el hacha del verdugo». Y según testimonio de su amigo Röck, consideraba a los americanos «en su *hybris* técnica y en su cristianismo del más acá, de hacer dinero y negocios, la nación más ridícula, bárbara y menos espiritual del mundo». El abismo entre la forzada economía capitalista y una ecología basada hasta entonces en la pobreza de la gente se abrió ya antes de la Primera Guerra Mundial. Los artistas fueron los primeros en protestar, unidos en esto a los propietarios agrícolas. También el maestro farmacéutico de Trakl, Karl Hinterhuber, estaba entre los críticos de la industrialización.

Todavía en 1914 era Salzburgo una provincia agrícola con un desarrollo industrial retardado, pero con un sector terciario desarrollado. La industrializacion fue lenta y con grandes retrocesos. Cuando el padre de Trakl abre en Salzburgo su negocio de ferretería y materiales de construcción, comenzaba el final de la «gran depresión». La nueva coyuntura económica era la segunda fase de la *Gründer-Zeit,* la época de la gran especulación e industralización de Austria-Hungría, que duraría hasta 1912. La miseria posterior de Trakl es reflejo de esta situación.

La construcción de la línea férrea Salzburgo-Trieste fue la gran innovación económica por la que la ciudad había luchado desde 1870 y que obtuvo la sanción imperial en 1901. 4.000 obreros trabajaron en ella bajo muy duras condiciones, entre ellos muchos del sur de Europa. La aparición del dios Pan en figura de peón caminero en el poema «Salmo» es referencia a esa realidad. Las nuevas industrias provocaron un gran deterioro del medio ambiente, que Trakl refleja en varios de sus poemas: árboles secos, prados agostados, aldeas envueltas en humo. Cuando los agricultores protestaban, sin éxito, ante la Administración, las fábricas compraban la tierra. No había en ellas normas de regulación del horario de trabajo, sino que dependía del volumen del mismo.

Las organizaciones sindicales de Salzburgo, a pesar de ser de las más numerosas, eran poco combativas y organizaron huelgas sólo en altas coyunturas. Una octavilla socialdemócrata describe la situación: «Salzburgo es un país de fatigas y cargas. El ochenta por ciento de la población vive del duro trabajo y con un ingreso mínimo. Lleva una vida de pena y miseria, mientras los ricos del mundo vienen al país a admirar las bellezas de nuestra fantástica naturaleza». Trakl lo resume en un solo verso: «Oh cuentos grismente encerrados».

Mientras Viena creció de manera explosiva en la segunda mitad del XIX, de 900.000 a 2.000.000 de habitantes, Salzburgo sólo lo hizo de 150.000 a 215.000, gracias a una fuerte emigración del norte de Austria. Uno de los 249 emigrantes de otros países de la corona era Tobias Trakl. La gran mayoría de la población era joven y soltera. Muchos de ellos eran criados de las familias burguesas. A las clases burguesas pertenecía el 51,8 por ciento de la población; a la clase baja, el 35,7; a la intermedia, el 5,8; inclasificables, el 6,8.

Ésa es, pues, la sociedad en la que vivió Trakl, burguesa y pequeño burguesa, tranquila, con poca fuerza innovadora. Prototipo de esta burguesía satisfecha y morosa era el padre, Tobias Trakl. La mayoría de la población obrera trabajaba en el campo, sólo 18.000 lo hacían en la industria y la artesanía, y 13.000 en servicios. Trakl parece influido por esta proporción en la mención de tipos sociales en su obra. La seguridad burguesa estaba asentada sobre un rígido sistema de desigualdad social. No sólo la mayoría de los obreros eran pobres, también una gran parte de los autónomos y pequeños agricultores vivía al borde de la pobreza.

Salzburgo en Trakl

Si bien Trakl apenas tomó posición, como ciudadano, frente a la problemática social y política, sí se sabe de sus conversaciones sobre el tema por el diario de su amigo Röck y en su obra hay numerosos momentos que reflejan su visión del momento social de su ciudad y de su época.

La Iglesia, por ejemplo, aparece en connotaciones negativas: espantosa, triste, lúgubre, silenciosa, muerta, pero también en otras positivas, concentrándose las primeras en su obra primeriza. Si se entienden como crítica social, no cabe duda de que se trata de una visión de la Iglesia unida al recuerdo de la muerte y ahogo de la vida que tiene su máximo ejemplo en el poema «La iglesia muerta». Contraria y complementaria a esta visión es la de «los monjes de lascivia, sacerdotes páli-

dos» que adornan su demencia con lirios hermosa y lúgubremente en el poema «Tres miradas en un ópalo». O la de la monja que reza desnuda ante el crucifijo en «Romance en la noche», referencias que encajan con el anticlericalismo de la ciudad. Pero son también numerosos los versos en que se contempla con ojos benévolos «la hermosa piadosa costumbre», «las suaves voces de las monjas», «los dulces novicios», «el monje que piadoso pinta a la santa en la vidriera». E incluso de la labor social de la Iglesia parece dar testimonio cuando en *Sueño y entenebrecimiento* pide un trozo de pan a la puerta del convento de San Pedro, donde realmente se repartía comida a los pobres tres veces al día. La obra juvenil de Trakl parece, pues, reflejar la ambivalencia de la ciudad que en su anticlericalismo afirmaba su unión y dependencia emocional de un catolicismo de cuyo fastuoso barroco gozaba, como testimonian las 54 hermandades de la época, y que tenía una capacidad de movilización popular en sus fiestas y convocatorias que de seguro haría pensar a más de un anticlerical si el reino de la política es verdaderamente de este mundo.

Los ecos nietzscheanos de las lecturas de Trakl suenan en «Canto a la noche»: «Un cielo en el que ningún Dios florece», así como en una variante del poema «De camino»: «Dios ha dejado este cielo negro». Pero lo importante en la visión de Trakl es la transfiguración de todos esos elementos religiosos, predominantemente católicos —por influencia del espléndido decorado religioso de la ciudad, de la pedagogía misionera de la institutriz y, no por último, de la fijación a la madre—, en símbolos de una realidad trascendente a la cotidiana, solucionando así estéticamente las contradicciones de su subjetividad entre pureza y placer, sensualidad y ternura, inocencia e incesto.

Este motivo central de la poesía de Trakl era en la realidad no sólo pecado, algo al fin redimible, sino que era considerado como un delito contra la naturaleza, una manera especialmente perversa de degeneración, que la ley condenaba a una pena de seis meses a un año de cárcel.

Trakl tuvo que autorredimirse de la impresión de una culpa, difícil de justificar como consecuencia del complejo sicológico que lo llevó a ello: la soledad en su relación maternal. No era suficiente una conciencia calvinista, como Eduard Lachmann comenta, para fomentar la melancolía de la culpa y el anhelo de punición, pues el mismo complejo fomentaba e impedía los dos. Sólo una metamorfosis del mal podía dar al yo debilitado la fuerza necesaria para sentirse herido y sostener la visión de su infierno como única vía de purificación; esa metamorfosis es la escritura. Por ella el poeta dignifica algo socialmente injustificado, también cuando temáticamente, como ocurre en «Metamorfosis del mal», lo condena. El precio a pagar es la inflación del yo por toda la

imaginería del subconsciente que, al renovar la fuerza de la herida, divide la conciencia entre la quietud de la muerte y la fascinación por sus contenidos. Culpa y pasión se engarzan y desvelan en un mismo desafío. La poesía es el vellocino de oro que lleva en su sangre la melancolía de la maldición. El verso «una estirpe... dulce canto (de los amantes) resucitados» de «Canto del Occidente», no sólo sublima la realidad, sino que en su ilusión la desmiente como negación necesaria a su trascendencia. Su posibilidad es sólo estática y no recuperable para la realidad, pero su rapto condena a la realidad en la inmovilidad de sus propios límites. La queja también denuncia esa realidad insuficiente.

La identificación del poeta con otros estigmatizados de la sociedad, los pobres, las prostitutas, los gitanos, los locos, ha de entenderse también en este proceso de reconciliación consigo mismo y de rechazo de la sociedad. Símbolos de una marginación en la que el poeta reconoce el valor de la singularidad de los que escapan al destino común y en los que recupera la solidaridad de una estirpe a la que perdió y que engendra su propio sueño.

El poema «Los gitanos» puede tener su referencia en los de los versos de Lenau o en la realidad de los que pasaban por Salzburgo —frecuentemente detenidos y para los que se llegó a proponer en el Consejo de la ciudad como medida de punición el raparlos—. Lo que en él se expresa claramente es el sentido de la melancolía en la obra de Trakl, identificada con el destino de aquellos que la ley estigmatiza para su propia confirmación. Sólo la melancolía puede sondear totalmente ese destino de los que buscan una patria que no pueden encontrar. Su campamento es «soledad estrellada» donde lloran su maldición y pena heredadas, para las que las estrellas no pueden ser guía de esperanza. La melancolía, que es en el poema la garantía del canto, es lo único que puede sondear el destino —«asocial»— que se reconoce anclado para siempre en la peregrina luz de la soledad. El canto, la melancolía, es esa conciencia que, como los peregrinos en su caminar, se extiende para confirmarse irredenta. La búsqueda del país deseado, el sondear de la conciencia, es ese camino en soledad, que es a su vez garantía del canto. La poesía es un destino sin redención. Se diferencia del mundo al denunciar su vana ilusión de tener la suya al alcance.

Cuando Salzburgo se perfila expansivamente como ciudad turística como alternativa al retraso industrial (con más 120.000 visitantes en los años diez), se abrieron los adecuados establecimientos de prostitución que Trakl visitaba muy cerca de su propia casa, en la Judengasse y en la Döllerergasse, frente por frente al jardín del obispo, cuyas protestas fueron debidamente ignoradas por las autoridades. «Risas en la mancebía» es en «Romance en la noche» la primera referencia de Trakl

a una realidad que él mistifica en el poema «La iglesia» —en negro reclinatorio semeja la Virgen una «pequeñita ramera»— y desmistifica viendo el mundo como «ramera fea y pútrida» en el poema «Crepúsculo». La melancolía es en ese poema el enemigo del corazón que desdiviniza al mundo para hacer bailar las sombras alrededor del «laurel de espinas de la belleza», laurel marchito, que no reconcilia con la divinidad. Pero esa visión, que encierra la doble imagen de pureza y prostitución, es también la del canto, «el arpa rota del corazón», es la que hace consciente del propio límite —«el vencedor es el perdido»— y esa conciencia es la verdad que trasciende el poema, el reconocimiento de ser víctima de ilusión. Sonia, el personaje de *Crimen y castigo,* repite en el poema de Trakl del mismo nombre la visión de condena y santidad de la prostitución característica del autor más admirado por el poeta: Dostoievski.

En esa simbología de víctima y sacrificio se enmarca también el paisaje de la caza. Por aquellos años Salzburgo abrió al turismo de la aristocracia europea su enorme riqueza cinegética. La afición de los poderosos alcanzaba en algunos casos caracteres demenciales. De la neurótica pasión del heredero de la Corona fueron víctimas, según listas de batidas conservadas, 272.511 piezas. Ni siquiera las especies protegidas escapaban a su furor. En 1913, la creencia popular vio en el crimen de Sarajevo la confirmación de la leyenda de que aquel que mata a un gamo blanco ha de morir en el mismo año.

En la poesía de Trakl la caza tiene casi siempre caracteres negativos: en el poema «Humanidad» la noche mortal del hombre es «la sombra de Eva, caza y rojo dinero», en «Alma de otoño», hay «grito de caza y ladrido sangriento»; en senderos lunares, mortales, se hunde el recuerdo de la pasión salvaje; salvaje es también la delicia de esas horas. El hombre cazador o pastor es una dicotomía que el mismo Trakl refleja en su leyenda: la hermana es identificada explícitamente con el venado azul, pureza, inocencia, y es salvaje el corazón en el poema del mismo nombre, así como la melancolía, la queja, «En Mönchsberg»; el hermano, «un cazador salvaje», «levantó un venado de nieve», en «Revelación y ocaso».

«Oscuro tañido de trompeta / traspasó la húmeda / fronda de oro de los olmos», «una bandera desgarrada / humeante de sangre», en «El corazón»: el delirio de la caza se une al de la guerra. El verso «Banderas de escarlata, risas, delirio, trompetas», del poema «Trompetas», «es una crítica al delirio que se cubre con su propio sonido« (carta 41). Salzburgo era también una ciudad de guarnición: 2.000 militares en cinco cuarteles. ¿Qué buscó Trakl en el ejército? Esa superación del delirio en exaltación y la reconciliación consigo mismo en esa última

posibilidad de ayudar como sanitario. Del sinsentido del servicio militar ya da pruebas en las cartas 29 y 30. Los voluntarios podían vivir en privado tras una formación de seis semanas. Es lo que hace Trakl en Viena. Éste es su comentario a su situación: «Cuando se mira fuera se muere uno de tristeza». Las guerras en los Balcanes hacían presentir desde 1912 que la guerra total era imparable. Trakl buscaba la posible solución a una contradicción que en su vida y poesía le arrastraba a las situaciones límites que ponían en tensión los impulsos de su alma: destrucción y amor, ilusión y melancolía. «En el Este», «A los salvajes órganos de la tempestad invernal / semeja la tenebrosa ira del pueblo» «Pueblo» sustituye a una anterior variante, «die Alten», los mayores, los padres. La onda de la batalla es «purpúrea», color de pasión, del sufrimiento redentor. La noche —cuyo campo semántico confluye con el de la madre— saluda a los soldados moribundos, espesura de espinas rodean la ciudad, en ella entran «lobos salvajes»; así designaba a los amantes de «Pasión». Sólo en ella, ahora en su versión de purpúrea batalla, veía Trakl de nuevo lo que también había expresado en otros poemas: si hay una redención, aunque sea imaginada, sólo ha de ser por otros caminos que los que nos confirman irredentos. Goldmann, en su libro *Katabasis,* un análisis de la obra de Trakl a partir de la teoría de Jung, lo interpreta como la inmolación de sí mismo para sustituir al padre y afirmar el sacrificio materno. Asimilar en sí mismo el amor del objeto perdido y ofrecerse como víctima de esa pérdida. Esa tensión es la fuente de la melancolía. La entrega del alma a la noche de la propia soledad para rescatar su luz. En otro poema de la guerra, «Queja», las águilas que entenebrecen el alma son dos: Sueño y Muerte, ellas anuncian el sacrificio de la imagen de oro del hombre en una helada eternidad, el cuerpo purpúreo estalla en el sacrificio, entonces suena la queja sobre la mar, madre sacrificadora y víctima. La melancolía consecuente convoca a la nueva estirpe, la hermana; el corazón medroso que se hunde lo hace bajo las estrellas, el último oro que le ofrece el rostro silencioso de la noche, la ola helada de la eternidad.

La realidad infernal de la guerra sobrepasaría la inocencia de la imaginación de Trakl. Enrolado como sanitario en las tropas austrohúngaras que a principios de septiembre de 1914 fueron abatidas por las rusas en la región de Lemberg, Galitzia del Este, hoy Ucrania, en la retirada en pánico de las tropas austro-húngaras del frente de Grodeck su batallón de sanidad entró en servicio, como, según testimonios recogidos por L. von Ficker, era su apremiante deseo. Durante dos días y noches tuvo que oír los gritos y lamentos de los noventa heridos graves que debía atender en un granero. Una y otra vez le suplicaban que pusiera fin á sus vidas. Uno de ellos se voló el cráneo en presencia de

Trakl y las partículas sangrientas del cerebro estallaron contra la pared. Al salir fuera para aliviar su desesperación vio en los árboles de alrededor el balanceo de los lugareños ahorcados por espías o rusófilos. Uno de ellos se puso él mismo la cuerda al cuello. La impresión se le quedaría profundamente grabada: «toda la miseria de la humanidad». Así cuenta Ludwig von Ficker el relato del propio Trakl. Un compañero de Trakl, testigo del suicidio en el granero, cuenta: «Vi que Trakl con los ojos abiertos de espanto se apoyó en la pared. El gorro se le cayó de las manos. El no se dio cuenta y, sin escuchar las palabras de aliento, dijo jadeante: ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar? Es insoportable». Unos días después se alzó en medio de la cena y tras declarar lleno de pánico que no podía vivir más, que lo perdonaran, pero que tenía que matarse de un tiro, salió fuera para hacerlo; sus compañeros le quitaron el arma. El 24 ó 25 de octubre fue internado en el siquiátrico del hospital de la guarnición en Cracovia. Allí lo visitó Ludwig von Ficker, que encontró a Trakl angustiado por el temor de que un tribunal de guerra lo condenara a ser fusilado por cobardía. Un teniente que padecía *delirium tremens* compartía con él la habitación, a la que llegaban los gritos y estrépitos de los dementes del piso superior, y que «daba la desconsoladora impresión de la celda de una prisión». El segundo día de visita Trakl leyó a von Ficker poemas del poeta barroco alemán Johann Christian Günther, del que le dijo: «Es bueno que se le conozca precisamente hoy en Alemania, que se le recuerde y no se le olvide». «Voy a donde es el del destino la llamada. / De mis pies vuela aquí tu última arena, / de ti no quiero ya gozar más nada, / ni siquiera esta boca de aire llena». Es la última estrofa del poema de Günther «A su patria». «Lo más hermoso —decía Trakl a von Ficker— es lo que va a oír ahora: Pensamientos de penitencia. Ha de saber que Günther murió joven, con 27 años»: «Dios mío, la primavera de mis años adonde es ida / tan callada, silente, tan pronta en su partida... / Ahora y como quieras, la culpa originaria a exigir torna, / el cuerpo, el pesado vestido, puede romperse y corromperse / porque ese pudrirse de nueva claridad lo adorna... / Una buena muerte es la mejor carrera de la vida a veces». Cuando unos días después acude a visitarlo Ludwig Wittgenstein, Trakl ya había muerto.

JOSE LUIS-REINA PALAZON

TRAKL COMO RUPTURA

El sendero de Trakl

> Sólo el artista dotado consigue dar expresión auténtica a aquellas experiencias que él vive en relación concentrada con una subjetividad descentrada y exonerada de las presiones de la acción y el conocimiento (J. Habermas, *Die Moderne - ein unvollendetes Projekt*).

En aquel ambiente provincial, de «banalidad fantasmal», como lo describía Ernst Fischer, consiguió Trakl romper la niebla de lo vago y epigonal, pero al precio de la distancia entre la cultura de élite y el gran público. A medida que entraba en la innovación radical crecía el aislamiento, compensado después por su aceptación por la vanguardia —Kraus, Loos, Schönberg, Kokoschka, Wittgenstein—, que, como la poesía de Trakl, exige del público actividad y creatividad, cosas ajenas al rumiar perenne del epigonismo.

El sendero de Trakl como extraño en su tierra está marcado por los hitos y sus crisis en el proceso de socialización: la relación insatisfactoria con su madre, el fracaso escolar, el incesto con su hermana, el fracaso de sus piezas teatrales, la incapacidad de adaptarse al trabajo profesional, el consumo de drogas y alcohol, las depresiones y las fantasías de suicidio y en los últimos años el miedo a la locura y a la muerte. Hitos en ese camino expresan sus cartas del 19 de febrero a Karl Borromaeus Heinrich y la de unos días después: «Me espanta cómo crece en los últimos tiempos un odio inexplicable contra mí». La de finales de noviembre de 1913: «cuando a uno el mundo se le parte en dos», etc. La insatisfacción de la realidad social provinciana acentuaba una decisión o tendencia personal a la entrega a un mundo de valores extremos, bondad y voluptuosidad, sinceridad y desafío, que sólo la poesía podía satisfacer en su complejidad.

Trakl representa, a través de su crisis existencial y de su expresión renovadora, la concreta negación del vacío de valores que el racionalismo de la cultura burguesa producía en ella misma y en la católico-feudal. Frente a la respuesta esteticista de un Hofmannsthal, que no quiso enfrentarse a la crisis del yo con el adecuado medio que puede conjurarla: la inmersión en la explosiva soledad del subconsciente, Trakl lleva a cabo una ruptura cuya consecuencia puede seguirse en las etapas de su vida y de su obra. La estilización juvenil como poeta maldito coincide con una expresión de su temática en versos tradicionales donde precisamente la presencia explícita del yo y las referencias a la realidad enmascaran la intensidad del conflicto entre ambos.

Trakl, como en sus obras teatrales, se acerca a su realidad con esquemas y estilo literarios. A medida que se acentúan su marginación social y las crisis de personalidad, crece la necesidad de autoafirmación por su obra. Trakl asimila entonces aquellas influencias más cercanas a esa búsqueda de sí mismo —Hölderlin, Rimbaud— y comienza su estilo característico —«Salmo», «A la hermana», «Cercanía de la muerte»—, donde la desaparición del yo explícito inicia la inmersión en la simbología mítica que ilumina la trascendencia de su singularidad. El camino abierto lo enfrenta con toda la riqueza subconsciente —«caos de imágenes»— que, en la época del *Brenner* y de sus relaciones con la vanguardia vienesa, se intensifica con la proyección en figuras de identificación —Cristo, Hölderlin, San Sebastián— que ahondan su confrontación consigo mismo. Esta idealización de la salvación por el sufrimiento agudiza el desgarramiento interior y el sentido de culpa, coincidente con los acontecimientos exteriores —seducción a la droga de la hermana, muerte del padre, agudización del conflicto con la madre, a la que deseó matar, según declaración a von Ficker—. El intenso retraimiento a su mundo abre la definitiva separación con el otro, lo que se expresa con el escepticismo sobre el valor de la expresión poética misma —«no puede uno expresarse»— cada vez que se acerca más a su desvalimiento sicosocial. La guerra aparece entonces como el último refugio donde, como sanitario, puede aún intentar una reconciliación de su deseo de compasión y ayuda, y a la vez de punición y purificación. Un ejemplo de las diferencias de caminos: Hofmannsthal reaccionó ante la guerra con una conferencia sobre «Austria en el espejo de su literatura».

La araña imperial

> Tenemos que despedirnos de un mundo antes de que se deshaga. Muchos lo saben ya y un sentimiento indescriptible hace poetas de ellos (Hugo von Hofmannsthal).

En su excelente libro *Fin de siècle-Vienna. Politics and Culture,* Carl E. Schorske defiende la tesis de que después de Nietzsche ya no era posible un principio estético unitario. La cultura canónica racional típica de la Austria liberal-burguesa se desmorona y a ella responde un arte esteticista que no se enfrenta a la realidad, sino que, mistificándola, la vela. La obra de Trakl, a quien Schorske no menciona en su libro, es la crítica más concreta a la tesis del historiador norteamericano. Trakl supone la ruptura trágica y consecuente con esa cultura burguesa de la que

había surgido, pero que niega en una radicalidad lúcida de su posición y de su meta: la marginalidad y la muerte.

Joseph Roth compara a Viena con una araña que en el centro de la enorme red negroamarilla del Imperio sacaba incesantemente fuerza, jugo y brillo de los países de la corona. La sede del emperador, símbolo de la idea austriaca del Estado, era el centro del gobierno, de la burocracia, de la economía, del capital financiero y consecuentemente de la cultura. La concentración de todas las reservas en la metrópoli durante el curso de la industrialización aumentó el foso existente entre Viena y la provincia. Al poseer la infraestructura necesaria de comunicación que crea la gran cultura, todo lo mejor del arte se concentraba en Viena. Sólo en la gran ciudad se honra la diferencia individual, no en el conformismo de la provincia. Por eso Trakl volvía siempre a Viena en busca de aquella vanguardia de su misma rebelión —Kraus, Loos, Kokoschka, Schönberg—, tan odiada como él por el público medio. Éste se indignaba como en provincias ante todo lo que supusiera innovación. En la carta 68 Trakl felicita a su amigo Buschbeck por la bofetada propinada a un médico indignado por un concierto de Schönberg en la primavera de 1913. También en Viena existía un provincialismo cultural que llevó a Hermann Broch a llamarla «metrópoli del kitsch». Como Trakl en Salzburgo, la vanguardia vienesa tuvo que romper una cultura canónica. Raramente aceptada por la nobleza, la burguesía austriaca ni destruye a la aristocracia ni llega a asimilarse a ella. Según Schorske, a la cultura católica y sensual de la aristocracia la burguesía opuso la canónica y puritana, basada en las leyes de la razón y la moral, filosófica y científica. Mientras la naturaleza era para aquélla un paisaje de gozo y revelación de la gracia de Dios, para la burguesía era un campo que había que someter al orden establecido por sus leyes. La unión de ambas —señala Schorske— dio una mezcla precaria: Schnitzler es el ejemplo.

Tanto en su papel político como en el cultural, la burguesía no se sentía verdaderamente aceptada frente a la aristocracia. El primer intento de asimilación, la imitación en la arquitectura de un pasado que no era suyo, lleva a la burguesía al concepto de ciudad neogótica, barroca y renacentista de la Viena monumental que hoy conocemos como la de los *Gründer-Jahre.* El otro camino fue el arte del teatro, de mayor resonancia en las clases medias que la arquitectura. Los héroes sociales de los años de Trakl eran los actores, artistas y críticos.

El arte, que fue hasta entonces templo que sustituía al de la aristocracia, se convirtió en refugio del amenazante mundo político alrededor. La vida del arte era un sustituto de la acción; cada vez más, a medida que la acción política se mostraba inútil. Al crecer la sensibili-

dad de lo que Hofmannsthal llamaba el deslizarse del mundo, la burguesía inclinó su cultura hacia el cultivo de la interioridad, de la singularidad de su vida síquica, en una introversión narcisista. La recepción pasiva del mundo exterior aumenta la sensibilidad para la vida del alma. El derrumbe del liberalismo creó una cultura de nervios sensibles, de un hedonismo melancólico y de un miedo a veces sin apoyo. Al no renunciar a la cultura de leyes morales y científicas, lleva a la vida y al arte una culpa frenadora. La presencia en el templo de Narciso de la conciencia insobornable aumenta en el alma los miedos ya reales. La ruptura comenzaría en la nueva generación: el reconocimiento de la vida del instinto como determinante del bienestar y del sufrimiento humanos frente a las leyes morales de los padres. Freud despliega en teoría lo que Schnitzler revela en sus personajes. La cercanía de *eros* y *tánatos*, el vals como danza de muerte. La llamada de la vida es hacia el placer dionisiaco, que significa un salto en la corriente, una llamada a la muerte. También las «ruedas vespertinas» de Trakl danzan bajo ese aire y a esa llamada del instinto responden los mitologemas de su pasión. Los personajes de Schnitzler viven en la frontera entre afirmación y negación, juego y amor, entre sabiduría y razón. No toman decisiones. En Trakl sólo hay un personaje y todos los demás son sombras en su teatro interior; las fronteras entre ellas son oscuras o argénteas según la máscara de la pasión, dolor y entrega, espanto y amor, visión y sinrazón. Su decisión es por el estigma de su tragedia. Su tragedia es esa decisión. En Schnitzler no hay tragedia, sólo la tristeza de que el amor es incompatible con la realidad social. Trakl superó esa incompatibilidad en las imágenes de un amor que él creía sublime porque desafiaba a la sociedad hasta participar de la muerte.

Esa decisión es la que lo diferencia también de Hofmannsthal. Éste sabía que el que se demora en el templo del arte está condenado a buscar sentido a la vida en su propia alma. Ese cautiverio, también de mirlo prisionero de su propia realidad, lo llevó a una escéptica indiferencia moral. Nada más lejos de Trakl. La salida del cautiverio era para Hofmannsthal el arte como conjurador de los instintos, pero éstos tenían para él algo de peligroso y explosivo. Esa explosión, sostenida en conciencia, es el canto de Trakl. Mientras Hofmannsthal la enmascaraba de mitos históricos, Trakl la sabía *demon* embriagador de sus flores del mal. Sus verdaderos coetáneos serían aquellos que reconocieron el valor de esa perspectiva: Loos, Kokoschka, Kraus.

Loos, que escribió a Trakl: «Considérese a sí mismo como un vaso del santo espíritu que nadie, tampoco Georg Trakl, debe destruir», supuso para la arquitectura decorativa anterior lo que la poesía de Trakl para la artificialidad de George y Hofmannsthal y de parte de su

primera obra. Loos expulsó todos los elementos decorativos de la arquitectura a favor de una severa racionalidad neutral. «Todo lo que tiene un fin práctico tiene que ser expulsado del reino del arte...». Trakl escribió en la fachada de la casa que Loos construyó en la Michaelerplatz, para escándalo de tradicionalistas vieneses, el siguiente graffito: «Faz de una casa: severidad y silencio de la piedra grandiosa y magnífica en su forma». Si hubiera continuado en un poema hubiéramos visto el interior con esa misma transparencia formal. Nada es aditivo ni superfluo en la obra central de Trakl. La forma es severa y grandiosa porque concentra imagen y sonido en una realidad significativa más allá tanto de los datos inmediatos como de un uso simbólico habitual. La piedra de toque es ese signo que al participar de ambos niveles los sobrepasa. Como la faz de la casa de Loos, la expresión de su interioridad es severa y silente gracias a una forma magnífica y grandiosa que se supera a sí misma apelando a una intimidad que al confirmarla la niega. De ahí que sea el contraste entre la belleza, sonora y sensitiva, y el trágico sentido de su significado lo que deja en el lector la impronta de una autenticidad profunda y espléndida, silenciada hasta entonces, en un mundo extrañamente oculto y evidente.

Ese descendimiento a lo interior a través del dinamismo de las presencias es también la base de la pintura sicológica de Oskar Kokoschka, otro amigo de Trakl. No la imitación de la realidad a través de un ambiente de símbolos típicos, sino la creación de una conciencia a través de una visión de lo esencial en la corriente de su manifestación, la expresión del movimiento del alma, encarnar un espíritu, no espiritualizar la realidad. Trakl es, como una imagen de Kokoschka, la expresión de una voluntad a través del dominio de su forma. En el cuadro de Oskar Kokoschka *La novia del viento* —tal vez inspirador del poema de Trakl «La tormenta», como afirmó el pintor— la borrasca acentúa la tensión de un amor, como una barca que sostiene la esperanza o la angustia de los amantes. La calma alegría de la amada, Alma Mahler, frente al vacío de la mirada de Oskar, afirma la soledad que repite el viento. La pluralidad de significaciones es la consecuencia estética de la tensión de esa soledad. De ésta decía Kokoschka que obliga al hombre a que, totalmente solo, como un salvaje, se invente su idea de sociedad en la conciencia de que la soledad devora cada ilusión en su vacío. Esa obligación de luz, como diría Celan, tan cercano de Trakl, en el interior de la oscuridad, es la conciencia que pulsa en la ambivalencia específica de nuestro poeta. También como un grito resuena en la cantata *La escala de Jacob* de Schönberg: «Sálvanos de nuestra individualidad».

«Los poetas alemanes que cuentan —dice Adorno en el prólogo a

las *Ausgewählte Gedichte* de Rudolf Borchardt— [...] han sentido en propia carne la crisis del lenguaje en lo que respecta a la necesidad de expresión específica, que el lenguaje mismo no facilita. Querían dar al lenguaje lo suyo ajustándolo y conformándolo a la propia intención, y esto tanto más felizmente cuanto menos violencia se veían obligados a hacerle». De ese ideal de no violencia al lenguaje se aparta Trakl a través de la influencia de Hölderlin, quien explícitamente había rechazado «la posición lógica de los periodos... como sin duda sólo muy raramente útiles al poeta», a través del uso, también hölderliniano, de la parataxis, de la ruptura y alteración de ritmos clásicos, del uso no tradicional de elementos de la oración, de sustantivaciones inusuales de formas adjetivas neutras indeterminadas, etc., procedimientos que reflejan la intención de crear una realidad que pueda salvar en la poesía lo que el lenguaje niega al sujeto social.

La crisis del lenguaje va unida al síndrome de despersonalización, a lo que Kraus llamaba «individualidades sin yo» y el filósofo Ernst Mach resumía en la frase: «El yo es insalvable». Robado de sus elementos sensibles, el lenguaje se convierte en puro concepto, frase vacía, vocabulario de justificación de una realidad que enmascara. La pérdida del objeto, del mundo exterior, lleva consigo la consecuente pérdida del sujeto. La disolución del yo es expresión de la función inútil del lenguaje. A esta situación responde Trakl con la inmersión en la interioridad como mediación hacia otra naturaleza, partiendo de una poesía que a través de la tradición moderna de Baudelaire y Rimbaud, iluminación del mal en el alma, supera la del esteticismo de George y Hofmannsthal que se orienta hacia un pasado como imagen estilizada de un presente que sobrevuela. A la crisis expresada en su *Carta de Lord Chandos,* Hofmannsthal intenta escapar por la magia de las palabras y haciendo del lenguaje un espíritu superior a todo lo individual y singular. Esto motiva que el yo siempre quede en sus poemas detrás de su artificio. Nunca en Trakl; lo mejor de su obra, allí donde el yo no es explícito porque desaparece a favor de un paisaje que lo libera y retiene, es prueba de esa lucidez que sabe que sólo en el sometimiento del yo a lo que hay que expresar y en la verdad del objeto puede nacer el duelo de la desilusión que los separa, aunque no sea más que infiel reflejo de aquel momento ideal en que el duelo parecía innecesario. En esto coincidía con Kraus, que, frente a Hofmannsthal, veía que sólo la posibilidad de defenderse como individuo en el lenguaje a través de la ruina del mismo puede asegurar la verdadera singularidad:

> La palabra sólo puede existir si aporta su estado anterior, su eficiencia en el tiempo, en el interior del poema. La poesía verdadera puede mantener totalmen-

> te el contenido imaginativo a través de las lesiones y cambios del uso, que debilitan su fuerza asociativa. Su eficiencia, sin embargo, no es ya posible hacia el exterior.

La conciencia de este dilema es lo que expresó Trakl en la conversación con Karl Röck sobre Goethe, Mörike y la poesía —«Tampoco con poesías puede uno comunicarse. No es posible comunicarse en manera alguna. Todo ello es un lenguaje exterior»— y en la carta 26.

Para Kraus, que supo ver en Trakl el desafío de quienes exigen del mundo la vuelta al caos o plenitud del que nacieron cuando ya era demasiado pronto o demasiado tarde, la obra del poeta se legitima por su propia existencia. No por su contenido o por su forma, sino por la identidad de pensamiento y expresión. Esto es lo que garantiza la revelación de la singularidad: la obra como confesión personal del poeta, como autenticidad. La discordancia entre los dos polos es lo que lleva a la falsa poesía a la ilusión de sustituto de la naturaleza o de la realidad. No puede ser natural, decía Kraus, lo que se expresa en el lenguaje de lo manipulable, sino lo que está arrancado al exterior por un interior como última posibilidad de mimetismo. No en la belleza se alcanza la plenitud, sino en la autenticidad del pensamiento en la forma. Kraus, enemigo tanto de la torre de marfil como del naturalismo sustitutivo de lo cotidiano, supo ver en Trakl no sólo al poeta auténtico, sino consecuentemente al alma extraña en el extraño cuerpo de la sociedad: «Nunca comprendí cómo podía vivir». Que el auténtico poeta no sea reconocido era para Kraus el verdadero derecho de su autenticidad. La literatura olvidada, como utopía contra la sociedad, ha de ser protegida contra la falsa actualidad en cuya oscuridad busca a tientas la imagen primigenia perdida. Frente a la antinaturaleza que es la sociedad, la poesía es la naturaleza que en su imagen otra refleja la imposibilidad de la vida en la primera. La crítica de la falsa recepción es crítica a la ideología imperante. La otra crítica la hace la poesía misma. La recepción y la obra de Trakl son garantía de la visión del «gran sacerdote blanco» a quien Trakl agradecía «un momento de la más dolorosa claridad».

Recepción y visión

Un amigo de Trakl, el escritor naturalista Hans Seebach, escribió en 1926 a Ludwig von Ficker:

> He tenido en su tiempo mucho contacto con Trakl, pero nunca llegamos a intimar, pues todos los que por entonces estábamos en Salzburgo no hemos com-

prendido su ser y veíamos en él un hombre extraño y polémico. De sus dotes de poeta estábamos convencidos, sólo que veíamos en él un fastidioso *Sturm und Drang*. Que esa «Tempestad y Empuje» era ya realización plena, desgraciadamente no lo supimos ver.

La recepción de la obra de Trakl también participa en diferentes modos de ese y otros malentendidos de sus coetáneos y poscoetáneos. La primera recepción de sus piezas de teatro en Salzburgo producen en Trakl una gran decepción. El fracaso es debido probablemente a que la problemática expresada lo hacía en términos que no conjugaban las proyecciones personales con un lenguaje adecuadamente distante y subjetivo, sino imitado, literario, sobrepuesto, con lo que la diferencia entre la rareza de la temática y la ampulosidad de la forma impedía toda posibilidad de verosimilitud.

Dos años después Trakl intenta conectar con el espacio público, gracias a su amigo-empresario Buschbeck, con las poesías surgidas por entonces que se conocen como *Colección de 1909*. De la negativa o ambigua recepción en los periódicos locales ya hablamos anteriormente. En 1912 ya había conseguido la madurez suficiente que dejaba atrás la exclamación «todo se queda siempre en las palabras, o, mejor dicho, en la terrible impotencia», pero también «días provechosos» de creación (cartas 10 y 13). Con la publicación en *Der Brenner* de «Arrabal en viento alpino», la recepción de su obra pasa a la estilización del visionario, que continúa con la de «Sebastian en sueño» y la publicación de sus poemas ordenados por temas y paisajes por Röck. Trakl es visto así como el mensajero de la decadencia de su sociedad. La inclusión en la antología *Crespúsculo de la humanidad* de Kurt Pinthus en 1920 lo hace partícipe del expresionismo a pesar de que sólo se le puede considerar expresionista en ciertos temas y, como dice su mejor traductor al inglés, el poeta Michael Hamburger, sólo era un poeta del expresionismo en tanto pertenecía a la modernidad alemana que casualmente lleva ese nombre. *Topoi* como el del mendigo, la tristeza, el dolor —que también se dan en Rilke—, la ruina, la muerte, el gusto por lo feo o lo mítico religioso pueden considerarse típicos de esa tendencia. Pero todos ellos están superados por su propia subjetividad, como la influencia de Hölderlin, Lenau, Rimbaud o Novalis, cuya «flor azul» puede servir de ejemplo a la diferencia de simbologización que adquieren en Trakl los motivos adaptados. También hay en él algunos impresionistas: la edad, la estática, la melancolía, el colorido, pero su poesía no es la reacción a las impresiones cromáticas de una realidad que difumina el misterio de su intimidad.

La recepción en la Alemania nazi fue casi nula, pues difícilmente

podía utilizarse para una ideología de opresión de la individualidad y exaltación de la barbarie racista a quien «degeneraba» los cánones clásicos del lenguaje y de la estirpe.

En los años de la posguerra se inicia una revalorización por el «Grupo 47», paralela a la de la poesía de Else Lasker-Schüler. Los datos biográficos comienzan a conocerse, y surge el interés por el análisis sicológico con las obras de Goldmann y Spoerri. En los años siguientes, por influencia del «New Criticism», el interés por las interpretaciones inmanentes. A partir de entonces la investigación se centra en dos grupos: los análisis de contenido y los de forma, con predominancia de los últimos, influidos por la falsa interpretación de Walther Killy de la obra de Trakl como juego ambiguo que impide la exégesis de visiones.

El mismo desarrollo estilístico de la escritura de Trakl muestra, sin embargo, la búsqueda y construcción de una visión que une realidad y forma en una trascendencia concreta e inmanente. A partir de figuras de identificación propias de la lírica subjetiva del XIX en las poesías de la *Colección de 1909,* el yo lírico articula su problemática proyectando sobre los asociales su necesidad de comunicación y autoconocimiento en una convencionalidad temática paralela a la formal.

En la fase siguiente, la de las poesías entre 1910 y 1912, la de la fusión de varias imágenes diferentes en una sola estrofa, se busca la esencialización de la realidad en la expresividad de una visión. La reducción de las figuras de identificación —venado, caminante, solitario— y del vocabulario fuerza a una iconicidad meditativa. La irrupción de la temática de la naturaleza y la pasión objetivizan la intimidad. Versos sin encabalgamiento, recurrencia y alternación de ritmos y eliminación de esteticismos primerizos, construyen la trascendencia de una realidad desnuda, de ocaso, anhelo de libertad, cercanía de la muerte.

Las poesías de 1912 a 1914 agudizan esa tendencia, lo que corroboran la mayoría de las ochocientas páginas de variantes de la edición crítica que corresponden a esa fase. La soledad, el dolor del mundo y la muerte son los temas centrales de este período clave en el que el canto de la en-ajenación es la única posibilidad de absoluto, la última verdad. A las reducciones sintácticas y léxicas y a un estilo nominal, se unen las de los ámbitos existenciales —colina, estancia, arboleda—, el ensamblaje espacio-temporal y una mitología en reminiscencias. Las referencias sico-sociales se diluyen en una visión que las ilumina en su interior.

Los últimos poemas —«El corazón», «La tormenta», «Queja», «Grodeck»— viven de esa lógica de la desolación. En bloques mínimos de significación, las imágenes de la lucha interior contemplan la reali-

dad como su propio desgarramiento. El paisaje alpino, la cercanía a la muerte de la hermana, la guerra, son ocasiones del propio delirio, espantos donde resuena su espanto.

Lecturas de Trakl

La complejidad de la poesía de Trakl ha facilitado la variedad de interpretaciones según el interés cognocitivo de escuelas, filosofías y tendencias. El destacar una u otra temática o procedimiento textual no implica tampoco una exigencia de exclusividad en la intención de los autores, pero sus métodos llevan en sí la limitación de perspectiva que desencanta la misma poesía. Sólo ésta puede colmar por sí misma la aspiración de verdad que ella sostiene.

Una afirmación como la de Eduard Lachmann en su libro *Cruz y tarde*: «La poesía de Trakl se ocupa con más prioridad de Dios que del arte» es típica de la interpretación exclusivista religiosa de corte cristiano que consecuentemente rechaza los elementos de otras procedencias. «El núcleo del poema "Pasión" es una conciencia puritana, casi calvinista, del pecado, incompatible con la imaginería mítica clásica». El sentido de los contenidos religiosos en Trakl es, sin embargo, claramente polivalente si se compara con el uso convencional de los mismos. Trakl utiliza esos contenidos para la cristalización de la propia subjetividad artística y su nueva fuerza así lograda, por la insólita expresión, es lo que produce en el lector la incidencia de un imaginario conocido pero desterrado a un ámbito significativo que sólo en esa lejanía se revela a la vez evocador y personal. Lo importante no es contemplar si tal concepto o figura viene de la Biblia o de la mitología griega, o de fuentes mixtas, como es el caso de Elis, Kaspar Hauser y Helian, sino a dónde va gracias a la visión del autor y esto sólo se entiende en el contexto mismo de la obra, resultado en muchos casos de la eliminación de variantes de conceptos netamentes religiosos en favor de la expresión lírica. Como dice Iris Denneler en su difícil pero excelente libro *Konstruktion und Expression,* lo importante no son los contenidos, sino la perspectiva que el autor da a esas imágenes institucionalizadas transfigurando las contradicciones entre amor y culpa, placer y purificación, entrega y penitencia, pasión en ambos sentidos de la palabra.

Es conocido el interés de Trakl por la mística sexual, testimoniado por el diario de su amigo Röck, dentro del redescubrimiento que hizo de ella el neo-romanticismo, y no es de olvidar la influencia de Rimbaud y Otto Weininger. Asociaciones erótico-religiosas como tumba-resurrección-amantes, incienso-adormidera, etc., frecuentes en sus poe-

mas, pertenecen al campo profano del amor a la hermana y de la adición de ambos al opio, aunque tampoco han de leerse sólo desde un punto de vista biográfico, sino trascendente a las concreciones en el intento de superarlas hacia las imágenes de liberación lírico-existenciales.

Motivos bíblicos de su poesía como la lepra, la cruz, el ángel, la pasión y la muerte, han de ser entendidos como códigos complejos, con polarización a favor de la simbología erótica —similar a la del ángel rilkeano— en función de una sexualidad traumáticamente vivida, lo que no debe significar una reducción absoluta de la perspectiva religiosa a la experiencia del incesto con la hermana. Claro ejemplo de esta interdependencia son las primeras poesías de Trakl y las «Canciones del rosario», donde la imaginería católica es utilizada para la expresión afectiva y sensual. Como tantos poetas —Novalis, Brentano, Rilke, etc.—, Trakl elevó sus experiencias eróticas al campo semántico de la vivencia religiosa sin agotar por ello esta significación. Lo que verdaderamente tiene prioridad es la reflexión sobre sí mismo a través de esa simbología, la visión de sus contradicciones a través del ejercicio alucinante de su escritura. Esto es lo que lo hace visionario de un subconsciente general y entraña las vivencias de una época en la cristalización personal de su poesía.

A partir de la influencia de Rimbaud aparece en la poesía de Trakl una interfluencia entre la mitología clásica y la cristiana, con un carácter marcadamente antiburgués y un anhelo de la vida de alegre sensualidad. Ésta es la época de su máxima distancia de la fe institucionalizada que coincide con la expresión en «Helian» de la oposición entre la edad dorada y la cristiana y con una nueva visión de la sexualidad, como puede verse en «Salmo». Pero esta actitud, también reflejada en la carta 34 —«mucha luz, mucho calor y una playa tranquila»—, duraría poco. A finales de 1912, cuando es colaborador asiduo de la revista *Der Brenner*, la temática ético-cristiana va a influirle fuertemente: al paraíso perdido de «Salmo» se une la imagen cristiana de una visión sagrada de la historia. Según expone Adrian Fink en su obra *Georg Trakl. Essai d'interpretation*, el poeta vive entonces el cristianismo como un trauma cuya concepción del pecado y de la muerte significa el fin de la hermosa pureza primigenia de la vida. Pero frente al uso convencional según la dogmática religiosa, Trakl adopta una actitud escéptica, por la que los pensamientos cristianos sirven de rechazo a lo cristiano-burgués, y en ello reside, según Fink, la significación histórica de los poemas de Trakl. La sugestividad de sus textos viene precisamente de la evocación de imágenes tradicionales reelaboradas en otras constelaciones que activan los significados más allá de su convención.

Una lectura mitológica, como la de K. W. Buch, destaca la interdependencia de los esquemas míticos señalando la de su concepción histórica implícita: polaridad de pensamiento, relaciones analógicas, generalidad típica de las significaciones, e imágenes de retorno: paraíso-expulsión-paraíso, carácter singular del instante, identificaciones con figuras, etc. Así bosqueja Trakl, a través de las configuraciones míticas, un antimundo de la realidad que en la transfiguración del tabú del incesto cumple una vez más el sentido de las mitologías: la justificación de acciones individuales por su inserción en un modelo general. La antropomorfización de la naturaleza se hace proyección de la experiencia y muestra de orientación en la realidad social. Gracias a la función objetivadora y liberadora del modelo mitológico, Trakl puede trasvasar su experiencia social, el tabú de lo erótico, a un campo de expresión que lo oculta, lo sublima y lo justifica, y le sirve de experiencia de autoanálisis, asegurando la función social, ética y sociológica del mito en su actualización. Un ejemplo paradigmático puede verse, según Buch, en el poema «Quietud y silencio», donde la relación erótica es trasvasada al mito astral del sol y la luna, hombre y mujer, hermano y hermana, y donde sólo el contemplador, personificación del sujeto lírico, puede percibir los signos de la naturaleza que preludian la muerte y el tiempo final y anunciar el renacer de la hermana en el pensamiento de su resurrección amenazado del delirio del yo lírico. El mitologema astral representa el destino personal y lo manifiesta como ejemplar, es al mismo tiempo autointerpretación y justificación. A su vez, el mito garantiza la recepción de esta poesía por su afinidad con el inconsciente, al provocar en el lector la misma resonancia afectiva que en la creación; pero sólo a través del esfuerzo intelectual y de la reflexión puede llegar el lector al efecto secundario, a la visión de su sentido, de este estrato de la poesía.

La regresión hacia el pasado —que en Trakl siempre está iluminado desde el presente de su subjetividad y no externamente mitificado como en Hofmannsthal— puede verse también como expresión de la crisis de conciencia característica de los poetas modernos y la conciencia de la falta de incidencia de su palabra en el ámbito de acción de la sociedad, hasta el punto de considerarse como culpa la existencia estética. Según Iris Denneler, a esta conciencia histórica se enfrenta Trakl como cantor visionario en la versión de su obra impulsada y sostenida por el círculo de *Der Brenner*, que favorecía su hermetismo al asegurar su recepción en un pequeño grupo de iguales y adeptos. Así como los poemas hasta 1912 implican unas condiciones de recepción determinadas —las que suponían los círculos literarios de amigos, «Apolo» y «Minerva», la del poeta maldito que sus amigos ensalzan—, el círculo

de *Der Brenner* supuso otras condiciones de recepción que sin duda tuvieron fuerte influencia en su obra. De ello da idea su afirmación: «Siento cada vez más profundamente que el *Brenner* significa para mí hogar y refugio en un círculo de noble humanidad».

Karl Kraus consideraba *Der Brenner* como la excepción de lo que en su sabrosa opinión eran las revistas literarias: «Un conglomerado de política literaria, intereses editoriales, histerias y erratas de imprenta». El nombre *Der Brenner* —«La Luminaria»—, de evidente asonancia con el de la revista de Kraus, *Die Fackel* —«La Antorcha»—, alude también al paso alpino entre sur y norte. Kraus, el mago blanco o mago airado como lo llamó Trakl, que abrasaba con su antorcha la magia negra, la prensa, de una sociedad embelesada en sí misma hasta lo inconsciente, fue largo tiempo amigo protector del *Brenner*. Cuando decide publicar solo su revista, muchos de sus colaboradores pasaron al *Brenner*. Sólo después de la guerra, tras la crítica de von Ficker a Kraus —«un satírico que por falta de amor al mundo que le rodea se refugia en esteticismos del lenguaje»—, se da la ruptura entre ambos, lo que coincide con la mitificación de Trakl como figura central de la revista. El horizonte crítico y antidogmático de Kraus respecto al cristianismo no encajaba con la ideología de *Der Brenner*.

La revista fomentaba al principio a los escritores de la región del Tirol, teniendo después colaboradores y poetas de los que sólo Jakob von Hoddis, Alfred Lichtenstein, Alfred Däubler y Else Lasker-Schüler han sobrevivido al total olvido. El interés de Trakl debió de centrarse especialmente en los articulistas. Entre ellos, Karl Dallago propagaba un acendrado catolicismo y un nietzscheanismo pasado por Rousseau y con un fuerte desprecio de la lógica y del intelecto consideraba al hombre de cultura como el hombre esencial y combatía la alienación de la civilización con la vuelta a la naturaleza. De segura influencia en Trakl fueron sus artículos sobre la obra de Otto Weininger *Sexo y carácter*, de gran repercusión por entonces, hasta en Kraus y Wittgenstein. Trakl ya la conocía y sus ideas influyeron en sus dramas *La muerte de Don Juan* y *Barbazul* y en algún poema de juventud. Para Weininger, la hembra es la culpa del hombre. Hombre y mujer son principios contrapuestos; el hombre es la forja, la forma; la mujer, la materia, como pasividad característica de la naturaleza. Trakl, sin embargo, no habla de la culpa en la mujer, sino de que ésta es víctima de su disponibilidad a la entrega y de la brutalidad sexual del hombre. Los principios se invierten: lo que para Weininger significa la muerte moral de la humanidad, es para Trakl principio de eternidad y transfiguración. Es en el hombre donde habita la brutalidad que produce la vivencia traumática de la culpa. «Hay que matar a los perros que afir-

man que la hembra sólo busca la voluptuosidad de los sentidos. La mujer busca su justicia como cada uno de nosotros», dijo en conversaciones con Röck. La utopía de Trakl no consistía en la sublimación de la sexualidad, sino en la idea de una sexualidad única del joven y de la joven, monje y monja, que, más allá de caracteres esenciales distintos, realizan la superación del placer y de la brutalidad, como bien precisa Iris Denneler.

Otro representante de las tendencias antiiluministas de *Der Brenner* era Karl Borromaeus Heinrich, que despreciaba al intelecto «por desvergonzado que todo lo puede pensar». Fue amigo íntimo de Trakl y sólo con Röck gozaba del privilegio del tuteo y del calificativo de hermano, que el poeta reservaba a tales como Else Lasker-Schüler, Novalis y Hölderlin. Los artículos de Heinrich sobre Trakl se publicaron en la revista con los poemas «Ocaso» y «Canto del retraído», que debe su título a un ensayo de Heinrich, *Cartas desde el retraimiento.* Heinrich mistificaba obra y persona de Trakl como el «hombre vuelto hacia sí mismo que, a causa de las ruinas de su cultura, apartado de los demás, queda en una autosuficiencia heroica, noble y solo consigo mismo». Pero muy probablemente Trakl recoge en el término «retraimiento» un concepto de la mística alemana, aquí referido a la aceptación del poeta de su extrañeza y fracaso social, ejemplificados en la figura de Hölderlin —el hermano del poema— y en su «silente», en Trakl «suave», «delirio». Según Denneler, a través de reminiscencias de Hölderlin en el poema —ojos dementes, peregrinación espinosa, cabañas tranquilas, pan y vino, negros minutos del delirio—, Trakl elabora una visión y comprensión de sí mismo acordes con las exigencias de Heinrich para el oficio de poeta y con su propio sentimiento de comunidad con los «hermanos en espíritu».

También en los comentarios de Ludwig von Ficker sobre Trakl se estiliza al poeta como visionario y misionero que acepta sobre sí el sufrimiento y la pena del mundo. Causa de su don de visión son, según von Ficker, «la vivencia de la realidad de Trakl y el destino europeo vivido personalmente». «Lo visionario en Trakl viene del purgatorio, la conciencia de su culpa cometida en la contrafigura de su desesperación en carne y sangre, y acentúa a la vez la dimensión espiritual del incesto.». Según Denneler, la existencia de Trakl aparece en esta época aislada de las condiciones naturales y mundanas y sometida a una vocación visionaria de sí mismo y de la humanidad que explicaría un hermetismo justificado por el conocimiento del círculo de los momentos biográficos de los poemas.

Habría que precisar que el llamado hermetismo de Trakl no es ocultación de sus complejos síquicos, sino la búsqueda de una visión

que libere su expresión de la debilidad que le impone el lenguaje social. La conciencia de la culpa no sería la aceptación de los tabúes sociales, sino de la propia singularidad como condición necesaria a la liberación del lenguaje que los sostiene. El supuesto hermetismo sería a la vez huida de ese lenguaje social y práctica de su destrucción liberadora. Trakl no sería un visionario de una melancolía burguesa de la catástrofe, sino el mirlo prisionero en el infierno de esa melancolía. Su soledad, como la de Rimbaud y Hölderlin, sería el vuelo constante, consecuente, hacia la noche del alma o el oro del silencio. Adén, la locura o la muerte son distintas respuestas de una misma fascinación.

A la tesis de Buch se le puede oponer que Trakl no construía un mito en el sentido clásico para salvar en el modelo aceptado la significación social de su culpa, sino que la reiteración de los mitologemas de referencia existencial significa la búsqueda de una expresión que dé a la culpa el carácter de desafío que supone la misma pasión. La imagen explícita del incesto en la obra de Trakl es evidente ejemplo de ese reto a una realidad que es extraña y lo será siempre a la promesa de felicidad que aquél encierra y ante la que la realidad no puede más que mostrar su extrañamiento.

La imposibilidad de comunicación sería para Trakl la consecuencia de que la única posibilidad de «comunicar» es sencillamente común, en ese silencio del lenguaje social que se construye precisamente a partir y gracias al olvido de lo primigenio y singular, gracias a la ruptura con «nuestra» naturaleza. Toda entrega a ella supone, dado que se entra ya desde fuera, desde el yo, una muerte social, la encarnación de una culpa, liberadora de la alienación.

La poesía, «corsario en un mar de desolación», recoge los reflejos de ese múltiple intento de apoderarse del oro imposible. La ruina de la realidad, de su lenguaje, es a la vez crimen y castigo, prueba de su alienación y necesaria vía de resurrección. Con razón decía Rilke que en la obra de Trakl «es la caída excusa para la ascensión indetenible». La realidad, la muerte para el poeta, aparece en su derrumbe como reflejo del delirio que para él supone ese vivir, y que es al mismo tiempo liberación necesaria para el canto en el que «la realidad» es ya olvido de sí misma gracias a la resurrección del poema, es decir, la reflexión que le devuelve la conciencia de su limitación y la necesidad de su negación. Ésta coincide con la superación del mito en sentido tradicional como partícipe de esa opresión de la realidad alienadora, dotada entonces de la posibilidad de distinta manifestación. Así, sus datos transformados adquieren en el lenguaje de la poesía aquello de lo que carece en el cotidiano: singular trascendencia. La culpa sería así la pasión consciente del poema, la transgresión necesaria a su liberadora expresión. Su

imposible o su banal recuperación para este mundo es lo que lo convertiría en una penitencia insuficiente.

El alba de Heidegger

Entre las más interesantes interpretaciones de Trakl está la de Martin Heidegger en su libro *Unterwegs zur Sprache.* Adolece, como su interpretación de Hölderlin, de reducir a tesis la verdad de la poesía, que nunca es filosófica. Heidegger supone que los poetas son fundadores del ser, la esencia en cuya pérdida andamos arrojados en una existencia que nos vela su manifestación. La poesía es fundación del ser por la palabra.

Michael Hamburger, en un ensayo sobre Trakl, recuerda a Heidegger que Hölderlin, cuya exégesis utiliza el filósofo para apoyar su afirmación, daba, sin embargo, a los poetas una misión más modesta: la misión del poeta consiste en que «lo existente sea bien esclarecido» *(Bestehendes gut gedeutet),* como escribe Hölderlin al final de *Patmos.* Nos atrevemos a precisar que a ese esclarecimiento no puede llegarse sin la negación de los valores que lo enmascaran y el recuerdo en la conciencia de lo oprimido. Éste es un recuerdo común a la queja de Trakl: «Lágrimas cristalinas lloradas por la amargura del mundo», y a la añoranza de Hölderlin: «Pero malvados son / los senderos. Es decir, injustos, / como potros, van los elementos cautivos y las antiguas leyes de la tierra. Y siempre / a lo desatado va un anhelo».

A ambos es común la extrañeza en el mundo: Trakl: «A mí me confunden las cosas y los hombres»; Hölderlin: «Comprendí el silencio del éter / las palabras del hombre nunca las comprendí».

La serena amargura de la reflexión de Hölderlin —«Pues no pueden todo los dioses. / Ciertamente alcanzan los mortales más bien el abismo. Así se vuelve el eco, / con ellos»— deviene desencantada certidumbre en Trakl: «La tierra, sin embargo, no nos salva de la astucia de los dioses».

«Las oscuras flautas del delirio» de Trakl son también eco de los últimos poemas de Hölderlin: «No todos los días nombra los más bellos aquel / que vuelve a recordar entre las alegrías», «Abril y mayo y julio quedan lejos / ya no soy nada, ya vivir no deseo». Lo que dice Adorno sobre Hölderlin —*Noten zur Literatur III, Parataxis*—, en su crítica a la exégesis de Heidegger, es igualmente válido para Trakl: «las armas de la palabra que quedan al poeta son ensombrecidas huellas del recuerdo, no un "fundar" heideggeriano».

El ensayo de Heidegger sobre Trakl se desarrolla a partir del verso

«El alma es alguien extraño en la tierra». El filósofo opina que la morada del alma no es, sin embargo, supraterrenal. En una interpretación etimológica, ajena a la escritura de Trakl, de extraño (*fremdes, fram* = de camino hacia... lo pre-visto, previamente reservado), el filósofo cree que el alma busca la tierra, no la huye, como lugar de su propia esencia, donde pueda construir y habitar para salvarla y así colma su destino esencial. Es extranjera no porque no encuentre aquí amparo y respuesta, sino porque en su esencia es algo extraño sobre la tierra y su esencia es el caminar hacia el ocaso. Ese ocaso no es catástrofe ni desaparición en la ruina, sino hacia la calma y el silencio, el azul tras el crepúsculo espiritual, hacia el alba de la noche. La noche no es necesariamente oscura, sino la profundidad de lo sagrado, que demora retirándose, velándose. La claridad sonora se esconde en el azul. El azul no es una imagen de la santidad, sino la santidad misma. La contemplación de ésta es la concentración en la verdad; su rigidez no es de muerte, sino de visión, es entrada en el silencio de la piedra, en el dolor. Ante el azul calla el dolor y se retira a la ternura que sobrepasa la discordia de lo lesivo y abrasador de lo salvaje y lo apaciguador en el dolor. Esa animalidad no está aún de-terminada, no mora aún en su ser oculto, es la del hombre actual. Por esa plenitud lucha la metafísica desde Platón, tal vez en vano, según Heidegger.

Aquellos a los que sigue el animal azul son los pocos que escuchan lo esencial. El hombre hasta ahora decae, se descompone, pierde su ser, dice Heidegger, etimologizando el *ver-wesen* de Trakl. La muerte es el ocaso hacia algo extraño. Por eso el extraño es un muerto. Esta muerte no es descomposición, en el negro noviembre, sino abandono del ser actual del hombre que no está en el viento del alma de lo sagrado, que por ello es el viento de un dios solitario. El poeta, como hermano, recorre el estanque negro de la noche detrás del extraño para asimilarse a él. El alma se desliza en el azul crepuscular y espiritual y deviene alma otoñal, alma azul, separándose así de los otros, los amados, la estirpe. Ésta es la estirpe descompuesta y fuera de su lugar, dice Heidegger etimologizando *ent-setzt,* espantada. Su maldición consiste en la discordia de estirpes, familias y sexos. De ahí su inclinación hacia el estado salvaje del aislamiento, en el que no puede encontrar su destino verdadero que sólo puede conseguir si sigue al extraño, siendo algo extraño. La tarde cambia sentido e imagen hacia el ser, en ella comienza el camino hacia donde todo está oculto, en el retraimiento. Su delirio es dulce, pues medita la quietud de la más serena infancia del muerto prematuro, por eso es un tierno cadáver, es el oscuro, figura del frescor que va por delante del caminante y le pre-dice lo que ya sabe, lo olvidado. El prematuro es el extraño llamado a morir —que Heidegger no identifica

con Trakl, «tan distinto de él como Zaratustra de Nietzsche»— que va hacia el alba inmemorial, más antigua que la estirpe que se descompone, por ser más meditadora, más sosegada, sosegadora. En ese alba se encierra la infancia donde ambos sexos están unidos en dulce duplicidad. El prematuro despliega de antemano lo que no ha nacido aún, es el no nacido, que es igual que un extraño, el retraído que vive en reposo y mira el azul de la noche espiritual. El alba encierra los años espirituales, «el ojo dorado del inicio, la oscura paciencia del fin». El final, dice Heidegger alterando los términos de este verso, es preludio del inicio de la estirpe no nacida, es la esencia primigenia del tiempo que es advenimiento de lo que ha sido como recogimiento de todo lo esencial. La oscura paciencia soporta el ocaso en el azul de la noche espiritual. El alba corresponde al oro, a la verdad, que reluce en la barca áurea de Elis, que sucumbe, pero en el alba de la noche, en su espiritualidad, que es unión de la ternura y de la destrucción, del mal, que en su metamorfosis posibilita la ternura. Ese espíritu empuja al alma a su caminar, pero el alma alimenta al espíritu con su melancolía, la ternura del alma solitaria. En su soledad es caminante portadora de su destino: el espíritu, que alcanza en la contemplación del azul. En esta contemplación dolorosa está la grandeza del alma, en ella sucede el advenimiento de lo que resplandece, donde mora el ser. Sólo lo que está lleno de alma colma su destino esencial. Todo lo animado es, pues, bueno pero doloroso. El dolor mismo habla según Heidegger como garantía de esa verdad: «En verdad que siempre estaré con vosotros». El dolor es sólo dolor si sirve al espíritu. La esencia del dolor es la flor azul, que canta el manantial del poema.

Según Heidegger, el poema «Abendland» —«Occidente»— canta el ascenso del alba de una estirpe. La poesía de Trakl canta el destino de la impronta que arroja la estirpe humana a su esencia reservada aún y que así lo salva. El país de la tarde al que va el prematuro es el *Abendland* espiritual y todavía oculto, más antiguo que el platónico-cristiano e inicio de una nueva era.

Heidegger reconoce la pluralidad de significaciones de la poesía de Trakl, alude a sus motivos bíblicos y cristianos y acepta que el paso de la estirpe es también a través de ese lenguaje, pero no se ocupa de ellos y pone en duda el sentido cristiano de la obra de Trakl, argumentando que «la onda helada de la eternidad» no es un motivo cristiano, precisamente en un poema apocalíptico, «Queja». «¿Por qué no llama a Cristo?», pregunta el filósofo.

Sin embargo, los símbolos cristianos impregnan la visión de Trakl, y contradicen fácilmente la interpretación de Heidegger. La extrañeza del alma en la tierra —que es naturaleza del alma cristiana— no es la

de un ser metaheideggeriano que ha de colmar su esencia en este mundo para salvarlo, sino la de su condena a un cuerpo y sus pasiones de cuya ceguedad participa. Esta ceguedad —en el poema «Primavera del alma» al que pertenece el verso clave de la exégesis de Heidegger claramente manifiesta en el amor a la hermana— lleva por «los terribles senderos de la muerte» a un «poderoso morir» en la pasión, que enciende el alma, cantora llama del corazón, y la entrega a la conciencia de su extrañeza: hora del duelo, silenciosa vista del sol. Es el alma algo extraño en la tierra. Por esa muerte o pasión el alma vuelve a su soledad, el amante es entonces semejante a un muerto sobre el que «silente florece el mirto», símbolo, como «el dulce canto del hermano en la colina de la tarde», de reconciliación del alma con su destino, que es a la vez ceguedad y ascensión: «ascendemos, ciegas agujas, hacia la medianoche» («Ocaso», cuarta versión).

El espíritu del que participa el alma a través del dolor que Heidegger comenta a partir del verso «¡Os lo digo en verdad! Con vosotros estaré», del poema «Primavera serena», no parece ser otro que el de la palabra evangélica, Cristo como símbolo de pasión por todo lo que deviene, enferma y muere, de lo que participa el alma: «Oh muerte, del alma enferma derruido arco». Pero en Trakl no hay imágenes explícitas de salvación. Cristo es ejemplo mismo de ese dolor y una sola vez, en las versiones primera y segunda del poema «Pasión», es citado en la poesía de Trakl, igualado a la noche: «Oh, que más piadosa la noche viniera, Cristo». La noche en Trakl no es imagen de definitiva reconciliación. «Oh noche, puerta muda ante mi dolor», «Oh noche, jardín de olvido», «Tú eres en la profunda medianoche una playa muerta en el mar silencioso [...] un no recibido en el dulce seno». El espíritu que según Heidegger adviene en la contemplación del azul de la noche es el de la humildad —virtud cristiana—, única manifestación en el mundo de ternura junto a la compasión, tampoco muy extraña al cristianismo. Esa humildad de la misma naturaleza es ejemplo en Trakl de la aceptación de la muerte, de florecimiento en el dolor: «Tan suave sangra la humildad, rocío, que lento gotea de la espina florida». No hay en el alma de Trakl promesa de vivir y habitar la tierra recuperada su esencia, sino de liberar su ceguera en una muerte que coincide con la pasión: «Oh, la voluptuosidad de la muerte», en «Sueño y entenebrecimiento». «El alma cantó la muerte, la verde putrefacción de la carne», de «A un muerto prematuro», expresa ese deseo de liberación, que lo es también del canto «Oh, la sangre que corre de la garganta del resonante, flor azul». «Transformación en la noche, muerte y alma». La muerte es lo que da a la contemplación la verdadera posibilidad de purificación de la estirpe maldita, de la que el retraído, el extraño, el

muerto prematuro, son adelantados, pero partícipes, en ese peregrinar solitario que hace de la tierra la tumba pero no el país de futura salvación: «Y el espacio se hace tumba y este pregrinar del mundo sueño».

El azul del alma, su santidad según Heidegger, aparece en Trakl ligado a numerosos calificativos terrenales; es «húmedo», «derruido», «pútrido», «apagado», «enmudecido de repente», en variantes: «oscuro, salvaje». La única mención en Trakl de lo que Heidegger llama azul «espiritual» que cita del «Canto del retraído»: «Oh, morar en azul de alma de la noche» es «un despertar de los negros minutos del delirio», allí, por lo demás, a la unión simbólica de «el pan y el vino consagrados por las manos de Dios», lo que Heidegger ignora. Sólo el descenso a la muerte aparece como liberación: «Bajé los espinosos escalones y entré en el encalado aposento», entonces «la tierra arrojó un cadáver niño», en «Revelación y ocaso». Muerte y pasión crecen de una sola carne: «De fruto y horror crece la tierra ardiente / en áureo fulgor, oh infantil gesto inocente / de voluptuosidad [...] / así pan y vino, carne de tierra nutriente» («Ángela», segunda versión); «Cuando se hace noche me miras con ojos corrompidos, / en calma azul se deshicieron tus mejillas en polvo [...] como si [...] expulsara la tierra silenciosa sus muertos» («Salmo»). «La muerte es el alimento de los culpables», que hace de ellos amantes: «Un ángel rosado surge de las tumbas de los amantes». La contemplación sólo es «algo justo que alegra al alma», pues «sólo cuando morí contemplando murieron la angustia y el dolor en lo más profundo de mí».

El secreto del mal es para Trakl inefable y el destino solitario es algo «consumado en habitaciones manchadas», es decir, algo que connota la imagen de pasión con la hermana. «Los destinos más claros son solo sueño». Bien que el «corazón está cargado de todos los pecados», la alusión permanente al motivo del incesto da a éste la significación de una culpa clave, consecuencia de una soledad primigenia de la que el mismo Dios participa. Los atributos de ese Dios son: «el helado aliento que viene y va», «el viento solitario que siempre suena», «el escalofrío», «la cólera»; es un «dios que tortura, cuyos buitres devoran el corazón, un dios terrible», caracterizado por el silencio. La única vez que habla en la obra de Trakl lo hace a un no nacido: Kaspar Hauser, contrafigura del poeta como se desprende claramente del título de la prosa autobiográfica «Ocaso de Kaspar Hauser», que Ludwig von Ficker sustituyó por «Revelación y ocaso». En la «Canción de Kaspar Hauser» Dios habló una dulce llama a su corazón: «¡hombre!», insuflándole su semejanza: «Una criatura blanca es el hombre solitario», que en el alma azul sólo bebe su esencia: «Silencio de Dios / bebí en la fuente del bosque» («De Profundis»).

El final incierto del hombre lo pone Trakl en las manos de Dios: «Dios, en tu piadosa mano pone el hombre el fin arcano, / toda la culpa y la roja pena» («Alma de otoño», segunda versión). La superación de la soledad como destino en Trakl no es la contemplación o recuperación de un alba heideggeriana —*Frühe*— que no existe en el vocabulario de Trakl, ni en sus variantes, y que el filósofo deduce de la palabra *Kühle*, frescor. «Somos los peregrinos sin destino» y las dos veces que Trakl habla de resucitados están en relación con el martirio de la carne («Helian») y con la amarga hora del ocaso. En una variante del verso 28 del poema «Pasión», versión segunda, Trakl escribió: / «En la noche y en pétrea tumba la resurrección». Pero más explícito aún lo es en el poema «Acorde»: «Nos renueva la muerte en la manera / de martirio y placer más hondamente, / donde el dios desconocido impera / y un nuevo sol nos nace eternamente». La muerte es, pues, la vía real de purificación hacia una repetición más intensa del eterno destino. El que muere renace a él y el que nace es en Trakl un no nacido aún, a la muerte, el que ha de probar aún el fruto amargo de la culpa, su esencia solitaria. El no nacido es el «no acogido en el suave seno de la noche» («Canto a la noche»), sin esencia, *wesenlos*, solitario, sin amor. «Una chispa de alegría pura, y uno estaría salvado; amor, y uno estaría redimido» (carta 85). «El no nacido suspira con ojos ciegos». Y el dolor de los nietos no nacidos de Grodeck —que Heidegger interpreta como la generación por venir distinta de los soldados de la que por ello no pueden ser hijos— es el dolor de no poder morir aún como ellos. Trakl mismo se tiene por un no nacido, «un Kaspar Hauser» (carta 29), para el que la muerte es nacimiento: «argéntea se hundió la cabeza del no nacido». La entrada en la noche no es sólo en el dolor, en el silencio de la piedra de la noche, sino en la muerte como destrucción y metamorfosis hacia un mundo no recuperable para éste y donde se intensifica su pasión. El recuerdo de esa infancia que Heidegger postula como participación de su alba primigenia y esencial es en Trakl sólo posible recuperación de la conciencia («dolor y esperanza»), de la soledad («solitario retorno»), en el que la infancia mira «con ojos ennegrecidos» («Vuelta al hogar»). En Trakl, «la paloma azul de la tarde no trajo la reconciliación».

Sólo por «senderos oscuros» se llega «al árbol de gracia que florece del fresco jugo de la tierra». Los senderos oscuros son también en Trakl los senderos de muerte, de culpa, del mal. Éste no es simplemente transformado en el retraimiento sin ser destruido ni afirmado, como dice Heidegger, sino que en su insurrección —negación y liberación— está su metamorfosis; lo que la rebelión de Trakl tiene de luciferino está relacionado en los poemas «A Lucifer» con la inmolación del Cor-

dero de Dios, con el placer de muerte como añoranza de liberación y culpa: «acepta que la muerte rompa este fanal; / inmolado cordero, sangre que nos despena» (*gemordet*), de lo que Heidegger, al hacer referencia al poema, hace caso omiso. Lo singular, lo trakliano, de esa rebelión es la conciencia de su dualidad en la «ardiente melancolía que inflama al espíritu» y la queja de esa melancolía, el desgarramiento en el dolor: «pero sigue el Oscuro la sombra / del mal, o levanta las húmedas alas / a la dorada rodaja del sol y le estremece / un toque de campana el pecho de dolor desgarrado, / indómita esperanza; las tinieblas de una caída flameante» («A Lucifer», tercera versión). Esa queja llana a la muerte es en otros poemas no sólo «dulzura del alma solitaria», lo que correspondería a la humildad cristiana, sino también «airada melancolía», o «de flores enfermas, y suspiros pestilentes que corrompen el estanque de la noche», porque también en esa corrupción, en ese incesto o impureza —por recurrir a la etimología—, habita «el canto y el delirio de la noche», y en esa queja de Trakl, como decía Rilke, «también allí hay mundo otra vez». La poesía como flor azul del retraimiento no es penitencia suficiente, a «su mesura y ley» siguen «los caminos lunares», de muerte. Para Trakl «Todos los caminos terminan en negra putrefacción. Bajo el áureo ramaje de la noche y las estrellas...». Trakl no llama a un Dios salvador ni a un alba que hay que volver a habitar porque el dolor de la soledad se funde en él con la pasión de la muerte en una rebelión sin promesa porque está animada de su desencanto. La conciencia de su noche, la humildad necesaria de su aceptación es su «duelo más orgulloso». De ello es Cristo su imagen de verdad. Trakl debía conocer el verso de Hölderlin: «¡Cree a quien lo ha probado! que en casa está el espíritu / no al inicio, no en el manantial».

Heidegger postula un *Abend-land* que oculta el ser venidero, afirmando que el final del tríptico del poema «Occidente» está ya asumido o superado en las partes precedentes, simplemente porque todo lo azulino de éstas se le descompone al filósofo en las «ciudades pétreas de la llanura, de pueblos moribundos, destrozándose en las playas de la noche como estrellas caídas» del canto final. Si hubiera conocido una de las variantes del aparato crítico donde Trakl escribió «azul» en lugar de «llanura» no hubiera necesitado de ese dudoso argumento. Pero las pétreas ciudades construidas en el azul también se derrumban en Trakl y del «derruido azul» del poema —que Heidegger calla— surge un «alguien de muerte» que, como «los verdes bosques de nuestra tierra, la onda cristalina que va a morir junto al muro derruido». Entonces en «Occidente» sólo queda la conciencia de que «hemos llorado en el sueño».

Este sueño, el del «amor oscuro» y el «aguijón de la muerte», tensa

la poesía de Trakl entre la embriaguez de los sentidos y la quietud del corazón y arrastra a la conciencia hacia un vacío donde emergen todas las figuras que deslumbraron su infancia: «la madre en dolor y espanto», «la serena sombra del padre», el flameante *demon* de la hermana, su voz lunar. Ellas participan a la vez de esa tensión. La madre que aparece en los primeros poemas cantando en el sueño, o en la imagen de María, deviene negra reseda, pétreo rostro, manos dolorosas a las que el pan se le vuelve piedra, queja oscura de muerte, en cuya casa de piedra vuelve el solitario a inclinar la cabeza. El padre, primero protección y calma, la dura voz que conjura el espanto, el Dios de cólera que habita la sangre derramada. «Tú sueñas: la hermana peina su rubia cabellera». Después: Vacila por la silenciosa arboleda. Surge de espejo quebrado. Desde pútrido azul habla su boca sangrante. Sus ojos son pétreos. Aparece en otoño, en negra putrefacción. La imagen del alma, el venado azul, sangra lúgubre en la maleza, aparece silenciosa en la noche, mira desde una herida supurante. El amor, donde sonó un brillo rosado, sueño de una siesta, párpados que se alzan suaves sobre un alguien humano, deviene pasión, pétreo abrazo, ardiente placer y tormento sin fin. «Lunas azules se hundieron los ojos del ciego en sedeña cueva». Ese amor no es luz redonda del bien, en «óseo silencio brilla su corazón». La hermana aparece entonces en los malos sueños, jovenzuelo moribundo o monja silente, su sombra es triste, su rostro, blanco, sus dedos fríos sangran mientras canta en el espinar. Afra, Elis, Helian, hermano y hermana están unidos en un mismo terror y un mismo canto. «Oh las flautas de la luz. Oh las flautas de la muerte». La estirpe maldita repite en la introversión del poeta la lucha por su purificación.

Su amor es pasión de muerte. Las figuras de Don Juan y Barbazul encarnan esta tensión de víctima y sacrificio que en Trakl supone la pasión por el alma. No la maldición del incesto, sino la atadura a sí mismo, a la propia sangre, la desesperanzada pasión, eleva a la conciencia la lúcida soledad de su destino, la tragedia de un yo cautivo en su propio abismo. Cristo, imagen de superación, Lucifer, ángel caído en su delirio, son los relámpagos de un sueño que sólo puede rescatar «el último oro de las estrellas caídas», «un tesoro encandece en el espanto». «Extraños son los caminos del hombre». Los que llevan a la azul contemplación, a la soledumbre donde «el pan y el vino están benditos por las manos de Dios», los mira el retraído «con ojos nocturnos», anhelando «el reposo del espinoso peregrinar»; también allí suena la queja de una gran estirpe, los negros minutos del delirio. Sueño y entenebrecimiento. La estirpe u n a oirá el dulce canto de los resucitados en la amarga hora del ocaso. Su cierto despertar será en la ola helada de la eternidad, al inmenso dolor de los nietos no nacidos. «Una

barca angustiosa se hunde bajo las estrellas, bajo la faz silenciosa de la noche». Lo que alcanza el poeta, lo que alcanza al poeta, es sólo esa luz distinta que hacía firmar a Nietzsche «Dionysos» y «el Crucificado» y a Hölderlin cantar bajo la faz de «Scardanelli». Esa luz no es la de los cristalinos minutos de la melancolía, «sereno contemplar», sino la de la sumisión a la muerte. «Así termina un día de oro». «Áureo ojo del inicio, oscura paciencia del fin».

Tal como Rimbaud, Trakl despierta al final de su vida al ocaso de su imposible ilusión, la de vivir y rescatar un mundo más allá del de la ley impuesta. La de negar al mundo racional el derecho de determinar nuestra naturaleza. Como al poeta de *Una temporada en el Infierno,* el laurel que adorna las blancas sienes del noble es el que corresponde a su desafío, el del solitario que a través de la dulzura y la amargura de su alma sueña un mundo donde «poder gozar sin preguntas», sin dios de bondad ni dios de cólera, donde el corazón salvaje se vuelva blanco, donde pueda gozar «loco de alegría». El camino hacia él es el de la conciencia hacia la naturaleza. Ésta despierta el corazón, pero lo condena al silencio, su liberación es la queja en el límite entre el deseo y el sufrimiento, la pasión. La argéntea lira de Orfeo «suena llena de oscuro embeleso a los fríos pies de la penitente». Eurídice —la hermana en Trakl— muere de esa mirada hacia el pasado, donde estaba el amor. La única salvación estaría en el olvido. Pero Orfeo no soportó el silencio, por miedo y amor miró hacia atrás y quedó solo. Las Ménades se vengarían de su soledad. La cabeza, la lira, se las lleva el río Hebros hasta el mar y Lesbos. Sólo una vez enterrada vuelve su alma a su alma, la hermana, Eurídice.

Como en el mito, nada hay verdaderamente oculto en el texto de Trakl. Así, lo que en el lenguaje cotidiano puede aparecer como contradicción tiene en el de la poesía su lógica sagrada. Lo que la poesía expresa es lo que niega la sociedad. La libertad de romper los límites que petrifica la ley, de creer en el sueño que libere de su bien y de su mal, de llevar el deseo hacia un absoluto, de rechazar la vida que es muerte de esa libertad, de saber que la verdadera vida está ausente, de entregarse a esa verdad, de aceptar el martirio de nuestra propia subjetividad hasta saber que «Je est un autre», «Du bist in tiefer Mitternacht».

Naturalmente, se expresa Trakl en un lenguaje —¡todavía!— social. Una lengua determinada, una tradición artística, un papel «social»; pero Trakl probó y supo arrancar al infierno de su mundo la amarga dulzura que sentía como com-pasión. «Todos los seres son dignos de amor». Por esta última creyó poder volver al mundo como Orfeo, es decir, salvar la muerte del alma; pero cuando mira al alma que sale del

infierno, el alma es sólo una sombra —¡culpa social!— y ya nadie la reconoce sino como penitente. Entonces la lira es de muerte. Ya no hay galerías del alma, o están vacías, es inútil volver atrás. Ya sólo queda Grodeck: habitar «la sangre derramada, frescura lunar».

Como un caleidoscopio que construye sus nuevas constelaciones a medida que se destruyen las anteriores, la poesía de Trakl lleva en cada nueva configuración la posibilidad de un núcleo que no puede brillar más que reflejándose en otros que su impulso dispersa, que sólo dicen su verdad reflejada en mil verdades, que dan a cada verdad anterior la luz de su desencanto. Grodeck dice lo mismo que «Los cuervos», antes de Grodeck; después, los asimila al negarse. Hay sólo un texto y sus reflejos son otro texto, sin el primero pero gracias a él. En esta diferencia se constituye su semejanza primigenia, su significación entre su soledad y sus pasiones. La sola verdad es la soledad de las verdades. La sola pasión, la soledad de las pasiones. Su muerte es su vida misma. Un hombre se inmoló en ella, como un cometa breve. Una voz ha nacido: Georg Trakl.

BIBLIOGRAFIA

Trakl, Georg: *Dichtungen und Briefe.* Historisch-kritische Ausgabe, hrsg. v. Walther Killy und Hans Szklenar, 2 Bde., Salzburg, 1987.

Basil, Otto: *Georg Trakl in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten,* Hamburg, 1965.

Böschenstein, Bernhard: «Wirkungen des französischen Symbolismus auf die deutsche Lyrik der Jahrhundertwende»: *Euphorion,* 58, 1964.

«Motivwanderung in Trakls Gedichten. Am Beispiel des "Wilds"», en *Text und Kritik: Georg Trakl,* München, 1985.

Buch, Karl Wilhelm: *Mythische Strukturen in den «Dichtungen» Georg Trakls,* Göttingen, 1954.

Casey, Timothy John: *Manshape that shone. An interpretation of Trakl,* Oxford, 1964.

Denneler, Iris: *Konstruktion und Expression. Zur Strategie und Wirkung der Lyrik Georg Trakls,* Salzburg, 1984.

«Erinnerung - ein Fragment. Zu Georg Trakls später Prosa», en *Text und Kritik: Georg Trakl,* München, 1985.

Dolei, Giuseppe: *L'arte come espiazione imperfetta: Saggio su Trakl,* Stuttgart, 1978.

Doppler, Alfred: «Orphischer und apokalyptischer Gesang»: *Literaturwissenschaftliches,* 8, 1968.

«*Der Brenner* als Kontext zur Lyrik Trakls», en *Die Andere Welt. Aspekte der österr. Literatur des 19. und 20. Jhs. Festschrift für H. Himmel,* München, 1979.

«Elemente der Bibelsprache in der Lyrik Georg Trakls», en *Trakl-Studien,* XV, Salzburg, 1988.

Falk, W.: «Leid und Verwandlung. Rilke, Kafka, Trakl und der Epochenstil des Impressionismus und Expressionismus», en *Trakl-Studien,* VI, Salzburg, 1961.

Ficker, Ludwig von: *Denkzettel und Danksagungen. Aufsätze und Reden,* München, 1967.

Fink, Adrian: «Ein unveröffentliches Gedicht Georg Trakls»: *Recherches Germaniques,* 4, 1974.

——: *Georg Trakl. Essai d'interpretation,* Lille, 1974.

——: *Georg Trakl und die französische Literatur. Festvortrag am 1.2.1975 in Salzburg.* Manuskript der Trakl-Gedenkstätte Salzburg.

——: «Trakl hier und heute», en *Trakl-Studien,* XV, Salzburg, 1988.

Goldmann, Heinrich: *Katabasis. Eine tiefenpsychologische Studie zur Symbolik der Dichtungen Georg Trakls,* Salzburg, 1957.

Gorgè, Walter: *Auftreten und Richtung des Dekadenzmotivs im Werke Georg Trakls,* Bern, 1973.

Hamburger, Michael: «Georg Trakl», en *Reason and Energy,* London - New York, 1957.

Hanisch, Ernst/Fleischer, Ulrike: *Im Schatten berühmter Zeiten. Salzburg in den Jahren Georg Trakls (1887-1914),* Salzburg, 1986.

Heidegger, Martin: «Die Sprache im Gedicht. Eine Erörterung von Georg Trakls Gedicht», en *Unterwegs zur Sprache,* Pfullingen, 1979.

Hellmich, Albert: «Klang und Erlösung. Das Problem der musikalischen Strukturen in der Lyrik Georg Trakls», en *Trakl-Studien,* 8, Salzburg, 1971.

Jünger, Ernst: *Strahlungen,* Wien, 1950, pp. 629 ss.: «Über Georg Trakl».

Kemper, Hans Georg: *Georg Trakls Entwürfe: Aspekte zu ihrem Verständnis,* Tübingen, 1970.

Killy, Walther: *Über Georg Trakl,* Göttingen, 1960.

Kohlschmidt, W.: «Der deutsche Frühexpressionismus im Werke Georg Heyms und Georg Trakls»: *Orbis Litterarum,* IX, 1954

Lachmann, Eduard: «Kreuz und Abend», en *Trakl-Studien,* 1, Salzburg, 1954.

Lipinski, Krysztof: «Übersetzungsfall Georg Trakl: Strategien der Schlüsselwortwiedergabe», en *Trakl in fremden Sprachen. Internationales Forum der Trakl-Übersetzer. Trakl-Studien,* XVII, Salzburg, 1991.

Lindenberg, Wladimir: *Frühvollendete. Villon, Shelley, Büchner, Rimbaud, Trakl, Jessenin, Eggert,* München-Basel, 1966.

Preisendanz, Wolfgang: «Auflösung und Verdinglichung in den Gedichten Georg Trakls», en Wolfgang Iser (Hrg.), *Inmanente Ästhetik. Ästhetische Reflexion,* München, 1966.

Reina Palazón, José Luis: «Probleme der Übersetzung von Georg Trakl ins Spanische», en *Trakl in fremden Sprachen. Internationales Forum der Trakl-Übersetzer. Trakl-Studien,* XVII, Salzburg, 1991.

Ritzer, Walter: *Neue Trakl-Bibliographie,* Salzburg, 1983.

Saas, Inge: *Georg Trakl,* Stuttgart, 1974.

Schier, Rudolf Dirk: *A study of Georg Trakl's Helian,* Ithaca, 1965.

Silbermann, María José: *El expresionismo y la filosofía de la existencia: Münch, Trakl y Heidegger,* Tesis, Universidad de Cádiz.
Spoerri, Theodor: «Georg Trakl. Strukturen in Persönlichkeit und Werk. Eine psychiatrisch-anthropographische Untersuchung», en Nar, Hans (Hrg.): *Erinnerung an Geog Trakl. Zeugnisse und Briefe,* Salzburg, ^{3}1966.
Vietta, Egon (d.i. Egon Fritz): *Georg Trakl. Eine Interpretation seines Werkes,* Hamburg, 1947.
Weber, Waldemar: *Trakls Lyrik auf dem Weg ins Russische.* Ts. XVII.
Weichselbaum, Hans: «Die "Zivilisation" bei Georg Trakl», en *Londoner Trakl- Symposion. Trakl-Studien,* 10, 1981.
Wetzel, Heinz: *Klang und Bild in den Dichtungen Georg Trakls,* Göttingen, 1968.
——: *Konkordanz zu den Dichtungen Georg Trakls,* Salzburg, 1971.
——: «Uber Georg Trakls Gedicht "Nachtergebung". Eine Untersuchung der fünf Fassungen», en *Text und Kritik: Georg Trakl,* München, 1985.
——: «Heimat in den Dichtungen Georg Trakls», en *Trakl-Studien,* XV, Salzburg, 1988.
Yoshida, Kiyoshi: *Trakls Metaphorik. Studies in Humanities by the College of Liberal Arts,* Kanazawa University, Kanazawa, 1963.
Wiese, Benno von (Hrg.): «Deutsche Dichter der Moderne», en Ursula Jaspersen: *Georg Trakl,* Berlin, 1965, pp. 379-399.
Wittgenstein, Ludwig: *Briefe an Ludwig von Ficker,* Salzburg, 1969.
Zambrano, Juan: *La poesía de Georg Trakl,* Los Esteros, Madrid, 1966.

NOTA DEL TRADUCTOR

El lector tiene ante sí la traducción de toda la obra completa de Trakl, poemas y versiones, prosa, teatro, aforismos y cartas, según la edición crítica de Walther Killy y Hans Szklevnar (Müller Verlag, Salzburgo, 1987). Es la primera en una lengua occidental; sólo existe otra en japonés a cargo de Asako Nakamura.

Nuestra traducción reproduce muy exactamente el texto original, que nunca hemos pretendido sacrificar a las necesidades de la rima o del ritmo en castellano. El número de sílabas de los versos es normalmente mayor, debido a características diferenciales de ambas lenguas, aunque también se ha intentado en lo posible reproducir las cantidades y ritmos del original, así como otros procedimientos estilísticos, rimas internas, cesuras, aliteraciones, etc. Cuando en algún poema aparece una estrofa con versos de mayor número de sílabas que las anteriores, también lo tiene en el original.

Tengo que agradecer la valiosa ayuda de la fundación «Georg-Trakl-Forschung und Gedenkstätte» en Salzburgo, su invitación a varios coloquios internacionales que me han permitido el contacto con traductores y especialistas. Entre ellos quiero destacar a los profesores Dr. Adrian Fink, Universidad de Estrasburgo; Dr. Heinz Wetzel, Universidad de Toronto; Dr. Bernhard Böschenstein, Universidad de Ginebra; Dr. Krysztof Lipinski; Universidad de Cracovia. Debo valiosas aclaraciones sobre términos dialectales, problemas del ritmo, etc., a los amigos Mag. Hans Weichselbaum, *Kustos* de la Fundación Georg Trakl, y Michael Hamburger, poeta y traductor de Trakl al inglés.

Muy fructíferas fueron mis conversaciones con los traductores Madame Michèle Fink, Estrasburgo; Waldemar Weber, Moscú; Peter Zajac, Bratislava; Liang Jiazhen, Pekín; Kasihiko Kubo, Tokio, y Brani-

mir Zivojinovic, Belgrado, así como con la doctora María José Silbermann, Cádiz.

Mis amigas filólogas Ute Baer, Lidia Lipkowitsch, Erika Scheibe y Helga Werner aportaron importantes precisiones, así como el novelista alemán Wilhem Genazino. Christof Werner resolvió más de un problema técnico de mi ordenador. Las revistas *Un ángel más,* Valladolid; *Barcarola,* Albacete; *Condados de Niebla,* Huelva; *New Man,* Málaga; *Ritmo de Viento,* Utrera, y *Turia,* Teruel, tuvieron la amabilidad de publicar selecciones de mis traduciones de Trakl. El profesor de filosofía Agapito Maestre me puso en contacto con el editor Alejandro Sierra: a su buena amistad se debe esta publicación. *And last but not least* he de agradecer al Ministerio de Cultura de España la concesión de un premio de ayuda a la traducción, siendo director del Centro de las Letras Españolas el novelista José María Merino, y director del Libro y Bibliotecas, don Juan Manuel Velasco.

Mi labor va dedicada a mi padre, Manuel Reina López.

Frankfurt am Main, primavera de 1992.

I
POESIA

LOS CUERVOS

Sobre el ángulo negro se van precipitando
al mediodía los cuervos con duro graznido.
Sus sombras a la sierva rozan de seguido
y a veces huraños se les ve descansando.

Oh, cómo la parda calma van rompiendo
en que una haza se siente embelesada,
tal hembra en grave presentir cautivada
y a veces se les puede oír gruñendo

sobre una carroña que husmean por doquier,
y el vuelo de pronto dirigen al norte
y desaparecen tal fúnebre corte
en aires que se estremecen de placer.

LA JOVEN SIRVIENTA

DEDICADO A LUDWIG VON FICKER

1

En la fuente, al crepúsculo,
se la ve como hechizada
sacar agua, al crepúsculo.
Cubos suben, cubos bajan.

Chovas las hayas revuelan
y ella a una sombra imita.
Su rubio cabello ondea
y en el corral ratas gritan.

Y halagada por la ruina
baja inflamados los párpados.
Seca hierba en la ruina
se tiende bajo sus pasos.

2

Faena silente en el cuarto
y el patio desierto queda.
En el saúco ante el cuarto
un mirlo silba y se queja.

Su cara plateada en el espejo
la mira extraña en luz queda,
pálida eclipsa en el espejo,
del que le espanta la pureza.

Tal sueño canta en lo oscuro
un mozo y el dolor la hiela.
Rubor gotea por lo oscuro.
Se agita el austro en la puerta.

3

De noche en pelados prados
en sueños febril vacila.
El viento gruñe en los prados,
la luna entre árboles espía.

Las estrellas ya pálidas
y ella de penas rendida,
céreas mejillas pálidas.
Huele la tierra podrida.

Queja de caña en el charco
y ella de frío encogida.
Canta un gallo. Sobre charcos
dura y gris el alba vibra.

4

Zumba en el yunque el martillo,
pasa ella aprisa por la puerta.
Rojo blande el mozo el martillo
y mira adentro como muerta.

Tal en sueño la hiere una risa
y en la fragua su paso duda,
tímida, dócil ante su risa,
como el martillo dura y ruda.

En la forja fulgen las chispas
y ella con inciertos gestos
persigue las salvajes chispas
y cae aturdida al suelo.

5

Débil yaciente en la cama
despierta en dulce temor
y mira su sucia cama
cubierta de áureo fulgor,

las resedas en la ventana
y el claro azulado cielo.
Lleva el viento a la ventana
campana de corto aliento.

Sombras sobre la almohada,
lento el reloj da el mediodía.
Mal respira en la almohada,
su boca es como una herida.

6

En la tarde sangrientos lienzos,
nubes sobre bosques callados,
ya envueltos en negros lienzos.
Gorriones pían en los campos.

Y toda blanca yace en lo oscuro.
Bajo el techo un arrullo alienta.
Como estiércol en bosque oscuro
las moscas su boca revuelan.

Suena irreal en el pardo caserío
de violines una música y de danza,
su rostro en vilo por el caserío,
va su cabello por desnudas ramas.

ROMANCE EN LA NOCHE

Solo bajo el firmamento
y a medianoche silente
va el niño del sueño ausente
su gris rostro en luna yerto.

Llora la loca, libre el pelo,
en la reja que mira fija.
Por el lago en dulce gira
amantes en lírico paseo.

Sonríe el criminal al vino en palor.
La muerte enfermos angustia.
La monja herida y desnuda
ora ante la cruz del Salvador.

La madre canturrea dormida.
Mira en la noche el niño en paz
los ojos llenos de verdad.
Risas en la mancebía.

En el sótano a luz de bujía,
blanca mano, pinta el muerto
en muro un burlón silencio.
El durmiente murmura todavía.

EN EL ROJO FOLLAJE DE GUITARRAS SONORO...

En el rojo follaje de guitarras sonoro
de muchachas ondean los cabellos dorados
en el seto donde están girasoles posados.
Por entre las nubes corre un carro de oro.

En la calma de la sombra enmudecidos
estúpidamente se abrazan los mayores.
Huérfanos de vísperas son dulces cantores.
Zumban las moscas en amarillos vahídos.

En el arroyo lavan mujeres todavía,
ondea en el aire la ropa colgada.
La pequeña que a mí tanto me agrada
viene cuando se va la luz del día.

Gorriones se lanzan del cielo tibio
a putrefactos verdes agujeros.
Un olor de pan y de acre romero
se le figura al hambriento un alivio.

MUSICA EN MIRABELL
Segunda versión

Canta una fuente. Las nubes están
blancas, suaves, en celeste espejo.
Pensativos, callados hombres van
en la tarde por el jardín viejo.

Se agrisa el mármol de los antepasados.
Pájaros en banda las lejanías rozan.
Un fauno contempla con ojos cegados
las sombras que en lo oscuro se posan.

Roja la fronda del viejo árbol desciende,
por la abierta ventana entra en espirales.
Un fulgor de fuego el espacio enciende
y bosqueja turbios miedos fantasmales.

Entra en la casa un blanco forastero.
Se lanza un perro por pasillos derruidos.
La criada apaga la luz de un candelero,
de sonatas nocturnas se oyen sonidos.

MELANCOLIA DE LA TARDE

—El bosque que moribundo se dilata—
Hay sombras que tal setos lo rodean.
Ciervos sus camas medrosos merodean,
mientras un arroyo suave se desata.

Helechos sigue y pedregales viejos
y brilla argénteo de trenzadas plantas.
Pronto se le oye en negras gargantas—
Tal vez brillen ya estrellas a lo lejos.

Inmenso parece el campo sombrío,
dispersas aldeas, pantanos, lagunas,
y algo que te finge un fuego. Unas
veredas atraviesa un fulgor frío.

Se presiente en el cielo movimiento,
un bando de aves salvajes a aquellas
tierras vuela diferentes, bellas.
Agita y calma las cañas el viento.

CREPUSCULO DE INVIERNO

A MAX ESTERLE

Negro cielo de metal.
Cruzan en roja tormenta
locas cornejas hambrientas
parques, grima vesperal.

Nublado, un rayo glacial;
y ante Satán maldiciente
giran y bajan silentes
siete en número augural.

Lo pútrido, soso y dulzal,
tragan sus picos cortantes.
Casas mudas inquietantes;
luz en la sala teatral.

Iglesia, puente, hospital,
entre luces truculentos.
Se hinchan, lienzos sangrientos,
las velas por el canal.

RONDEL

Ya se ha ido el oro de los días,
de la tarde el pardo y el azul color:
murieron las flautas dulces del pastor.
De la tarde el azul y el pardo color
ya se ha ido el oro de los días.

BENDITA MUJER

Entre tus damas rodeada te acercas
y hay veces que sonríes compungida:
fue de inseguros días la venida.
Blanca es la amapola ya en la cerca.

Como tu cuerpo henchido y alindado
madura dorada la vid en la colina.
Lejos el espejo del estanque fulmina
y la guadaña cimbrea en el sembrado.

Rueda el rocío en el matorral,
roja es de las hojas la caída.
Para saludar a su mujer querida
llega a ti un moro moreno y brutal.

LA CIUDAD HERMOSA

Viejas plazas soleadas en silencio.
En fondo azul y oro engarzadas
en sueño pasan monjas delicadas
bajo hayas sofocantes de silencio.

Del sepia resplandor de las iglesias
imágenes de muerte miran puras,
de príncipes hermosas armaduras.
Coronas centellean en las iglesias.

Corceles se levantan de la fuente.
De árboles amagan garras floridas.
Juegan los niños soñando sus vidas
suave en la tarde allí en la fuente.

Muchachas de pie ante los portales
miran medrosas el color de la vida.
Húmeda tiembla la boca transida
y siguen esperando en los portales.

De campanas vibra y vuela el sonido,
compases de marcha, gritos de paradas.
Forasteros escuchan en las gradas.
Alto en el azul del órgano el sonido.

En claros tonos instrumentos cantan.
En el jardín por arcadas frondosas
vibra la risa de damas hermosas.
Jóvenes madres suavemente cantan.

Íntimo alienta en floridas ventanas
aroma de brea, incienso y lila.
Párpados cansados, su plata titila
por entre las flores de las ventanas.

EN UNA HABITACION ABANDONADA

Arriates en flor, ventana,
un órgano dentro suena.
Loca extravagante rueda
sombras en tapices danzan.

En luz flamea la arboleda,
mosquitos en nube bailan.
Guadañas el campo dallan,
vieja fuente lejos suena.

¿Qué aire me ha acariciado?
Golondrinas deliran signos.
Fluyen suave a lo infinito
lejos los bosques dorados.

Flameantes los arriates.
La loca rueda embelesa
por tapiz que amarillea.
Hacia dentro mira alguien.

Huelen dulce incienso y pera,
crepúsculo en cristal y arca.
La ardiente frente se baja
lenta ante blancas estrellas.

AL MUCHACHO ELIS

Elis, cuando el mirlo en el negro bosque llama,
es tu declinar.
Tus labios beben el frescor de la fuente azul de las rocas.

Deja si tu frente sangra suave
antiguas leyendas
y el oscuro sentido del vuelo de las aves.

Pero tú entras con tiernos pasos en la noche
que cuelga cargada de uvas purpúreas,
y más bellos mueves los brazos en el azul.

Un espino suena,
donde están tus ojos lunares.
Oh, hace tanto tiempo, Elis, que has muerto.

Tu cuerpo es un jacinto
en el que un monje hunde los céreos dedos.
Una negra gruta es nuestro silencio,
de la que sale a veces un manso animal
y deja caer lentos los pesados párpados.
Sobre tus sienes gotea negro rocío,
el último oro de estrellas declinantes.

LA TARDE DE TORMENTA

¡Oh, las horas de la tarde rojas!
En la abierta ventana trémulas vacilan
de vid enredadas en el azul las hojas,
fantasmas del miedo allí dentro anidan.

Baila el polvo en hedores de albañales.
El viento en cristales topa y repica.
A un enganche de caballos salvajes
con rayos nubes deslumbrantes fustigan.

El espejo del estanque salta en trizas.
Gritan gaviotas en marcos de ventanas.
Un jinete de fuego galopa en la colina
hasta que en el bosque se destroza en llamas.

Vociferan enfermos en el hospital.
El plumaje de la noche vibra azulado.
Repentinamente bramando al brillar
la lluvia se derrama sobre los tejados.

MUSA DE LA TARDE

Vuelve la sombra de la torre a la reja de flores
y un oro. En calma y paz se apaga la frente ardiente
en lo oscuro de ramas de castaños corre una fuente
allí sientes tú: ¡es bueno! en lasitud de dolores.

De frutos de estío y guirnaldas vacío está el mercado.
De portales el negruzco boato impresiona armonioso.
En un jardín suena el toque de un aire melodioso,
donde los amigos tras el yantar se han encontrado.

Cuentos del mago blanco a gusto el alma escucha.
El cereal segado en la siesta en redor murmura.
Paciente en las cabañas calla la vida dura;
a la vaca adormecida el farol de luz ducha.

Pronto ebrios de aires los párpados se inclinan
y se abren suaves a estrellas de signos extraños.
Surge Endimión de lo oscuro de viejos castaños
y en aguas que van llenas de luto se reclina.

SUEÑO DEL MAL
Primera versión

El golpe sepia y oro de un gong en lejanía—
En las negras salas se despierta un amante,
la mejilla en las flamas del cristal vibrante.
Fulgen velas, cordeles, mástiles en la ría.

Un monje, una embarazada entre el gentío.
Rasguean guitarras, brillan jubones colorados.
En luz de oro se agostan castaños sofocados;
negro surge de los templos el fausto sombrío.

Mira en lívidas máscaras el espíritu del mal.
Una plaza horripilante y lóbrega oscurece;
por la tarde un murmullo sobre las islas crece.

Leyendo van del vuelo de aves el signo fatal
leprosos que se pudren en la noche letal.
A hermanos la mirada en el parque estremece.

CANCION ESPIRITUAL

Signos, como un raro recamado
dibuja un arriate que flamea.
El aliento de Dios que azul orea
en la sala del jardín ha entrado,
alegre ha entrado.
En la vid silvestre madero en cruz alzado.

Oye cómo en la aldea se han alegrado,
un jardinero al muro forrajea,
un órgano suavemente teclea,
mezcla sonido y fulgor dorado,
sonido dorado.
Amor pan y vino ha consagrado.

Muchachas también han entrado
y el gallo por último gorjea.
Una mohosa reja se entornea
y en rosario de rosas trenzado,
rosas en trenzado,
María blanca y fina ha reposado.

El mendigo junto a un canto rodado
la oración como muerto balbucea,
tranquilo un pastor la colina rodea
y canta un ángel en el arbolado,
cerca en el arbolado
a niños que en el sueño han entrado.

EN OTOÑO

Girasoles en la valla en luz se desgranan,
silentes los enfermos sentados al sol lento.
En el campo las mujeres cantando se afanan
llegan hasta allí las campanas del convento.

Leyendas lejanas te cuentan las aves,
suenan en ellas campanas del convento.
Desde el patio el violín suena suave.
Hoy están pisando el vino sangriento.

Así se muestra el hombre en paz y alegría.
Hoy están pisando el vino sangriento.
Los cuartos mortuorios abiertos al día
están y los pinta hermoso el sol lento.

AL ATARDECER MI CORAZON

En el atardecer se oye el chirrido de los murciélagos.
Dos caballos negros saltan en el prado.
El arce rojo susurra.
Aparece al caminante la pequeña venta del camino.
El vino nuevo y las nueces saben a gloria.
Gloria: tambalearse ebrio en el bosque crepuscular.
A través del negro ramaje suenan campanas dolorosas.
Sobre el rostro gotea rocío.

LOS CAMPESINOS

Ante la ventana sonoros verde y azafrán.
En un cuarto ahumado, tras su esfuerzo,
gañanes y mujeres sentados al almuerzo,
el vino se reparten y comparten el pan.

En el profundo silencio del mediodía
de vez en cuando se oye una parca palabra.
Toda a una vibra la tierra que se labra
y el cielo plomizo que a lo lejos se amplía.

El ascua en el hogar muecas flamea
y zumba en redor un enjambre de moscas;
las sirvientas escuchan calladas y hoscas
y en sus sienes la sangre martillea.

Ávidas miradas se encuentran de soslayo
si un vaho animal llega a la habitación.
Monótono recita un gañán la oración
y entonces en la puerta canta un gallo.

De nuevo en el campo. Un espanto los baña
a menudo en el rumor de las mieses bramante,
cuando a uno y otro lado blanden vibrante
y fantasmalmente a compás la guadaña.

LAS ANIMAS

A KARL HAUER

Hombritos, mujercitas, tristes compañeros,
flores rojas y azules hoy su mano vierte
sobre sus criptas de medrosos candeleros,
como pobres muñecos actúan ante la muerte.

¡Oh! Cómo llenos de miedo y humildad parecen
como sombras están detrás de arbustos sombríos.
Llantos de no-nacidos el viento otoñal mece.
También se ven luces perderse en extravíos.

Suspirar de amantes alienta en la arboleda
y allí con el niño la madre se corrompe.
Irrealidad parece de los vivos la rueda,
maravilla que al viento de la tarde se rompe.

Confusa es su vida, de tristes penas enturbiada.
Apiádate, Señor, de las mujeres, su dolor y calvarios,
de esta queja de muerte desesperanzada.
Por salas siderales senderean silentes solitarios.

MELANCOLIA

Tercera versión

Azuladas sombras. Ay, esos ojos oscuros
que al pasar me miran largo y tendido.
De guitarras acompaña al otoño el sonido
disuelto en el jardín en lejíos impuros.
Sombrías tristezas de la muerte preparan
manos nínfeas, chupan en pechos encarnados
consumidos labios y en lejíos atezados
del mancebo solar lientos rizos desvaran.

ALMA DE LA VIDA

Entenebrecida decae la fronda vana,
su inmenso silencio en el bosque habita.
Ya parece que una aldea fantasmal medita.
Susurra en ramas negras la boca de la hermana.

Pronto el solitario se pierde en el camino,
es tal vez un pastor por senderos oscuros.
Arcos de árboles deja un animal inseguro,
los párpados se amplían ante lo divino.

Hermoso el río azul va descendiendo,
nublados aparecen en la tarde calma
también en silencio angelical el alma.
Efímeras figuras van desapareciendo.

OTOÑO TRANSFIGURADO

En esplendor así termina el año
con frutos del huerto y dorado vino.
Calla bello el bosque en aledaño,
del solitario es compaña del camino.

El campesino dice: ¡Qué bondad!
¡Campanas de la tarde, largas y suaves,
nuestro ánimo para el fin alegrad!
Saluda al pasar una banda de aves.

Es el tiempo agradable del amor.
En barca por el río azul abajo
una imagen une a otra su primor—
Esto va en calma y silencio abajo.

LUGAR JUNTO AL BOSQUE

A KARL MINNICH

Pardos castaños. Suave se deslizan los viejos
en la tarde silente. Bello follaje muere blando.
Camposanto: con el primo muerto un mirlo jugando.
A Ángeles el maestro rubio le hace el cortejo.

Ante puras imágenes de muerte en vidrieras te pasmas;
pero un sangriento fondo es muy doliente y grave.
La puerta está cerrada. El sacristán tiene la llave.
En el jardín la hermana habla amable con fantasmas.

En viejas bodegas se hace el vino dorada claridad.
Dulce olor de manzanas. Brilla alegría no lejos.
Los niños en la larga tarde cuentos oyen perplejos.
También ve frecuente el dulce delirio la áurea verdad.

Fluye el azul lleno de resedas; cuartos en luz jovial.
A los humildes espera bien preparada su casa.
Por la linde del bosque un solitario destino pasa;
la noche aparece, ángel de reposo, en el umbral.

EN INVIERNO

Los surcos en blancura y frío se encienden.
Está el cielo inmenso y solitario.
Grajos el estanque revuelan en rosario
y los cazadores del bosque descienden.

En negras cumbres habita lo silente.
De las cabañas escapa una lucería,
un trineo a veces allá en la lejanía
y gris la luna asciende lentamente.

Un venado se desangra dulce en la vereda
y cuervos chapotean en charcos sangrientos.
Tiemblan los cañales tiesos y amarillentos.
Helada, humo, un paso en la vacía arboleda.

EN UN VIEJO ALBUM

Siempre vuelves de nuevo, melancolía,
oh dulzura del alma solitaria.
En ascuas se consume un día de oro.

Humilde al dolor se doblega el paciente,
sonoro de armonía y de dulce delirio.
¡Mira! Es ya el crepúsculo.

Vuelve otra vez la noche y gime un mortal
y otro entonces comparte la pena.

Estremeciéndose bajo estrellas otoñales
cada año más baja se inclina la cabeza.

METAMORFOSIS
Segunda versión

Paseo por la huerta, otoñal, en rojo quemada:
aquí se muestra en calma diligente la vida.
Trae la mano del hombre la vid embrunecida,
mientras dulce el dolor se baja en la mirada.

Es de tarde, van pasos por la tierra oscura
más intensos en silencio de hayas rojo fuerte.
Un animal azul se inclina ante la muerte
y terrible se pudre una vacía vestidura.

Muy tranquilo tocan delante de una venta,
un rostro ebrio en la hierba se ha hundido.
Frutos de saúco, dulce flautín transido,
aroma de resedas lo femenino alienta.

PEQUEÑO CONCIERTO

Un rojo te estremece fantásticamente—
A través de tus manos el sol brilla.
Sientes tu corazón loco de maravilla
al prepararse para una acción silente.

Al mediodía fluyen amarillos sembrados.
Tú apenas oyes ya los grillos cantores,
blanden la guadaña duro los segadores.
Cándidamente callan los bosques dorados.

En la verde laguna arde putrefacción.
Los peces en calma. De Dios el aliento
despierta un resonar suave en el fermento.
La onda a los leprosos anuncia curación.

Espíritu de Dédalo va en sombras azuladas,
un aroma de leche en ramas de avellanos.
El violín se oye aún del maestro en las manos,
gritos de ratas en la granja abandonada.

En la taberna de feos papeles murales
más frescos colores de violetas florecen.
Voces oscuras en las reyertas fenecen,
Narciso de flautas en acordes finales.

HUMANIDAD

La humanidad expuesta ante el fuego guerrero,
un redoble, las frentes de oscuros combatientes,
pasos en niebla de sangre; negro vibra el acero,
desesperación, noche en cerebros sufrientes;
aquí la sombra de Eva, caza y rojo dinero.
Nublados que la luz traspasa, la comunión.
En pan y vino un suave silencio está vivo
y aquellos reunidos doce en número son.
Gritan de noche en sueño bajo ramas de olivo;
llega a la llaga el dedo de Tomás en unción.

EL PASEO

1

En la siesta la música en el bosque ondea.
Giran en los trigales severos espantajos.
Matorrales de saúco se abren camino abajo;
fantástica y difusa una casa flamea.

En vilo en lo dorado un olor de tomillo,
tiene una piedra un número afortunado.
Juegan a la pelota los niños en el prado,
a girar ante ti comienza un arbolillo.

Sueñas: la hermana peina su rubio cabello
y una carta te escribe un amigo perdido.
En lo gris un pajar amarillo y torcido
y a veces tú vuelas fácilmente y bello.

2

El tiempo transcurre. ¡Oh Helios ameno!
Oh imagen en charca de sapos, dulce y clara;
en la arena se hunde un edén que soñara.
Verderones mece una mata en su seno.

Se te muere un hermano en un país de encanto
y tus propios ojos de acero te han mirado.
Un olor de tomillo allá por lo dorado,
prende fuego en el rancho un chaval entre tanto.

Los amantes mariposa son que se inflama
y alegre entre piedra y cifra balancean.
Cornejas hediondo manjar revolotean
y tu frente a través de suave verde brama.

Tierno muere un venado en matorral de espina.
Se desliza hasta ti un claro día de infancia,
el viento gris que, vago, marchita fragancia,
a través del crepúsculo, flameante difumina.

3

Una antigua nana te infunde miedo tanto.
Junto al camino una buena mujer da de mamar
a su niño. Sonámbulo oyes su fuente manar.
De ramas de manzanos baja un solemne canto.

Pan y vino son dulces por el afán que suda.
Frutos busca tanteando tu mano plateada.
La difunta Raquel va por tierra surcada.
Con pacíficos gestos la verdura saluda.

Bendito de pobres muchachas el seno en flor,
que soñando están allí en la vieja fuente.
Solitarias y alegres por sendero silente
van sin pecado con criaturas del Creador.

DE PROFUNDIS

Hay un campo de rastrojos donde cae una lluvia negra.
Hay un árbol pardo que está allí solo.
Hay un viento silbante girando entre chozas vacías.
Qué triste es esta tarde.

A la vera del caserío
recoge aún la dulce huérfana escasas espigas.
Sus ojos redondos y dorados pacen en el crepúsculo
y su seno anhela al esposo celeste.

De vuelta al hogar
encontraron los pastores el dulce cuerpo
podrido en el espino.

Una sombra soy yo lejos de oscuras aldeas.
Silencio de Dios
bebí en la fuente del bosque.

Frío metal huella mi frente.
Arañas buscan mi corazón.
Hay una luz que se apaga en mi boca.

De noche me encontré en un brezal,
erizado de costra y polvo de estrellas.
En los avellanos
sonaron de nuevo ángeles cristalinos.

TROMPETAS

Bajo sauces destallados, donde niños morenos juegan
y se agitan hojas, suenan trompetas. Un fúnebre escalofrío.
Por el duelo del arce irrumpen escarlatas banderas.
Jinetes a lo largo de campos de centeno, de molinos vacíos.

O pastores cantan en la noche y entran ciervos
en el cerco de sus fuegos, el duelo antiguo de la floresta,
danzarines se destacan sobre un muro negro;
banderas de escarlata, risas, delirio, trompetas.

CREPUSCULO

En el patio embrujados por un sol blanquecino,
van por sepias de otoño enfermos delicados.
Céreo-redondo mirar piensa en tiempos dorados
repletos de ensueños y de calma y de vino.

Su postración se enclaustra fantasmalmente.
Las estrellas difunden una blanca tristeza.
Llena en lo gris de iluso tintineo su flaqueza,
se dispersan horribles confusamente.

Pasan acurrucados deformes esperpentos
y se agitan por sendas en lo negro cruzadas.
Oh, sombras en los muros cargadas de lamentos.

Huyen las otras por oscurecientes arcadas;
y de noche se arrojan de aguaceros sangrientos
del viento de estrellas, tal ménades airadas.

PRIMAVERA SERENA
Segunda versión

1

En el arroyo, por rubio barbecho fluyente,
se alza aún la caña seca del año pasado.
Por lo gris maravilla de notas ha bogado.
Pasa de largo un vaho de estiércol caliente.

Al viento los amentos del sauce hacen tornos,
su triste canción canta un soldado soñando.
Un festón del prado flojo y feo susurrando.
Se ve un niño en tiernos y suaves contornos.

Allí los abedules y los negros zarzales,
también huyen perfiles en humo diluidos.
Claro verde florece junto a otros podridos,
se resbalan los sapos entre puerros lechales.

2

Fielmente yo te quiero, oh ruda lavadora.
Aún la ola del cielo lleva lastre dorado.
Un pececillo salta, brilla y ya ha pasado.
Un rostro de cera entre alisos no demora.

En jardines campanas de suave paciencia.
Una avecilla trina tal si fuera lunática.
La tierna siembra puja suave y extática
y aún liban abejas con seria diligencia.

Ven ya, amor, al obrero que se va fatigando;
a su cabaña un rayo templado desciende.
El bosque en la tarde hosco y flavo se extiende,
y yemas estallan alegres de vez en cuando.

3

¡Cómo parece enfermo todo lo que deviene!
Sobre un caserío gira un aliento febril;
mas saluda en las ramas un espíritu sutil
y el ánimo abierto y en temblor mantiene.

Un chorro florido transcurre suavemente,
lo no nacido aún su propia calma cuida.
Los amantes florecen a su estrella querida
y en la noche su aliento fluye dulcemente.

Bueno y vero es lo vivo aún si dolor desata;
y una antigua piedra te viene a commover:
¡Os lo digo en verdad! Con vosotros estaré.
¡Oh boca que tiembla en el sauce de plata!

ARRABAL EN VIENTO ALPINO

De tarde está el lugar parduzco y desolado,
el aire impregnado de un hedor imponente.
El trueno de un tren desde el arco del puente
gorriones revuelan sobre arbusto y vallado.

Chozas echadas, veredas en caos esparcido,
en los jardines desarreglo y movimiento,
a veces de sorda conmoción crece un lamento,
en un tropel de niños vuela rojo un vestido.

Coro de ratas en amor chillan en la basura.
Entrañas llevan mujeres en cestos, comitiva
llena de suciedad y de roña nauseativa,
viene avanzando desde la tarde casi oscura.

Y un canal sangre espesa vomita de repente
del matadero en el río que baja terso.
Los vientos colorean el matorral disperso
y por el río resbala lo rojo lentamente.

Un murmullo se ahoga en tristeza durmiente,
surgen de los desagües figuras ilusorias,
de una vida anterior tal vez sean memorias,
van subiendo y bajando en el viento caliente.

De entre nubes aparecen alamedas hermosas,
llenas de hermosos coches, jinetes osados.
Naufragar se ve un barco en los acantilados
y a veces mezquitas del color de las rosas.

LAS RATAS

Brilla en el corral blanca la luna otoñal.
Fantásticas sombras el alero desata.
En vacías ventanas un silencio total.
Salen entonces suavemente las ratas

y aquí y allá silban saltarinas
y un horrible efluvio fecal
las husmea desde las letrinas
donde la luna riela fantasmal

y chillan de ansia demencial
y casa y granero corretean,
repletos de fruto y cereal.
Cierzos en lo oscuro lloriquean.

ENSOMBRECIMIENTO
Primera versión

La miseria del mundo yerra en la baja tarde.
Mosquitos por los pardos jardincillos desiertos.
Dos durmientes al hogar van grises, inciertos.
Revolotean pavesas el estiércol que arde.

Corre un niño por el prado amarillento
y juega con sus ojos negros y bruñidos.
Gotea el oro de arbustos triste y desvaído.
Un hombre viejo gira triste en el viento.

Sobre mi cabeza, en el atardecer, mudo,
Saturno guía de nuevo un mísero destino.
Un árbol, un perro retrocede en el camino
y el cielo de Dios tiembla negro y desnudo.

Rápido un pececillo por el arroyo enfila;
del muerto amigo roza la mano con ternura
y amablemente alisa frente y vestidura.
Una luz en el cuarto las sombras despabila.

SUSURRADO EN LA SIESTA

Sol de otoño, lento y fino,
y del árbol cae la fruta.
Calma estancia azul disfruta
tiempo de siesta cansino.

Doblando a muerto el metal
y un blanco animal caído.
Morenas, canto atrevido,
hojas del viento otoñal.

Sien de Dios sueña colores,
del delirio ve el ala fina.
Sombras rondan la colina,
negras de pútreos redores.

De paz y vino el poniente;
guitarras, triste rumor.
Dulce lámpara interior
a la que vuelves ausente.

SALMO

Segunda versión

DEDICADO A KARL KRAUS

Hay una luz que el viento ha apagado.
Hay una venta en el campo que en la siesta un borracho abandona.
Hay una viña abrasada y negra con agujeros llenos de arañas.
Hay un cuarto que han blanqueado con leche.
El demente ha muerto. Hay una isla del mar del sur
para recibir al dios del sol. Baten los tambores.
Los hombres ejecutan danzas guerreras.
Las mujeres contonean las caderas entre enredaderas y flores de fuego,
cuando la mar canta. Oh nuestro paraíso perdido.

Las ninfas han abandonado los bosques de oro.
Sepultan al extranjero. Entonces comienza una lluvia flameante.
El hijo de Pan aparece en la figura de un peón caminero,
que dormido en el asfalto abrasante olvida el mediodía.
Hay niñas en un patio con vestiditos de una pobreza que desgarra el
[corazón.
Hay salas llenas de acordes y sonatas.
Hay sombras que se abrazan ante un espejo ciego.
En las ventanas del hospital se calientan los convalecientes.
Un barco blanco remonta el canal cargado de epidemias sangrientas.

La hermana extranjera aparece de nuevo en los malos sueños de
[alguien.
Reposando en el avellanar juega con sus estrellas.
El estudiante, tal vez un doble, la sigue con la vista desde la ventana.
Detrás de él está su hermano muerto, o bien baja la vieja escalera de
[caracol.
En lo oscuro de pardos castaños palidece la figura del joven novicio.
El jardín en la tarde. Sobre el claustro revolotean los murciélagos.
Los hijos del casero dejan los juegos y buscan el oro del cielo.
Acordes finales de un cuarteto. La pequeña ciega corre temblando por
[la alameda
y después su sombra va a tientas a lo largo de muros fríos, rodeada de
[cuentos y santas leyendas.

Hay un bote vacío, que al atardecer baja a la deriva por el negro canal.
En la lobreguez del viejo asilo se derrumban ruinas humanas.
Los huérfanos muertos yacen junto al jardín.
De habitaciones crepusculares salen ángeles con alas manchadas de
[barro.
Gusanos gotean de sus párpados amarillentos.
La plaza de la iglesia es sombría y silenciosa como en los días de la
[infancia.
Sobre suelas de plata se deslizan vidas anteriores
y las sombras de los condenados descienden a las aguas suspirantes.
En su tumba juega el mago blanco con sus serpientes.

Silenciosos sobre el calvario se abren los dorados ojos de Dios.

CANCIONES DEL ROSARIO

A LA HERMANA

Adonde vas llega el otoño y la tarde,
gacela azul que bajo árboles canta,
estanque solitario en la tarde.

Suave, el vuelo de los pájaros canta.
La melancolía en tus ojos: arcos.
Tu delgada sonrisa canta.

Dios tocó tus párpados: arcos.
Estrellas buscan de noche, niña de Viernes Santo,
de tu frente los arcos.

CERCANIA DE LA MUERTE
Segunda versión

Oh la tarde que va a las lúgubres aldeas de la infancia.
El estanque bajo los sauces
se llena con los apestados suspiros de la melancolía.

Oh el bosque que baja en silencio los ojos castaños,
cuando de las manos óseas del solitario
declina la púrpura de sus días de arrobo.

Oh la cercanía de la muerte. Oremos.
Esta noche se deslazan sobre tibios cojines
amarillentos de incienso los lánguidos miembros de los amantes.

AMEN

Putridez se desliza por el cuarto derruido;
sombras en tapices amarillos; en oscuros espejos se comba
la tristeza marfileña de nuestras manos.

Perlas sepias escurren por los dedos mortecinos.
En el silencio
se abren los azules ojos amapoláceos de un ángel.

Azul es también la tarde;
la hora de nuestra muerte, la sombra de Azrael,
que oscurece un jardincillo pardo.

RUINA

Cuando tocan a paz las campanas vesperales
de los pájaros sigo vuelos maravillosos,
que reunidos en grupos, peregrinos piadosos,
se pierden en las claras lejanías otoñales.

Paseando por jardines de crepúsculo llenos
sueño en sus destinos de luces más sonoras
y apenas pasar siento la aguja de las horas.
Sigo así sobre nubes sus viajes serenos.

Entonces me estremece un aliento de ruina.
El mirlo se queja en ramajes desfrondados.
En rejas mohosas las rojas vides declinan

mientras, rueda de muerte de niños demacrados,
temblando al viento azules asteres se inclinan
junto a oscuros brocales de pozos arruinados.

EN EL PAIS NATAL

Aroma de resedas por la enferma ventana;
una vieja plaza, castaños negros, pelados.
Un rayo de oro rompe el techo y turbado
hacia los hermanos como en sueño dimana.

Lavazas arrastran desechos, suave arrulla
el viento alpino por pardo huerto y goza
en calma su oro el girasol y se destroza.
Por el aire azul vibra la voz de la patrulla.

Aroma de resedas. Crepúsculo en muros raídos.
De la hermana el sueño es grave. El viento enmaraña
nocturno su cabello que el fulgor lunar baña.

Del gato la sombra azul y sutil del podrido
tejado escapa, que un cercano siniestro rodea,
la llama de la vela que se alza y purpurea.

UNA TARDE DE OTOÑO

A KARL RÖCK

El pardo pueblo. Algo oscuro se muestra al pasar
frecuente en los muros que en el otoño están,
figuras: hombre como mujer, difuntos van
en fríos cuartos de ellos el lecho a preparar.

Aquí juegan muchachos. Pesadas sombras planas
sobre pardos estiércoles. Muchachas se retiran
por húmedos azules, de vez en cuando miran
desde unos ojos llenos de nocturnas campanas.

Para alguien solo hay una venta a mano;
se demora paciente bajo una vieja arcada
de dorados nublados de tabaco rodeada.

Pero es siempre lo propio negro y cercano.
Piensa el ebrio a la sombra de la vieja arcada
en las aves que acaban de pasar en bandada.

HUMANA MISERIA

HUMANO DUELO *Segunda versión*

Antes que las del sol da las cinco la campana—
oscuro espanto a los solitarios estremece,
el jardín de la tarde nudos árboles mece
el rostro del muerto se agita en la ventana.

Tal vez que se detiene en el tiempo esta hora.
Ante ojos turbios azules figuras fantasmean
al compás de los barcos que en el río balancean.
La procesión de hermanas va por el muelle ahora.

Niñas pálidas ciegas juegan en el avellanar
como amantes que están en el sueño abrazados.
Tal vez cantan las moscas en la carroña al lado
y en el seno materno se echa un niño a llorar.

Rojos y azules asteres cayendo al suelo van,
la boca del muchacho extraña y sabia yerra;
suave tiemblan párpados que la angustia aterra;
por negrura de fiebre orea un olor de pan.

También parece oírse un horrible clamor;
fulgurean osamentas entre tapias ruinosas.
Fuerte un mal corazón ríe en salas hermosas;
pasa un perro de largo cerca de un soñador.

En lo oscuro un féretro vacío se trastorna.
De un cuarto el asesino la luz semidiurna
verá, al romper faroles la tempestad nocturna.
Del noble las blancas sienes el laurel adorna.

EN LA ALDEA

1

De morenos muros surge una aldea, un campo.
Un pastor se pudre sobre una piedra antigua.
Encierra azules animales la linde contigua
del bosque que desfronda silente como un lampo.

Frentes morenas de aldeanos. Tarde de vigilia,
campanas. Es cosa bella la costumbre piadosa,
de Cristo la cabeza negra en rama espinosa,
la fresca estancia que la muerte reconcilia.

Cuán pálidas las madres. La hora azul destella
sobre cristal y arca, de su sentido confiada;
una blanca cabeza se inclina, de años cargada,
sobre el nieto que bebe la leche y las estrellas.

2

El pobre que en espíritu solitario murió,
céreo va subiendo sobre un viejo sendero.
El manzanal se hunde ahora inmóvil y huero
en el color de su fruto que negro se pudrió.

De seca paja el techo aún se comba, vencido,
sobre el sueño de la vaca. La ciega sirvienta
aparece en el patio. Un agua azul lamenta.
Un cráneo de caballo mira un portón podrido.

El idiota da oscuro sentido a una palabra
de amor, que en el negro matorral fenece
donde ése, sutil perfil de sueño, aparece.
La tarde un sonido en el húmedo azul labra.

3

Ramas raídas por el viento la ventana golpean.
En el vientre de la aldeana crece un dolor demente.
Negra nieve por sus brazos resbala lentamente;
sobre su frente lechuzas de ojos de oro revolotean.

Miran los muros desnudos de grises ensuciados
lo fresco oscuro. En lecho de fiebre se enfría
el cuerpo embarazado que fresca luna espía.
Delante de su cuarto yace un perro reventado.

Tres hombres entran por el portal lúgubremente
con guadañas que se han quebrado en la besana.
El viento rojo de la tarde vibra en la ventana;
de allí un ángel negro ha aparecido silente.

CANCION DE LA TARDE

Al atardecer, cuando vamos por oscuros senderos
aparecen nuestras pálidas figuras ante nosotros.

Si sentimos sed
bebemos el agua blanca del estanque,
la dulzura de nuestra triste infancia.

Muertos reposamos bajo las ramas del saúco,
miramos las grises gaviotas.

Nublados de primavera suben sobre la tenebrosa ciudad,
que silencia los tiempos más nobles de los monjes.

Cuando tomé tus delgadas manos
abriste suavemente tus ojos redondos,
esto hace ya tiempo.

Pero cuando una oscura armonía aflige al alma,
apareces tú, blanca, en el paisaje otoñal del amigo.

TRES MIRADAS EN UN OPALO

A ERHARD BUSCHBECK

1

Mirada en ópalo: una aldea de seca viña rodeada.
De la calma de nubes grises, de amarillas colinas
de roca, de la frescura de fuentes vespertinas,
gemelo espejo, en marco de sombra y piedra engredada.

Del otoño las cruces y el camino en la tarde vía,
peregrinos cantores y el ensangrentado sudario.
Se interioriza la figura también del solitario
y se va, un ángel pálido, por la floresta vacía.

De lo negro sopla el viento. Con Saturno en alianza
esbeltas hembras; bello, lúgubre adórnase el delirio
de monjes de lascivia, sacerdotes pálidos, con lirios
y al áurea arca de Dios alza sus manos de alabanza.

2

Que va a mojarlo, cuelga una gota de rocío rosa
en el romero: un aliento de olores sepulcrales
dispersa gritos de fiebre, blasfemias de hospitales.
Grises, pútridos huesos salen de hereditaria fosa.

Danza la mujer del viejo en velos y baba azulada,
llenas de lágrimas negras las rígidas sucias greñas
en secas crines de sauces los niños confusos sueñan
y de lepra están sus frentes ásperas y peladas.

Por ventana de arco baja una tarde tibia y suave.
Aparece un santo de lo hondo de sus negras heridas.
Múrices de púrpura salen de sus conchas partidas
y vomitan sangre en trenzado de espinas gris y grave.

3

Ciegos esparcen en heridas supurantes incienso.
Antorchas, cantos, salmos, casullas de rojo fulgor
y muchachas que abrazan tal veneno al cuerpo del Señor.
Por brasa y humo figuras andan tal de céreo lienzo.

De leprosos la danza a medianoche guía osifina
un loco. Jardín de aventuras de aire maravilloso;
contorsiones, muecas de flores, risas; prodigioso
y rodante astro en el negro matorral de espinas.

Oh pobreza, sopa de mendigos, pan, del puerro la dulzura;
cabañas junto a bosques donde el sueño de la vida crece.
Gris encima de amarillos campos el cielo se endurece
y en la tarde canta una campana, costumbre que perdura.

CANCION DE LA NOCHE

Aliento del Impasible. Un rostro de animal
se tensa ante el azul, ante su gloria.
Prodigioso es el silencio en la piedra;

la máscara de un pájaro nocturno. Suave trítono
se extingue en uno. ¡Elai! tu rostro
se inclina atónito sobre aguas azuladas.

¡Oh! silentes espejos de la verdad.
En las sienes marfileñas del solitario
aparece el reflejo de los ángeles caídos.

HELIAN

En las horas solitarias del espíritu
es hermoso caminar al sol
a lo largo de los muros amarillos del verano.
Suave suenan los pasos en la hierba, pero siempre duerme
el hijo de Pan en el mármol gris.

Al atardecer en la terraza nos embriagamos de vino bruno.
El melocotón encandece rojizo en la fronda;
suave sonata, risa alegre.

Hermosa es la calma de la noche.
En oscura llanura
nos encontramos con pastores y blancas estrellas.

Cuando ya es otoño
una claridad sobria se muestra en la floresta.
Apaciguados caminamos a lo largo de los muros rojos
y los ojos redondos siguen el vuelo de las aves.
Al atardecer desciende el agua blanca en las sepulcrales urnas.

En las ramas desnudas festeja el cielo.
En limpias manos lleva pan y vino el labrador
y tranquilos maduran los frutos en soleadas cámaras.

Oh cuán seria es la faz de los muertos queridos.
Pero el alma se alegra de un justo mirar.

Prodigioso es el silencio del jardín devastado
cuando el joven novicio la frente con castaño follaje corona,
helado oro bebe su aliento.

Las manos tocan la edad de azuladas aguas
o en fría noche las blancas mejillas de la hermana.

Suave y armónico es un paseo a lo largo de agradables estancias,
donde hay soledad y susurro de arce,
donde quizás canta el tordo todavía.

Hermoso es el hombre y radiante en lo oscuro,
cuando atónito mueve brazos y piernas
y en cuencas purpúreas en calma ruedan los ojos.

Al ángelus se pierde el forastero en la negra destrucción de noviembre,
bajo el ramaje podrido junto al muro lleno de lepra;
donde antaño el santo hermano ha pasado,
sumido en el suave rasguear de su delirio,

oh cuán solitario acaba el viento de la tarde.
Moribunda se inclina la cabeza en lo oscuro del olivo.

Conmovedor es el ocaso de la estirpe.
En esta hora se llenan los ojos del que mira
con el oro de sus estrellas.

Al atardecer se desfonda un repique de campanas, que ya no suena,
se derruyen los negros muros en la plaza,
llama el soldado muerto a la oración.

Ángel pálido,
entra el hijo en la casa vacía de sus padres.
Las hermanas se han ido lejos, donde blancos ancianos.
De noche las encontró el durmiente bajo las columnas del pórtico,
de regreso de tristes peregrinajes.

Oh cuán rígido de barro y gusanos sus cabellos,
cuando dentro está él con pies plateados
y aquéllas, difuntas, salen de desnudas salas.

Oh salmos en las ardientes lluvias de medianoche,
cuando los siervos con ortigas golpearon los dulces ojos,
los infantiles frutos del saúco
atónitos se inclinan sobre una tumba vacía.

Suave ruedan amarillas lunas
sobre los linos de fiebre del jovenzuelo,
antes que siga al silencio del invierno.

Un destino sublime medita, Cidrón abajo,
donde el cedro, tierna criatura,
bajo las azules cejas del padre se despliega,
sobre el prado, de noche, un pastor guía su rebaño.
O hay gritos en el sueño,
cuando un ángel de bronce en la floresta a los hombres afronta,
la carne del santo en candente parrilla se derrite.

Por las cabañas de adobe trepa purpúrea la vid,
sonoras gavillas de mies amarilla,
el zumbido de las abejas, el vuelo de la grulla.
Al atardecer se encuentran los resucitados en los senderos de roca.

En negras aguas se reflejan leprosos
o abren las vestiduras manchadas de barro
llorando al viento balsámico que sopla de la colina rosa.

Esbeltas muchachas tantean por las callejas de la noche
por si encontraran al pastor amoroso.
Los sábados suena en las cabañas suave cantar.

Dejad la canción recordar también al muchacho,
a su delirio y las cejas blancas y a su partida,
al pútrido que abre azulmente los ojos.
Oh qué triste es este reencuentro.

Las gradas del delirio en negros cuartos,
las sombras de los mayores bajo la puerta abierta,
cuando el alma de Helian se mira en espejo rosado
y nieve y lepra bajan de su frente.

En las paredes se apagaron las estrellas
y las blancas figuras de la luz.

Del tapiz surgen osamentas de tumbas,
el silencio de cruces derruidas en la colina,
la dulzura del incienso en el purpúreo viento de la noche.

Oh quebrados ojos en negras bocas,
cuando el nieto en suave entenebrecimiento,
solitario medita el más oscuro fin,
el silente dios baja sobre él los párpados azules.

II

SEBASTIAN EN SUEÑO

SEBASTIAN EN SUEÑO

INFANCIA

Cargado de frutos el saúco; sosegada habitaba la infancia
en la gruta azul. Sobre el remoto sendero,
donde ahora silba parduzca la hierba silvestre,
medita el ramaje silente; el susurro de la fronda

igualmente, cuando el agua azul resuena en la roca.
Dulce es la queja del mirlo. Un pastor
sigue atónito al sol, que rueda desde el monte otoñal.

Un instante azul no es más que alma.
A la linde del bosque se asoma un venado medroso y en paz
reposan en el valle las viejas campanas y los tristes caseríos.

Más piadoso conoces tú el sentido de los años oscuros,
frescor y otoño en habitaciones solitarias;
y en sagrado azul resuenan resplandecientes pasos sin cesar.

Vibra suave una ventana abierta. A lágrimas
conmueve la vista del ruinoso cementerio en la colina,
recuerdo de leyendas narradas; pero a veces se esclarece el alma
si piensa los hombres alegres, los días de oscuro oro de primavera.

CANCION DE LAS HORAS

Con oscuros ojos se miran los amantes,
los rubios, radiantes. En rígidas tinieblas
se enlazan delicados los brazos anhelantes.

Purpúrea se quebró la boca de los bienaventurados. Los ojos redondos
reflejan el oro oscuro de la siesta de primavera,
linde y negrura del bosque, miedos de tarde en el verde;
quizás un inefable vuelo de pájaros, el sendero del no nacido
a lo largo de lóbregos pueblos, de solitarios veranos,
y surge del azul derruido a veces un alguien que fue vida.

Suave susurra en el campo la mies amarilla.
Dura es la vida y acerada blande la guadaña el campesino,
ensambla vigas enormes el carpintero.

Purpúrea se tiñe la fronda en otoño; el espíritu monástico
atraviesa días serenos; madura está la uva
y hay un aire festivo en cortiles espaciosos.
Más dulce huelen los frutos amarillos; suave es la risa
del que está contento, música y danza en umbrías bodegas;
en el jardín crepuscular paso y reposo del muchacho muerto.

DE CAMINO

Por la tarde llevaron al forastero a la cámara mortuoria;
un aroma de brea; el susurro suave de plátanos rojos;
el oscuro vuelo de las chovas; en la plaza un centinela montaba la
[guardia.
El sol se ha sumido en lienzos negros; siempre retorna esta tarde
[remota.
En la sala cercana suena de manos de la hermana una sonata de
[Schubert.
Muy suave se sume su sonrisa en la fuente ruinosa
que susurra azulada en el crepúsculo. Oh, qué vieja es nuestra estirpe.
Alguien musita abajo en el jardín; alguien ha abandonado este cielo
[negro.
Sobre la cómoda aroman las manzanas. La abuela enciende cirios
[dorados.

Oh, qué dulce es el otoño. Suave suenan nuestros pasos en el viejo
[parque
bajo altos árboles. Oh, qué serio es el rostro jacínteo del crepúsculo.
El azul venero a tus pies, misterioso el rojo silencio de tu boca,
entenebrecida por la somnolencia de la fronda, por el oro oscuro de
[ajados girasoles.

Tus párpados están graves de amapola blanca y sueñan suave sobre mi
[frente.
Dulces campanas vibran a través del pecho. Una nube azul
es tu rostro sobre mí declinado en el crepúsculo.

Una canción a la guitarra que suena en una taberna extraña,
allí había silvestres arbustos de saúco, un día muy remoto de noviembre,
pasos familiares en la escalera crepuscular, la vista de las vigas
[embazadas,
una ventana abierta donde quedó atrás una dulce esperanza.
Indescriptible es todo esto, oh Dios, uno cae de rodillas, conmovido.

Oh, qué oscura es esta noche. Una llama purpúrea
se apagó en mi boca. En el silencio
muere el resonar de cuerdas solitario del alma medrosa.
Deja que borracha de vino la cabeza se hunda en el arroyo de la calle.

PAISAJE
Segunda versión

Tarde de setiembre; triste suenan las oscuras llamadas de los pastores
por el pueblo crepuscular; fuego chispea en la forja.
Potente se alza un negro caballo;
la cabellera jacíntea de la muchacha
se arrebata hacia el ardor de sus ollares purpúreos.

Suave se tensa en la linde del bosque el bramido de la cierva
y las amarillas flores del otoño
se inclinan atónitas sobre la faz azul del estanque.
En llama roja ardió un árbol; revolotean con oscuros rostros los
[murciélagos.

AL MUCHACHO ELIS

Elis, cuando el mirlo en el negro bosque llama,
es tu declinar.
Tus labios beben el frescor de la fuente azul de las rocas.

Deja si tu frente sangra suave
antiguas leyendas
y el oscuro sentido del vuelo de las aves.

Pero tú entras con tiernos pasos en la noche
que cuelga cargada de uvas purpúreas,
y más bellos mueves los brazos en el azul.

Un espino suena
donde están tus ojos lunares.
Oh, hace tanto tiempo, Elis, que has muerto.

Tu cuerpo es un jacinto
en el que un monje hunde los céreos dedos.
Una negra gruta es nuestro silencio

de la que sale a veces un manso animal
y deja caer lentos los pesados párpados.
Sobre tus sienes gotea negro rocío,
el último oro de estrellas declinantes.

ELIS
Tercera versión

1

Perfecta es la calma de este día de oro.
Bajo viejos robles
apareces tú, Elis, que reposas con ojos redondos.

Su azul refleja el ligero sueño de los amantes.
En tu boca
enmudecieron sus rosados suspiros.

Al atardecer retira el pescador las pesadas redes.
Un buen pastor
guía su rebaño por la linde del bosque.
Oh, cómo son justos, Elis, todos tus días.

Suave desciende
sobre los muros desnudos la calma azul del olivo,
fenece el oscuro canto de un anciano.

Una áurea barca
balancea, Elis, tu corazón en el cielo solitario.

2

Un dulce toque de campanas suena en el pecho de Elis
al atardecer,
cuando su cabeza se hunde en el cojín negro.

Un venado azul
sangra suave en el zarzal.
Un árbol pardo está allí aislado.
Cayeron de él sus frutos azules.
Signos y estrellas
se hunden suave en el estanque de la tarde.

Detrás de la colina ya es invierno.

Palomas azules
beben de noche el sudor helado
que corre de la frente cristalina de Elis.

Siempre suena
contra los negros muros el viento solitario de Dios.

HOHENBURG
Segunda versión

No hay nadie en la casa. Otoño en las estancias;
sonata clara de luna
y el despertar en la linde del bosque crepuscular.

Siempre piensas tú la blanca faz del hombre
alejado del tumulto del tiempo;
sobre un alguien que sueña se inclinan de buen grado verdes ramas,
cruz y tarde;
rodea al resonante con brazos purpúreos su estrella,
que a ventanas deshabitadas se eleva.

Así tiembla en lo oscuro el forastero,
cuando suave los párpados alza sobre un alguien humano,
que está a lo lejos; la voz de plata del viento en el portal.

SEBASTIAN EN SUEÑO

PARA ADOLF LOOS

1

La madre llevaba al niñito a la blanca luna,
a la sombra del nogal, del viejísimo saúco,
ebria del jugo de la adormidera, de la queja del tordo;
y silente
se inclinaba en compasión sobre ellos una faz barbuda

suave en lo oscuro de la ventana; y los viejos enseres
de los mayores
yacían en ruina; amor y ensueño otoñal.

También oscuro el día del año, triste infancia,
cuando el muchacho a frescas aguas, peces argénteos, suave descendía,
serenidad y faz;
cuando pétreo se arrojó ante furiosos potros negros,
en noche gris vino sobre él su estrella;

o cuando de la mano helada de la madre
de tarde por el cementerio otoñal de San Pedro pasaba,
un tierno cadáver silente en lo oscuro de la cámara yacía
y aquél los fríos párpados sobre él alzaba.

Él sin embargo era un pajarillo en la desnuda rama,
la campana constante en la tarde de noviembre,
el silencio del padre, cuando en el sueño bajó la escalera de caracol
[crepuscular.

2

Paz del alma. Solitaria tarde de invierno,
las oscuras figuras de los pastores en el viejo estanque;
niñito en la choza de paja; oh, qué suave
se sumía la faz en negra fiebre.
Noche Santa.

O cuando él de la mano dura del padre
silente el lúgubre monte Calvario subía
y en los crepusculares nichos de rocas
la azul figura del hombre cruzaba su leyenda,
de la herida bajo el corazón goteaba purpúrea la sangre.
Oh qué suave se alzaba en el alma oscura la cruz.

Amor: cuando en negros rincones se derretía la nieve,
un azul airecillo se enredaba alegre en el viejo saúco,
en la bóveda de sombra del nogal;
y al muchacho se aparecía suave su ángel rosado.

Alegría: cuando en la fresca sala una sonata sonaba vespertina,
en la parda viguería
una mariposa azul de la argéntea crisálida salía.

Oh la cercanía de la muerte. En el muro pétreo
se inclinó una cabeza amarilla, silente el niño,
cuando en aquel marzo menguó la luna.

3

Rosa campana de Pascua en la bóveda sepulcral de la noche
y las voces de plata de las estrellas,
tal que en estremecimiento un oscuro delirio descendía de la frente del
[durmiente.

Oh qué silente un paseo río azul abajo
meditando olvidos, cuando en las ramas verdes
el tordo a un algo extraño llamaba al ocaso.

O cuando de la mano ósea del anciano
al atardecer pasaba delante del derruido muro de la ciudad

y aquél en negro abrigo un niñito rosado llevaba,
en la sombra del nogal aparecía el espíritu del mal.

Ir a tientas sobre las verdes gradas del verano. Oh qué suave
decaía el jardín en la sepia quietud del otoño,
aroma y melancolía del viejo saúco,
cuando en la sombra de Sebastián sucumbió la voz argéntea del ángel.

EN LA CIENAGA
Tercera versión

Caminante en negro viento; suave susurra el seco cañar
en la calma de la ciénaga. Por el cielo gris
una banda de aves salvajes pasa;
a través de tenebrosas aguas.

Alboroto. En una cabaña derruida
bate sus negras alas la putrefacción:
achaparrados abedules suspiran al viento.

Tarde en la venta abandonada. Al camino a casa impregna
la dulce melancolía de los rebaños que pacen,
aparición de la noche: sapos surgen de argénteas aguas.

EN PRIMAVERA

Suave cayó de oscuros pasos la nieve,
a la sombra del árbol
amantes levantan los párpados rosados.

Siempre siguen a las oscuras llamadas del barquero
estrella y noche;
y los remos golpean suavemente a compás.

Pronto en el muro derruido florecen
las violetas,
verdea tan silente la sien del solitario.

TARDE EN LANS
Segunda versión

Caminar por el verano crepuscular
a lo largo de las gavillas de mies amarilla. Bajo arcos encalados,
por donde la golondrina entraba y salía, bebimos vino generoso.

Hermoso: Oh ánimo triste y risa purpúrea.
La tarde y los oscuros aromas del verde
nos refrescan con escalofríos la frente candente.

Aguas argénteas corren sobre las gradas del bosque,
la noche y atónita una vida olvidada.
Amigo; los senderos frondosos a la aldea.

EN MÖNCHSBERG
Segunda versión

Donde la sombra de otoñales olmos el derruido sendero desciende,
lejos de las chozas de ramas, de dormidos pastores,
siempre sigue al caminante la oscura figura del frescor.

Sobre el óseo puentecillo la jacíntea voz del muchacho,
diciendo suave la olvidada leyenda del bosque,
más tierna aún, ya enferma, la salvaje queja del hermano.

Así roza un ralo verde la rodilla del forastero,
la petrificada cabeza;
más cerca murmura el azul manantial la queja de las mujeres.

CANCION DE KASPAR HAUSER
PARA BESSIE LOOS

Amaba de verdad el sol que descendía purpúreo la colina,
los caminos del bosque, el canoro pájaro negro
y la alegría de lo verde.

Serio era su morar a la sombra del árbol.
Y puro su rostro.
Dios dijo una dulce llama a su corazón:
¡Hombre!

Silente encontró su paso la ciudad en la tarde;
la oscura queja de su boca:
quiero ser un caballero.

Pero le siguieron arbusto y animal,
casa y jardín crepuscular de hombres blancos
y su asesino lo buscaba.

Primavera y verano y hermoso otoño
del justo, su paso suave
por las estancias oscuras de los soñadores.
De noche se quedaba solo con su estrella;

vio que la nieve caía en desnudas ramas
y en la penumbra del portal la sombra del asesino.

Argéntea se abatió la cabeza del nunca nacido.

DE NOCHE

El azul de mis ojos se ha apagado esta noche,
el oro rojo de mi corazón. ¡Oh! qué silente ardía la luz.
Tu manto azul envolvió al que se hundía;
tu roja boca selló el entenebrecimiento del amigo.

METAMORFOSIS DEL MAL
Segunda versión

Otoño: negro avanzar por la linde del bosque; minuto de muda destrucccción; al acecho la frente del leproso bajo el árbol desnudo. Tarde ha tiempo pasada, que ahora declina sobre las gradas de musgo; noviembre. Una campana suena y el pastor guía una manada de caballos negros y rojos a la aldea. Bajo los avellanos el cazador verde destri-

pa un venado. Sus manos humean de sangre y la sombra del animal suspira en la fronda sobre los ojos del hombre, parda y silenciosa; el bosque. Cornejas que se dispersan; tres. Su vuelo parece una sonata, llena de marchitos acordes y viril melancolía; suave se disuelve una nube de oro. En el molino encienden muchachos un fuego. Llama es el hermano del más pálido y aquél ríe inmerso en su cabellera purpúrea; o bien es el lugar de un crimen, por el que pasa de largo un camino de piedras: los bérberos han desaparecido, todo el año sueña algo en el aire de plomo bajo los pinos; angustia, verde oscuridad, el gurgitar de un ahogado: del estanque de estrellas saca un pescador un pez grande, negro, rostro lleno de crueldad y de delirio. Las voces del canal, a la espalda de hombres querellantes balancea aquél en roja barca sobre las enteleridas aguas del otoño, viviendo en oscuras sagas de su estirpe y los ojos se petrifican abiertos sobre noches y virginales espantos. El mal.

¿Qué te obliga a estar silente sobre las derruidas gradas en la casa de tu padre? Negrura de plomo. ¿Qué levantas tú con mano argéntea a los ojos; y los párpados se bajan como ebrios de blanca amapola? Pero a través del muro de piedra ves el cielo estrellado, la Vía Láctea, Saturno; rojo. Furioso junto al muro de piedra golpea el árbol desnudo. Tú sobre derruidas gradas: ¡árbol, estrella, piedra! Tú, un animal azul, que tiembla suave; tú, el pálido sacerdote, que lo sacrifica en el negro altar. Oh, tu sonrisa en la oscuridad, triste y maligna, tal que un niño palidece en su sueño. Una llama roja saltó de tu mano y una mariposa nocturna se quemó en ella. Oh la flauta de la luz; oh la flauta de la muerte. ¿Qué te obligó a estar silente en las derruidas gradas en la casa de tu padre? Abajo, en la puerta golpea un ángel con dedos de cristal.

Oh el infierno del sueño; oscura calleja, pardo jardincillo. Suave suena en la tarde azul la figura del muerto. Verdes florecillas voltean en su redor y su rostro la ha abandonado. O se inclina pálido sobre la fría frente del criminal en lo oscuro del vestíbulo; adoración, púrpura llama de la voluptuosidad; moribundo se precipitó el durmiente sobre negras gradas en la oscuridad.

Alguien te abandonó en el cruce y tú miras largamente hacia atrás. Argénteo paso en la sombra de manzanos achaparrados. Purpúreo resplandece el fruto en las negras ramas y en la hierba cambia de piel la serpiente. Oh, lo oscuro; el sudor, que surge en la frente helada, y los tristes sueños en el vino, en la taberna de la aldea bajo la viguería negroahumada. Tú, aún lugar salvaje, que encanta rosadas islas del pardo nublado del tabaco y saca del interior el salvaje grito de un grifón, cuando éste caza por los negros escollos en el mar, la tempestad y el hielo. Tú, un verde metal y en el interior un rostro de fuego, que

quiere irse y cantar los tiempos tenebrosos de la colina de osamentas y la caída flameante del ángel. Oh, desesperación, que con mudo grito cae de rodillas.

Un muerto te visita. Del corazón corre la sangre por sí misma derramada y en la negra ceja anida un instante inefable; oscuro encuentro. Tú —una luna purpúrea, cuando aquél en la verde sombra del olivo aparece. Lo sigue imperecedera noche.

EL OTOÑO DEL SOLITARIO

EN EL PARQUE

De nuevo vagando por el viejo parque,
oh, silencio de flores amarillas y rojas.
También sentís duelo, oh tiernos dioses,
vosotros, y el oro otoñal del olmo.
Inmóvil se eleva en el estanque azulado
la caña, enmudece el tordo en la tarde.
Oh, entonces inclina tú también la frente
ante el mármol derruido de los antepasados.

UNA TARDE DE INVIERNO
Segunda versión

Cuando cae la nieve en la ventana
está para muchos la mesa preparada,
la casa ya quedó bien arreglada
cuando suena en la tarde la campana.

Alguien que como peregrino yerra
llega al portal por sendero atezado.
El árbol de gracia florece dorado
desde la fresca entraña de la tierra.

Silencioso entra el peregrino;
el umbral se petrifica de dolor.
Allí fulgen en puro resplandor
sobre la mesa el pan y el vino.

LOS MALDITOS

1

Crepúsculo. Las viejas a la fuente caminan.
Un rojo ríe en castaños que en lo oscuro están.
Se extiende de una tienda un aroma de pan.
Sobre el vallado girasoles se inclinan.

Suena aún bajo y vago del río la taberna.
Rasguea la guitarra; monedas tintineando.
Una aureola se posa en quien está esperando
en la puerta de vidrios, blanca muchacha tierna.

Oh brillo azul que ella en los vidrios provoca,
rodeada de espinas, negra, rígida, extasiada.
Al agua, que se asusta de pronto alborotada,
da un encorvado escribano su sonrisa loca.

2

De tarde orla la peste su azul vestidura;
suave cierra la puerta un huésped tenebroso.
Por la ventana entra del arce el peso umbroso;
posa la frente un muchacho en su mano pura.

Ella baja sus párpados cargados de enojos.
Las manos del niño entre sus cabellos fluyen
y sus lágrimas caen ardientes, claras huyen
en las negras, vacías cuencas de aquellos ojos.

Un nido de serpientes escarlatas en lo hondo
se empina indolente en su seno revuelto.
Los brazos dejan caer a un alguien muerto
a quien la tristeza de un tapiz sirve de fondo.

3

Un carillón resuena en el jardín muriente.
En los oscuros castaños un azul espera,
el dulce manto de una mujer forastera,
perfume de resedas; un sentimiento ardiente

del mal. La húmeda frente pálida aborda
y fría la basura que revuelve una rata
bañada por estrellas de un brillo escarlata.
La manzana en el jardín cae blanda y sorda.

La noche es negra. Hincha el viento terrible
la blanca bata del muchacho que en sueño avanza
y a su boca la mano calladamente alcanza
de la muerta. Sonia sonríe bella y apacible.

SONIA

Tarde en el viejo jardín;
vida de Sonia, azul calma.
Peregrinan aves sin fin;
árbol nudo, otoño y calma.

Girasol suave inclinado
sobre Sonia blanca vida.
Roja herida no ha mostrado,
deja en cuarto oscuro en vida,

donde azul campana suena;
Sonia, paso y dulce calma.
Muere animal, ríe en pena.
Árbol nudo, otoño y calma.

Sol de viejos días brilla
sobre Sonia, cejas blancas,
nieve moja su mejilla,
sus espesas cejas blancas.

A LO LARGO DEL CAMINO

Cortados cereal y uva,
paz de otoño en caserío.
Resuena en yunque el martillo,
reír en fronda de púrpura.

Asteres de oscuros setos
trae para el blanco niño.
Di si ha tiempo que morimos;
el sol quiere salir negro.

Rojecito pez del lago,
frente que en miedo se espía.
Suave poniente en ventana vibra.
Bordón de órgano azulado.

Dejad mirar otra vez
estrella e íntimo fulgor.
Aparición de la madre en pena y dolor;
negras resedas al oscurecer.

ALMA DE OTOÑO
Segunda versión

Grito de caza y ladrido sangriento;
tras de la cruz y el pardo alcor
grita duro y claro el azor,
ciega el espejo del estanque lento.

Sobre campo de rastrojo y sendero
ya tiembla un silencio oscuro;
entre las ramas el cielo puro;
sólo el arroyo va silente y ligero.

Pronto pez y venado habrán huido.
Ya azul calma, oscuro errar
de amor, de otros, fue el separar.
La tarde cambia imagen y sentido.

Pan y vino de una vida buena,
Dios, en tu piadosa mano
pone el hombre el fin arcano,
toda su culpa y la roja pena.

AFRA

Segunda versión

Una criatura de pelo castaño. Amén y oración
oscurecen silentes el frescor de la tarde
y el sonreír de Afra rojo en jaldo telón
de fondo de girasoles, miedo, gris aire arde.

Envuelta en azul manto la vio pía en colores
de la vidriera el monje antaño a la doncella.
Esto aún se trasunta dulcemente en dolores
si por la sangre de él rondan estrellas de ella.

Silencio del saúco, decae el otoño en llamas.
La frente roza del agua la azul emoción,
puesto sobre un féretro un sedeño paño.

Se desprenden frutos podridos de las ramas.
Inefable es el vuelo de las aves, reunión
con moribundos; a ése siguen oscuros años.

EL OTOÑO DEL SOLITARIO

Vuelve el oscuro otoño de frutos lleno,
pálido fulgor de estío, de hermosos días.
De marchita envoltura nace un azul pleno;
el vuelo de aves lleva de sagas melodías.
Pisado está ya el vino, el silencio sereno
con dulces respuestas a preguntas sombrías.

Y aquí y allá una cruz sobre calva colina;
perdido en rojo bosque un rebaño que yerra.
Sobre estanque de espejos la nube camina;

el calmo campesino en su calma se encierra.
Roza el atardecer azul con su ala fina
un techo de paja seca, la negra tierra.

Pronto anidan estrellas las cejas del cansado;
vuelve a la fresca sala una humildad silente
y ángeles surgen suave del mirar azulado
de los ojos de amantes que sufren dulcemente.
Susurra el cañar, surge un horror descarnado
si negro el rocío cae de los sauces dolientes.

SEPTUPLE CANTICO DE LA MUERTE

QUIETUD Y SILENCIO

Pastores sepultaron el sol en el bosque desnudo.
Un pescador sacó
en sedeña red la luna del gélido estanque.

En azul cristal
mora el hombre lívido, la mejilla apoyada en sus estrellas;
o inclina la cabeza en sueño purpúreo.

Pero siempre conmueve el vuelo negro de los pájaros
al que contempla, lo santo de las flores azules,
piensa la cercana quietud olvidos, ángeles extintos.

De nuevo ennochece la frente en piedras lunares;
joven radiante,
aparece la hermana en otoño y negra podredumbre.

ANIF

Recuerdo: gaviotas, deslizándose sobre el oscuro cielo
de masculina melancolía.
Silente habitas tú en la sombra del fresno otoñal,
absorto en las justas proporciones de la colina;

siempre desciendes por el verde río
cuando ha llegado la tarde,
sonoro amor; pacífico sale al paso el oscuro venado,

un hombre rosado. Ebria de azulado relente
roza la frente la moribunda fronda
y piensa el serio semblante de la madre;
oh, cómo todo se hunde en lo oscuro;

los severos aposentos y los viejos enseres
de los mayores.

Esto conmueve el pecho del forastero.
Oh, signos y estrellas.

Grande es la culpa del que ha nacido. Ay, áureos escalofríos
de la muerte,
cuando el alma sueña más frescas flores.

Siempre grita en las desnudas ramas el ave nocturna
sobre el paso del lunario,
suena un helado viento en los muros de la aldea.

NACIMIENTO

Sierra: negrura, silencio y nieve.
Roja del bosque desciende la caza;
oh, el musgoso mirar del venado.

Silencio de la madre; bajo negros abetos
se abren las manos durmientes,
cuando derruida la fría luna aparece.

Oh, el nacimiento del hombre. Nocturna murmura
el agua azul en el regazo de rocas;
suspirando descubre su imagen el ángel caído,

despierta un alguien pálido en lóbrega alcoba.
Dos lunas,
fulguran los ojos de la pétrea anciana.

Ay, el grito de la parturienta. Con negras alas
roza la sien del muchacho la noche,
nieve, que suave de purpúrea nube desciende.

OCASO

Quinta versión

A KARL BORROMAEUS HEINRICH

Sobre el blanco estanque
han pasado de largo las aves salvajes.
De nuestras estrellas sopla un viento helado al atardecer.

Sobre nuestras tumbas
se comba la quebrada frente de la noche.

Bajo robles balanceamos en una barca argéntea.

Siempre resuenan los blancos muros de la ciudad.
Bajo arcos de espinos,
oh hermano mío, ascendemos, ciegas agujas, hacia la medianoche.

A UN MUERTO PREMATURO

Oh, el ángel negro, que suave desde el interior del árbol surgió,
cuando éramos dulces compañeros de juego en la tarde,
al borde de la fuente azulada.
Tranquilo era nuestro paso, los ojos redondos en la parda frescura del [otoño,
oh, la purpúrea dulzura de las estrellas.

Aquél sin embargo bajó los pétreos peldaños del Monte de los Monjes,
una sonrisa azulada en el rostro y en la extraña crisálida
de su más silente infancia y murió;
y atrás quedó en el jardín el argénteo rostro del amigo
escuchando en la fronda o en la vieja roca.

El alma cantó la muerte, la verde putrefacción de la carne
y era el susurro del bosque,
la queja fervorosa de las fieras.
Siempre sonaban en torres crepusculares las azules campanas de la [tarde.

La hora llegó cuando aquél vio las sombras en el sol purpúreo,
las sombras de la pudrición en el desnudo ramaje;
en la tarde, cuando en el muro crepuscular el mirlo cantó,
el espíritu del malogrado apareció silente en la sala.

Oh, la sangre que corre de la garganta del resonante,
flor azul; oh, las lágrimas ardientes
lloradas en la noche.

Áurea nube y tiempo. En solitaria cámara
invitas a menudo al muerto, tu huésped,
caminas en íntimo coloquio bajo olmos a lo largo del verde río.

CREPUSCULO ESPIRITUAL
Segunda versión

Silente sale al paso en la linde del bosque
un oscuro venado;
en la colina acaba suave el viento de la tarde,

enmudece la queja del mirlo,
y las dulces flautas del otoño
callan en el cañal.

Sobre negra nube
atraviesas tú ebrio de blanca amapola
el nocturno estanque,

el cielo de estrellas.
Siempre resuena la voz lunar de la hermana
en la noche espiritual.

CANTO DEL OCCIDENTE

Oh, el golpe de ala nocturno del alma:
pastores, pasamos un día por bosques crepusculares
y nos siguieron el rojo venado, la verde flor y el balbuciente manantial
humildemente. Oh, el inmemorial tono del grillo,
sangre florida en el ara
y el grito del pájaro solitario sobre el verde silencio del estanque.

Oh, cruzadas y ardientes martirios
de la carne, caer de purpúreos frutos
en el jardín de la tarde, donde antaño los piadosos discípulos iban,
guerreros ahora, despertando de heridas y sueños de estrellas.
Oh, el tierno ramo de acianos de la noche.

Oh, tiempos de calma y de otoños de oro,
cuando nosotros, monjes pacíficos, prensábamos la uva purpúrea;
y alrededor resplandecían colina y bosque.
Oh, cacerías y castillos; quietud de la tarde,
cuando en su aposento el hombre lo justo pensaba,
en muda oración, de Dios por la viva cabeza luchaba.

Oh, la amarga hora del ocaso
cuando un pétreo rostro en las negras aguas miramos.
Pero radiantes levantan los argénteos párpados los amantes:
una estirpe. Incienso emana de rosados cojines
y el dulce canto de los resucitados.

TRANSFIGURACION

Cuando llega la tarde
un rostro azul te abandona suave.
Un pajarillo canta en el tamarindo.

Un monje afable
pliega las manos mortecinas.
Un ángel blanco visita a María.

Una corona nocturna
de violetas, mies y uvas purpúreas
es el año del que contempla.

A tus pies
se abren los sepulcros de los muertos
cuando posas la frente en las manos argénteas.

Silente habita
en tu boca la luna otoñal,
ebria del canto oscuro de la adormidera;

flor azul
que suena suave en amarillenta piedra.

VIENTO ALPINO

Ciega queja en el viento, lunares días de invierno,
infancia, suave se apagan los pasos junto al negro seto,
largo toque de ánimas.
Suave adviene la blanca noche,

transforma en sueños purpúreos dolor y pena
de la pétrea vida,
tal que nunca la punta espinosa abandone el pútrido cuerpo.

Profundo en el sueño suspira el alma medrosa,

profundo el viento en árboles quebrados,
y vacila la figura de llanto
de la madre por el bosque solitario

de este duelo silencioso; noches,
llenas de lágrimas, ángeles de fuego.
Argénteo se destroza en el muro desnudo un esqueleto niño.

EL CAMINANTE
Segunda versión

Siempre se reclina en la colina la blanca noche,
donde en tonos de plata se alza el álamo,
y hay estrellas y piedras.

Durmiente se arquea la pasarela sobre el torrente,
sigue al muchacho un rostro mortecino,
luna de hoz en rosado barranco,

lejos de pastores celebrantes. En el viejo roquedal
mira con ojos cristalinos el sapo,
despierta el viento florido, la voz de ave del igual a un muerto
y los pasos verdean suave en el bosque.

Esto recuerda árbol y animal. Lentas gradas de musgo;
y la luna,
que brillante se hunde en tristes aguas.

Aquél vuelve de nuevo y camina por la verde orilla,
balancea en góndola negra por la derruida ciudad.

KARL KRAUS

Blanco sumo sacerdote de la verdad,
critalina voz en la que habita el helado aliento de Dios,
iracundo mago,
bajo cuyo flameante manto resuena la azul coraza del guerrero.

A LOS ENMUDECIDOS

Oh, el delirio de la gran ciudad, cuando en la tarde
junto al negro muro achaparrados árboles se tensan;
bajo máscara argéntea mira el espíritu del mal;
la luz con magnético azote la pétrea noche rechaza.
Oh, el sumido sonar de las campanas de la tarde.

Ramera que en helados escalofríos un niñito muerto parió.
Furiosa fustiga la ira de Dios la frente del poseso,
purpúrea epidemia, hambre que quiebra verdes ojos.
Oh, la horrible risa del oro.

Pero silente sangra en oscura cuenca tan enmudecida humanidad,
aúna de duros metales la redentora cabeza.

PASION
Tercera versión

Cuando argéntea Orfeo la lira tañe,
queja por una muerte en el jardín de la tarde,
¿quién eres tú, calma bajo altos árboles?
Susurra la queja la caña otoñal,
el estanque azul,
muriendo bajo el verdor de los árboles
y siguiendo la sombra de la hermana;
amor oscuro
de una estirpe salvaje,
a quien raudo huye el día en ruedas de oro.
Noche silente.

Bajo abetos sombríos
mezclaron dos lobos su sangre
en pétreo abrazo; un oro
se perdió la nube sobre el sendero,
paciencia y silencio de la infancia.
De nuevo el encuentro del tierno cadáver
junto al estanque de Tritón
adormecido en su pelo jacínteo.
¡Si se quebrara por fin la fría cabeza!

Pues siempre sigue un venado azul,
ojeante, bajo árboles crepusculares,
estos tan oscuros senderos
vigilante y conmovido por la armonía nocturna,
por el dulce delirio;
o resonaba de oscuro embeleso
vibrante la lira
a los fríos pies de la penitente
en la pétrea ciudad.

SEPTUPLE CANTICO DE LA MUERTE

Azulea en su crepúsculo la primavera; bajo árboles que liban
camina un alguien oscuro por tarde y ocaso
escuchando la dulce queja del mirlo.

Silenciosa aparece la noche, venado sangrante,
que lento se abate en la colina.

En el aire húmedo se mece la rama florida del manzano,
se desata argénteo lo enredado,
moribundo, de ojos nocturnos; estrellas que caen;
dulce canto de la infancia.

Más radiante descendió el durmiente por el negro bosque,
y murmuraba una fuente azul en el valle,
tal que aquél levantó suave los párpados lívidos
sobre su níveo rostro;

y la luna ahuyentó un rojo animal
de su cueva;
y la oscura queja de las mujeres murió en suspiros.

Más radiante levantó las manos hacia su estrella
el blanco forastero;
en silencio abandona alguien muerto la casa derruida.

Oh del hombre pútrida figura: aunada de fríos metales,
noche y espanto de bosques hundidos
y de la abrasante soledumbre del animal;
quietud de viento del alma.

En ennegrecida barca aquél descendió fulgurantes corrientes,
llenas de estrellas purpúreas, y se posaron
apacibles sobre él las verdecidas ramas,
blanca amapola de argéntea nube.

NOCHE DE INVIERNO

Ha caído nieve. Tras la medianoche abandonas borracho de vino purpúreo el oscuro recinto de los hombres, la roja llama de su hogar. ¡Oh las tinieblas!

Negra helada. La tierra es dura, amargo sabe el aire. Tus estrellas se cierran en signos nefastos.

Con pasos pétreos pisoteas por el terraplén, con ojos redondos, como un soldado que asalta un negro fortín. ¡Avanti!

¡Amarga nieve y luna!

Un lobo rojo al que estrangula un ángel. Tus piernas vibran avanzando como hielo azul y una sonrisa llena de duelo y orgullo ha petrificado tu rostro y la frente palidece ante la ebriedad del hielo;

o se inclina silenciosa sobre el sueño de un centinela que cae abatido en su garita de madera.

Helada y humo. Una blanca camisa de estrellas quema los hombros que la soportan y los buitres de Dios devoran tu metálico corazón.

¡Oh la pétrea colina ! Dulcemente se funde olvidado el cuerpo frío en la nieve argéntea.

Negro es el sueño. El oído sigue tendido los senderos de las estrellas en el hielo.

Al despertar sonaban las campanas en la aldea. Por la puerta oriental entró argénteo el rosado día.

CANTO DEL RETRAIDO

EN VENECIA

Calma en el cuarto nocturno.
Argénteo flamea el candelabro
ante el cantarino aliento
del solitario;
mágico nublado de rosas.

Negruzco enjambre de moscas
oscurece el pétreo espacio
y tensa está del tormento
del áureo día la cabeza
del apátrida.

Inmóvil anochece el mar.
Estrella y negruzca ruta
diluyó el canal.
Niño, tu enfermiza sonrisa
me siguió suave en el sueño.

ANTEINFIERNO

Por los muros otoñales, sombras buscan allí
en la colina el oro sonoro
nubes de la tarde paciendo

en la calma de agostados plátanos.
Oscuras lágrimas alienta este tiempo,
perdición, cuando el corazón del soñador
rebosa de purpúreo arrebol,
la melancolía de la ciudad humeante;
al caminante orea áurea frescura,
al forastero, desde el cementerio,
como si lo siguiera en la sombra un tierno cadáver.

Suave suena el pétreo edificio;
el jardín de los huérfanos, el oscuro hospital,
un barco rojo en el canal.
Soñando suben y se hunden en lo oscuro
pútreos hombres
y de negruzcas puertas
avanzan ángeles con frías frentes;
azul, los trenos de las madres.
Rueda por su largo pelo
una rueda de fuego, el día redondo
de la tierra tormento infinito.

En frescos cuartos sin sentido
se pudren los enseres, con óseas manos
tantea en azul tras leyendas
una infancia profana,
roe la gorda rata puerta y arca,
un corazón
aterido en el nevado silencio.
Resuenan las purpúreas blasfemias
del hambre en pútrea oscuridad,
las negras espadas de la mentira,
como si se cerrara de golpe una puerta de bronce.

EL SOL

Diariamente viene el amarillo sol sobre la colina.
Hermoso es el bosque, el oscuro animal,
el hombre; cazador o pastor.

Rojizo sube en el verde estanque el pez.
Bajo el redondo cielo
pasa suave el pescador en la barca azul.

Lenta madura la uva, la mies.
Cuando el día en calma declina
hay un bien y un mal dispuestos.

Cuando llega la noche
el caminante levanta suave los graves párpados;
el sol irrumpe desde lúgubre abismo.

CANTO DE UN MIRLO PRISIONERO

PARA LUDWIG VON FICKER

Negro aliento en verdes ramas.
Florecillas azules rodean la faz
del solitario, el paso de oro
moribundo bajo el olivo.
Se alza la noche batiendo ebrias alas.
Tan suave sangra la humildad,
rocío que lento gotea del espino florido.
La misericordia de brazos radiantes
abraza un corazón quebrantado.

VERANO

Segunda versión

Al atardecer calla la queja
del cuco en el bosque.
Más bajo se inclina la mies,
la roja luna.

Una negra tormenta amenaza
sobre la colina.
El antiguo canto del grillo
muere en el campo.

Ya no se mueve la fronda
del castaño.
En la escalera de caracol
susurra tu vestido.

Calma brilla la vela
en el oscuro cuarto.
Una mano de plata
la apagó.

Quietud del viento, noche sin estrellas.

DECLINAR DEL VERANO

El verde verano se ha vuelto
tan suave, tu cara cristalina.
En el estanque de la tarde murieron las flores,
un estremecido reclamo de mirlo.

Vana esperanza de la vida. Ya se prepara
para el viaje la golondrina en la casa
y el sol declina en la colina;
ya guiña la noche para viajar a las estrellas.

Quietud de los pueblos; resuenan alrededor
los bosques abandonados. Corazón,
inclínate ahora más amante
sobre la serena durmiente.

El verde verano se ha vuelto
tan suave, y suena el paso
del forastero por la noche plateada.
¡Si recordara un venado azul su sendero,
la armonía de sus años sagrados!

AÑO

Oscura calma de la infancia. Bajo los verdes fresnos pace la ternura de
[azulada mirada; áurea quietud.
A un alguien oscuro embelesa el aroma de las violetas; vacilantes
[espigas
en la tarde, semillas y las doradas sombras de la melancolía.

Maderos duela el carpintero; en el valle crepuscular
muele el molino; en la fronda de avellanos se comba una boca
[purpúrea,
rojo viril sobre silenciosas aguas inclinado.
Suave es el otoño, el espíritu del bosque; áurea nube
sigue al solitario, la negra sombra del descendiente.
Declinar en la pétrea estancia; bajo viejos cipreses
nocturnas imágenes de lágrimas reunidas en la fuente;
áureo ojo del origen, oscura paciencia del fin.

OCCIDENTE

Cuarta versión

EN HOMENAJE A ELSE LASKER-SCHÜLER

1

Luna, como si un alguien
muerto avanzara
desde la gruta azul
y caen flores muchas
sobre el sendero de rocas.
Argénteo llora
un algo enfermo
en el estanque de la tarde,
sobre negra barca
transfenecieron los amantes.

O suenan los pasos
de Elis por la floresta,
la jacíntea,
de nuevo muriendo bajo los robles.
Oh la figura del muchacho
formada de lágrimas cristalinas,
de sombras nocturnas.
Zigzagueantes rayos esclarecen la sien,
la siemprefría,
cuando en la verdeante colina
resuena la tormenta de primavera.

2

Tan suaves son los verdes bosques
de nuestra tierra,
la onda cristalina
que va a morir junto al muro derruido
y hemos llorado en el sueño;
caminamos con vacilantes pasos
a lo largo del seto espinoso
cantando en la tarde de estío,
en la santa calma
de las viñas refulgentes a lo lejos;
sombras ahora en el fresco seno
de la noche, águilas dolientes.
Tan suave cierra un rayo lunar
las llagas purpúreas de la melancolía.

3

¡Oh, grandes ciudades
pétreas construidas
en la llanura!
Tan atónito sigue
el apátrida
con oscura frente al viento,
a los desnudos árboles en la colina.
¡Oh, corrientes crepusculares en la lejanía!
Inmensamente angustia
el pavoroso arrebol
en las nubes de la tempestad.
¡Oh, pueblos moribundos!
Pálida onda
rompiéndose en la playa de la noche,
estrellas abatiéndose.

PRIMAVERA DEL ALMA

Grito en el sueño; por negras callejas se precipita el viento,
el azul de la primavera se insinúa a través del ramaje quebradizo,
purpúreo rocío de la noche y alrededor se apagan las estrellas.

Ya verde alborea el río, argentean las viejas alamedas
y las torres de la ciudad. Oh suave ebriedad
en la barca que se desliza y los oscuros reclamos del mirlo
en los jardines infantiles. Ya se aclara la flora rosada.

Solemnes murmuran las aguas. Oh las húmedas sombras del prado,
el animal que avanza; verdor, ramas floridas
tocan la frente cristalina; brillante columpio de la barca.
Suave resuena el sol en el nublado de rosas sobre la colina.
Grande es la calma en el bosque de abetos, las graves sombras en el río.

¡Pureza! ¡Pureza! ¿Dónde están los terribles senderos de la muerte,
del gris silencio pétreo, las rocas de la noche
y las sombras sin paz? Radiante abismo del sol.

Hermana, cuando yo te encontré en el claro solitario
del bosque y era mediodía y grande el silencio del animal;
blancura bajo roble silvestre y florecía argénteo el espino.
Poderoso morir y la llama cantora en el corazón.

Más oscuras bañan las aguas los bellos juegos de los peces.
Hora de duelo, silente vista del sol;
un alguien extraño es el alma en la tierra. Espiritual crepuscula
el azul sobre el bosque abatido y suena
insistente una triste campana en la aldea; compaña de paz.
Silente florece el mirto sobre los blancos párpados del muerto.

Suave resuenan las aguas en la siesta que declina
y más oscura verdea la espesura en la orilla, alegría en el viento rosa;
el dulce canto del hermano en la colina de la tarde.

EN LA OSCURIDAD
Segunda versión

Silencia el alma la primavera azul.
Bajo húmedos ramos de la tarde
se afondó en escalofríos la frente a los amantes.

Oh, la cruz en verdor. En oscura conversa
se conocieron hombre y mujer.
Junto al desnudo muro
camina con sus estrellas el solitario.

Sobre los caminos brillantes de luna del bosque
se afondó la salvaje espesura
de cacerías olvidadas; la mirada del cielo
irrumpe de derruidas rocas.

CANTO DEL RETRAIDO

PARA KARL BORROMAEUS HEINRICH

Todo armonía es el vuelo de las aves. Los verdes bosques
se han reunido en la tarde junto a más tranquilas cabañas;
los cristalinos prados del corzo.
Algo oscuro calma el murmullo del arroyo, las húmedas sombras
y las flores del verano, que tan bello tintinean al viento.
Ya es crepúsculo en la frente del hombre pensativo.

Y una lamparita se enciende, la bondad, en su corazón
y la paz de la cena; pues consagrados están el pan y el vino
por las manos de Dios, y te mira desde ojos nocturnos
silente el hermano, que así reposa del camino de espinas.
Oh, morar en el azul de alma de la noche.

Amoroso también abraza el silencio en la estancia las sombras de los
[mayores,
los martirios purpúreos, queja de una gran estirpe
que piadosa ahora acaba en el nieto solitario.

Pues más radiante siempre despierta de los negros minutos del delirio
el paciente en el umbral petrificado
y poderosos lo envuelven el frío azul y el declinar luminoso del otoño,

la casa silente y las sagas del bosque,
mesura y ley y los caminos lunares de los retraídos.

SUEÑO Y ENTENEBRECIMIENTO

Al atardecer volviose anciano el padre; en oscuras habitaciones se petrificó el rostro de la madre y sobre el muchacho pesó la maldición de la decadente estirpe. A veces se acordaba de su infancia llena de enfermedad, espanto y tiniebla, juegos secretos en el jardín de estrellas, o de que él alimentaba las ratas en el patio crepuscular. De azul espejo salía la esbelta figura de la hermana y él se precipitaba como muerto en la oscuridad. De noche se abría su boca como un fruto rojo y las estrellas brillaban sobre su duelo sin palabras. Sus sueños llenaban la vieja casa de los mayores. En la tarde le agradaba pasar por el derruido camposanto, o miraba los cadáveres en la cámara crepuscular de los muertos, las verdes manchas de la putrefacción en sus bellas manos. En el portal del convento pidió un pedazo de pan; la sombra de un caballo negro saltó de lo oscuro y lo espantó. Cuando yacía en su fresca cama, le sobrevenían inefables lágrimas. Pero no había nadie que posara la mano sobre su frente. Cuando llegaba el otoño iba, tal un vidente, a la parda vega. Oh, las horas de delirante embeleso, las tardes junto al verde río, las cacerías. Oh, el alma, que cantaba suave la melodía del amarillento carrizal; ardiente devoción. Silente miraba y largo tiempo en los ojos de estrella del sapo, palpaba con manos estremecidas la frescura de la vieja piedra y conjuraba la venerable saga de la fuente azul. Oh, los argénteos peces y los frutos que de achaparrados árboles caían. Los acordes de sus pasos le llenaban de orgullo y desprecio de los hombres. De camino a casa encontró un castillo deshabitado. Derrumbados dioses en el jardín dejando su duelo en la tarde. A él sin embargo le parecía: aquí he vivido años olvidados. Una coral de órgano le llenaba del espanto de Dios. Pero en oscura cueva pasó sus días, mintió y robó y se ocultó, lobo flameante, del blanco rostro de la madre. Oh la hora,

cuando con pétrea boca en el jardín de estrellas se abatió, cuando la sombra del homicida vino sobre él. Con purpúrea frente fue al pantanal y la ira de Dios azotó su espaldas de metal; oh, los abedules en la tempestad, los oscuros animales que evitaban sus senderos entenebrecidos. El odio abrasaba su corazón, lascivia, pues en el verdeante jardín del verano a la criatura sin voz violentó, en el radiante rostro reconoció el suyo tenebroso. Ay, al atardecer en la ventana, cuando de purpúreas flores, espantoso esqueleto, surgió la muerte. Oh, torres y campanas; y las sombras de la noche cayeron pétreas sobre él.

Nadie lo amaba. Su cabeza abrasaban mentira y lascivia en habitaciones crepusculares. El azul murmullo de una vestidura de mujer lo paralizó como una columna y en la puerta estaba la nocturna figura de su madre. Sobre él se elevó la sombra del mal. Oh, noches y estrellas. Por la tarde fue con el lisiado a la montaña; sobre heladas cumbres yacía el rosado brillo de los arreboles de la tarde y su corazón sonaba suave en el crepúsculo. Pesadamente se inclinaban los tempestuosos abetos sobre ellos y el rojo cazador salió del bosque. Cuando vino la noche se quebró cristalino su corazón y la tiniebla golpeó su frente. Bajo desnudos robles estranguló con heladas manos un gato salvaje. Lamentándose apareció a su derecha la blanca figura de un ángel y creció en lo oscuro la sombra del lisiado. Él sin embargo levantó una piedra y la lanzó hacia aquél tal que gritando huyó y suspirando desapareció en la sombra del árbol el dulce rostro del ángel. Largo tiempo yació en pedregoso campo y vio atónito la áurea bóveda de las estrellas. Perseguido por murciélagos se precipitó en lo oscuro. Jadeante entró en la casa derruida. En el patio bebió, tal animal salvaje, del agua azul de la fuente, hasta que tuvo frío. Febril se sentó en la helada escalera, furioso contra Dios de que él muriera. Oh, el terrible rostro del espanto, cuando los ojos redondos alzó hacia el cuello cortado de una paloma. Huyendo por escaleras extrañas se encontró con una muchacha judía y prendió su negro cabello y tomó su boca. Lo enemigo lo siguió por lúgubres callejas y desgarró su oído un férreo tintinar. En otoñales muros siguió, un monaguillo, silente al silencioso sacerdote; bajo agostados árboles respiraba ebrio el escarlata de aquella venerable vestidura. Oh el declinante disco del sol. Dulces martirios consumían su carne. En un desierto pasadizo se le apareció rígido de suciedad su rostro sangriento. Más profundo amó las sublimes obras de la piedra; la torre, que nocturna asalta el azul cielo estrellado con infernales muecas; la fría tumba donde el ardiente corazón del hombre está guardado. Ay, la inefable culpa que aquélla proclama. Pero como meditando ardiente-

mente al río otoñal descendió bajo desnudos árboles, se le apareció en manto sedeño un flameante *demon*, la hermana. Al despertar se apagaron sobre sus cabezas las estrellas.

Oh la estirpe maldita. Cuando en las mancilladas habitaciones cada destino se ha cumplido, entra con pútridos pasos la muerte en la casa. Oh si afuera llegara la primavera y en un árbol en flor cantara un pájaro ameno. Pero grisiento se secó el ralo verde en la ventana de los nocturnos y los sangrantes corazones piensan aún en el mal. Oh los crepusculares caminos de la primavera del pensativo. Con más justicia lo alegra el seto en flor, la joven siembra del campesino y el pájaro que canta, tierna criatura de Dios; las campanas de la tarde y la bella comunidad de los hombres. Si pudiera olvidar su destino y su espinoso aguijón. Libre verdea el arroyo, donde argénteo camina su pie y un árbol hablante le susurra sobre su tenebrosa cabeza. Entonces levanta con débil mano la serpiente y en ardientes lágrimas se funde el corazón. Sublime es el silencio del bosque, la verde oscuridad y los animales musgosos revoloteando cuando llega la noche. Oh estremecimiento, cuando cada uno sabe su culpa, por espinosos senderos va. Así encontró en el zarzal la blanca figura de la niña, sangrando por el manto de su esposo. Él sin embargo estaba guarecido en su acerado cabello, mudo y doliente ante ella. Oh los radiantes ángeles que el purpúreo viento nocturno dispersó. Toda la noche habitó en cristalina cueva y el albarazo salió argénteo en su frente. Tal una sombra bajó por el sendero de la linde bajo otoñales estrellas. Caía la nieve y una tiniebla azul llenaba la casa. Tal la de un ciego sonó la dura voz del padre y conjuró el espanto. Ay de la aparición encorvada de las mujeres. Bajo rígidas manos se le arruinaron fruto y enseres a la estirpe horrorizada. Un lobo destrozó al primogénito y las hermanas huyeron a oscuros jardines de esqueléticos viejos. Aquél, un vidente entenebrecido, cantó junto a los muros derruidos y el viento de Dios engulló su voz. Oh, la voluptuosidad de la muerte. Oh vosotros hijos de una oscura estirpe. Argénteas brillan las malvadas flores de la sangre en las sienes de aquél, la fría luna en sus ojos quebrados. Oh, los nocturnos; oh, los malditos.

Profundo es el adormecimiento en los oscuros venenos, lleno de estrellas y del blanco rostro de la madre, el pétreo. Amarga es la muerte, el alimento de los culpables; en el ramaje sepia del tronco se disgregaron burlescos los rostros de barro. Pero suave cantaba aquél en la verde sombra del saúco, cuando despertó de malos sueños; dulce com-

pañero de juegos, se le acercó un ángel rosado, tal que, tierno venado, se adormeció en la noche; y vio el rostro de estrellas de la pureza. Dorados se hundían los girasoles sobre la valla del jardín, cuando llegó el verano. Oh la diligencia de las abejas y el verde follaje del nogal; la tormenta pasajera. Argéntea florecía también la amapola, traía en verde cápsula nuestros nocturnos sueños de estrellas. Oh, qué silenciosa estaba la casa cuando el padre se iba a lo oscuro. Purpúreo maduraba el fruto en el árbol y el jardinero movía las duras manos; oh, los signos sedeños en el sol radiante. Pero silente entró al atardecer la sombra del muerto en el doliente círculo de los suyos y sonó cristalino su paso sobre las verdeantes praderas delante del bosque. Silenciosos se reunieron aquéllos en la mesa; moribundos partieron con manos cerosas el pan, que sangraba. Ay de los pétreos ojos de la hermana, cuando en la cena su delirio pisó la nocturna frente del hermano, cuando a la madre bajo dolorosas manos el pan volviósele piedra. Oh los corrompidos, cuando con lenguas argénteas el infierno callaron. Así se apagaron las lámparas en el fresco aposento y bajo purpúreas máscaras se miraron en silencio los hombres sufrientes. Toda la noche susurró una lluvia y resfrescó el suelo. En espinosa espesura siguió el Oscuro los amarillentos senderos en el sembrado, el canto de la alondra y la dulce calma de la verde enramada, para que él encontrara la paz. Oh, aldeas y musgosos peldaños, encendida vista. Pero óseos dudan los pasos sobre dormidas serpientes en la linde del bosque y el oído sigue siempre el grito furioso del buitre. Pétrea soledumbre encontró en la tarde, el cortejo de un muerto en la oscura casa del padre. Purpúrea nube ennubó su cabeza, tal que silente se arrojó sobre su propia sangre e imagen, un rostro lunar; pétreo se hundió en el vacío, cuando en espejo quebrado, jovenzuelo moribundo, la hermana apareció; la noche devoró la estirpe maldita.

III

PUBLICACIONES EN LA REVISTA *DER BRENNER*, 1914/15

EN HELLBRUNN

De nuevo siguiendo el lamento azul de la tarde
por la colina, por el estanque de primavera—
Como si se cernieran encima las sombras de remotos difuntos,
las sombras de los príncipes de la iglesia, de nobles mujeres—
ya florecen sus flores, las serias violetas
en el fondo de la tarde, murmura de la fuente azul
la cristalina onda. Tan sagrados reverdecen
los robles sobre los olvidados senderos de los muertos,
la nube de oro sobre el estanque.

EL CORAZON

Blanco se volvió en el bosque el corazón salvaje;
oh oscura angustia
de la muerte, cuando el oro
murió en nube gris.
Tarde de noviembre.
En la puerta desnuda del matadero estaba
el tropel de mujeres pobres;
en cada canasto
cayó carne corrompida y entrañas;
¡maldito alimento!

La paloma azul de la tarde
no trajo reconciliación.
Oscuro tañido de trompeta
traspasó la húmeda
fronda de oro de los olmos,
una bandera desgarrada
humeante de sangre
tal que en furiosa tristeza
un hombre presta atención.
Oh, edades de bronce
sepultadas allí en el poniente.

Del portal oscuro
salió la áurea figura
de la joven
rodeada de pálidas lunas,
corte otoñal,
quebrados abetos negros
en la tempestad nocturna,
la escarpada fortaleza.
Oh corazón
transverberando en la nívea frescura.

EL SUEÑO
Segunda versión

¡Malditos oscuros venenos
blanco sueño!
Este jardín extravagante
de árboles crepusculares
lleno de serpientes, mariposas nocturnas,
arañas, murciélagos.
¡Forastero! Tu sombra perdida
en el arrebol de la tarde,
un tenebroso corsario
en la mar amarga del desconsuelo.
Revuelan blancas aves en la linde de la noche
sobre ciudades de acero
que se derrumban.

LA TORMENTA

Oh, montañas salvajes, de las águilas
sublime duelo.
Nublado de oro
humea sobre pétreo desierto.
Paciente calma respiran los pinos,
los negros corderos junto al abismo,
donde de pronto el azul
extraño enmudece,
el rauco rumor de los abejorros.
Oh verde flor—
Oh silencio.

¡Los oscuros espíritus del torrente
estremecen como en sueño el corazón,
tiniebla
que irrrumpe por las gargantas!
Blancas voces
errando por hórridos atrios,
destrozadas terrazas,
el potente rencor de los padres, la queja
de las madres,
el argénteo grito de guerra del muchacho
y un algo aún no nacido
suspirando desde ciegos ojos.

¡Oh dolor, visión flameante
del alma grande!
Ya destella en negro tumulto
de caballos y carros
un rayo de rosado espanto
en el rojo abeto sonoro.
Magnética frescura
envuelve esta orgullosa cabeza,
encandecida tristeza
de un Dios airado.

¡Angustia, venenosa serpiente,
negra, muere en el pedregal!
Allí se despeñan salvajes
corrientes de lágrimas,

tempestad-misericordia,
retumban en truenos que amagan
en torno las cumbres nevadas.
Fuego
purifica la noche desgarrada.

LA TARDE

De muertas figuras de héroes
llenas tú, luna,
los bosques silentes,
guadaña lunar—
Del tierno abrazo
de los amantes,
de sombras de edades famosas
las pútridas rocas en redor;
así irradia celeste
hacia la ciudad,
donde fría y malvada
habita una pútrida estirpe,
que a los blancos nietos
oscuro futuro prepara.
Sombras enredadas de luna
que gemís en el vacío cristal
del lago alpino.

LA NOCHE

A ti te canto salvaje escarpadura,
en la tempestad nocturna
encastillada sierra;
oh, torres grisáceas
rebosantes de muecas infernales,
de fogosas bestias,
de ásperos helechos, abetos,
cristalinas flores.
Infinito tormento,
que a Dios diste alcance,

dulce espíritu,
suspirando en la cascada,
en ondulantes pinos.

Áureas flamean las fogatas
de los pueblos en redor.
Sobre negruzcos riscos
se precipita ebria de muerte
la encendida borrasca
—la novia del viento—
la onda azul
del glaciar
y retumba potente
la campana en el valle:
fuegos, blasfemias
y los oscuros
juegos de la lujuria,
una pétrea cabeza
asalta el cielo.

LA MELANCOLIA

Poderosa eres tú oscura boca
en lo íntimo, figura formada
de nubes de otoño,
de áurea quietud de la tarde;
un verdoso torrente crepuscular
en el recinto de sombras
de quebrados pinos;
una aldea
que humilde muere en imágenes sepia.

Allí saltan los caballos negros
en pastos de niebla.
¡Soldados!
Desde la colina, donde rueda el sol moribundo
se precipita la sangre riente—
¡bajo robles
atónita! Oh fragorosa melancolía
del ejército; un yelmo radiante
cae resonando de frente purpúrea.

Tan fresca viene la noche de otoño,
fulgurante de estrellas
sobre osamentas quebradas de hombres
la monja silente.

LA VUELTA AL HOGAR
Segunda versión

El frescor de oscuros años,
dolor y esperanza
guarda la ciclópea roca,
la sierra sin nadie,
el áureo aliento del otoño,
nube de la tarde —
¡pureza!

Mira con ojos celestes
la infancia cristalina;
bajo abetos sombríos
caridad, esperanza,
tal que de ardientes párpados
rocío en la yerba yerta se derrama —
¡Incontenible!

¡Oh, allí la pasarela de oro
quebrándose en la nieve
del abismo!
¡Azulado frescor
respira el valle nocturno,
fe, esperanza!
¡Salud, solitario camposanto!

QUEJA

Jovenzuelo de boca cristalina
descendió al valle tu áurea mirada;
la onda del bosque pálida y leonada
en la negra hora vespertina.
¡La tarde tan hondas heridas fulmina!

Pesares del sueño mortal, agonía,
sepulcro ya muerto y todavía
desde árbol y animal contempla el año;
desnudo campo, tierra labrantía.
Llama el pastor al medroso rebaño.

El azul de tus cejas, hermana verdadera,
tal suave saludo en la noche mira.
Ríe el infierno, un órgano suspira,
tal que el espanto al corazón prendiera;
estrella y ángel contemplar quisiera.

Por el niñito la madre temería;
en la mina la gema suena roja,
lujuria, lágrimas, pétrea congoja,
de oscuros titanes leyenda sombría.
Solitarias águilas se quejan. ¡Melancolía!

ENTREGA A LA NOCHE
Quinta versión

¡Monja, reclúyeme en lo oscuro de tu luz,
oh, monte azul y frío!
Desangra oscuro rocío;
en fulgor de estrellas se yergue la cruz.

Purpúreas la boca y la mentira vana
quebráronse en cámara ruinosa y fría;
brilla la risa, juego de oro, todavía,
es ya un último repique de campana.

¡Nube de luna! Los frutos agreños
caen del árbol en la noche oscura
y el espacio se vuelve sepultura
y este peregrinar del mundo, sueño.

EN EL ESTE

A los salvajes órganos de la tempestad invernal
semeja la tenebrosa ira del pueblo,

la onda purpúrea de la batalla,
de estrellas deshojadas.

Con cejas rotas, brazos de plata,
moribundos soldados saluda la noche.
A la sombra del fresno otoñal
suspiran los espíritus de las víctimas.

Espinosa espesura rodea la ciudad.
De escalones sangrantes ahuyenta la luna
a las mujeres espantadas.
Lobos salvajes irrumpieron por sus puertas.

QUEJA

Sueño y muerte, las lúgubres águilas
baten toda la noche su rumor en torno a esta cabeza:
a la imagen áurea del hombre
devoraría la onda helada
de la eternidad. En arrecifes tenebrosos
se destroza el cuerpo purpúreo
y la oscura voz se queja
sobre el mar.
Hermana de tempestuosa tristeza,
mira: una barca angustiosa se hunde
bajo las estrellas,
bajo la faz silenciosa de la noche.

GRODECK

Segunda versión

En la tarde resuenan los bosques otoñales
de armas mortales, las áureas llanuras
y lagos azules, sobre ellos el sol
rueda más lóbrego; abraza la noche
murientes guerreros; la queja salvaje
de sus bocas destrozadas.
Pero silente se reúne en los prados del valle

roja nube, allí habita un Dios airado
la sangre derramada, frescura lunar;
todos los caminos desembocan en negra putrefacción.
Bajo el áureo ramaje de la noche y las estrellas
oscila la sombra de la hermana por la arboleda silenciosa
al saludar los fantasmas de los héroes, las cabezas sangrantes;
y suenan suave en el cañar las oscuras flautas del otoño.
¡Oh duelo tan orgulloso! Oh altares de bronce,
a la ardiente llama del espíritu nutre hoy un inmenso dolor,
los nietos no nacidos.

REVELACION Y OCASO

Extraños son los senderos nocturnos del hombre. Cuando iba sonámbulo por pétreas habitaciones y en cada una ardía una silente lamparita, un candelero de cobre, y cuando tembloroso de frío caí en el lecho, apareció de nuevo sobre el cabezal la negra sombra de la extranjera y en silencio oculté el rostro en las lentas manos. También en la ventana el jacinto había florecido azul y vino al labio púrpureo de mi aliento la antigua oración, bajaron de los párpados cristalinas lágrimas lloradas por el amargo mundo. En esta hora fui en la muerte de mi padre el hijo blanco. En azules aguaceros vino de la colina el viento de la noche, la oscura queja de la madre, muriendo de nuevo, y vi el negro infierno en mi corazón; minuto de fulgurante silencio. Suave surgió de muros calizos un rostro inefable —un jovenzuelo moribundo—, la belleza de una estirpe que vuelve al hogar. Blanca de luna, la frescura de la piedra envolvió la sien en vela, resonaron los pasos de las sombras sobre derruidas gradas, un rosado corro en el jardincillo.

En silencio estaba sentado en una taberna abandonada bajo ahumada viguería y solo ante el vino; un cadáver radiante sobre algo oscuro inclinado y un cordero muerto yacía a mis pies. De pútrido azul surgió la pálida figura de la hermana y así habló su boca sangrante: punza, negra espina. Ah, todavía resuenan de salvajes tormentas mis argénteos brazos. Sangre, corre de los pies lunares, floreciendo en nocturnos senderos, sobre los que gritando salta la rata. Encendeos, estrellas, en mis combadas cejas; y el corazón resuena suave en la noche. Irrumpió una roja sombra con flameante espada en la casa, voló con nívea frente. Oh muerte amarga.

Y una oscura voz surgió de mí: a mi caballo negro le rompí la nuca en el bosque nocturno, cuando de sus ojos purpúreos saltó el delirio; las sombras de los olmos cayeron sobre mí, la risa azul de la fuente y la frescura negra de la noche, cuando levanté, cazador salvaje, un venado de nieve; en pétreo infierno murió mi rostro.

Y brillando cayó una gota de sangre en el vino del solitario; y cuando lo bebí, sabía más amargo que la amapola; y una nube negruzca envolvió mi cabeza, las lágrimas cristalinas de los ángeles condenados; y suave corrió de la argéntea herida de la hermana la sangre y una lluvia de fuego cayó sobre mí.

Por la linde del bosque quiero andar, un alguien de silencio, de cuyas manos atónitas cayó el sol sedeño; un extraño en la colina de la tarde, que llorando levanta los párpados sobre la pétrea ciudad; venado, que silente está quieto en la paz del viejo saúco; oh inquieta escucha la cabeza crepuscular o siguen los tímidos pasos las nubes azules en la colina, severos astros también. Al lado escolta silente la verde siembra, acompaña por musgosos senderos del bosque, tímido, el corzo. Se han cerrado, mudas, las cabañas de los aldeanos y da miedo en la negra calma del viento la queja azul del torrente.

Pero cuando bajé por el sendero de piedras, me asaltó el delirio y grité fuerte en la noche; y cuando con dedos argénteos me incliné sobre las aguas silenciosas vi que me había abandonado mi rostro. Y la blanca voz me habló: ¡Mátate! Suspirando se alzo en mí la sombra de un muchacho y me miró radiante con ojos cristalinos, tal que llorando bajo los árboles caí abatido, bajo la majestuosa bóveda de estrellas.

Inquieto caminar por salvaje pedregal lejos de los caseríos de la tarde, rebaños que vuelven al aprisco; lejos pasta el sol del ocaso en cristalina pradera y conmueve su canto salvaje, el solitario grito del pájaro, muriendo en la calma azul. Pero tú vienes suave en la noche cuando yo en vela yacía en la colina, o delirante en la tormenta de primavera; y cada vez más negro nubla la melancolía la cabeza ida, horrorizan fantasmales rayos el alma nocturna, desgarran tus manos mi pecho sin respiro.

Cuando fui al jardín crepuscular y la negra figura del mal se había alejado de mí, me rodeó la jacíntea calma de la noche; y atravesé en

barca combada el tranquilo estanque y la dulce paz commovió las petrificadas estrellas. Atónito yacía bajo los viejos sauces y alto era el azul cielo sobre mí y lleno de estrellas; y como mirando moría, murieron en mí la angustia y el dolor más profundo; y se alzó la sombra azul del muchacho radiante en lo oscuro, dulce canto; se levantó en alas lunares sobre verdeantes cimas, cristalinas rocas, la blanca faz de la hermana.

Con argénteas suelas bajé los espinosos escalones y entré en el encalado aposento. Silente ardía allí un candelabro y en silencio escondí la cabeza en lienzos purpúreos; y la tierra arrojó un cadáver niño, figura lunar, que lentamente salió de mi sombra, descendió con brazos quebrados por pétreos desprendimientos, nieve en copos.

IV
OTRAS PUBLICACIONES EN VIDA

POESIA

LA CANCION DE LA MAÑANA

¡Ahora desciende, titánico joven,
y despierta a tu muy amada durmiente!
Desciende de lo alto y rodea
de flores muy tiernas su frente soñante.
Enciende el cielo medroso de antorchas llameantes
tal que los astros murientes danzando resuenen
y los velos volantes de la noche
flameantes se esfumen,
que las nubes ciclópeas se dispersen,
en las que el invierno, huyendo a la tierra,
aún bramando amenaza con helados chubascos,
y los fondos celestes se abran en lúcida pureza.
Y si bajas, magnífico, con bucles que vuelan,
a la tierra, ella recibe con beato silencio
al ardiente varón, y en hondo temblor sacudida
por tu abrazo salvaje, furioso, inclemente,
te abre su vientre sagrado.
Y gana a la ebria el más dulce presagio
si tú, candente de flores, germinante vida
despiertas en ella, al sublime pasado
un más sublime futuro confluye,
que igual a ti es, como tú a ti mismo te igualas,
y a tu querer entregado, oh perpetuo moviente,
pues en ella un eterno misterio
se renueva en alta belleza por siempre.

SONAMBULO

¿Dónde estás tú, que ibas a mi lado,
dónde estás tú, cara de cielo?
Un áspero viento se burla a mi oído: ¡Oh, loco!
¡Un sueño! ¡Un sueño! ¡Oh, insensato!
¡Y sin embargo, y sin embargo! ¿Cómo era entonces,
antes de que yo entrara en noche y desamparo?
¿Recuerdas aún, oh loco, oh insensato?
El eco de mi alma, el áspero viento:
¡Oh loco, oh insensato!
¿¡No estaba allí con manos suplicantes,
una triste sonrisa en los labios
y gritó en noche y desamparo!?
¿Y qué decía? ¿Ya no recuerdas?
¡Tal amor sonaba! Ningún eco llevó
de vuelta a ella esta palabra.
¿Era amor? ¡Ay de mí que lo olvidé!
Sólo noche en mi redor y desamparo,
y el eco de mi alma —¡el viento!
¡Que se burla y se burla: oh loco, oh insensato!

LOS TRES ESTANQUES DE HELLBRUNN

LOS TRES ESTANQUES EN HELLBRUNN *Primera versión*

EL PRIMERO

Fluctúa sobre las flores el enjambre de moscas
sobre las pálidas flores en sordo vuelo pasa.
¡Huye! ¡Huye! ¡El aire abrasa!
¡En el fondo se abrasa de lo pútrido la brasa!
El sauce solloza, el silencio suena,
en las aguas hierve un vaporoso velo.
¡Huye ! ¡Huye! Éste es un lugar
para de negros sapos repugnante celo.

EL SEGUNDO

Imágenes de nubes, flores y hombres—
¡Mundo alegre, canta, canta!

Sonriente inocencia te refleja—
Celestial se hace todo lo que le encanta:
oscuro cambia amable en claro,
lejano en cercano. ¡Oh alegre alma!
Sol, nubes, flores y hombres
respiran de Dios la santa calma.

EL TERCERO

Las aguas fulgen verdi-azules
y serenos respiran los cipreses,
suena la tarde honda tal campana—
aumenta allí la hondura en creces.
La luna sale, azulea la noche,
florece en el reflejo al ondearse—
un rostro enigmático de esfinge,
donde mi corazón quiere sangrarse.

LOS TRES ESTANQUES EN HELLBRUNN
Segunda versión

Caminando por los muros que negrean
de la tarde, argénteo es el sonido
de Orfeo en el estanque oscurecido
mas aguaceros primavera asperjean
de la fronda en aguaceros que volean
vientos de noche argénteo es el sonido
de Orfeo en el estanque oscurecido
que va a morir en muros que verdean.

Brillan a lo lejos castillo y colina.
Voces de mujeres que en la muerte moran
tejen tiernamente y de oscuro coloran
sobre el espejo de ninfa blanquecina.
De su efímero destino se quejan
y en lo verde el día se deslíe.
Del cañar susurrando en vilo se alejan—
Un mirlo jugando con ellas se ríe.

Las aguas van brillando verdiazul
y serenos respiran los cipreses
su honda melancolía en creces
fluye hacia el vespertino azul.
Tritones van surgiendo de la onda,
la ruina recorriendo la muralla.
La luna se oculta en verde malla
y camina lentamente en la onda.

CEMENTERIO DE SAN PEDRO

Sólo la soledad de roca en derredor.
Lívidas flores de la muerte trementes
en sepulcros, en lo oscuro dolientes—
Pero para este duelo no hay dolor.

El cielo sonríe silente en su luz
sobre este jardín en sueño cerrado,
donde peregrinos esperan callados.
Sobre cada sepulcro vigila la cruz.

La iglesia se eleva como una oración
frente a una imagen de gracia eterna,
bajo las arcadas alguna luz tierna
por pobres almas muda pide compasión—

Pero en la noche los árboles florecen
para que la muerte envuelva su semblante
en la plenitud de su belleza brillante
en la que los sueños de los muertos crecen.

UNA TARDE DE PRIMAVERA

Un arbusto de larvas; alpino viento en marzo;
corre un perro rabioso por un campo desierto.
Suena la campana del cura por el pardo pueblo;
en el negro dolor se encorva un árbol pelado.

Sangra el maíz a la sombra de tejados viejos;
oh dulzura que el hambre de gorriones aplaca.
Por las cañas pajizas sale tímido un ciervo.
Oh, estar solitario ante aguas calmas, blancas.

La figura de sueño del nogal inefable se alza.
Al amigo alegra de los chicos el rústico juego.
Derrumbadas cabañas, un sentimiento decrépito;
apelotonadas en negro las nubes vagan bajas.

EN UN VIEJO JARDIN

Perfumes de reseda por secos verdes pasan,
un brillar estremece los estanques hermosos,
están los prados envueltos de blancos sedosos
donde las mariposas locos círculos trazan.

La terraza abandonada solea su espacio,
en lo hondo del agua brillan dorados peces;
pasan sobre el collado las nubes a veces,
de nuevo los extraños se alejan despacio.

Las frondas refulgen claras, y es que muchachas
temprano en la mañana por aquí han pasado,
sus risas colgadas de hojillas han quedado,
danza un fauno en doradas vaharadas borrachas.

[RUEDA VESPERTINA]
Primera versión

Tierras de asteres sepias y azuladas,
niños juegan allá en los socavones,
en los aires de claras vibraciones
en vilo las gaviotas grisplateadas.

Insólita vida vive en el vino.
Tocad más alto vuestro violín.

¡Qué deleite, oh ruedas sin fin!
Helándose la noche adentro vino.

Ríes tan alto parda margarita.
Sueña la mar en el ánimo brava,
mientras que ante mí se acaba
una rosa justo ahora marchita.

RUEDA VESPERTINA
Segunda versión

Tierras de asteres sepias y azuladas,
niños juegan allá en los socavones,
en los altos aires vespertinos,
alentadas en aires cristalinos
en vilo gaviotas gris-plateadas.
El eco del cuerno se oye en la vaguada.

En la vieja venta gritan sin tino
locos a los que el violín remeda,
por las ventanas pasa una rueda,
una delirante variopinta rueda
vertiginosa y ebria de vino.
Helándose la noche adentro vino.

Risa palpita, fenece,
la bandurria el ritmo muda,
quedo una callada ruda,
una tristísima ruda,
junto el umbral perece.
¡Zis, zas! Una hoz se mece.

Fantástica luz de cirios temblando
a esta carne joven pinta vieja,
¡zis zas! oyes en niebla la queja,
al compás del violín la queja,
y un esqueleto desnudo danzando.
Ya la luna adentro está mirando.

[ALMA DE NOCHE]
Primera versión

Silente de nuevo acoge el pútrido bosque
la fuente balbuciente,
queja, que cristalina en lo oscuro resuena.

Silencioso descendió del bosque negro un venado azul,
el alma,
pues era noche; sobre escalones musgosos una nívea fuente.

Sangre y tumulto de armas de tiempos olvidados
murmura el agua en el valle de pinos.
La luna brilla siempre en estancias derruidas,

ebria de oscuras heladas plateada máscara
sobre el sueño del cazador inclinada,
cabeza que abandonaron sus sagas.

Oh, entonces abre aquél las lentas manos,
tal que recibe la luz,
suspirando en inmensa tiniebla.

ALMA DE NOCHE
Segunda versión

Silencioso descendió de los negros bosques un venado azul,
el alma.
Pues era noche; sobre escalones musgosos una nívea fuente.

Sangre y tumulto de armas de tiempos pasados
murmuran en el valle de pinos.
La luna brilla siempre en estancias derruidas;

ebria de oscuros venenos, máscara argéntea
sobre el sueño de los pastores inclinada;
cabeza que abandonaron sus sagas en silencio.

Oh entonces abre aquello lentamente las frías manos
bajo pétreos arcos
suave sube un áureo verano a la ciega ventana

y suenan en el verde los pasos de la danzarina
toda la noche,
a menudo llama en púrpura melancolía la lechuza al ebrio.

ALMA DE NOCHE
Tercera versión

Silencioso descendió del bosque negro un venado azul
el alma,
pues era noche, sobre escalones musgosos una nívea fuente.

Sangre y tumulto de armas de tiempos pasados
murmuran en el valle de pinos.
La luna brilla suave en estancias derruidas,

ebria de oscuros venenos, máscara argéntea
sobre el sueño de los pastores inclinada;
cabeza que abandonaron sus sagas en silencio.

Oh, entonces abre aquél las lentas manos
que se pudren en sueño purpúreo
y argénteas florecen las flores del invierno.

En la linde del bosque irradian los lúgubres caminos
a la pétrea ciudad;
a menudo llama desde la negra melancolía la lechuza al ebrio.

PROSA

PAIS DE ENSUEÑO

UN EPISODIO

A veces vienen al recuerdo aquellos días serenos que son para mí como una vida extraña, que pasé feliz, que pude gozar buenamente, como un regalo de manos bondadosas y desconocidas. Y aquel pueblo en el fondo del valle vuelve a surgir en mi recuerdo con su ancha calle principal, por la que se extiende una larga alameda de hermosos tilos, con sus callejuelas tortuosas, llenas de la vida familiar y productiva de pequeños comerciantes y artesanos —y con la vieja fuente en medio de la plaza, que tan soñadora murmura bajo el sol, donde por la tarde suena un susurro de amor junto al murmullo del agua—. El pueblo sin embargo parece soñar con una vida pasada.

Y las colinas suavemente combadas, sobre las que se extienden solemnes, silenciosos bosques de abetos, separan el valle del mundo exterior. Las cimas se estrechan suavemente contra el lejano cielo claro y en este contacto de cielo y tierra le parece a uno que el universo es una parte del país natal. Figuras humanas se me vienen de pronto a las mientes y ante mí revive la vida su pasado con todos sus pequeños sufrimientos y alegrías que estos hombres pueden confiarse sin temor.

He vivido ocho semanas en este retiro; estas ocho semanas son para mí como una parte separada de mi propia vida —una vida en sí— llena de una joven dicha inefable, llena de un fuerte anhelo de lejanas cosas bellas. Mi alma de muchacho recibió aquí por primera vez la impresión de una gran vivencia.

Me vuelvo a ver, siendo un escolar, en la pequeña casa con un pequeño jardín delante, que, algo separada de la ciudad, está casi total-

mente oculta por árboles y matorrales. Allí vivía en un pequeño sobrado, que estaba decorado con extraños cuadros viejos, descoloridos, y aquí he soñado algunas tardes en silencio, y el silencio ha acogido y conservado cariñosamente en sí mismo mis sueños de muchacho, elevados como el cielo y felices y después me los ha traído de nuevo con frecuencia — en crepusculares horas solitarias. A veces también bajaba por la tarde a casa de mi viejo tío, que pasaba casi todo el día junto a su hija enferma, María. Entonces nos quedábamos horas y horas sentados los tres en silencio. El aire templado de la tarde entraba por la ventana y traía todo tipo de confusos ruidos a nuestros oídos, que fantaseaban visiones imprecisas. Y el aire estaba lleno del fuerte olor embriagante de las rosas, que florecían en la valla del jardín. Lentamente se deslizaba la noche en el cuarto y entonces me levantaba, decía «Buenas noches» y me subía a mi aposento, para soñar todavía una hora a la ventana sumido en la noche.

Al principio sentía en la cercanía de la pequeña enferma algo así como una angustiosa congoja, que se transformaba más tarde en un temor sagrado y respetuoso ante este mudo sufrir, extrañamente conmovedor. Cuando la veía, surgía en mí el sombrío sentimiento de que ella iba a morir. Y entonces no me atrevía a mirarla.

Cuando durante el día paseaba por los bosques, y me sentía tan alegre en la soledad y en la calma, cuando cansado entonces me tendía en el musgo, y miraba horas y horas el cielo claro y vibrante, en el que tan lejos podía perderse la mirada, cuando un sentimiento de felicidad raramente profundo me embriagaba, entonces de repente se me venía al pensamiento María enferma — y me levantaba y erraba sin meta, dominado por pensamientos inexplicables, y sentía en el corazón y en la cabeza una sorda presión, que me daban ganas llorar.

Y cuando a veces, por la tarde, iba por la polvorienta carretera, llena de aroma de los tilos en flor y en la sombra de los árboles veía las parejas musitando; cuando veía cómo junto a la fuente que murmuraba suave a la luz de la luna dos seres abrazados paseaban lentamente, como si fueran un solo ser, y entonces me recorría un ardiente escalofrío lleno de presentimiento, entonces se me venía al pensamiento María, enferma; entonces me asaltaba un dulce anhelo hacia algo inexplicable y de repente me veía con ella cogido del brazo paseando calle abajo a la sombra de los tilos perfumados. Y en los ojos grandes, oscuros de María brillaba una chispa insólita y la luna hacía aparecer su carita delgada más pálida y transparente todavía. Entonces me refugiaba en mi sobrado, me apoyaba en la ventana, miraba al cielo azul profundo, en el que parecían apagarse las estrellas y me quedaba horas absorto en ensoñaciones difusas y confusas, hasta que me vencía el sueño.

Y sin embargo — sin embargo no he cambiado más de diez palabras con la enferma, María. No hablaba nunca. Sólo he estado sentado largas horas a su lado y he mirado su rostro enfermo, sufriente, y una y otra vez he sentido que iba a morir.

En el jardín me he sentado en la hierba y he aspirado el perfume de mil flores; mis ojos se embriagaban con los brillantes colores de los ramos sobre los que se derramaba la luz solar y he escuchado la calma de los aires, que sólo a veces quedaba interrumpida por el reclamo de un pájaro. Percibía el fermentar de la tierra fértil, ardiente, ese ruido misterioso de la vida eternamente creadora. Por entonces sentía oscuramente la grandeza y belleza de la vida. Por entonces me sentía como si la vida me perteneciera. Pero entonces mi mirada cayó sobre la ventana de cierro de la casa. Allí veía sentada a María, enferma — callada e inmóvil, con los ojos cerrados. Y todos mis pensamientos eran entonces atraídos por el sufrimiento de este ser, demoraban allí — se volvían un doloroso anhelo sólo temerosamente confesado, que me parecía enigmático y desconcertante. Y temeroso, en silencio, abandoné el jardín como si no tuviera derecho a permanecer en este templo.

Cada vez que pasaba por la valla, cortaba como en sueño una rosa grande, encendida, de intenso perfume. Quedamente quería entonces pasar de largo por la ventana, cuando veía levantarse del camino de grava la temblorosa sombra tierna de María. Y mi sombra tocaba la suya como en un abrazo. Entonces, como dominado por un pensamiento fugaz, me acercaba a la ventana y colocaba la rosa que acababa de cortar en el regazo de María. Después desaparecía sin hacer ruido como si temiera ser sorprendido.

¡Cuántas veces se ha repetido esta pequeña situación que tan significativa me parecía! No lo sé. Para mí es como si le hubiese puesto a la enferma, María, mil rosas en el regazo, como si nuestras sombras se hubiesen abrazado innumerables veces. María nunca ha hecho mención de este episodio; pero he sentido por el fulgor de sus grandes ojos brillantes que la hacía feliz.

Tal vez eran estas horas, en las que ambos estábamos juntos y gozábamos en silencio de una gran felicidad, tranquila, profunda, tan bellas que no podría imaginarme otras más felices. Mi viejo tío nos dejaba en paz. Sin embargo, un día que estaba sentado con él en el jardín, en medio de todas las flores alegres, sobre las que pasaban soñando grandes mariposas amarillas, me dijo con una voz suave y pensativa: «Tu alma tiende al sufrimiento, muchacho». Y posó su mano sobre mi cabeza y pareció querer añadir algo más. Pero se calló. Tal vez tampoco sabía lo que con ello había despertado y que desde entonces creció en mí poderosamente.

Un día en que me acerqué de nuevo a la ventana en la que María estaba sentada como de costumbre, vi que su rostro estaba pálido y rígido de muerte. Los rayos del sol pasaban sobre su clara y tierna figura; su cabello suelto ondeaba en el viento, me pareció como si no la hubiera arrebatado ninguna enfermedad, como si hubiera muerto sin motivo visible — un enigma. La última rosa se la he puesto en las manos, se la ha llevado a la tumba.

Poco después de la muerte de María me fui a la ciudad. Pero el recuerdo de aquellos días tranquilos, llenos de sol, ha quedado vivo en mí, más vivo quizás que el tumultuoso presente. No veré nunca más el pueblo en el fondo del valle — sí, tengo miedo de volverlo a ver. Creo que no podría, aunque también a veces me asalta un fuerte anhelo de aquellas cosas del pasado eternamente jóvenes. Pues sé que buscaría en vano aquello que se ha ido sin dejar huella; allí no encontraría ya lo que sólo en mi recuerdo está todavía vivo —como el momento presente— y eso sería para mí, sin duda, sólo un tormento inútil.

DEL CALIZ DE ORO

BARRABAS

Una fantasía

Sucedió sin embargo a la misma hora, cuando llevaron al Hijo del Hombre hacia el Gólgota, éste es el lugar, donde son ejecutados los ladrones y los asesinos.

Sucedió en la misma hora sublime y ardiente, cuando él consumó su obra.

Sucedió que a la misma hora gran parte del pueblo recorrió gritando las calles de Jerusalén — y en medio del pueblo iba Barrabás, el asesino, y llevaba su cabeza insolentemente alzada.

Y a su alrededor iban rameras acicaladas con los labios pintados de rojo y las caras con afeites y se precipitaban hacia él. Y a su alrededor iban hombres, cuyos ojos miraban ebrios de vino y de vicios. En todas sus palabras acechaba el pecado de su carne y la lascivia de sus gestos era expresión de sus pensamientos.

Muchos que encontraban la ebria procesión se unían a ella y gritaban: «¡Viva Barrabás!». Y todos respondían: «¡Viva!». Alguien había gritado también «Hosanna». A ése sin embargo lo golpearon — pues sólo unos días antes habían gritado «Hosanna» a aquel que había entrado en la ciudad como un rey y habían esparcido en su camino frescos ramos de palma. Hoy sin embargo esparcían rosas rojas y gritaban con júbilo: «Barrabás».

Y cuando pasaron delante de un palacio, oyeron música de cuerdas y risas y el ruido de un gran festín. Y de la casa salió un joven ricamente vestido. Y su pelo brillaba de óleos perfumados y su cuerpo olía a

preciosas esencias de Arabia. Sus ojos brillaban de la alegría del festín y la sonrisa de su boca era lasciva por los besos de sus amantes.

Cuando el joven reconoció a Barrabás se adelantó y dijo así:

«Entra en mi casa, Barrabás, y reposa en mis blandos cojines; entra, Barrabás, y mis siervas untarán tu cuerpo con los más preciados nardos. A tus pies ha de tocar una muchacha en su laúd sus más dulces melodías y en mis más preciados vasos quiero ofrecerte mi más ardiente vino. Y en el vino voy a echar la más hermosa de mis perlas. Oh Barrabás, sé mi huésped por hoy y corona tu cabeza con rosas, alégrate de este día, pues muere aquel al que han colocado espinas sobre la cabeza».

Y cuando el joven habló, le aclamó el pueblo con júbilo y Barrabás subió los peldaños de mármol como un vencedor. Y el joven tomó las rosas que coronaban su cabeza y las puso sobre las sienes del asesino Barrabás.

Entonces entró con él en la casa, mientras el pueblo gritaba con júbilo en la calle.

En blandos cojines descansó Barrrabás; siervas untaron su cuerpo con los más preciados nardos y a sus pies sonó la música amena de una muchacha y en su regazo se sentó la amada del joven, que era más bella que la aurora en primavera. Y se oyeron risas — y de inauditos placeres se embriagaron los huéspedes, que todos eran del Único enemigos y detractores — fariseos y servidores de los sacerdotes.

Una hora después el joven rogó silencio y todo ruido enmudeció.

Entonces el joven llenó su copa de oro con el más rico vino y en el vaso el vino se volvió como sangre ardiente. Una perla echó dentro y le ofreció el vino a Barrabás. El joven sin embargo cogió un vaso de cristal y brindó por Barrabás:

«¡El Nazareno ha muerto! ¡Viva Barrabás!».

Y todos gritaron en la sala:

«¡El Nazareno ha muerto! ¡Viva Barrabás!».

Y el pueblo en la calle gritó:

«¡El Nazareno ha muerto! ¡Viva Barrabás!».

Pero de repente se apagó el sol, la tierra tembló en sus fundamentos y un horrible espanto recorrió el mundo.

Y las criaturas temblaron.

¡A la misma hora la obra de la salvación quedó consumada!

DEL CALIZ DE ORO

MARIA MAGDALENA

Un diálogo

Ante las puertas de la ciudad de Jerusalén. Cae la tarde.

AGATON: Ya es hora de volver a la ciudad. El sol se ha puesto y sobre la ciudad oscurece. Todo se ha vuelto silencioso. —Pero por qué no contestas, Marcelo: ¿qué miras tan ausente en la lejanía?

MARCELO: He pensado que allá en la lejanía el mar baña la orilla de esta tierra; en eso he pensado, que más allá de los mares Roma, la eterna, la divina, se alza hasta las estrellas, y que allí ningún día pasa sin fiestas. Y que yo estoy aquí en una tierra extraña. En todo eso he pensado. Pero lo olvidé. Ya es hora de que vuelvas a la ciudad. Cae la tarde. A la hora del crepúsculo una muchacha espera con impaciencia a Agatón a las puertas de la ciudad. No la hagas esperar, Agatón, no hagas esperar a tu amante. Te lo digo, las mujeres de esta tierra son muy especiales; lo sé, están llenas de enigmas. No hagas esperar a tu amante; pues no se sabe lo que puede pasar. En un momento puede suceder algo horrible. No se debe perder nunca la ocasión.

AGATON: ¿Por qué me hablas así?

MARCELO: Quiero decir que si tu amante es bella, no debes hacerla esperar. Te lo digo, una mujer bella es algo eternamente inexplicable. La belleza de la mujer es un enigma. No se comprende. No se sabe nunca qué puede ser una mujer bella, a lo que puede obligar. ¡Eso es, Agatón! Ah, he conocido a una. Conocí a una, vi suceder cosas que nunca podré sondear. Ningún hombre podrá sondearlas. Nunca vemos el fondo de los sucesos.

AGATON: ¿Qué viste, qué sucedió? ¡Por favor, cuéntamelo!

MARCELO: Bueno, vamos. Tal vez ha llegado la hora en que podré decirlo sin tener que estremecerme ante mis propias palabras y pensamientos. (Regresan lentamente a Jerusalén. Todo es silencio alrededor.)

MARCELO: Sucedió en una ardiente noche de verano, cuando la fiebre acecha en el aire y la luna confunde los sentidos. Entonces la vi. Fue en una pequeña taberna. Allí bailaba, bailaba con pies descalzos sobre una preciosa alfombra. Nunca vi bailar a una mujer más bella, ni más embelesadora; el ritmo de su cuerpo me hizo ver fantasías extrañamente sombrías, y estremecimientos febriles recorrieron mi cuerpo. Era como si esta mujer jugase en el baile con cosas invisibles, preciosas, secretas, como si abrazara seres semejantes a los dioses, que nadie veía, como si besara labios rojos que se inclinaban a los suyos deseándola; sus movimientos eran de máximo placer; parecía como si sobre ella se derramaran las caricias. Parecía ver cosas que no veíamos y jugaba con ellas en el baile, las gozaba en los inusitados arrobamientos de su cuerpo. Tal vez alzaba su boca hacia frutas preciosas y dulces y sorbía vino ardiente, cuando echaba hacia atrás su cabeza y su mirada de deseo se dirigía hacia lo alto. ¡No!, no lo he comprendido, y sin embargo era todo extraordinariamente vivo — allí estaba. Y entonces se postró desnuda, sólo bañada de sus cabellos, ante nuestros pies. Era como si la noche se hubiese ovillado en sus cabellos en una maraña negra y nos la retirara. Ella sin embargo se entregaba, entregaba su cuerpo, se lo daba a cualquiera que quisiera tenerlo. La vi amar mendigos y seres vulgares, príncipes y reyes. Era la más hermosa hetaira. Su cuerpo era un vaso precioso de placer como el mundo no había visto más bello. Su vida pertenecía sólo al placer. La vi bailar en festines y su cuerpo era inundado de rosas. Ella sin embargo estaba en medio de las encendidas rosas como una bella flor que acabara de abrirse, única. Y la vi coronar con flores la estatua de Dionisos, la vi abrazar el frío mármol, como abrazaba a sus amantes, los ahogaba con sus besos ardientes, febriles. — — Y entonces llegó uno que pasó a su vera, sin decir nada, sin gestos, e iba vestido con un manto sedeño y llevaba polvo en sus pies. Llegó y la miró — y pasó de largo. Ella sin embargo lo miró, se quedó fija en sus movimientos — y se fue, se fue y siguió a aquel insólito profeta, que tal vez la había llamado con los ojos, siguió su llamada y se postró a sus pies. Se humilló ante él — y lo miraba como a un dios; le sirvió como le servían los hombres que iban con él.

AGATON: Aún no has terminado. Siento que quieres decir algo más.

MARCELO: No sé más. ¡No! Pero un día supe que querían crucificar a aquel extraño profeta. Lo supe por nuestro gobernador Pilato. Y entonces quise salir hacia el Gólgota, quise verle, quería verle morir. Tal vez se me hubiera revelado un hecho enigmático. Quería mirar sus ojos; tal vez sus ojos me habrían hablado. Creo que me hubieran hablado.

AGATON: ¡Y no fuiste!

MARCELO: Iba de camino. Pero me volví. Pues sentí que allí iba a encontrar a aquélla, de rodillas ante la cruz, orando ante él, atenta al huir de su vida. En éxtasis. Y entonces me volví. Y en mí quedó la oscuridad.

AGATON: ¿Pero aquel hombre extraño? —¡No, no hablemos de eso!

MARCELO: ¡Dejemos caer el silencio sobre eso, Agatón! No podemos hacer otra cosa. — Mira, Agatón, cómo la oscuridad arde extraña en las nubes. Se diría que detrás de las nubes se alza un océano de llamas. ¡Un fuego divino! Y el fuego es como una campana azul. Es como si se oyeran sus tonos profundos y solemnes. Se podía suponer incluso que allá arriba en las alturas inalcanzables ocurre algo de lo que nunca sabremos nada. Pero se puede vislumbrar a veces, cuando a la tierra desciende la gran calma. ¡Y sin embargo! Todo esto es muy desorientador. Los dioses aman proponernos enigmas insolubles a los hombres. La tierra sin embargo no nos salva de la perfidia de los dioses, pues también ella está llena de fascinaciones. A mí me desorientan las cosas y los hombres. ¡Ciertamente! ¡Las cosas son mudas! Y el alma humana no revela sus enigmas. Cuando se le pregunta, calla.

AGATON: Vivamos y no preguntemos. La vida está llena de belleza.

MARCELO: Hay muchas cosas que no sabremos nunca. ¡Sí! Y por eso sería deseable olvidar lo que sabemos. ¡Basta! Pronto vamos a llegar. Mira qué solos están los caminos. No se ve a nadie. (Se levanta un viento.) Es una voz que nos dice que debemos mirar las estrellas. Y callarnos.

AGATON: Marcelo, mira qué alta está la mies en los campos. Cada tallo se inclina a la tierra —cargado de fruto. Tendremos magníficos días de siega.

MARCELO: ¡Sí! Días de fiesta, días de fiesta, querido Agatón.

AGATON: ¡Iré con Rahel por los campos, por los fértiles, benditos sembrados! ¡Oh, hermosa vida!

MARCELO: Tienes razón. Alégrate de tu juventud. ¡Sólo la juventud es belleza! A mí me cae bien pasear en la oscuridad. Pero aquí se separan nuestros caminos: a ti te espera la amante, a mí —¡el silencio de la noche! ¡Que te vaya bien, Agatón! Va a ser una noche magnífica. Se podrá estar largo tiempo al aire libre.

AGATON: Y mirar las estrellas, la gran serenidad. Seguiré contento mi camino y alabaré la belleza. Así se honra uno a sí mismo y a los dioses.

MARCELO: ¡Haz como dices y harás bien! ¡Adiós, Agatón!

AGATON (pensativo): Deseo preguntarte sólo una cosa más. No tomes a mal si insisto. ¿Cómo se llamaba ese extraño profeta? Dime.

MARCELO: ¡De qué te serviría saberlo! ¡Olvidé su nombre! ¡No! Ya me acuerdo, ya me acuerdo. ¡Se llamaba Jesús y era de Nazareth!

AGATON: ¡Gracias! ¡Adiós! ¡Que los dioses te sean propicios, Marcelo! (Se va.)

MARCELO (perdido en sus pensamientos): ¡Jesús! — ¡Jesús! Y era de Nazareth. (Se va lentamente, meditando por su camino. Se ha hecho noche y en el cielo brillan numerosas estrellas.)

ABANDONO

1

Nada interrumpe ya el silencio del abandono. Sobre las oscuras, antiquísimas cimas de los árboles pasan las nubes y se reflejan en las aguas verdiazules del estanque, que parece insondable. E inmóvil, como hundida en luctuosa resignación, reposa la superficie — un día y otro.

En medio del silencioso estanque se alza el castillo hacia las nubes con sus torres y tejados puntiagudos, agrietados. La yerba invade los muros negros y reventados y en las ventanas redondas y ciegas reverbera la luz del sol. En los patios lóbregos y oscuros revuelan palomas y buscan escondites en las grietas de los muros.

Parecen temer siempre algo, pues vuelan recelosas e inquietas ante las ventanas. Abajo en el patio murmura la fuente dulce y suave. En las tazas de bronce beben de vez en cuando las palomas sedientas.

Por los pasillos estrechos, polvorientos del castillo pasa a veces un sordo aliento de fiebre, tal que los murciélagos revolotean asustados. Si no, nada turba la profunda calma.

¡Los aposentos sin embargo están negros de polvo! Altos y desnudos y helados y llenos de objetos olvidados. Por las ventanas ciegas llega a veces un pequeño, minúsculo fulgor, que la oscuridad envuelve de nuevo. Aquí ha muerto el pasado.

Aquí se ha petrificado un día en una sola rosa deformada. Por su ausencia de ser pasa el tiempo de largo sin pensar.

Y todo lo invade el silencio del abandono.

2

Nadie puede ya penetrar en el parque. Las ramas de los árboles están mil veces enredadas, todo el parque es más bien un solo ser gigantesco.

Y la noche eterna reina bajo el enorme techo de hojas. ¡Y un profundo silencio! ¡Y el aire está impregnado de vahos de putrefacción!

A veces sin embargo el parque se despierta de sus sueños profundos. Entonces emana un recuerdo de frescas noches estrelladas y de lugares muy ocultos y secretos, cuando escuchaba besos y abrazos febriles, en las noches de verano, llenas de ardiente fasto y magnificencia, cuando el encanto de la luna creaba figuras fantásticas sobre el fondo negro, de personas que grácilmente galantes, llenas de movimientos rítmicos, vagaban bajo su techo de hojas, que se susurraban palabras dulces, locas, con una delicada sonrisa prometedora.

Y después el parque se hunde de nuevo en su sueño mortal.

Sobre las aguas se mecen las sombras de hayas rojas y abetos y del fondo del estanque llega un murmullo taciturno, triste.

Unos cisnes pasan por las aguas brillantes, lentos, inmóviles, alzando rígidos sus delgados cuellos. ¡Se deslizan! ¡Alrededor del muerto palacio! ¡Un día y otro!

Hay lirios pálidos al borde del estanque en medio de yerbas de vivos colores. Y sus sombras en el agua son más pálidas que ellos mismos.

Y cuando unas mueren, vienen otras del fondo. Y son como pequeñas, muertas manos de mujeres.

Grandes peces nadan curiosos, los ojos fijos, vidriosos, alrededor de las flores pálidas, y se sumergen de nuevo en el fondo — en silencio.

Y todo lo invade el silencio del abandono.

3

Y arriba en un aposento agrietado de la torre está sentado el conde. Un día y otro.

Mira las nubes que pasan sobre las cimas de los árboles, brillantes y puras. Le gusta mirarlas cuando el sol encandece las nubes, por la tarde, cuando se pone. Escucha los ruidos en las alturas: el grito de un pájaro, que pasa de largo por la torre, o el rumor sonoro del viento cuando barre el castillo.

Ve cómo duerme el parque, sordo y grave, y mira los cisnes que pasan por las olas que rielan —que nadan alrededor del palacio, un día y otro.

Y las aguas fulgen verdiazules. En las aguas sin embargo se reflejan las nubes, que pasan sobre el palacio; y sus sombras en las aguas brillan radiantes y puras como ellas mismas. Los nenúfares le hacen signos como pequeñas, muertas manos de mujer y se mecen al compás de los suaves tonos del viento, soñadoramente tristes.

El pobre conde mira todo lo que moribundo le rodea, como un niño desorientado sobre el que pesa una maldición y que no tiene más fuerza para vivir, que desaparece como una sombra matinal.

Escucha sola la pequeña melodía triste de su alma: ¡el pasado!

Cuando llega la tarde, enciende su antigua lámpara enmohecida y lee en libros grandes, amarillentos, acerca de la grandeza y magnificencia del pasado.

Lee con un corazón febril, vibrante, hasta que el presente, al que no pertenece, se esfuma. Y las sombras del pasado se alzan — gigantescas. Y vive la vida, la hermosa vida señorial de sus antepasados.

En las noches en que la tempestad azota la torre, tal que los muros retumban en sus cimientos y los pájaros giran horrorizados ante su ventana, sobrecoge al conde una tristeza sin nombre.

Sobre su cansada alma centenaria pesa el destino.

Y él apoya el rostro en la ventana y mira la noche. ¡Y entonces todo le aparece enormemente irreal, fantasmal! Y horrible. Oye bramar la tempestad por el castillo, como si quisiera barrer todo lo muerto y dispersarlo por los aires.

Pero cuando la confusa alucinación de la noche se esfuma como una sombra conjurada — todo lo invade de nuevo el silencio del abandono.

RECENSIONES

EL DIRECTOR GENERAL FRIEDHEIM

Es una empresa difícil abarcar de una ojeada la actividad fértil y rica de un hombre que ha influido durante años en el espacio público y que también por eso ha sufrido la crítica de la opinión general; es difícil destacar lo esencial de tal influencia, caracterizarlo así y todo lo proyectado, que sólo permaneció irrealizado por las desfavorables circunstancias, ponerlo en consonancia con lo sucedido — como siembra y cosecha.

Hace tres años que el señor Friedheim ocupa el cargo de director artístico en el Teatro Municipal. Si considera estos tres años de trabajo serio y sin descanso, puede decir: he hecho todo lo que pude, he actuado según el mejor saber y conciencia del arte. Y por eso es justo que el público otorgue en todo momento a la actividad de este hombre el reconocimiento que merece, también por eso voy a limitarme a exponer lo esencial.

La temporada 1903, que fue particularmente rica en novedades, nos presentó las puestas en escena magistrales de *Corriente* de Halbe, *Asaltador de caminos* de Werkmann, *Stephan Fadinger* de Gustav Streicher, *Día de solsticio* de Schönherr, *Retreta* de Beyerlein. Estas escenificaciones, que exigían en gran parte grandes esfuerzos, han demostrado que el señor Friedheim es un director teatral capaz e incansable. Que el señor Friedheim es a la vez tan buen actor como director lo prueban sus rendimientos, por ejemplo en *En el cura de Kirchfeld* como Wurzelsepp, como sargento en *Retreta*, como Striese, como Stauffacher, como sacerdote en *Renacimiento*. Entre las nuevas producciones del año siguiente hay que destacar *Traumulus*, que fue puesto en escena en fun-

ción benéfica para Friedheim, además *El velo de Maya* y *Los invisibles* de Seebach. En cada una de estas obras interpretó Friedheim el papel principal, sus brillantes actuaciones como Director Niemeyer, como Sócrates y como Baumeister están aún vivas en nuestra memoria. Su actuación como Franz Moor le valió un escrito de elogio del alcalde señor Berger. No han de dejarse sin mención los méritos adquiridos por Friedheim con la representación del *Campamento de Wallenstein* y del fragmento de Demetrio. El año actual dio una rica cosecha de lo bueno y lo mejor. Salzburgo fue el primer escenario de provincia que después de Viena presentó *Familia* de Schönherr. El autor expresó al señor Friedheim su agradecimiento personal por su buena dirección. Además hay que mencionar la representación de *Los hermanos de San Bernardo*, de *Profesor no titular* (Prutz), de *La pequeña Dorrits* y de la obra de tesis *Piedra bajo piedras.* Una actuación que el señor Friedheim puede recordar con justo orgullo fue la maravillosa escenificación de *Salomé.*

Con una actividad ininterrumpida, el señor Friedheim ha cumplido hasta el final con su cargo de gran responsabilidad, a pesar de las dificultades que se acumularon en los últimos tiempos, interpuestas en su camino por determinado sector. El sábado el señor Friedheim se despide de Salzburgo con *Narciso.* No es necesario en este caso apelar a la atención del público, pues va a organizar una tarde en honor del señor Friedheim en recuerdo de todo lo que ha sido para nuestro teatro — ¡un pequeño agradecimiento por tan gran labor! En la historia de nuestro teatro sin embargo el señor Friedheim tendrá un lugar de honor, como pocos — en la historia como en el recuerdo de aquellos que en estos años han sabido apreciar su actividad.

GUSTAV STREICHER

Este escritor ha surgido del movimiento literario de la provincia austríaca, una consecuencia y fenómeno adicional del Naturalismo que formuló su programa con el lema «Arte Regional» y que, a pesar de que se escribió bastante sobre él, no tuvo sin embargo el reconocimiento que le debía haber correspondido. Con la repentina extinción del Naturalismo, que vino y se fue como una tempestad, el Arte Regional perdió consecuentemente el terreno en el que tan profundas raíces había echado, y todo el movimiento, que llevado por la joven fuerza rebosante de una voluntad buena y valiente iba a iniciar sus propios caminos, se vio entonces privado de sus fuerzas nutricias y motrices. Y hoy, cuando se revelan a la mirada renovadora posibilidades insospe-

chadas para un arte lleno de futuro y caminos espinosos y llenos de peligro, es el «Sturm und Drang» —Tempestad y Empuje— de los últimos decenios un recuerdo que cubre la primera palidez.

Entre los representantes del Arte Regional de antaño es Gustav Streicher una de las personalidades más destacadas y su camino artístico es tan interesante como instructivo. Comenzó con el Naturalismo —su obra primeriza *El día de Nicolás* es de ese autoctonismo grave, sombrío, fanático-heroico, propio de los naturalistas más consecuentes—, en su obra siguiente, *Stephan Fadinger* buscó el camino hacia la tragedia histórica de gran estilo, todavía sobre el terreno y con los medios artísticos del Naturalismo, y se encontró finalmente en Ibsen, en su drama, hasta ahora poco conocido, *Víctima de amor*, que intenta resolver un problema psicológico de lo más sutil con los medios del análisis del alma moderno; después de varios años de una aparente inactividad (una comedia, que intenta dar forma globalmente al problema de la mujer moderna, se quedó en fragmento), Gustav Streicher se muestra en una nueva fase de su desarrollo como neo-romántico.

El desarrollo de este escritor puede parecer extraño e insólito, si no tuviera su propia aclaración en las condiciones descritas al principio. Y es explicable que un autor cuya singularidad es tan marcadamente dramática, cuyo talento parece necesariamente creado para un desarrollo lineal, haya tenido que pasar por tales crisis. Su drama *Monna Violanta*, que Streicher leyó la tarde del viernes en la sala Mirabell, es una de esas tragedias psicológicas que gustan a los neo-románticos. Que trasladan a unos al puro éxtasis, hacen a otros soñar y cuya acción no se debe contar porque con ello pierde mucho. Se piensa y se sueña con esta insólita Violanta que como una sombra fresca atraviesa un sueño, se siente la aversión que sacude su cuerpo, se piensa en el esposo muerto, que ha denigrado su cuerpo juvenil con perversiones seniles; uno cree ver el fantasma del muerto cuando Violanta lo ve andar a su lado buscando con gestos repugnantes, depravados, el contacto abominable con su mujer, se oye a la mujer gritar y derrumbarse bajo la terrible violencia del poder difunto y se sabe que tiene que convocar los poderes más elementales de la vida para librarse del muerto, tiene que hacerse ramera para no caer en convulsiones histéricas. Es insólito cómo estos versos penetran el problema, cómo el sonido de la palabra expresa a menudo un pensamiento inexpresable y retiene la atmósfera fugaz. En estos versos hay algo del arte dulce y femenino de la persuasión, que nos seduce a escuchar el *melos* de la palabra y a no poner atención a su contenido y peso; la sangre se llena de un cansancio soñador. Sólo en la última escena, cuando entra el condotiero, estalla sobre la escena un

tono pleno, férreo, un tono mayor, y en una escalación veloz se resuelve el drama en un canto dionisíaco de la alegría de vivir.

Que el autor al leer no quisiera poner de relieve toda la violencia del ambiente de su obra, que se perdiera algo de las brillantes bellezas de su diálogo, se le perdona amablemente. El público lo ha seguido a gusto en su mundo y le ha pagado con agradecimiento que le dejara mirar por una hora en la profundidad de una existencia insólita.

[JACOBO Y LAS MUJERES]

Jacobo y las mujeres. Novela de Franz Karl Ginzkey. (L. Staackmanns Verlag, Leipzig.) Este libro tiene ambiente, desgraciadamente sólo ambiente. En su ambiente se ahoga la acción en sí endeble, la psicología es poco clara y resbala sobre una agradable superficialidad, la caracterización de los personajes es escasa, esquemática, confusa. Y algunas bonitas escenas de ambiente deben disculpar todas estas faltas capitales. ¡No! A este libro le falta todo para ser una novela, sobre esto no le engaña a uno la rebuscada solemnidad de un estilo que desde *Renate Fuchs* de Jakob Wassermann viene siendo diligentemente manipulado y que es pomposamente inflado con las cosas más retorcidas, aburridas y superficiales ¡Mauvaise music! Y cuando pienso que la novela gala representa el punto cimero de un culto sin par de la forma y que las epopeyas rusas han llegado a ser el manantial de la más poderosa revolución espiritual, entonces la mayor parte de la producción novelesca centroeuropea no es para mí más que... papel impreso.

V

OBRA POSTUMA

COLECCION DE 1909

TRES SUEÑOS

I

Creo que la caída de las hojas soñaba
con lejanos bosques, lagos oscurecidos,
que el eco de palabras tristes escuchaba —
pero no podía comprender su sentido.

Creo que la caída de estrellas soñaba,
de pálidos ojos el suplicante gemido,
que el eco de una sonrisa escuchaba —
pero no podía comprender su sentido.

Caída de hojas y de estrellas soñaba,
vi así que eternamente he ido y venido,
eco de un sueño inmortal que escuchaba —
pero no podía comprender su sentido.

II

Hay en el espejo oscuro de mi alma
imágenes de nunca vistos mares
abandonados, trágicos, fantásticos países
diluyéndose en el azul, azares.

Mi alma dio a luz un cielo azul púrpura
ardiente de crepitantes soles capitales,

y extrañamente vivos, brillantes jardines,
de vaporosas cálidas delicias mortales.

Y de mi alma el oscuro pozo
creó imágenes de noche de avernos,
movida por anónimos cánticos
y alientos de poderes eternos.

Mi alma se estremece oscura de recuerdos
como si ella en todo se reencontrara al fin —
en insondables mares y noches insondables,
y en cánticos profundos sin principio ni fin.

III

Vi muchas ciudades de las llamas provechos
y horror sobre horror por los tiempos reunido,
y numerosos pueblos vi en polvo deshechos,
y todo poco a poco deslizarse en olvido.

Vi a los dioses en la noche precipitados,
las más sagradas arpas impotentes romperse
y de la putrefacción de nuevo desatados
días de nueva vida despertar y crecerse.

Despertar, crecer y otra vez perecer,
la eterna trágica historia,
que así representamos sin comprender,

cuya nocturna tortura demente
de la belleza la tan dulce gloria
corona, cosmos de espinas sonriente.

DE LOS DIAS TRANQUILOS

Tan fantasmales son estos días que se alejan
tal como el mirar de los enfermos, enviados
a la luz. Pero sus ojos que mudos se quejan
ensombrece la noche a que están ya inclinados.

Sonríen sin duda y fiestas al recuerdo dan,
tal quien la canción casi olvidada estremece
y palabras se buscan para un triste ademán
que ya en silencio inmensurable palidece.

Así en flores enfermas juega el sol todavía
y hace que de un embeleso de muerte fría
se estremezcan en finos aires transparentes.

Los rojos bosques susurran ya al sol postrero,
nochimortal resuena el pájaro carpintero
tal como resonancia de sepulcros silentes.

CREPUSCULO

Inquieto estás, cada dolor una deformación,
tiemblas al desentono de cada melodía,
arpa de cuerdas rotas tú, un pobre corazón
del que da enfermas flores la melancolía.

Quién el enemigo, el criminal, te ha traído
que la última chispa de tu alma ha robado;
como vacío de dioses este mundo reducido
a ramera, feo, enfermo, podrido y apagado.

De sombras una danza salvaje aún se expresa
al compás de un sin alma mal desgarrado son,
rueda por el laurel de espinas de la belleza,

que mustio al vencedor, al perdido, corona.
Un mal premio, disputado a la desesperación
y que a la divinidad celeste no impresiona.

OTOÑO

RUINA *Colección de 1909*

Cuando tocan a paz las campanas vesperales
de los pájaros sigo vuelos maravillosos,
que reunidos en grupos, peregrinos piadosos,
se pierden en las claras lejanías otoñales.

Paseando en nocturnos y cerrados jardines,
sueño en sus destinos de luces más sonoras
y apenas pasar siento la aguja de las horas
si sigo sobre nubes sus viajes sin confines.

Entonces me estremece un aliento de ruina.
Un pájaro se queja en ramajes deshojados.
En rejas mohosas las rojas vides declinan

mientras, rueda de muerte de niños demacrados,
temblando al viento lívidos asteres se inclinan
junto a oscuros brocales de pozos arruinados.

EL ESPANTO

En salas olvidadas vi pasar mi figura.
En azul fondo locas las estrellas danzaban,
fuerte en los campos los perros aullaban
y el viento alpino se removía en la altura.

De pronto: ¡silencio! Torpe calentura,
de mi boca brotan flores fratricidas,
cae de la enramada como desde herida
pálido rocío, tal sangre cae y fulgura.

Desde el de un espejo falible vacío
se levanta lento y como al albedrío
de espanto y tinieblas un rostro: Caín.

Muy suave susurra el terciopelo frío,
mira en la ventana la luna al vacío,
solo con mi asesino estoy al fin.

RECORDATORIA

De mis años niños no se llevó el olvido
repique de campanas, en iglesias altares
—oh silente oración— crepusculares,
de bóvedas azules como el cielo extendido.

De un órgano suena un aire vespertino,
en plazas amplias muere un eco oscuro
y un murmullo de fuentes suave y puro,
dulce tal balbuceo no entendido de un niño.

Me veo soñando, silente, las manos plegadas,
musitando oraciones hace tiempo olvidadas,
melancolías tempranas mis ojos oscurecen.

Allí fulge entre figuras que se entenebrecen
la de una mujer, cubierta de duelo sombrío,
que escancia en mí el caliz del espanto impío.

AQUELARRE

Un aliento de plantas febriles venenosas
en lunares crepúsculos me hace soñar
y suave me siento enredar y enlazar
y veo un aquelarre de brujas furiosas.

Flores color de sangre en halos espejados
mi corazón desjugan de un celo de ardores
y sus labios de todas las artes sabedores
sobre mi ebria garganta se hinchan airados.

Flores color de peste de trópicas regiones
que a mis labios ofrecen sus fétidos sustentos,
las turbias fuentes espumando tormentos

y una abraza, oh ménade de ira y pasiones,
mi carne fatigada de cálidos vapores
y en dolor arrobada de terribles ardores.

CANTO A LA NOCHE

I

De la sombra de un aliento nacidos
peregrinamos en el desamparo
y en lo eterno estamos perdidos,
víctimas de un sacrificio ignaro.

Pordioseros, de nada somos amos,
ante ajena puerta nuestro enajenar.
Tal ciegos el silencio escuchamos
donde se ha perdido nuestro musitar.

Somos los caminantes sin destino,
nubes a las que el viento dispersa,
flores que en frío temblor mortecino
están esperando la guadaña tersa.

II

Que la última angustia sea en mí consumada,
oscuros enemigos no esperéis mis reproches.
Vosotros sois la senda a la silente nada,
en la que caminamos en las más frías noches.

Vuestro aliento me hace arder más acendrado.
¡Paciencia! La estrella se apaga, vemos pasar
los sueños a los reinos de nombre ignorado,
donde sin sueños solamente podemos entrar.

III

Oh oscuro corazón, oh noche oscura,
¿quién refleja vuestros más santos fondos
y de vuestra maldad los abismos más hondos?
La máscara se hiela ante nuestra amargura —

Ante nuestro dolor, ante nuestro placer
de la vacía máscara petrificada risa
en la que toda cosa terrenal agoniza
y no es esto consciente a nuestro ser.

Y un extraño enemigo se burla y demora
ante nuestras moribundas ilusiones,
más turbias suenan así nuestras canciones
y oscuro queda lo que en nosotros llora.

IV

¡Tú eres el vino que embriaga,
en dulces danzas voy sangrando

y mi dolor de flores coronando!
¡Tu razón, noche, así quiere que haga!

Yo soy el arpa aquí en tu seno,
ahora arrebata tu oscura canción
los últimos dolores de mi corazón
y a mí me hace eterno y ajeno.

V

¡Profunda quietud, oh profunda quietud!
No suena ninguna pía campana,
oh dulce madre de dolores tú —
en tu paz mortalmente ensanchada.

Con tus frías manos buenas
cierra las heridas tú,
que sangren dentro las penas —
dulce madre de dolores, tú.

VI

¡Deja que mi silencio sea tu canción transida!
¿Qué sería para ti el murmullo del hombre,
que se alejó del jardín de la vida?
Déjate ser en mí, pero sin nombre —

Alzada en mí sin ilusiones
como campana sin sonido,
dulce novia de penas y aflicciones,
ebria y blanca amapola de mi olvido.

VII

Oí flores morir del valle en el gasón
y de la fuente la queja embriagada,
de boca de campana una canción,
noche, y una pregunta susurrada
y oh herida de muerte — un corazón,
más allá de su pobre jornada.

VIII

La oscuridad me borró silenciosa,
era una muerta sombra yo en el día —
entonces salí de la casa dichosa
hacia la noche dolorosa.

Ahora en mi corazón un silencio ha lugar,
éste no siente aquel yermo día —
y sonríe como espinas a ti a par,
noche — sin cesar.

IX

¡Oh noche, ante mi sufrir portal cerrado,
mira cómo sangra esta llaga oscura
y al éxtasis propicio el cáliz de amargura!
¡Oh noche, ya estoy preparado!

Oh noche, jardín de olvido,
fulgor cerrado al mundo que mi nada acordona,
marchita la vid, marchita la espinosa corona.
¡Oh, ven tú, tiempo cumplido!

X

Una vez mi demon se ha reído,
era yo entonces luz en jardines brillantes,
compañeros el juego y los corros danzantes
y el vino del amor embriagador ha sido.

Una vez mi demon ha llorado.
En jardines dolorosos yo entonces una luz era
y a la humildad junto a mí tenía por compañera
cuyo brillo la casa de la pobreza ha irradiado.

Ya tal vez mi demon ni llore ni ría,
soy una sombra en un jardín perdido
por compañero de muerte oscurecido
el silencio de la medianoche vacía.

XI

Mi pobre sonrisa que por ti luchó,
mi canción sollozante en lo oscuro calló.
Ahora mi camino quiere terminar.

Déjame entrar en tu catedral
como antaño, loco, pío, elemental,
y mudo adorando ante ti estar.

XII

Tú eres en la profunda medianoche
un litoral muerto en silencioso mar,
un litoral muerto: ¡nunca jamás!
Eres en la profunda medianoche.

Tú eres en la profunda medianoche
el cielo donde fuiste el astro que fenece,
un cielo en el que ya ningún dios florece.
Eres en la profunda medianoche.

¡Tú eres en la profunda medianoche
alguien no acogido en suave seno
y nunca sido, al ser ajeno!
Eres en la profunda medianoche.

LA CANCION PROFUNDA

De profunda noche me alzó la libertad.
¡Mi alma se asombra en inmortalidad,
mi alma oye sobre tiempo e inmensidad
la melodía de la eternidad!
Ni noche ni pena, ni día ni felicidad
es la melodía de la eternidad
y desde que escucho a la eternidad
nunca más siento pena ni felicidad.

BALADA

Un loco escribió tres signos en la playa,
ante él estaba una muchacha pálida.
Alto cantaba, cantaba la mar.

Ella en la mano un vaso llevaba
que hasta el mismo borde brillaba,
como sangre roja de pesar.

El sol se fue — sin palabra pronunciada,
el vaso tomó la mano alocada
y se lo bebió hasta vaciar.

Se fue la luz entonces de la mano pálida,
el viento borró tres signos en la playa —
Alto cantaba, cantaba la mar.

BALADA

Se queja un corazón: tú no lo encuentras,
muy lejos de aquí está su hogar,
¡mira qué insólita su faz!
¡La noche llora ante una puerta!

En la sala de mármol arden las velas,
¡Oh, sordo, oh, sordo! ¡Alguien aquí muere!
Susurra en algún sitio: ¿Oh, no vienes?
¡La noche llora ante una puerta!

Un sollozo aún: ¡Oh si la luz viera!
Aquí y allí ha oscurecido ahora —
Un sollozo: ¿hermano, oh no oras?
La noche llora ante una puerta.

BALADA

Un jardín sofocante se detuvo la noche.
Nos callamos lo que espantoso nos embarga.
Por eso despertaron nuestros corazones
y sucumbieron del silencio a la carga.

No hubo estrellas en flor aquella noche
y nadie por nosotros un ruego ha hecho.
Sólo un demonio rió en lo oscuro entonces.
¡Malditos seáis todos! Ocurrió el hecho.

MELUSINA

En mi ventana llora la noche —
La noche es muda, es el viento que pasa,
el viento como niña extraviada —
¿Qué es lo que hace que llore?
¡Oh pobre Melusina!

Como fuego su pelo en la tormenta ondula,
como fuego que pasa sobre nubes y clama —
entonces dice por ti, oh pobre muchacha,
mi corazón una silente oración nocturna.
¡Oh pobre Melusina!

RUINA

¡Sopla un viento! Apagándose suenan
las verdes luces — grande y oronda
inunda la luna la sala honda
donde ya las fiestas no resuenan.

Sonríen suave los antepasados
y lejanos — cayó su última sombra,
sofoca el aire de pútrida escombra,
donde circulan los cuervos callados.

Perdido sentido de tiempos perdidos
desde máscaras mira petrificadas,
que de vacío y dolor desfiguradas
su duelo van dejando entre olvidos.

De hundidos jardines exhalaciones
enfermizas la ruina tiernas rozan,
como ecos de palabras que sollozan
temblando sobre abiertos panteones.

POEMA

Una pía canción hasta mí llegó:
¡Oh, simple corazón, oh, sangre santa,
libérame de ardor de maldad tanta!
Fue entonces oída y la queja calló.

Mi corazón es carga de pecado,
se consume en ardor de maldad tanta,
y no suplica a la sangre santa,
así está vacío de llanto y callado.

CANCION DE NOCHE

Sobre nocturna ola oscurecida
canto yo mi triste canción,
canción que sangra como herida.
Mas no me la trae ningún corazón
a través de la oscuridad.

Sólo la nocturna ola oscurecida
susurra y solloza mi canción,
canción que sangra de herida
y me la trae a mi corazón
a través de la oscuridad.

EN UNA VENTANA

Sobre los tejados el azul celestial,
y nubes que de largo pasan,
en la ventana un árbol en rocío primaveral,

Sube al cielo un pájaro, ebrio, rápidamente,
un aroma de flores perdido —
¡Esto es el mundo, un corazón lo siente!

¡La calma crece y el mediodía abrasa!
¡Dios mío, cómo es rico el mundo!
Yo sueño y sueño y la vida pasa,

la vida allí fuera — ¡está por doquier
de mí alejada por un mar de soledad!
¡La siente un corazón y alegre no ha de ser!

OTOÑO EN COLOR

MUSICA EN MIRABELL, *Primera versión, Colección de 1909*

Canta la fuente. Las nubes están
blancas, suaves, en celeste espejo;
pensativos, callados hombres van
en la tarde azul del jardín lejos.

Se agrisa el mármol de los antepasados.
Pájaros en banda las lejanías rozan.
Un fauno contempla con ojos cegados
las sombras que en lo oscuro se posan.

Roja la fronda del viejo árbol desciende,
por la ventana abierta entra en espirales,
en fuegos oscuros el recinto se enciende
dentro se ven las sombras como fantasmales.

Opalino vapor en vilo por el verde,
una nube de aromas lívidos, ajados,
en la fuente luce tal vidrio verde
la hoz de la luna en aires helados.

LOS TRES ESTANQUES EN HELLBRUNN

Primera versión, Colección de 1909

EL PRIMERO

Fluctúa sobre las flores el enjambre de moscas
sobre las pálidas flores en sordo vuelo pasa.
¡Huye! ¡Huye! ¡El aire abrasa!
¡En el fondo se abrasa de lo pútrido la brasa!

El sauce solloza, el silencio suena,
en las aguas hierve un vaporoso velo.
¡Huye! ¡Huye! Éste es el lugar
para de negros sapos repugnante celo.

EL SEGUNDO

Imágenes de nubes, flores y hombres —
¡Alegre mundo, canta, canta!
Sonriente inocencia te refleja —
Celestial se hace todo lo que le encanta:
oscuro cambia amable en claro,
lejano en cercano. ¡Oh, alegre alma!
Sol, nubes, flores y hombres
respiran en ti de Dios la calma.

EL TERCERO

Las aguas fulgen verdiazules
y serenos respiran los cipreses,
suena la tarde honda tal campana —
aumenta allí la hondura en creces.
La luna sale, azulea la noche,
florece en el reflejo al ondearse —
un rostro enigmático de esfinge
donde mi corazón quiere sangrarse.

A LA MUERTE DE UNA ANCIANA

A menudo escucho en la puerta horrorizado
y si entro me parece que alguien escapara,
y que el mirar de sus ojos pasa por mi lado
soñando, como si de otro lugar me mirara.

Así sentada, en sí encorvada atiende
y parece lejana de lo que hay en redor,
pero si en la ventana algún ruido prende,
tiembla y llora quedo tal niño con temor.

Y su mano cansada sobre su pelo blanco posa
y pregunta con lívida mirada: ¿he de irme ya?
Y en fiebre delira: ¡en el altar la mariposa
se ha apagado! ¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas?

LOS GITANOS

Arde el anhelo en su mirada nocturnal
hacia aquel hogar, que no verán un día.
Así los arrastra un destino fatal
que tan sólo sondea la melancolía.

Las nubes los caminos a ellos van abriendo,
un bando de aves a veces los acompaña,
hasta ir en la tarde su rastro perdiendo,
y a veces en el viento una campana taña

en la de sus tiendas soledad estrellada,
que así con más anhelo sus canciones crece,
de maldición sollozan, de pena heredada
que ninguna estrella de esperanza esclarece.

TEATRO EN LA NATURALEZA

¡Ahora entro por el portal de labras!
En las alamedas el paso apagado
se va y el quedo aliento de las palabras
de las personas que pasan a mi lado.

¡Estoy de pie ante una verde escena!
¡Comienza, recomienza, fantasía
de días perdidos, sin culpa ni condena,
sólo fantasmal, extraña y fría!

Con la melodía de una época pasada
me veo allá arriba de nuevo volver,

un niño cuya suave queja olvidada
llorar veo, extraña a mi entender.

Oh, rostro atónito a la tarde inclinado,
fui un día las cosas que ahora a mi llanto acuden
como los gestos tuyos aún inacabados
que mudos, medrosos hacia la noche aluden.

RENDIDO

Putridez de paraísos obra de fantasía
envuelve este doliente cansado corazón,
que de toda dulzura sólo el hastío bebía
y que ahora desangra en vulgar aflicción.

Palpita ahora al compás de extinta danza
melodías melancólicas para desesperar,
coronas de estrellas de la vieja esperanza
se marchitan en el ha tiempo sin dioses altar.

De la ebriedad del vino y de lindos olores
un despierto sentimiento te quedó de pudor —
el ayer en sus desfigurados resplandores —
la tristeza gris diaria te abate en redor.

ULTIMOS ACORDES

Se fue del día el último palor dorado,
las pasiones de ayer perdieron su aliento,
está el santo vino de alegría derramado,
ahora mi corazón llora en la noche atento

al eco quedo de sus fiestas pasadas
que en lo oscuro se pierde lento, tal
las sombras, como caen hojas ajadas
en tumba abandonada en la noche otoñal.

ACORDE

Muy claros tonos en los aires finos
cantan de este día el duelo lejano,
que todo lleno de aromas repentinos
nos hace soñar de tremores arcanos.

Como un recordar compañeros perdidos,
y eco de goces que en la noche ondean,
cae la fronda de jardines de olvidos,
que en silencio de paraísos se solean.

En claro espejo de olas aclaradas
vemos que el tiempo muerto otro se anima,
elevar nuestras pasiones desangradas
a nuestras almas a cielos más encima.

Nos renueva la muerte en la manera
de martirio y placer más hondamente,
donde el dios desconocido impera —
y un nuevo sol nos hace eternamente.

CRUCIFIJO

Él es el Dios ante el que los pobres se han postrado,
él es de sus miserias espejo de destinos,
es un pálido Dios escupido, ultrajado,
que acaba en la colina de infames asesinos.

Se arrodillan ante su carne martirizada
para que su humildad así con él se uniere
y la noche y la muerte de su última mirada
su corazón en hielo de mortal ansia acere —

para que abra —símbolo de humana suerte—
las puertas de paraísos de los desheredados
su capitolio de espinas de nocturna muerte,
que saludan pálidos ángeles y extraviados.

CONFITEOR

Imágenes que la vida pinta coloreadas
sólo veo por crepúsculos ensombrecidas,
como sombras turbias, frías, descontorsionadas,
que la muerte ya ha vencido apenas nacidas.

Angustia, desaliento, infamia, enfermedad,
sin su máscara veo tan sólo en cada cosa,
la tragedia sin héroes de la humanidad
en tumbas, cadáveres, una pieza horrorosa.

Me asquea esta visión de sueño marchita,
pero me requiere un poderoso mandamiento,
que sea un comediante que su papel recita,
forzado, en desesperación — ¡aburrimiento!

SILENCIO

Sobre los bosques la pálida luna,
la luna que soñar nos hace,
silente en la noche el sauce
llora en la oscura laguna.

Un corazón se apaga — presencio
la niebla que lenta se alza y se aduna —
¡silencio, silencio!

ANTES DE LA SALIDA DEL SOL

En la oscuridad muchos pájaros cantan,
los árboles susurran y las fuentes suenan,
entre las nubes resuena un ascua rosada,
pena de amor temprana: la noche azulea —

Con tímidas manos el alba suave alisa
del amor el lecho, febril removido,
y de lánguidos besos la ebriedad termina
en sueños sonriendo y semienvela sentidos.

DELITO CONTRA LA SANGRE

Amenaza la noche nuestro lecho de amor.
Susurran: ¿quién os libra de culpa en su bondad?
De la dulce lascivia infame en el temblor
te rogamos: ¡perdónanos, María, en tu piedad!

De fuentes de flores traen aromas vehementes,
a nuestras frentes pálidas de culpa, suavidad.
Transidos del aliento de aires ardientes
soñamos: ¡perdónanos, María, en tu piedad!

Mas se alzan de la fuente de sirenas rumores,
nuestra culpa a la esfinge sume en oscuridad
y nuestros corazones suenan más pecadores,
sollozamos: ¡perdónanos, María, en tu piedad!

ENCUENTRO

En el camino extranjero — nos miramos
y nuestros ojos preguntan cansados:
¿qué has hecho de tu vida?
¡Cállate! ¡Cállate! ¡No te quejes!

Hace ya más frío alrededor,
las nubes se deshacen a lo lejos.
Me parece mejor no seguir preguntando,
nadie va a guiarnos en la noche.

CONSUMACION

¡Hermano mío, vayamos aún más quedo!
Las calles se oscurecen poco a poco.
Brillan banderas y flamean a lo lejos,
pero, hermano, déjanos estar solos —

Y mirando al cielo estar en calma,
buenos de corazón y preparados
y la acción de antaño en sí olvidada.
¡Hermano mío, el mundo es tan vasto!

Allí afuera nubes juego del viento son
que como nosotros de cualquier parte vienen.
¡Deja que seamos como las flores son,
tan pobres, hermano mío, tan bellas y alegres!

METAMORFOSIS

¡Una luz eterna en ascua triste y roja,
un corazón tan rojo que el pecado acongoja!
¡Dios te salve, oh María!

Tu pálida imagen ha florecido
y tu cuerpo velado encandecido,
¡oh tú, mujer, María!

En dulce tormento arde tu vientre,
y sonríe tu ojo grande y doliente,
¡oh madre, tú, María!

PASEO EN LA TARDE

Yo me adentro en la tarde,
canta el viento y va conmigo:
¡Oh encantado en lo que arde,
siente qué lucha contigo!

La voz de una muerta querida
dice: ¡Pobre es el corazón del soñador!
¡Lo que entristece el alma olvida, olvida!
¡Sea lo que deviene tu dolor!

EL SANTO

Cuando en el infierno de sus propias penas
crueles-lascivas imágenes le acosan
— Ningún corazón estuvo nunca de indolente lascivia tan
cautivado como el suyo y tan atormentado por Dios

ningún corazón — levanta las manos macilentas,
las irredentas, suplicando al cielo.
Pero conforma ahora insoportable-insaciable placer
su apasionada-ardiente oración, el ardor
afluye por místicas infinitudes.
Y nunca tan ebrio suena el evohé
de Dionisos, como cuando en mortal
éxtasis furibundo satisfacción
se arranca su atormentado grito: Exaudi me, o Maria!

A UNA QUE PASO DE LARGO

Vi una vez a mi lado pasar
una cara ahíta de penar,
profunda y secretamente afín me pareció
como enviada de Dios —
y pasó de largo y desapareció.
Vi una vez de largo pasar
una cara llena de penar,
quedé sorprendido
como si hubiera a una reconocido
que en sueños una vez nombré mi amada
en una existencia ya ha tiempo esfumada.

LA IGLESIA MUERTA

En oscuros bancos están sentados, apretados
y levantan las miradas apagadas
a la cruz. Los cirios vislumbran como velados
y sombría y como velada la Faz mortificada.
El incienso sube de dorado vaso
hacia la altura, un canto moribundo
se disipa, e incierto y dulce como por un crepúsculo
invadido está el espacio. El sacerdote avanza
hacia el altar; pero ejercita con cansado espíritu
los piadosos ritos — un miserable actor,
ante malos orantes de rígidos corazones,
en el acto sin alma del pan y del vino.

¡La campana suena! Los cirios flamean sombríos —
y más pálida, como velada la Faz mortificada!
¡El órgano murmura! ¡En los muertos corazones se estremece
el recuerdo! Un sangriento rostro de dolor
se envuelve en la oscuridad y la desesperación
lo mira fijo desde muchos ojos en el vacío.
Y una voz semejante a todas las otras,
solloza — mientras el espanto creció en el espacio,
el espanto de la muerte creció: apiádate de nosotros —
¡Señor!

[VERDE Y DORADO]

Verde y dorado se levanta el día
En la colina sobre la capilla
blanca de flores aparece María
el viejo umbral tan bello brilla.
Allí nacen sauces al azul su atavio
de las primaveras cae el rocio
Alégrate. ¡Alégrate!

Allí canto encantado el dulce día
ante ti, María, en blanca vestidura
Mi sufrir de fantástica locura
Tanto ríe el canto del tordo en alegría
y los abedules en verde se orean
y sobre tumbas silentes se menean —
Alégrate. ¡Alégrate!

POESIA DE 1909-1912

MELUSINA

Algo me ha despertado, ¿qué ha sido?
¡Hijo mío, en la noche flores han caído!

¿Quién susurra tan triste tal soñando?
¡Hijo, la primavera va por el espacio!

¡Oh, mira! ¡Su rostro de lágrima lívido!
¡Hijo mío, es que demasiado ha florecido.

¡Cómo arde mi boca! ¿Por qué lloro?
¡Hijo mío, beso mi vida en tu rostro!

¿Quién me aprieta, quién se inclina hacia mí?
Hijo mío, yo que te junto las manos a ti.

¿Adónde voy? ¡Tan hermoso era el sueño!
Hijo mío, vamos a irnos al cielo.

¡Qué bien, qué bien! ¿Quién sonríe con agrado?
Entonces sus ojos se pusieron blancos —

Todas las luces se apagaron entonces
y la casa recorrió una honda noche.

LA NOCHE DE LOS POBRES

¡Crepusculea
y sorda oh martillea
la noche en nuestro lar!
Susurra un niño: ¡por qué temblar
así!
¡Pero más hondo nos inclinamos
los pobres y callamos
y callamos como si no estuviéramos ya aquí!

CANCION DE NOCHE

Mátame dolor. Quema la herida.
Este martirio es una cosa vana.
Mira cómo florece de mi herida
en la noche una estrella arcana.
Todo está consumado. Muerte, sé humana.

DE PROFUNDIS

La cámara mortuoria de noche llena
mi padre duerme, yo estoy de vela.

Del muerto la rígida cara
en luz de cirios tiembla blanca.

Las flores huelen, la mosca zumba,
mi corazón insensible mudo escucha.

El viento en la puerta golpea bajito,
aquélla se abre con claro crujido.

Y fuera susurra un campo de espigas,
en la bóveda celeste el sol crepita.

De frutos llenos arbusto y árbol,
en el aire mariposas y pájaros.

En el campo los campesinos siegan
en el hondo silencio de la siesta.

Yo me santiguo ante el cuerpo presente
y en lo verde se pierde mi paso silente.

EN EL CAMPOSANTO

Sofocantes se alzan piedras viejas.
De incienso levitan amarillos vapores.
Desenjambradas zumban las abejas
y se estremecen las rejas de flores.

Lenta se agita allí una hilera
en los muros sol y calma juntos,
trémula se esfuma tal quimera —
en tremor de cantos de difuntos.

Al verde ecos lentos regresan,
los arbustos parecen despiertos;
pardos mosquitos se dispersan
sobre viejas lápidas de muertos.

SIESTA SOLEADA

Una rama me mece y en el azul me anega.
En las otoñales hojas caprichosas,
revolotean ebrias locas mariposas.
Golpes de hachas retumban en la vega.

En rojas moras mi boca se encarniza
y luz y sombras vacilan en la fronda.
Horas y horas polvo dorado afonda
crepitando sobre la tierra rojiza.

El tordo ríe desde el arbolado
y loco y ruidoso sobre mí golpea
todo el enredo de hojas que otoñea —
Se suelta el fruto luminoso y pesado.

EPOCA

Un rostro de animal en verde amarillento
tímido me encandila, el boscaje abrasa.
Como voz de niño desde muy lejos pasa
el canto de una fuente. Lo oigo atento.

Los salvajes grajos de mí se estan burlando
y en redor los abedules están veladamente.
Ante fuego de maleza estoy de pie silente
e imágenes en ella suave se van pintando.

Sobre fondo de oro viejo cuento de amor.
Su silencio extienden nubes en la colina.
Desde el espejo del estanque que ilumina
un espíritu, graves frutos guiñan en fulgor.

LA SOMBRA

Estando esta mañana en el jardín sentado —
los árboles estaban floridos, azulinos,
cargados de gritos de tordos y trinos —
mi sombra en la hierba he contemplado,

muy desfigurada, un animal maravilloso,
estaba ante mí como un sueño espantoso.

Y me fui y fuertemente temblaba
en el azul de una fuente el murmullo,
y se abrió purpúreo un capullo
y el animal a mi vera caminaba.

EXTRAÑA PRIMAVERA

Sobre una vieja piedra tendido,
ya bien entrado el mediodía,
ante mí en extraño vestido
en el sol tres ángeles había.

¡Oh tú, presentidora primavera!
En el surco la nieve es ya rocío

y del abedul trémula cabellera
cuelga sobre el lago claro y frío.

Del cielo venía un festón azulado,
y bella una nube voló al interior,
a ella estaba yo en sueño inclinado —
Los ángeles de rodillas en fulgor.

Alto cantó un pájaro una leyenda
y de repente lo pude comprender:
antes de que tu primer anhelo prenda,
tienes que perecer, tienes que perecer.

SUEÑO DE UNA SIESTA

¡Callad! la figura del viejo está cercana
y el eco de su paso reoscurece bajo.
Sombras vuelan en vilo arriba y abajo —
abedules colgando sobre la ventana.

Y en las viñas del collado viejo
brinca de nuevo el coro faunal
y las esbeltas ninfas del cristal
de la fuente surgen tal de espejo.

Oíd la tormenta de lejanos fragores.
Incienso emana de berros lucientes,
mariposas celebran misas silentes
ante las herrumbrosas rejas de flores.

SONATA DE VERANO

Aturde el aroma de frutos podridos.
Arboleda y árboles suenan soleados,
enjambres de moscas zumban anegrados
en los claros del bosque enrojecidos.

En los charcos de fondos azulinos
flamean de la maleza los fulgores.
Oye, de amarillos muros de flores
vibran gritos de amor repentinos.

Mariposas unas a otras se espantan;
ebria baila sobre cálida alfombra,
sobre el tomillo, mi sombra.
Claramente extasiados mirlos cantan.

Nubes enseñan pechos de rígido confín,
coronado de bayas y frondas campestres
tú miras bajo oscuros pinos silvestres
sonriendo un esqueleto tocar el violín.

HORA LUMINOSA

De flauta en la colina aires musicales.
En los pantanales los faunos acechan
a las ninfas que entre algas y cañales
ocultas, esbeltas, indolentes se echan.

En la luna del estanque espejeada
se embelesan mariposas gualdas,
se mueve en la hierba aterciopelada
suave un animal con dos espaldas.

Entre abedules alienta sollozando
de Orfeo el dulce balbuceo de amores,
suaves y burlones van armonizando
en su canción la suya ruiseñores.

En la boca de Afrodita amada
una llama aún Febo encandece
de perfume de mirra rociada —
De oscuro la hora se enrojece.

RECUERDO DE INFANCIA

El sol solitario en la siesta impera,
el bordón de abejas se esfuma suave.
Voces hermanas del jardín son clave —
Escucha el chaval oculto entre maderas,

todavía enfebrecido sobre el libro y figuras.
Cansados se mustian los tilos en la luz azulada.

Una garza en vilo, inmóvil, en el éter ahogada,
en el vallado juegan fantásticas sombras oscuras.

A la casa las hermanas van silentes,
pronto brillan sus blancos vestidos
inciertamente en cuartos enlucidos,
rumor de fronda muere incoherente.

El chaval acaricia el pelo de la gata,
hechizado ante sus ojos que son espejos.
Un ruido de órgano en el otero, lejos,
hacia el maravilloso cielo se desata.

UNA TARDE

Por la tarde, todo el cielo cubierto
y un aguacero la arboleda ha cruzado
en silencio y duelo, oscuro y dorado.
Lejano un toque vespertino ha muerto.

La tierra agua helada ha bebido,
en la linde del bosque un fuego lento,
tal voces de ángeles el suave viento
y me he arrodillado estremecido

en amargos berros en la yerba esteparia.
A lo lejos bogaban en charcos plateados
nubes, puestos de amor abandonados.
La landa era toda inmensa y solitaria.

ESTACION DEL AÑO

Venero de rubíes en la fronda se enreda.
Estaba el estanque silencioso y terso.
En la linde del bosque en color disperso
azulado manchón y sepia polvareda.

Un pescador su red recogió. Vino
el crepúsculo sobre el campo arado.
Mas un rancho parecía iluminado
y muchachas trajeron fruta y vino.

La canción del pastor murió en la lejanía.
Entonces quedó el hato extraño y solitario.
El bosque envuelto en gris mortal sudario
entristecidos recuerdos despertar hacía.

Durante la noche se fue el tiempo callando
y como en negros agujeros en el bosque voló
un ejército de cuervos, que a la ciudad huyó
tras el son de campanas que se iba alejando.

EN LOS VIÑEDOS

Pinta otoñal el sol cortijo y muros,
la fruta en montones en redor alzados,
miserables niños delante agachados.
Un golpe de viento tilos diezma inseguros.

Llueve por el portal un dorado aguacero
y cansadas descansan en bancos podridos
las mujeres, sean sus cuerpos bendecidos.
Vasos y jarras mecen el vino primero.

Su violín hace sonar un vagabundo
y ardorosos danzan los delantales.
Cuerpos morenos se abrazan profundo.
Vacíos ojos miran desde ventanales.

Hedor sube del espejo de la fuente
y negros, abandonados, alejados
crepusculean de la vid los collados.
Un bando de aves va al sur de repente.

EL VALLE OSCURO

En los pinos un bando de chovas se aventa
y en la tarde suben nieblas tal verdines
y como en sueño un sonido de violines
y muchachas corren al baile en la venta.

Se oye la risa y el grito de los borrachos,
un estremecer pasa por entre viejos tejos.

En vidrios que tienen cadavéricos reflejos
del baile pasan presto sombras de muchachos.

A vino y a tomillo un olor ha venido,
por el bosque resuena solitaria llamada.
El pueblo de mendigos escucha en la grada
y comienza de pronto a rezar sin sentido.

Un venado desangra entre los avellanos.
Sordo oscilan arcadas de árboles gigantes
sobrecargadas de nubes de hielo. Amantes
reposan en la charca enlazadas las manos.

CREPUSCULO DE VERANO

En el verde éter vibra súbita una estrella,
en el hospital sienten que el alba ha venido.
El mirlo trina ebrio en el bosque escondido,
campana de convento se aleja en sueños bella.

En la plaza una estatua solitaria y esbelta,
matutinan en patios rojos lechos de flores.
En el balcón de madera flamea el aire calores,
por el hedor las moscas dan una y otra vuelta.

La cortina plateada en la ventana es velo
de miembros enlazados, de labios, pechos suaves.
Del andamio en la torre martilleos llegan graves,
blanca declina la luna en el domo del cielo.

Un fantasmal acorde que en sueños se alzara,
monjes de las puertas de la iglesia surgen
con pasos caminando que al infinito urgen.
Se alza hacia los cielos una cúspide clara.

A LA LUZ DE LA LUNA

Una legión de insectos, ratones, ratas
alborota el zaguán que a la luna brilla.
El viento grita y gime en una pesadilla.
En la ventana tiemblan sombras de matas.

Pájaros entretanto trinan en la enramada
y arañas recorren muros desguarnecidos.
Afean vacíos pasillos manchones desvaídos.
La casa de un silencio fantástico es morada.

Parece que en el patio luces pasando van
por cariada madera, pútrido cachivache.
Entonces una estrella brilla en un negro bache.
Allí de viejos tiempos figuras aún están.

De otras cosas se ven contornos todavía
y un letrero borroso sobre placas mohosas,
tal vez también colores de estampas vistosas:
ángeles que cantan ante el trono de María.

CUENTO

En amarillo sol cohetes esparcidos;
en el viejo parque qué bullir de visajes.
En el cielo gris se reflejan paisajes
y a veces se oyen del fauno alaridos.

Su risilla dorada se impone en la espesura,
de abejorros en berros guerrero griterío,
pasa un jinete al trote de su caballo pío.
Se abrasan los álamos en hilera insegura.

La niña que hoy se ahogó en el vivero
reposa tal santa en el cuarto desnudo
y un fulgor de nubes la ciega a menudo.

Los viejos achacosos van al invernadero
y riegan sus flores que se están secando.
En el portal sonámbulas voces susurrando.

UNA TARDE DE PRIMAVERA

Ven, tarde, amiga, que das sombra a mi frente
por dulce verde siembra recorriendo senderos.
Los sauces saludan solemnes y severos;
querida voz en la enramada suena ausente.

El viento alegre viene con encanto de olores,
aroma de narcisos que argénteo te conmueve.
En el avellanar el mirlo sus notas mueve —
responde en los abetos la canción de pastores.

Cuánto ha que la pequeña casa se ha borrado
allí donde ahora un bosque de abetos desciende;
un solitario de estrellas el estanque enciende —
¡Y sombras que calmas tornéanse en lo dorado!

Y así de milagroso es el tiempo
que ángeles buscamos en la humana mirada,
en el juego de inocencia lleno deleitada.
¡Sí!, así de milagroso es el tiempo.

ELEGIA

La amiga que con flores verdes malabarea
jugando en jardines lunares —
¡Oh! ¡Qué encandece tras los setos de tejos!
Áurea boca que roza mis labios
y ellos resuenan como estrellas
sobre el arroyo Cidrón.
Pero las nieblas de estrellas caen sobre la llanura,
danzas salvajes e inefables.
¡Oh! amiga mía, tus labios,
labios de granada,
maduran en mi boca de concha cristalina.
Grave reposa sobre nosotros
el dorado silencio de la llanura.
Al cielo se evapora la sangre
de los niños asesinados
por Herodes.

PRIMAVERA DEL ALMA

Brota en la nava en variedad
alegre la flor blanca y azulina.
Teje en plata la hora vespertina,
tibio yermo, soledad.

En peligro la vida florece,
dulzura junto a cruz y fosa.
Una campana suena premiosa.
Maravilloso todo aparece.

Un suave sauce en el éter se mece,
aquí y allá surge una luz ligera.
Murmullo y promesa es primavera
y la húmeda yedra se estremece.

Pan y vino de savia verde son,
un órgano suena con fuerza irreal
y junto a la cruz y a la pasión
resplandece un fulgor fantasmal.

¡Oh! qué hermosos son estos días.
Niños por el crepúsculo pasean;
ya más azules los vientos ventean.
El tordo chancea en las lejanías.

CREPUSCULO OCCIDENTAL

Un grito de fauno entre chispas saltando,
en el parque espumean en luz las cascadas,
metálico vapor sobre acero de arcadas
de la ciudad que hacia el sol va rodando.

Un dios corre brillante por tigres llevado
pasando ante mujeres y claros basares
llenos de mercancías y de oros licuares.
De vez en cuando grita el pueblo esclavizado.

Un barco ebrio se vuelve en el canal
moroso en verdes gavillas de soles.
Un alegre concierto de colores
se levanta suave ante el hospital.

Su lúgubre fausto un quirinal extiende.
En espejos circulan masas coloreadas
sobre férreas vías y de puentes arcadas.
Ante los bancos vigila pálido un duende.

Mujeres preñadas contempla un soñador
en un brillo viscoso a lo largo pasar,
oye un moribundo las campanas sonar —
Deja un áureo tesoro en lo gris su fulgor.

LA IGLESIA

Ángeles pintados custodian los altares;
y calma y sombra; destello de ojos azules.
En vapores de incienso nadan sucios tules.
En el vacío fluctúan figuras de pesares.

Negro reclinatorio: es tal la Virgen una
de lívidas mejillas pequeñita ramera.
En los rayos dorados cuelgan formas de cera;
al dios de barba blanca rodean sol y luna.

De esqueletos y columnas lisura fulgente.
Murieron dulces voces de los niños cantores.
Suavemente se animan abismados colores,
de los labios de Magdalena un rojo fluyente.

Una mujer preñada yerra en sueños pesados
en crepúsculo lleno de máscaras, estandartes.
Su sombra de los santos cruza sendas apartes,
de ángeles la calma en espacios encalados.

A ANGELA
Primera versión

1

Un destino solitario en salas abandonadas.
Un dulce delirio palpa los papeles pintados.
Delante de las ventanas pelargonios flameados,
narcisos también, de menos castidades ajadas
que el alabastro, en el jardín iluminadas.

En velos azules las mañanas de India han sonreído.

Su dulce incienso consuela al de lejos venido,
noche insomne en el estanque, de Ángela en redor.
Descansa en vacía máscara dolor de él escondido,
pensamientos que oscuros se apartan en negror.

Dulces gargantas de tordos cantan alrededor.

2

Los frutos redondos la rama colora, —
los labios de Ángela, dulzuras patentes,
como ninfas que se inclinan sobre fuentes
en sereno contemplar en largas horas,
de la siesta verdiáureas largas horas.

Pero vuelve el espíritu a veces a luchar y a jugar.

En las nubes argénteas se agita un guerrero tremar,
y lo jacínteo de enredados berros brota en creces.
Tormenta en el bochorno de un duende es el tramar,
en la sombra sepulcral de unos tristes cipreses.

Cae el primer rayo entonces de forja en lobregueces.

3

De los prados de junio un susurro la tarde atraviesa;
en sonidos de flauta una lluvia resuena insistente.
¡Los pájaros quedan en vilo en lo gris inmóvilmente!
y la calma de Ángela aquí en las ramas de tristeza;
el poeta es sacerdote de toda esta belleza.

De oscura frescura su boca está rodeada.

Tierna niebla en el valle descansa derramada.
En la linde del bosque y las sombras de la melancolía
un aura de oro en vilo de su boca emanada
en la linde del bosque y las sombras de la melancolía.

La noche su ebria lasitud envuelve fría.

A ANGELA
Segunda versión

1

Un destino solitario en salas abandonadas.
Un dulce delirio palpa los papeles pintados.
Delante de las ventanas pelargonios flameados
narcisos también, de menos castidades ajadas
que el alabastro, en el jardín iluminadas.

En velos azules las mañanas de India han sonreído.

Su dulce incienso consuela al de lejos venido,
noche insomne en el estanque, de Ángela en redor.
Descansa en vacía máscara dolor de él escondido,
pensamientos que oscuros se apartan en negror.

Dulces gargantas de tordos cantan alrededor.

2

Sentados en el cruce, grama cerca el terreno,
los segadores cansados y ebrios de amapolas,
el cielo sobre ellos se ha hundido tal en olas,
leche y tedio de campanas al mediodía pleno.
Y a veces las cornejas vuelan sobre el centeno.

De fruto y horror crece la tierra ardiente
en áureo fulgor, oh infantil gesto inocente
de voluptuosidad y su silencio jacinteño,
así pan y vino, carne de tierra nutriente,
muestran su espíritu a Sebastián en sueño.

El espíritu de Ángela nubes tiene por dueño.

3

Los frutos redondos la rama colora,
los labios del ángel, dulzuras patentes,
como ninfas que se inclinan sobre fuentes
en sereno contemplar en largas horas,
de la siesta verdiáureas largas horas.

Pero vuelve el espíritu a veces a luchar y a jugar.

En las nubes doradas se agita un guerrero tremar
de moscas que revuelan abscesos y putrideces.
Tormenta en el bochorno de un duende es el tramar,
en la sombra sepulcral de unos tristes cipreses.

Cae el primer rayo entonces de forja en lobregueces.

4

Del boscaje de sauces argénteo un susurro atraviesa;
en sonidos de flauta una lluvia resuena insistente.
Los pájaros quedan en vilo en lo gris inmóvilmente.
Un agua azul se duerme en las ramas de tristeza.
El poeta es sacerdote de toda esta belleza.

Meditación dolorosa en la oscura frescura.

A amapola e incienso huelen charcos de tersura
en la linde del bosque y las sombras de la melancolía
alegría de Ángela y estrellas en figuras
la noche su ebria languidez envuelve fría.

La linde del bosque y las sombras de la melancolía.

[EN LECHE Y TEDIO]

[..
....]
en leche y tedio; — oscura plaga
Saturno guía lúgubre tu hora.

En las sombras de negras tuyas yerra
de sangre y heridas Eva deformada,
por canes la dulce carne destrozada —
Oh boca cuyo arrullo al corazón aterra.

De la pobre las súplicas rígidas crecen
salvajes hasta la blanca bóveda astral.

En el arce vaporea de la luna el fanal,
las azaleas del estanque se encandecen.

¡Oh silencio! El ciego tordo canta
en la jaula su aire embriagado
en honor de Helios el dorado —
La llama de una vela cruje y se espanta.

Oh canción de dolor y eternidad llena.
Astro y sombra en gris palidecidos
y han de ser pronto signos perdidos.
El canto de un gallo en el alba suena.

ENSUEÑO AL ATARDECER

¡Donde uno va en la tarde no es del ángel la sombra
ni lo bello! Se alternan la pena y el suave olvido;
las manos del forastero frío y cipreses han sentido
y un desfallecimiento sorprendente su alma asombra.

De rojos frutos y guirnaldas vacío está el mercado.
De la iglesia el negruzco boato impresiona armonioso,
En un jardín suena el toque de un aire melodioso,
donde gente cansada tras yantar se ha encontrado.

Un carro murmura, una fuente lejana entre verdura.
Se muestra allí una infancia soñadora y fluida,
estrellas de Ángela, pías en mística imagen unidas,
y en la serenidad se colma la vesperal frescura.

Al que solo medita relaja los miembros blanca amapola,
tal que lo justo y el hondo gozo de Dios mirando queda.
Desde el jardín su sombra llega errando en blanca seda
y va a inclinarse sobre aguas que la aflicción asola.

Susurrando ramas entran en el cuarto abandonado
y cariño y el temblor de florecillas vespertinas.
Del hombre el hogar cercan mieses y vides ambarinas,
meditan los muertos sin embargo en un fulgor lunado.

PASEO DE INVIERNO EN LA MENOR

Bolas rojas en las ramas apareciendo van,
que larga nevada tierna y negra recubre.
Al muerto el sacerdote da séquito lúgubre.
De fiestas y de máscaras las noches están.

Entonces sobre el pueblo crespas cornejas pasan;
hay cuentos en los libros fantásticos y bellos.
En la ventana ondean de un viejo los cabellos.
Demonios al alma que está enferma traspasan.

La fuente se congela en el patio. Se desploma
en lo oscuro ruinosa escalera y sopla un viento
por viejos pozos ciegos de su revestimiento.
El paladar saborea de la helada el fuerte aroma.

CADA VEZ MAS OSCURO

El viento en cimas purpúreas alzado
es aliento de Dios que viene y va.
La negra aldea ante el bosque está.
Tres sombras sobre el campo se han posado.

Sobrio y silente abajo oscurea
a los humildes el valle entero.
En sala y jardín saluda severo
algo que el día acabar desea,

música de órgano oscura y sagrada.
María de azul en trono soberano
a su niñito mece en su mano.
La noche es larga, clara y estrellada.

DE CAMINO
Primera versión

Un aroma de mirra al crepúsculo extraviado.
Rojas y solas plazas se hunden en humareda.
Bazares giran y un rayo áureo se enreda
entre las viejas tiendas extraño y extrañado.

Arde escoria en lavazas; y calamidades
el viento sordo despierta en quemados jardines.
Buscan sueños dorados los obsesos por fines.
En las ventanas reposan suave esbeltas dríades.

Soñadores divagan de un deseo devorados.
Obreros por una gran puerta brillando pasan.
Al límite del cielo torres de acero abrasan.
¡Oh cuentos en las fábricas grismente encerrados!

Mueve en lo oscuro un viejo tal muñeco su pierna
y lascivo sonríe un dinero tintineando.
Una aureola de santa en la que está esperando
a la puerta del café se posa, blanca y tierna.

¡Oh áureo fulgor que ella en vidrios levanta!
Soleado ruido resuena lejos y encantado.
Un encorvado escribano sonríe enajenado
al horizonte, que verde un alboroto espanta.

Carrozas sobre puentes de cristal pasean,
carros de frutas, de cadáveres negreantes,
por el canal pululan los buques brillantes,
suenan conciertos. Verdes cúpulas chispean.

En magia de luz brillan los baños populares,
hechizadas callejas que el derribo elimina.
De epidemias un foco en el éter remolina,
polvo de rubíes rompen fulgores forestales.

Encantado un teatro de ópera en lo gris brilla.
De callejones fluyen máscaras como en juego,
y en algún sitio airadas llamas de un fuego.
Danza al bramido del viento una mariposilla.

Se hunde el barrio en miseria y hedor cubierto.
Pasean a lo largo tonos de violas y acordes
ante hambrientos en sótanos de rotos bordes.
Sentado está en un banco un dulce niño muerto.

DE CAMINO
Segunda versión

Un aroma de mirra al crepúsculo extraviado,
en plazas negras, solas, carnavalesca rueda.
Nublados atraviesa un rayo de áurea seda
y fluye en tiendecillas en sueños y extrañado.

Arde escoria en lavazas y calamidades
el viento sordo despierta en quemados jardines.
Buscan cosas oscuras los obsesos por fines;
en las ventanas reposan suave esbeltas driades.

La sonrisa de un niño que devora un deseo.
Mira fijo el portal de una iglesia cerrado.
El oído escucha sonatas de agrado inclinado.
Un jinete en un blanco caballo va al paseo.

Mueve en lo oscuro un viejo tal muñeco su pierna
y lascivo sonríe un dinero tintineando.
Una aureola de santa en la que está esperando
a la puerta del café se posa, blanca y tierna.

¡Oh áureo fulgor que ella en vidrios levanta!
El ruido del sol resuena lejos y encantado.
Un encorvado escribano sonríe enajenado
al horizonte, que verde un alboroto espanta.

Carrozas en la tarde traspasan la tormenta.
Lívido, hueco, en lo oscuro cae un muerto.
Un buque brillante toma en el canal puerto.
Una morita en el verde silvestre se lamenta.

Sonámbulos avanzan a una luz de bujías,
En una araña el espíritu del mal pasea.
A los ebrios un foco de epidemias rodea;
un robledal irrumpe en estancias vacías.

Un teatro de ópera del fondo surge lento,
de callejones surgen máscaras como en juego
y en algún sitio airadas llamas de un fuego.
Los murciélagos chillan en el bramar del viento.

Se hunde el barrio en miseria y hedor cubierto.
Pasean de largo tonos de violas y acordes
ante hambrientos en sótanos de rotos bordes.
Sentado está en un banco un dulce niño muerto.

DICIEMBRE

SONETO DE DICIEMBRE *Primera versión*

Por el bosque y la tarde acróbatas llegados
en caballos chiquitos y carros fabulosos.
Un oro atesorado brilla en cielos nubosos.
En el fondo blanco están los pueblos miniados.

Letrero y palo negros, fríos, agita el viento,
un cuervo sigue a los gruñones compañeros.
Del cielo cae un rayo en sangrientos sumideros
y al camposanto avanza un entierro muy lento.

La choza del pastor en lo gris se disfumina,
luce el estanque un brillo de viejos tesoros;
beben gañanes sentados en la venta en coros.

Un tímido muchacho a una mujer se avecina.
Se ve al acólito que está en la sacristía
y rojizos objetos, bellos, tristes, todavía.

SONETO DE DICIEMBRE

Segunda versión

Por el bosque y la tarde acróbatas llegados
en caballos chiquitos y carros fabulosos.
Un oro atesorado brilla en cielos nubosos.
En el fondo oscuro están los pueblos miniados.

Lienzos negros y fríos despliega el rojo viento.
Sangrienta mata humea, yace un perro podrido.
De amarillos espantos el cañar recorrido,
avanza al camposanto un entierro muy lento.

La choza del viejo en lo gris se difumina.
Luce el estanque un brillo de viejos tesoros.
Beben gañanes sentados en la venta en coros.

Un tímido muchacho a una mujer se avecina.
Palidece un monje en lo oscuro dulce y mudo.
Del que duerme es acólito un árbol desnudo.

POESIA DE 1912-1914

[UN TAPIZ]

Un tapiz, allí dentro el doliente paisaje palidece
Tal vez Genezaret, una canoa en aguas tempestuosas
Se precipitan de nubes de tormentas áureas cosas
El delirio que en los hombres de mansedumbre crece.
Una risa azulada gorgorizan las aguas añosas.

Y se abre algunas veces una oscura mina.
En fríos metales se reflejan unos dementes.
Caen gotas de sangre sobre planchas ardientes
Y un rostro en la noche tenebrosa se arruina.
En lúgubres bóvedas banderas balbucientes.

Otra cosa recuerda el vuelo de las aves
Sobre la horca místicos signos de cornejas
En yerbas punzantes se hunden culebras bermejas
En cojines de incienso risas pícaras, suaves.

Niños de Viernes Santo ciegos en los vallados
En espejos de oscuros arroyos de putrefacción
De los moribundos suspirante curación
Y ángeles que por blancos [?] ojos han pasado
Lobreguece de párpados áurea salvación.

[ROSADO ESPEJO]

Rosado espejo: una imagen fea
que en la negra espalda aflora,
sangre de quebrados ojos llora,
viperina con sierpes juguetea.

Nieve gotea por el rígido paño
sobre el negro rostro purpurea,
que en pesados trozos se trocea
de planetas, muertos y extraños.

La araña en la negra espalda aflora
Lascivia, tu rostro muerto y extraño.
Sangre gotea por el rígido paño
La nieve en quebrados ojos llora.

[OSCURO ES EL CANTO DE LA LLUVIA]

Oscuro es el canto de la lluvia de primavera en la noche
bajo las nubes la llovizna de flores rosadas del peral
fantasmagoría del corazón, cántico y delirio de la noche.
Ángeles de fuego que surgen de ojos fenecidos ya.

[UNA FIGURA]

Una figura que ha vivido tiempo en el frescor de lugubre piedra
abre sonando la pálida boca
Redondos ojos de lechuza — oro sonoro.

Ruinosa y vacía encontraron aquéllos la cueva del bosque
La sombra de una cierva en la pútrida enramada
En la linde de la fuente la tiniebla de su infancia.

Ha tiempo que un pájaro canta tu ocaso en la linde del bosque
Los medrosos estremecimientos de tu manto pardo;
aparece la sombra de la lechuza en la pútrida enramada.

Ha tiempo que un pájaro canta tu ocaso en la linde del bosque
Los medrosos estremecimientos de tu manto azul
aparece la sombra de la madre en la yerba punzante.

Ha tiempo que un pájaro canta tu ocaso en la linde del bosque
Los medrosos estremecimientos de tu manto negro
aparece la sombra del caballo negro en el espejo de la fuente.

[DELIRIOS]
Segunda versión

[1]

[...
....
....
....]

2

Oscuro signo del agua: frente en la boca de la noche,
suspirando en negros cojines la sombra rosada del hombre,
arrebol del otoño, el susurro del arce en el viejo parque,
conciertos de cámara que en derruidas escaleras se desvanecen.

3

El barro negro que gotea de los tejados.
Un dedo rojizo se sumerge en tu frente
carámbanos azules en el desván silente
que ya son de amantes espejos apagados.

DELIRIUM

La nieve negra que gotea de los tejados;
un dedo rojizo se sumerge en tu frente,
carámbanos azules en el cuarto silente,
que ya son de amantes espejos apagados.

Salta la cabeza en trozos y pensando arde
en sombra que en lunas azules fulge yerta
o en la fría sonrisa de una ramera muerta.
En aromas de claveles llora el viento de la tarde.

AL BORDE DE UN AGUA ANTIGUA

AL BORDE DE UNA VIEJA FUENTE *Primera versión*

Oscuro signo del agua: frente en la boca de la noche [,]
suspirando en negros cojines la sombra rosada del hombre,
arrebol de otoño, el susurro del arce en el viejo parque,
conciertos de cámara que en derruidas escaleras se desvanecen.

AL BORDE DE UNA VIEJA FUENTE

Segunda versión

Oscuro signo del agua: quebrada frente en la boca de la noche,
suspirando en negro cojín la sombra azulada del jovenzuelo,
el susurro del arce, pasos en el viejo parque,
conciertos de cámara que se extinguen en una escalera de caracol,
tal vez una luna que suave sube los escalones.
Las dulces voces de las monjas en la iglesia derruida,
un tabernáculo azul que se abre lentamente,
estrellas que caen sobre tus manos óseas
tal vez un paseo por habitaciones abandonadas,
el tono azul de la flauta en el avellanal — muy suave.

A LO LARGO DE LOS MUROS

Un viejo camino pasa bordeando
silvestres jardines y muros solitarios.
Se estremecen cipreses milenarios
en el canto del viento subiendo y bajando.

Las mariposas danzan como en su último vuelo,
bebe sombras y lumbres llorando la mirada mía.

Rostros de mujeres en vilo en lejanía
fantasmales pintados en el cielo.

Una sonrisa en el sol aletea,
mientras mi pie lentamente camina
me acompaña un amor que no termina.
La dura piedra suavemente verdea.

[PALIDO...]

I

Pálido, reposando en la sombra de escaleras ruinosas —
se alza aquél en la noche en argéntea [?] figura
y pasea bajo el claustro.

En la frescura de un árbol y sin dolor
respira lo pleno
y no necesita de las estrellas otoñales —

Espinas, encima cae aquél [?].
Su triste caída
meditan los amantes largamente.

[PLACE AL SILENCIO...]

Place al silencio de los muertos el viejo jardin,
la demente que en estancias azules ha vivido,
por la tarde aparece la silente figura en la ventana.

Ella sin embargo echó la cortina amarillenta —
El rodar de las perlas de cristal nos recordó nuestra infancia,
de noche encontramos una luna negra en el bosque.

En el azul de un espejo suena la suave sonata
Largos abrazos
Se desliza su sonrisa sobre la boca del moribundo.

[LA PIEDRA SE HUNDE]

La piedra se hunde en la ciénaga en rosadas gradas.
Canto de lo que se desliza y risa negra
figuras por la sala, salidas y entradas,
y ósea sonríe la muerte en barca negra.

Por el canal en vino rojo un pirata
del que espeso quebró la tempestad mástil y vela.
Ahogados purpúreos la piedra remata
de los puentes. Vibra acerado el grito de vela.

Pero a veces atiende al cirio la mirada
y sigue las sombras de paredes ruinosas
bailarines con manos de sueño morosas.

Negra en tu cabeza la noche está quebrada
y muertos que en las camas se remueven
y el mármol con quebradas manos mueven.

[LA NOCHE AZUL]

La noche azul ha salido suave sobre nuestras frentes.
Leve se tocan nuestras pútridas manos
¡dulce novia!

Pálido se puso nuestro rostro, perlas lunares
se fundieron en el verde fondo del estanque.
Petrificados miramos nuestras estrellas.

¡Oh dolor! Culpables yerran por el jardín
en salvaje abrazo las sombras,
que en violenta ira árbol y animal sobre ellas cayeron.

Dulces armonías, cuando en ondas cristalinas
bogamos a través de la noche callada
Sale un rosado ángel de las tumbas de los amantes.

[OH MORAR...]

Oh morar en la calma del jardin crepuscular,
cuando los ojos de la hermana se han abierto redondos y oscuros en el
[hermano,
la púrpura de sus bocas quebradas
en el fresco de la tarde se derritió.
Hora que desgarra el corazón.

Septiembre maduró la pera dorada. Dulzura de incienso
y la dalia arde en la vieja valla
¡Di! dónde estuvimos nosotros, cuando en negra barca
pasamos de largo en la tarde,

por encima pasó la grulla. Los brazos arrecidos
mantuvieron algo oscuro abrazados y dentro corría sangre.
Y húmedo azul en redor de nuestras sienes. Pobre criatura.
Profundo medita en ojos que saben una oscura estirpe.

AL ATARDECER

Un arroyo azul, un sendero y la tarde pasan por derruidas cabañas.
Tras oscuros arbustos juegan niños con bolas azules y rojas;
algunos cambian las frentes y las manos se pudren en parda fronda.

En ósea calma brilla el corazón del solitario,
se mece una barca sobre negruzcas aguas.
Por oscura arboleda ondean cabello y risa de morenas muchachas.

Las sombras de los mayores se cruzan con el vuelo de un pajarillo;
secreto de flores azules sobre sus sienes.
Otros oscilan sobre negros bancos en el viento de la tarde.

Dorados suspiros se apagan suave en las desnudas ramas
del castaño; un sonido de oscuros címbalos del verano,
cuando la extranjera aparece en la escalera derruida.

JUICIO

En el otoño hay chozas de la infancia,
derruidos estanques; oscuras figuras,
madres en el viento de la tarde cantan;
en la ventana ángelus y manos juntas.

Muerto nacer; en verde vallecillo
de azules flores secreto y silencio.
Abre la boca de púrpura el delirio:
Dies irae — sepulcro y silencio.

A tientas por los espinos verdes;
en sueño: esputos, hambre y risa;
fuego en la aldea, despertar en el verde;
miedo y mecida en barca en ruina.

O en el puente de madera se apoya
otra vez del extraño la sombra blanca. —
Pobre pecador que el azul azora
dejó su podredumbre lirios y ratas.

EL JARDIN DE LA HERMANA
Primera versión

Comienza a hacer frío, ya tarde se ha hecho,
ya el otoño ha llegado
al jardín de la hermana, callado y quieto;
su paso se ha vuelto blanco.
Un silbo de mirlo perdido y postrero,
ya el otoño ha llegado
al jardín de la hermana, callado y quieto;
un ángel ha llegado.

EL JARDIN DE LA HERMANA
Segunda versión

En el el jardín de la hermana quieto y callado
de flores tardías un rojo azulado
su paso blanco se ha vuelto.

Un silbo de mirlo perdido y tardo
en el jardín de la hermana quieto y callado;
un ángel ha vuelto.

[VIENTO, BLANCA VOZ...]
Primera versión

Viento, blanca voz, que en la sien del durmiente susurra
en podrida enramada anida lo oscuro en su purpúreo cabello
larga campana de la tarde, hundida en el fango del estanque
y encima se inclinan las amarillas flores del verano.
Concierto de abejorros y moscas azules en yerba silvestre y soledad,
donde con pasos enternecedores otrora Ofelia anduvo
dulce porte del delirio. Medroso se mecieron lo verde en el cañar
y las amarillas hojas de los nenúfares, se deshace una carroña en ortigas
[ardientes
despertando revolotean en torno al durmiente cándidos girasoles.

Tarde de septiembre o los oscuros gritos de los pastores,
olor de tomillo. Ardiente hierro centellea en la herrería.
Potente se alza un negro caballo; la cabellera jacíntea de la muchacha
se arrebata hacia el ardor de sus ollares purpúreos.
En el amarillo muro se tensa el grito de la perdiz, se enmohece en pútrido
[estiercol un arado.
Suave corre el rojo vino, la dulce guitarra en la venta.
¡Oh muerte! Del alma enferma arco roto silencio e infancia.

Revolotean con rostros delirantes los murciélagos.

[VIENTO, BLANCA VOZ...]
Segunda versión

Viento, blanca voz, que en la sien del ebrio susurra;
pútrido sendero. Largas campanas de la tarde se hundieron en el fango
[del estanque
y encima se inclinan las amarillas flores del otoño,
revuelan con delirantes rostros los murciélagos.

¡Tierra mía! ¡Cordillera en arrebol! ¡Serenidad! ¡Pureza!
¡El grito del buitre! Solitario oscurece el cielo,
poderosa se hunde la blanca cabeza en la linde del bosque.
Sube de tenebrosos abismos la noche.

Despertando revolotean en torno al durmiente cándidos girasoles.

[TAN SUAVE SUENAN]

Tan suave suenan
en la tarde las horas azules
en el muro blanco.
Silente declina el año otoñal.

Hora de infinita melancolía,
como si yo sufriera la muerte por ti.
De los astros viene
un viento nevado a través de tu pelo.

Oscuras canciones
canta en mí tu boca purpúrea,
la callada cabaña de nuestra infancia,
sagas olvidadas;

Como si yo viviera manso venado
en la onda cristalina
de la fuente fría
y las violetas florecieran alrededor.

[EL ROCIO DE LA PRIMAVERA]

El rocío de la primavera que de oscuras ramas
desciende, viene la noche
con destellos de estrellas, pues la luz olvidaste.

Bajo el arco de espinos yacías y se hundió la espina
profunda en el cuerpo cristalino
para que más ardiente espose el alma a la noche.

La novia se ha adornado de estrellas,
el mirto puro
que sobre el rostro orante del muerto se inclina.

De floreciente llovizna lleno
te abraza por fin el manto azul de la Señora.

[OH LAS HAYAS DESHOJADAS]

Oh las hayas deshojadas y la nieve negruzca.
Suave sopla el norte. Aquí por el sendero pardo
ha ido un alguien oscuro hace lunas

solo [?] en el otoño. Siempre caen copos
en la desnuda rama
en el seco cañal; verde cristal canta en el estanque

Vacía la cabaña de paja; un alguien de infancia
son los agitados abedules en el viento nocturno.
Oh el camino que suave en lo oscuro se hiela.
Y morar en la nieve rosada.

A NOVALIS
Primera versión

Reposando en cristalina tierra, santo extranjero.
De oscura boca le tomó un dios la queja,
cuando cayó en la flor de sus años
en paz murió la lira
en su pecho,
y la primavera dispersó sus palmas [?] ante él,
cuando con pasos vacilantes
silente la casa nocturna dejó.

[A NOVALIS]
Segunda versión (a)

En oscura tierra reposa el santo extranjero.
De dulces labios le tomó el dios la queja,
cuando cayó en la flor de sus años.
Una flor azul
sobrevive su canto en la nocturna casa del dolor.

A NOVALIS
Segunda versión (b)

En oscura tierra reposa el santo extranjero
en tierno capullo
creció en el joven el divino espíritu,
la ebria lira
y enmudeció en rosada flor.

HORA DE PENA

Negruzco sigue el paso en el jardín otoñal
a la brillante luna,
baja sobre el muro helado la noche poderosa,
oh la espinosa hora de la pena.

Argénteo flamea en el cuarto crepuscular el candelabro del solitario,
moribundo, cuando aquél un algo oscuro piensa
y la pétrea cabeza sobre algo perecedero se inclina,

ebria de vino y nocturna armonía.
Siempre sigue el oído
la suave queja del mirlo en el avellanar.

Oscura hora del rosario. Quién eres tú,
flauta solitaria,
frente, tiritando sobre tenebrosos tiempos inclinada.

[QUEJA NOCTURNA]
Primera versión

La noche ha salido sobre la frente devastada
con bellas estrellas,
en la colina, cuando yacías petrificado de dolor,

un animal salvaje devoró en el jardín tu corazón.
Ángel de fuego
yaces tú con el pecho quebrado en pedregoso campo,
o un ave nocturna en el bosque
infinita queja
siempre repitiéndose en la espinosa enramada de la noche.

QUEJA NOCTURNA
Segunda versión

La noche ha salido sobre la frente devastada
con bellas estrellas
sobre el rostro petrificado de dolor,
un animal salvaje devoró el corazón del amante
un ángel de fuego
se precipita con el pecho quebrado en pedregoso campo,
un buitre revoloteando sin cesar.
Ay en queja interminable
se mezclan fuego, tierra y azul manantial.

A JUANA

A menudo oigo tus pasos
sonar por la calleja.
En el pardo jardín
el azul de tu sombra.

En el cenador crepuscular
sentado en silencio ante el vino.
Una gota de sangre
bajó de tu sien.

En el cantarino vaso
hora de infinita tristeza.
Viene de las estrellas
un nevado viento por la fronda.

Soporta toda muerte,
la noche, el hombre lívido.
Tu boca purpúrea
habita una herida en mí.

Como si yo viniera de las verdes
colinas de abetos y sagas
de nuestra tierra,
que ha tiempo olvidamos —

¿Quiénes somos? Azul queja
de un musgoso manantial del bosque,
donde las violetas
aroman en secreto en primavera.

Una apacible aldea en verano
amparaba la infancia una vez
de nuestra estirpe,
muriendo ahora en la colina

de la tarde blancos nietos
soñamos los espantos
de nuestra sangre nocturna
sombras en pétrea ciudad.

MELANCOLIA

El alma azulada se ha cerrado enmudecida,
a la ventana abierta el pardo bosque baja,
calma de oscuros animales; el molino trabaja,
en el puente reposan las nubes extendidas.

Áureas extranjeras. Rojo un tiro de corceles
galopa en la aldea. El pardo jardín aterecido.
El aster helado, en la valla casi desvanecido
el oro del girasol pintado por suaves pinceles.

Voces de rameras; derramado se ha el rocío
sobre dura yerba y blancas, frías estrellas.
Mira la muerte pintada en las sombras bellas
cada rostro de lágrimas lleno y sombrío.

RUEGO

A LUCIFER *Primera versión*

Envía al espíritu tus llamas, cuánto pena,
en negra medianoche suspira cautivo;
se ha ofrecido así en monte de olivos
el manso cordero que inmenso dolor pena;
Oh amor que a una redonda luz igual
surge en los corazones y manso pena,
y acepta que se rompa este humano fanal.

RUEGO

A LUCIFER *Segunda versión*

Envía al espíritu tus llamas, cuánto pena,
allí en la noche negra yace cautivo,
hasta que ya piadoso se ha ofrecido
al mundo, por el que en hondo dolor pena,
el amor, que a una redonda luz igual
arde en los corazones y manso pena,
y acepta que la muerte rompa este fanal;
inmolado cordero, sangre que nos despena.

A LUCIFER

Tercera versión

Presta al espíritu tu llama, ardiente ensombrecimiento;
suspirando emerge la cabeza en la medianoche,
en la colina verdeante de primavera; donde ha tiempo

sangró un manso cordero, que dolores profundos
soportó; pero sigue el Oscuro la sombra
del mal, o levanta las húmedas alas
a la dorada rodaja del sol y le estremece
un toque de campana el pecho de dolor desgarrado,
indómita esperanza; las tinieblas de una caída flameante.

[PRENDE TARDE AZUL LA SIEN DE UNO...]

Prende tarde azul la sien de uno, suave una somnolencia
bajo árboles otoñales, bajo áurea nube.
El bosque contempla; tal si morara el jovenzuelo, azul venado,
en la onda cristalina de la fresca fuente,
tan suave palpita su corazón en jacínteo crepúsculo,
se desola la sombra de la hermana, su purpúreo cabello;
éste ondea en el viento de la noche. Sumidos senderos
recorre en la noche aquél y sueña su roja boca
bajo pútridos árboles; en silencio rodea
el frescor del estanque al durmiente, se desliza
la luna derruida sobre sus ojos negruzcos.
Estrellas sumiéndose en parda enramada de robles.

[DE TARDE]
Primera versión

Aún está la hierba amarilla, gris y negro el árbol
pero con paso verdeante pasas junto al bosque,
muchacho que con grandes ojos miras el sol.
Oh cómo son bellos los píos deliciosos de los pajarillos.

Viene el río de la sierra frío y claro
resuena en el verde escondite; también resuena
cuando ebrio mueves las piernas. Paseo salvaje

en el azul; espíritu que surge de los árboles y de la hierba amarga,
mira tu figura. ¡Oh frenesí! Amor se inclina a lo femenino,
azuladas aguas. Paz y pureza.

¡El brote mucho guarda, verde! La ya muy oscura
redímase la frente con el húmedo ramaje de la tarde,
paso y pesar resuenan concordes en el sol purpúreo.

DE TARDE
Segunda versión

Aún está la hierba amarilla, gris y negro el bosque;
pero en la tarde trasluce un verde.
Viene el río de la sierra frío y claro,
resuena en el escondite de rocas; resuena también
cuando ebrio mueves las piernas; paseo salvaje
en el azul; y los píos deliciosos de los pajarillos.
La ya muy oscura sobre azuladas aguas
más profundo se inclina, la frente, sobre algo femenino;
sumiéndose de nuevo en el verde ramaje de la tarde.
Paso y pesar resuenan concordes en el sol purpúreo.

VINO NUEVO
Primera versión

Sol purpúreo se desdora,
la golondrina ha partido.
Bajo arcos vespertinos
vino nuevo pasa en ronda;
niña tu alocada risa.

Dolor, que la vida es corta.
Queda el momento prendido,
pues en arcos vespertinos
vino nuevo pasa en ronda;
niña tu alocada risa.

Estrella en reja tremola,
la noche negra ha venido,
si en arcos oscurecidos
vino nuevo pasa en ronda;
niña tu alocada risa.

VINO NUEVO
Segunda versión

Sol purpúreo se desdora,
la golondrina ha partido.
Bajo arcos vespertinos
vino nuevo pasa en ronda;
nieve cae tras la montaña.

Verdor estival se agosta,
cazador del bosque venido.
Bajo arcos vespertinos
vino nuevo pasa en ronda;
nieve cae tras la montaña.

Murciélago la frente roza,
un forastero silente venido.
Bajo arcos vespertinos
vino nuevo pasa en ronda;
nieve cae tras la montaña.

[ROJOS ROSTROS DEVORA LA NOCHE]

Rojos rostros devora la noche,
en el muro sedeño
un esqueleto niño tantea en la sombra
del borracho, quebrada risa
en el vino, ardiente melancolía,
tormento del espíritu — una piedra enmudece
la voz azul del ángel
en el oído del durmiente. Derruida luz.

VUELTA AL HOGAR

Cuando una calma de oro la tarde respira
ante bosque y oscura pradera
un mirar es el hombre,
un pastor morando en la quietud crepuscular de los rebaños

en la paciencia de las rojas hayas;
tan claro ha llegado el otoño. En la colina
escucha el solitario el vuelo de las aves,
oscura significación y las sombras de los muertos
se han reunido más graves a su alrededor [;]
de estremecimiento lo llena un fresco olor de reseda [,]
las cabañas de los aldeanos el saúco,
donde ha tiempo el niño moró.

Recuerdo, sepultada esperanza
guarda esta parda viguería,
sobre la que cuelgan dalias,
tal que hacia ellas las manos tuerce [,]
en el pardo jardincillo paso brillante,
amor prohibido, oscuro año,
que de azules párpados se precipitaron las lágrimas
del forastero, incontenibles.

De pardas cimas gotea el rocío,
cuando aquél, venado azul, en la colina despierta,
escuchando los altos gritos de los pescadores
en la laguna de la tarde
el desfigurado chillido de los murciélagos;
pero en áureo silencio
mora el ebrio corazón
de su noble muerte lleno.

ENSUEÑO
Primera versión

Crece en la calma la vida serena.
Paso y corazón corre en la verdura
En los setos demora la ternura,
y el aroma intenso los llena.

El haya medita; la campana fría
ha enmudecido, el mozo canta
Fuego lo oscuro engarganta.
Oh paciencia y muda alegría.

Ánimo alegre aún ha dado
la hermosa noche callada,
dorado vino escanciado
de hermana mano azulada.

ENSUEÑO
Segunda versión

Crece en redor en calma la vida serena
por la verdura corre paso y corazón.
la ternura se demora en los setos
y el aroma los llena.

Meditabunda haya en el jardín de la venta. Las húmedas campanas
han enmudecido; un mozo canta
—Fuego que lo oscuro busca—
¡Oh calma azul, paciencia!

Da alegre ánimo también
la verdeante noche al solitario,
cuya estrella se apagó,
risa en purpúreo vino.

ENSUEÑO
Tercera versión

Enamorados van a los setos,
que de aromas se llenan.
De tarde vienen alegres huéspedes
por el camino crepuscular.

Castaño meditativo en el jardín de la venta.
Las húmedas campanas han enmudecido.
Un mozo canta en el río.
—Fuego que busca lo oscuro—

¡Oh calma azul! ¡Paciencia!
Cuando todo está florido.

Da ánimo alegre también
la noche al sinhogar,
insondable oscuridad
dorada hora del vino.

SALMO

Calma; como si ciegos se sumieran en el muro otoñal,
escuchando con pútridas sienes el vuelo de los cuervos;
áurea calma del otoño, el rostro del padre en el sol tremolante.
Al atardecer recae en la paz de pardos robles la vieja aldea,
el rojo martilleo de la forja, un corazón palpitante.
Calma; en manos morosas oculta la frente jacíntea la doncella
bajo girasoles flameantes. Angustia y silencio
de ojos vidriosos llenan el cuarto crepuscular, los pasos medrosos
de las viejas mujeres, la fuga de la boca purpúrea que lenta se apaga
[en lo oscuro.

Silenciosa tarde de vino. De la baja viguería
cayó una mariposa nocturna, ninfa sepultada en sueño azulado.
En el patio mata el criado un cordero, el dulce olor de la sangre
nubla nuestras frentes, la oscura frescura del pozo.
Deplora la melancolía moribundos asteres, áureas voces en el viento.
Cuando se hace noche me miras con ojos corrompidos,
en calma azul se deshicieron tus mejillas en polvo.

Tan suave se apaga un incendio de hierbas, enmudece el negro estanque
[en el valle
como si descendiera la cruz el monte azul del calvario,
y expulsara la tierra silenciosa a sus muertos.

[VUELTA AL HOGAR EN OTOÑO]
Primera versión (b)

Recuerdo, sepultada esperanza
guarda esta parda viguería,
sobre la que cuelgan dalias
cada vez más silente vuelta al hogar,

el jardín marchito, oscuro reflejo
de años remotos,
tal que de azules párpados se precipitan las lágrimas
del forastero indetenibles.

VUELTA AL HOGAR EN OTOÑO
Segunda versión

Recuerdo, sepultada esperanza
guarda esta parda viguería
sobre la que cuelgan dalias,
cada vez más silente vuelta al hogar,
el jardín marchito oscuro reflejo
de años pasados,
tal que de azules párpados se precipitan lágrimas
incontenibles.
¡Oh querido!
Ya gotea del herrumbroso arce
la fronda, transverberan de la melancolía
cristalinos minutos
a la noche.

VUELTA AL HOGAR EN OTOÑO
Tercera versión

Recuerdo, sepultada esperanza
guarda esta parda viguería
sobre la que cuelgan dalias,
cada vez más silente vuelta al hogar,
el jardín marchito oscuro reflejo
de infantiles años,
tal que de azules párpados lágrimas se precipitan
incontenibles;
transverberan de la melancolía
cristalinos minutos
a la noche.

[DECLINAR]
Primera versión

¡Oh espiritual reencuentro
en el viejo otoño!
Tan silentes se deshojan amarillas rosas
en la valla del jardín,
se derritió en lágrimas
un gran dolor.
Así termina el día de oro.
Dame tu mano querida hermana
en el frescor de la tarde.

DECLINAR
Segunda versión

Oh espiritual reencuentro
en el viejo otoño.
Amarillas rosas
se deshojan en la valla del jardín,
en una oscura lágrima
se derritió un gran dolor,
¡oh hermana!
Tan silente termina el día de oro.

EDADES DE LA VIDA

Más espirituales lucen las rosas
silvestres en la valla del jardín;
¡Oh alma silente!

En frescos pámpanos pace
el sol cristalino;
¡Oh santa pureza!

Ofrece un anciano con nobles
manos maduros frutos.
¡Oh mirada del amor!

LOS GIRASOLES

Girasoles de oro,
con fervor a morir inclinados,
humildes hermanos
en tal calma
termina el año de Helian
en frescura de montañas.

Entonces palidece de besos
su ebria frente,
en medio de aquellas doradas
flores de la melancolía
dispone del espíritu
la taciturna tiniebla.

[TAN GRAVE OH CREPUSCULO ESTIVAL]

Tan grave oh crepúsculo estival.
De cansada boca
se sumió tu dorado aliento en el valle
hacia las moradas de los pastores,
se sume en la fronda.
Un buitre levanta en la linde del bosque
la pétrea cabeza —
Mirada de águila,
irradia en el gris nublado
la noche.

Silvestres encandecen
las rosas rojas en la valla
encandecido muere
en verde onda un algo amoroso
una rosa que fene[ce].

DOBLES VERSIONES DE LAS PARTES I-III

OTOÑO EN COLOR

MUSICA EN MIRABELL *Primera versión*

Canta una fuente. Las nubes están
blancas suaves, en celeste espejo.
Pensativos callados hombres van
en la tarde por el jardín viejo.

Se agrisa el mármol de los antepasados.
Pájaros en banda las lejanías rozan.
Un fauno contempla con ojos cegados
las sombras que en lo oscuro se posan.

Roja la fronda del viejo árbol desciende
y por la ventana abierta entra en espirales.
Un fulgor de fuego el recinto enciende
y bosqueja turbios miedos fantasmales.

Opalino vapor flota en el verde
un tapiz de perfumes marchitados.
En la fuente luce tal vidrio verde
la hoz de la luna en aires helados.

SUEÑO DEL MAL
Segunda versión

Oh estos encalados corredores desnudos;
una vieja plaza, sol sobre negras escombras.
Por un pasaje brillan osamentas y sombras,
en el puerto, velas, mástiles, jarcias, saludos.

Un monje, una embarazada entre el gentío.
Rasgueo de guitarras, cuartos abandonados,
castaños en áureo resplandor agostados;
surge de las iglesias negro el boato sombrío.

De máscaras pálidas mira el espíritu del mal.
Palacios terribles y lóbregos oscurecen;
por la tarde murmullos sobre islas se crecen.

Del vuelo de las aves leen el signo fatal
los leprosos podridos en la noche letal.
Hermanos en el parque se miran y estremecen.

SUEÑO DEL MAL
Tercera versión

Muere el sonar de una campanita de agonía —
Un amante despierta en salas que obnubilan,
la mejilla en estrellas que en el cristal titilan.
Fulgen velas, cordeles, mástiles en la ría.

Un monje, una embarazada entre el gentío.
Rasguean guitarrras, brillan jubones colorados.
Castaños en áureo resplandor agostados;
surge de las iglesias negro el fausto sombrío.

De máscaras pálidas mira el espíritu del mal.
Una plaza terrible y lóbrega oscurece.
Por la tarde un murmullo sobre islas se crece.

Del vuelo de las aves leen el signo fatal
los leprosos podridos en la noche letal.
Hermanos en el parque se miran y estremecen.

SUAVE

MELANCOLIA *Primera versión*

Rastrojos. Un viento de tormenta negrea.
De la tristeza florecen colores violados,
Espiral de obsesiones que al cerebro rodea.
Asteres que murieron se inclinan al vallado
y girasoles negros que el tiempo estropea,
disueltos en colores carmines y azulados.
Un maravilloso son de campanas temblorea
los ramos de resedas en negra flor ajados
y nuestras frentes que sombra en reja orea
se hunden suavemente en colores azulados
con girasoles negros que el tiempo estropea
y en el vallado asteres de color pardo ajados.

MELANCOLIA

Segunda versión

Azuladas sombras. Ay, esos ojos oscuros
que al pasar me miran largo y tendido.
De guitarras acompaña al otoño el sonido
disuelto en el jardín de lejíos impuros.
Sombrías tristezas de la muerte preparan
manos nínfeas, chupan en pechos purpurados
consumidos labios y en lejíos manchados
del mancebo solar lientos rizos desvaran.

Rastrojos. Un viento de tormenta negrea.
De la tristeza florecen colores violados.
Espiral de obsesiones que al cerebro rodea.
Asteres que murieron se inclinan al vallado
y girasoles negros que el tiempo estropea;
allí calla el alma que de espanto flamea
por los cuartos vacíos de color atezado.

[METAMORFOSIS]
Primera versión

El frescor del otoño: cuarto en gris velado.
Muéstrase aquí el contento, una vida afanada
Las manos del hombre traen la cepa dorada
en suaves ojos Dios silente se ha bajado.

Pasea aquél en la tarde por el labrantío.
Llena el camino el pardo silencio de los robles
y están cayendo hojas de las ramas nobles.
En negruzca vestidura el alma tiene frío.

En una venta tocan tranquilo en el portal
De la boca ha descendido la amargura
Frutos de saúco, ebrio son de dulzura
Al solitario sigue suave un animal.

PRIMAVERA SERENA
Primera versión

Cuando verde el arroyo hacia la tarde fluye
ya en el prado y el cañal susurra primavera;
el aire azul es dulce maravilla ligera
de tanto florecer que en la noche confluye.

El viento por setos del ocaso silentes
busca del solitario la senda estrellada.
En el seno de Dios fulge la mies sembrada,
el bosque con sus bestias tiernas y pacientes.

Allí los abedules y los negros zarzales
suaves están en dolor y placer diluidos.
Claro verde florece junto a oscuros podridos
y resbalan los sapos entre puerros lechales.

Fielmente te quiero, oh ruda lavadora.
Aún la ola del cielo lleva lastre rosado.
Un pececillo salta, brilla, y ya ha pasado;
argenteando alisos el viento no demora

por setos del ocaso con suave indolencia;
un avecilla trina tal si fuera lunática.
La joven siembra puja suave y extática,
aún liban abejas con seria diligencia.

Ven ya, amor, al obrero que se va fatigando;
a su cabaña un rayo templado desciende.
El bosque en lo oscuro hosco y flavo se extiende,
alegres susurran los brotes de vez en cuando.

¡Cómo parece enfermo todo lo que deviene!
Sobre un caserío gira un aliento febril;
mas saluda en las ramas un espíritu sutil
y el ánimo abierto y en temblor mantiene.

Un chorro florido transcurre suavemente,
lo no nacido aún su calma propia cuida.
Los amantes florecen a su estrella querida
y en la noche su aliento fluye dulcemente.

Bueno y vero es lo vivo aun si dolor desata.
Y una antigua piedra te viene a conmover:
Os lo digo en verdad. Con vosotros estaré.
Oh boca que tiembla en el sauce de plata.

[ENSOMBRECIMIENTO]
Segunda versión

En la baja tarde en la venta soñando,
en jardines que otoño quema y desnuda,
la muerte borracha pasa muda y saluda,
en oscura jaula un tordo está cantando.

De semejante azul un niño rosa llega
y juega con sus ojos negros y bruñidos.
Gotea un oro de ramas dulce y desvaído
pero en la roja fronda el viento juega.

Brilla Saturno. En lo oscuro el arroyo rehila
y la mano azul del amigo roza con ternura
y silentemente alisa frente y vestidura.
Una luz en el saúco las sombras despabila.

SALMO
Primera versión

Hay una luz que el viento ha apagado.
Hay una venta en el campo que en la siesta un borracho abandona.
Hay una viña abrasada y negra con agujeros llenos de arañas.
Hay un cuarto que han blanqueado con leche.
El demente ha muerto. Hay una isla en el mar del sur
para recibir al dios del sol. Baten los tambores.
Los hombres ejecutan danzas guerreras.
Las mujeres contonean las caderas entre enredaderas y flores de fuego
cuando la mar canta. Oh nuestro paraíso perdido.

Las ninfas han abandonado los bosques de oro.
Sepultan al extranjero. Entonces comienza una lluvia flameante.
El hijo de Pan aparece en la figura de un caminero
que dormido en el asfalto abrasante olvida el mediodía.
Hay niñas en un patio con vestiditos de una pobreza que desgarra
[el corazón.
Hay salas llenas de acordes y sonatas.
Hay sombras que se abrazan ante un espejo ciego.
En las ventanas del hospital se calientan los convalecientes.
Un barco blanco remonta el canal cargado de epidemias sangrientas.

La hermana extranjera aparece de nuevo en los malos sueños de alguien.
Reposando en el avellanar juega con sus estrellas.
El estudiante, tal vez un doble, la sigue con la vista desde la ventana.
Detrás de él está su hermano. En lo oscuro del cuarto pueden estar
[pasando cosas extrañas.
En rojos jacintos palidece la figura de la joven enfermera.
El jardín en la tarde. Por el cuarto revolotean los murciélagos.
Los hijos del casero dejan los juegos y buscan el oro del cielo.
Hay una nube que se deshace. En el cenador se ha ahorcado el jardinero.
En el invernadero se disfuminan colores pardos y azules. Es al ocaso
[hacia donde vamos.

Donde yacían los muertos de ayer lloran ángeles con quebradas alas
[blancas.
Bajo robles se extravían duendes con frentes ardientes.
En la turbera callan vegetaciones pretéritas.
Hay un viento susurrante - Dios que abandona tristes moradas.
Las iglesias han muerto, gusanos se anidan en los nichos.

El verano ha abrasado la mies. Los pastores han partido.
Por dondequiera que se va se roza una vida anterior.
Los molinos y los árboles giran vacíos en el viento de la tarde.
En la ciudad destruida levanta la noche tiendas negras.

¡Qué vano es todo!

[CERCANIA DE LA MUERTE]
Primera versión

Largo escucha el monje al pájaro moribundo en la linde del bosque
Oh cercanía de la muerte, los osarios en la colina
el sudor de angustia que brota en la cérea frente.
La blanca sombra del hermano que desciende la cañada.

La tarde ha ido a las oscuras aldeas de la infancia
El estanque bajo los sauces
se llena de rojos florines de tristes otoños.

¡Oh las gordas ratas en el pasto!
El ciego que en la tarde está de nuevo en el camino
La calma de grises nubes ha bajado a los campos.

Velan arañas las blancas cuencas de la melancolía
cuando de las manos óseas del solitario
cae la púrpura de sus días nocturnos —
suaves ojos lunares del hermano.

Oh ya se sueltan en frescos cojines
amarillentos de incienso los lánguidos miembros de los amantes.

EN EL HOSPITAL
HUMANO DUELO *Primera versión*

En el verdor profundo da las doce la campana —
a los enfermos de fiebre claro espanto estremece.
El cielo centellea, el aire los jardines mece.
Un rostro de cera se agita en la ventana.

Tal vez que se detiene en el tiempo esta hora.
Ante ojos turbios figuras de color fantasmean
al compás de los barcos que en el río balancean.
La procesión de hermanas va por el paso ahora.

Y en viento azul las nubes se empiezan a agitar
como amantes que están en el sueño abrazados.
Tal vez vibran las moscas en la carroña al lado,
y en el seno materno se echa un niño a llorar.

El encendido de las flores se deshace,
que hoy llevaron al hermoso adolescente.
Cómo alzó las manos y rió suavemente.
Se reza allí. Tal vez un muerto yace.

También parece oírse un horrible clamor,
se ven flamear muecas en un vaho ardoroso.
En claras salas suena un piano moroso.
Las tres dan de pronto en profundo verdor.

De allí una negra hilera otra vez aletea.
Y ecos de las corales de lejos se levantan.
Tal vez en la sala también ángeles cantan.
Blanca amapola en sueños en el jardín flamea.

HUMANO DUELO
Tercera versión

Antes que las del sol da las cinco la campana —
Oscuro espanto a los solitarios estremece.
El jardín en la tarde pútridos árboles mece.
El rostro del muerto se agita en la ventana.

Tal vez que se detiene el tiempo en esta hora.
Ante turbios ojos nocturnas figuras fantasmean
al compás de los barcos que en el río balancean.
La procesión de hermanas va por el muelle ahora.

De los murciélagos parece oírse el clamor,
que uno en el jardín tablas de ataúd adosa.

Fulgurean osamentas entre tapias ruinosas
y un demente negruzco merodea alrededor.

En nube otoñal un rayo azul hielo se torna.
Los amantes en el sueño están abrazados,
en alas de estrellas de ángeles echados,
del noble la pálida sien el laurel adorna.

[PAISAJE]
Primera versión

Tarde de septiembre, o los oscuros gritos de los pastores,
olor de tomillo. Un hierro candente centellea en la herrería
Potente se alza un negro caballo; la cabellera jacíntea de la muchacha
[se arrebata
hacia el ardor de sus ollares purpúreos.

En el amarillo muro se tensa el grito de la perdiz se enmohece en pútrido
[estiércol un arado.
Suave corre el rojo vino, la dulce guitarra en la venta.
¡Oh muerte! del alma enferma derruido arco, silencio e infancia.

Revolotean con rostros delirantes los murciélagos.

ELIS
Primera versión

Perfecta es la calma de este día de oro.
Bajo antiguas encinas
apareces tú, Elis, que reposas con ojos redondos.

Su azul refleja el ligero sueño de los amantes.
En tu boca
enmudecieron sus rosados suspiros.

Al atardecer retiró el pescador las vacías redes.
Un buen pastor
guía su rebaño a lo largo de la linde del bosque.
Oh, cómo son justos, Elis, todos tus días.

Un sereno sentido
mora en el oscuro canto del viñador,
en la calma azul del olivo.
Preparados encontraron en la casa los hambrientos pan y vino.

ELIS
Segunda versión

1

Elis, cuando el mirlo en negro bosque llama,
es tu declinar.
Tus labios beben el frescor de la fuente azul de las rocas.

Deja, si tu frente sangra suave
antiguas leyendas
y el oscuro sentido del vuelo de las aves.

Pero tú entras con tiernos pasos en la noche
que cuelga cargada de uvas purpúreas,
y más bello mueves tus brazos en el azul.

Un espino suena,
donde están tus ojos lunares.
Oh, hace tanto tiempo, Elis, que has muerto.

Tu cuerpo es un jacinto
en el que un monje hunde los céreos dedos.
Una negra gruta es nuestro silencio

de la que sale a veces un manso animal
y deja caer lento los pesados párpados;
sobre tus sienes gotea negro rocío,
el último oro de las estrellas declinantes.

2

Perfecta es la calma de este día de oro.
Bajo viejos robles
apareces tú, Elis, que reposas con ojos redondos.

Su azul refleja el ligero sueño de los amantes.
En tu boca
enmudecieron sus rosados suspiros.

Al atardecer retiró el pescador las pesadas redes.
Un buen pastor
guía su rebaño a lo largo de la linde del bosque.
Oh, cómo son justos, Elis, todos tus días.

Un sereno sentido
mora en el oscuro canto del viñador,
en la calma azul del olivo.

Preparados encontraron en la casa los hambrientos pan y vino.

3

Un dulce toque de campanas suena en el pecho de Elis
al atardecer
cuando su cabeza se hunde en el negro cojín.

Un venado azul
sangra suave en el zarzal.

Un árbol pardo está ahí solo;
cayeron de él sus frutos azules.

Signos y estrellas
se hunden suave en el estanque de la tarde.

Detrás de la colina ha llegado el invierno.

Azules palomas
beben de noche el áureo sudor,
que corre de la frente cristalina de Elis.

Siempre suena
contra los negros muros el aliento helado de Dios.

[HOHENBURG]
Primera versión

Vacía y muerta la casa del padre,
oscura hora
y despertar en el jardín crepuscular.

Siempre piensas tú el blanco rostro del hombre,
alejado del tumulto del tiempo.
Sobre un algo que sueña se inclinan con agrado ramas verdes.

Cruz y tarde,
rodea al resonante con brazos purpúreos su estrella
y el tintineo de flores azuladas.

DICIEMBRE
EN LA CIENAGA *Primera versión*

El manto en el negro viento; suave susurra el seco cañal
en la calma de la ciénaga. Por el cielo gris
un bando de aves salvajes pasa —
a través de tenebrosas aguas.

Entre desnudos abedules se deslizan las manos óseas.
Cruje el paso en el pardo ramaje
donde para morir un solitario animal mora.

Viejecitas cruzaron el camino
a la aldea. Arañas cayeron de sus ojos
y roja nieve. Cornejas y largo toque de campanas

acompañan el negro sendero, la sonrisa de Endimión
y el sueñecito lunar
y la frente de metal va a tientas helándose por el avellanal.

Déjanos esperar la tarde en la venta,
morar en la purpúrea cueva del vino,
del tapiz silente la sombra del ebrio baja.

Horas y horas cae nieve sedeña en la ventana
Persigue al cielo con negros estandartes y quebrados mástiles la noche.

[EN LA CIENAGA]
Segunda versión

Manto en el negro viento; suave susurra el seco cañal
en la calma de la ciénaga. Por el cielo gris
un bando de aves salvajes pasa;
a través de tenebrosas aguas.

Óseas se deslizan las manos por desnudos abedules,
cruje el paso en el pardo ramaje,
donde para morir un solitario animal mora.

Alboroto. En cabañas derruidas
aletea con negras alas un ángel caído,
sombras de la nube; y el delirio del árbol;

grito de la urraca. Una viejecita cruza el camino
a la aldea. Bajo negra enramada
oh qué espanta al paso con blasfemia y fuego
Mudo toque de campanas; cercanía de la nieve [.]

Tempestad. El oscuro espíritu de la putrefacción en la ciénaga
y la melancolía de rebaños que pacen.
Silente persigue
al cielo con quebrados mástiles la noche.

EN LA CIENAGA
Cuarta versión

Caminante en el negro viento; suave susurra el seco cañal
en la calma de la ciénaga: en el cielo gris
un bando de aves salvajes pasa;
a través de tenebrosas aguas.]

Alboroto. En derruidas cabañas
aletea con negras alas el espíritu de la putrefacción;
achaparrados abedules en el viento del otoño.

Tarde en desolada venta [.] Al camino a casa impregna
la dulce melancolía de rebaños que pacen;
aparición de la noche; sapos surgen de pardas aguas.

VERANO
TARDE EN LANS *Primera versión*

Verano bajo arcos encalados,
amarillenta mies, un pájaro que entra y sale
tarde y los oscuros olores del verde.
Hombre rojo, en camino crepuscular, ¿adónde?
Sobre solitarias colinas, por delante de la casa descarnada
sobre las gradas del bosque baila el argénteo corazón.

EN MÖNCHSBERG
Primera versión
PARA ADOLF LOOS

Donde en la sombra de otoñales olmos el derruido sendero desciende
lejos de las cabañas de ramas, de dormidos pastores,
siempre sigue al caminante la oscura figura del frescor.

Sobre el óseo puentecillo la jacíntea voz del niño,
diciendo suave la olvidada leyenda del bosque;
más dulce, ya enferma, y escuchando en el delirio [.]

Tierno halaga un ralo verde la rodilla del forastero,
un dios clemente la muy cansada frente,
a tientas argénteo el paso hacia atrás en la calma.

RECUERDO
METAMORFOSIS DEL MAL *Primera versión (Fragmento)*

Silente habitaba en nocturna gruta el niño escuchando en la onda azul de la fuente el sonido de una flor radiante. Y surgió de muros derruidos la pálida figura de la madre y llevaba en las manos somnolientas el niño de dolor, errando sonámbula en el jardín. Y eran las estrellas gotas de sangre brillando en las desnudas ramas del árbol viejo y cayeron en la cabellera sedeña de la Nocturna, y el muchacho levantó suavemente los párpados, suspirando la argéntea frente en el viento de la noche.

Velando en el jardín de la tarde en la sombra silente del padre, oh, cómo llenaba de angustia esta radiante cabeza del padre sufriente en la frescura azul y el silencio en las habitaciones otoñales. Barca de oro, el

sol se hundió en la colina solitaria y enmudecieron en lo alto las cimas severas. Silente encuentro en el húmedo azul del rostro somnoliento de la hermana, sepultado en su cabellera escarlarta. Negruzca seguía a aquél la noche.

Qué obliga a estar tan silente en la escalera de caracol de la casa de los padres y apaga en las lánguidas manos el flameante candelabro. Hora de solitaria tiniebla, mudo despertar en el vestíbulo en el pálido hilado de la luna. Oh la sonrisa del mal, triste y fría, que hace palidecer las mejillas rosadas de la durmiente. Estremeciéndose velaba un negro lienzo la ventana. Y saltó una llama de aquel corazón y ardió, argéntea en lo oscuro, una estrella cantarina. Silenciosos se sumieron los cristalinos senderos de la infancia en el jardín.

EN INVIERNO

UNA TARDE DE INVIERNO *Primera versión*

Cuando cae la nieve en la ventana,
para muchos está la mesa preparada,
la casa ya quedó bien arreglada
cuando suena en la tarde la campana.

Alguien que como peregrino yerra
llega al portal por sendero atezado.
Llena de gracia su herida ha cuidado
la dulce fuerza que el amor encierra.

¡Oh! del hombre penoso camino.
El que con ángeles mudo ha luchado
alcanza por santo dolor obligado
silente de Dios el pan y el vino.

[ALMA DE OTOÑO]

Primera versión

PARA [?] [...] B. MÜNCH [?]

Hondo el dalle el verde arrasa.
Aire azul, gavillas yertas.
Voces volaron, ya muertas.
Sólo un agua antigua pasa.

De tarde es el viaje oscuro
sobre pardas otoñales colinas.
Un estanque argénteo fulmina
Grita el azor claro y duro.

ESPEJO DE LA TARDE

AFRA *Primera versión*

Una criatura de pelo castaño. Resplandores
brunos un paso en la lienta frescura vesperal
ahuyenta, en marco de orioscuros girasoles;
se hunde en un charco rojo un tierno animal.

Sobre el espejo una ósea sombra se desliza
y suave sale del silencio de flores azuladas,
sello lleno de enigma, una boca rojiza,
y ojos negros irradian desde la enramada

del arce, cuyo rojo deslumbra de esplendor.
Un cuerpo delicado el muro ha abandonado,
su fin es el crepúsculo, tal un azul fulgor.
En las viejas callejas vibra el viento pausado.

Las horas del amante silentes se marchitan
en la ventana abierta. En su travesía osada
las nubes el sendero del solitario habitan.
Baja al pardo jardín argéntea una mirada.

Roza las manos del agua sombría emoción.
De un espíritu pío, cristal y luz maduros.
Inefable es el vuelo de las aves, reunión
con moribundos; a ése siguen años oscuros.

[OCASO]

Primera versión

Al atardecer, cuando vamos a casa por el áureo verano
están con nosotros las sombras de alegres santos.
Más dulce verdecen las vides alrededor, amarillea la mies.

Oh hermano mío, cuánta quietud en el mundo.
Abrazados nos sumergimos en agua azul,
la oscura gruta de masculina melancolía
en secos senderos se cruzan los caminos de los ya pútridos,
nosotros sin embargo descansamos dichosos en el ocaso del sol.
Paz [?], donde los árboles del otoño fulgen
En las cimas susurra el nogal nuestros viejos ayeres.

[OCASO]
Segunda versión

Cuando vamos a casa por el áureo verano
están con nosotros las sombras de alegres santos.
Más dulce verdecen las vides alrededor, amarillea la mies.
Oh hermano mío, cuánta calma en el mundo.

En las cimas susurra el arce nuestros viejos ayeres
nos llega la frescura de azules aguas,
los oscuros espejos de masculina melancolía
oh hermano mío, allí madura la dulzura de la tarde

suave suenan los aires en la solitaria colina
murió hace tiempo
el espíritu [de] Dédalo en rosados suspiros.
Oh hermano mío, se vuelve negro el paisaje del alma.

[OCASO]
Tercera versión

Cuando por nuestro verano vamos por purpúrea oscuridad
surgen las sombras de tristes monjes ante nosotros.
Más delicadas encandecen las vides alrededor, amarillea la miel.
Oh hermano mío cuánta calma en el mundo.

En las cimas susurra el roble nuestros viejos ayeres
nos llega el rostro de pétreas aguas,
la redonda gruta de masculina melancolía,
oh hermano mío dentro maduran negras noches de rosario.

Más remotos suenan los aires en la solitaria colina,
de una amante ebria lira.
Bajo arcos de espinas
oh hermano mío ascendemos, ciegas agujas, hacia la medianoche.

OCASO
Cuarta versión

Bajo los oscuros arcos de nuestra melancolía
juegan de tarde las sombras de ángeles difuntos.
Sobre el blanco estanque
han pasado de largo las aves salvajes.

Soñando bajo sauces de plata
acarician nuestras mejillas amarillentas estrellas,
se comba la frente hacia noches remotas.
Siempre nos mira fijo el rostro de nuestros blancos sepulcros.

Suave se arruinan los aires en la colina solitaria,
los desnudos muros de la arboleda otoñal.
Bajo arcos de espinas
oh hermano mío ascendemos, ciegas agujas, hacia la medianoche.

EN LA COLINA
CREPUSCULO ESPIRITUAL *Primera versión*

Silente desaparece en la linde del bosque
un oscuro venado
en la colina acaba suave el viento de la tarde,

pronto enmudece la queja del mirlo
y las flautas del otoño
callan en el cañal.

Con argénteas espinas
nos golpea la helada,
moribundos [?] nosotros [?] sobre tumbas inclinados

arriba se deshace un nublado azul;
de negra ruina
surgen los radiantes ángeles de Dios.

EL SUEÑO DEL CAMINANTE

EL CAMINANTE *Primera versión*

Siempre se reclina en la roca la blanca noche
donde en tonos de plata se alza el pino
y hay piedra y estrellas.

Sobre el torrente se arquea la ósea pasarela
sigue al durmiente la oscura figura del frescor,
luna de hoz en rosado abismo.

Lejos de soñolientos pastores: en el viejo roquedal
mira con ojos cristalinos el sapo
despierta el viento florido la voz de plata
del igual a un muerto

diciendo suave la olvidada leyenda del bosque
el blanco rostro del ángel
suave acaricia su rodilla la [...] espuma del agua.

Rosados capullos
del que canta, triste boca de ave.
Un bello fulgor se despierta en su frente

piedra y estrella
donde el blanco forastero antaño ha morado.

PASION

Primera versión

Cuando argéntea Orfeo la lira tañe,
queja por una muerte en el jardín de la tarde —
¿quién eres tú, calma bajo altos árboles?
Susurra la queja la caña otoñal,
el estanque azul.

Ay, la delicada figura del muchacho
que purpúrea encandece,
de dolorosa madre en azul manto
cubriendo su santa ignominia.

Ay del nacido, que muriera
antes que el encandecido fruto
amargo de la culpa gustado haya.

¿A quién lloras tú bajo crepusculares árboles?
La hermana, amor oscuro
de una estirpe salvaje,
a quien raudo huye el día en sus ruedas de oro.

Oh, que más piadosa la noche viniera,
Cristo.

¿Qué callas tú bajo crepusculares árboles?
La helada de estrellas del invierno,
el nacimiento de Dios
y los pastores ante el pesebre de paja.

Lunas azules
se hundieron los ojos del ciego en cueva sedeña.

Un cadáver tú buscas bajo verdeantes árboles,
tu esposa,
la argéntea rosa
en vilo sobre la colina nocturna.

Caminando por la negra orilla
de la muerte,
purpúrea florece en el corazón la flor del infierno.

Sobre suspirantes aguas inclinado
mira, tu esposa: rostro rígido de lepra
y su cabello flamea salvaje en la noche.

Dos lobos en el lúgubre bosque
mezclamos nuestra sangre en pétreo abrazo
y las estrellas de nuestra estirpe cayeron sobre nosotros.

Oh, la espina de la muerte.
Lívidos nos miramos en el cruce
y en los ojos argénteos
se reflejan las negras sombras de nuestro desenfreno,
espantosa risa, que rompió nuestras bocas.

Espinosas gradas se hunden en lo oscuro,
que más roja con frescos pies
la sangre se derrame sobre el pétreo campo.

Sobre purpúrea honda
columpia vigilante la argéntea durmiente.

Aquél sin embargo se volvió un árbol níveo
en la ósea colina,
un venado ojeando desde supurante herida,
de nuevo una piedra silente.

Oh, la dulce hora de estrellas
de esta calma cristalina,
cuando en espinosa cámara
el rostro leproso cayó de ti.

Nocturna suena la solitaria lira del alma
de oscuro encanto
llena a los argénteos pies de la penitente
en el jardín perdido;
y en el espinoso seto brota la azul primavera.

Bajo oscuros olivos
surge el ángel rosado
de la mañana desde el sepulcro de los amantes.

PASION
Segunda versión

Cuando argéntea Orfeo la lira tañe
queja por una muerte en el jardín de la tarde —
¿quién eres tú calma bajo altos árboles?
Susurra la queja la caña otoñal,
el estanque azul.

Ay, la delicada figura del muchacho,
que purpúrea encandece,
de dolorosa madre en azul manto
cubriendo su santa ignominia.

Ay del nacido, que muriera
antes que el encandecido fruto
amargo de la culpa gustado haya.

¿A quién lloras tú bajo crepusculares árboles?
La hermana, amor oscuro
de una estirpe salvaje,
a quien raudo huye el día en ruedas de oro.

Oh, que más piadosa la noche viniera,
Cristo.

Un cadáver tú buscas bajo verdeantes árboles,
tu esposa,
la argéntea rosa
en vilo sobre la colina nocturna.

Caminando por la negra orilla
de la muerte,
purpúrea florece en el corazón la flor del infierno.

Sobre suspirantes aguas inclinado
mira, tu esposa: rostro rígido de lepra
y su cabello flamea salvaje en la noche.

Dos lobos en el lúgubre bosque
mezclamos nuestra sangre en pétreo abrazo
y las estrellas de nuestra estirpe cayeron sobre nosotros.

Oh, la espina de la muerte.
Lívidos nos miramos en el cruce
y en los ojos argénteos
se reflejan las negras sombras de nuestro desenfreno,
espantosa risa que rompió nuestras bocas.

Espinosas gradas se hunden en lo oscuro,
que más roja de fríos pies
la sangre se derrame sobre el pétreo campo.

Sobre pútrida onda
columpia vigilante la argéntea durmiente.

Aquél sin embargo se volvió un árbol níveo
en la ósea colina,
un venado ojeando desde supurante herida,
de nuevo una piedra silente.

Oh, la suave hora de estrellas
de esta calma cristalina,
cuando en espinosa cámara
el leproso rostro de ti cayó.

Nocturna suena la solitaria lira del alma
de oscuro encanto
llena a los argénteos pies de la penitente
en la calma azul
y la reconciliación del olivo[.]

[ANTEINFIERNO]

Primera versión de la primera estrofa

En la linde del bosque —allí habitan las sombras de los muertos—
en la colina se hunde una barca de oro, azul quietud de las nubes
paciendo en el ocre silencio de los robles. Sedeña angustia
alienta el corazón, cáliz rebosante de purpúreos arreboles de la tarde,
oscura melancolía. Al que escucha en la fronda, un espíritu
escolta el paso por el derruido sendero abajo.
Orea frescura de una boca clamante, como si lo siguiera un cadáver
[delicado.

OCCIDENTE

Primera versión (a)

Derruidos estanques se hundieron
en el bruno noviembre,
los oscuros senderos de los aldeanos
bajo achaparrados
manzanos, la queja
de las mujeres en argéntea flor.

Va muriendo la estirpe de los padres.
Está de suspiros
lleno el viento de la tarde
del espíritu de los bosques.
Silente lleva el puentecillo
a las núbeas rosas
un manso venado en la colina
y suenan
los azules manantiales en lo oscuro
tal que una dulzura
un niño nace.

Suave abandonó en el cruce
la sombra al forastero
y en piedra se le ciegan
los ojos que miran
tal que del labio
más dulce fluye el canto.

Pues es la noche
la morada del amante,
atónito está el azul rostro
sobre una muerte
las sienes abiertas;
cristalino mirar.
A ése sigue por oscuros senderos
a lo largo de los muros
un alguien de muerte.

CAMINAR

OCCIDENTE *Primera versión (b)*

Tan suave son los bosques
de nuestra tierra.
El sol se sume en la colina
y nosotros hemos llorado en el sueño;
caminamos con blancos pasos
junto al espinoso seto
cantando en el verano de espigas
y en el dolor nacidos.

Ya madura al hombre la mies
y la santa vid
y en la pétrea estancia
en lo fresco está presto el yantar.
También está al bien
el corazón propicio en verde calma
y frescura de altos árboles
manjar reparte con dulces manos.

Mucho es lo que vela
en la noche estrellada
y bello el azul,
avanza un alguien de palidez, de aliento,
un sonar de lira.

Reclinado en la colina el hermano
y forastero,
el abandonado de los hombres, se le hundieron
los húmedos parpados
en inefable melancolía.
De negruzca nube
gotea amarga luna.

Blanco de luna calla el sendero
junto a aquellos álamos
y pronto
termina del hombre el caminar,
justo padecer.
También alegra el silencio de los niños,
la cercanía de los ángeles
sobre cristalino prado.

OCCIDENTE
Segunda versión
EN HONOR DE ELSE LASKER-SCHÜLER

1

Derruidos estanques se hundieron
en el bruno noviembre,
los oscuros senderos de los aldeanos

bajo achaparrados
manzanos, la queja
de las mujeres en argéntea flor.

Va muriendo la estirpe de los padres.
Está de suspiros
lleno el viento de la tarde,
del espíritu de los bosques.

Silente lleva el puentecillo
a las núbeas rosas
un manso venado en la colina;
y suenan
los azules manantiales en lo oscuro
tal que una dulzura,
un niño nace.

Suave abandonó en el cruce
la sombra al forastero
y en piedra se le cegaron
los ojos que miran,
tal que del labio
más dulce fluye el canto;

pues es la noche
la morada del amante,
atónito está el azul rostro
sobre una muerte
las sienes abiertas;
cristalino mirar;

a ése sigue por oscuros senderos
a lo largo de los muros
un alguien de muerte.

2

Cuando la noche ha caído
salen nuestras estrellas en el cielo
bajo viejos olivos,
o a lo largo de oscuros cipreses
caminamos canos caminos;

ángel que llevas espada:
hermano mío.
Calla la pétrea boca
el oscuro canto de los dolores.

De nuevo aparece una muerte
en blanco lienzo
y caen flores
muchas sobre el sendero de roca.

Argénteo llora un algo enfermo,
leproso junto al estanque,
donde ha tiempo
alegre en la siesta amantes reposaron.

O suenan los pasos
de Elis por la floresta,
la jacíntea,
de nuevo muriendo bajo los robles.
Oh la figura del muchacho
formada de cristalinas lágrimas
y nocturnas sombras.

De otro modo presiente la frente lo pleno,
la fresca, infantil,
cuando sobre la verdeante colina
resuena la tormenta de primavera.

3

Tan suave son los verdes bosques
de nuestra tierra,
el sol se sume en la colina
y hemos llorado en el sueño;
caminamos con blancos pasos
junto al espinoso seto
cantando en el verano de espigas
y en el dolor nacidos.

Ya madura al hombre la mies,
la santa vid.

Y en pétrea estancia,
en lo fresco, está presto el yantar.
También es al bien
el corazón propicio en verde calma
y frescura de altos árboles.
Manjar reparte con dulces manos.

Mucho es lo que vela
en la noche estrellada
y bello el azul,
avanza un alguien de palidez, de aliento,
un sonar de lira.

Reclinado en la colina el hermano
y forastero,
el abandonado de los hombres, se hundieron
sus húmedos párpados
en inefable melancolía.
De negruzca nube
gotea amarga luna.

Blanco de luna calla el sendero
junto a aquellos álamos
y pronto
termina del hombre el caminar,
justo padecer.
También alegra el silencio de los niños
la cercanía de los ángeles
sobre cristalino prado.

4

Un muchacho de quebrado pecho
fenece un canto en la noche.
Deja pues ir en calma a la colina
bajo los árboles
seguido por la sombra del venado.
Dulce aroman las violetas en el prado.

O deja entrar en la pétrea casa,
en la sombra de pena de la madre
inclinar la cabeza.

En húmedo azul alumbra la lamparita
toda la noche;
pues ya no descansa el dolor;
también las blancas figuras
de los que alientan, los amigos que se han alejado;
poderosamente callan los muros en redor.

5

Cuando oscurece en el camino
y aparece en azul lino
un alguien ha tiempo partido,
oh, cómo vacilan los pasos sonoros
y calla verdeante la cabeza.

Grandes han construido las ciudades
y pétreas en la llanura;
pero sigue el apátrida
con abierta frente al viento,
a los árboles en la colina;
también agoniza frecuente
el arrebol de la tarde.

Pronto murmuran las aguas
alto en la noche,
roza el ángel la cristalina mejilla
de una muchacha,
su rubio cabello,
grave de lágrimas de la hermana.

Frecuente es esto amor: roza
un espino florido
los fríos dedos del forastero
al pasar;
y desaparecen las cabañas de los aldeanos
en la noche azul.

En cándida calma,
en la mies, donde muda se alza una cruz,
aparece al que mira
suspirando su sombra y partida.

OCCIDENTE
Tercera versión
A ELSE LASKER-SCHÜLER

1

Luna, tal si avanzara un alguien de muerte
desde una gruta azul
y caen flores muchas
sobre el sendero de roca.
Argénteo llora algo enfermo
en el estanque de la tarde,
sobre negra barca
transfenecieron amantes.

O resuenan los pasos
de Elis por la floresta,
la jacíntea,
de nuevo muriendo bajo los robles.
Oh la figura del muchacho
formada de cristalinas lágrimas
y nocturnas sombras.
Zigzagueantes rayos esclarecen la sien
la siemprefría,
cuando en la colina verdeante
resuena la tormenta de primavera.

2

Tan suave son los verdes bosques
de nuestra tierra,
la onda cristalina
que va a morir junto al muro derruido
y hemos llorado en el sueño;
caminamos con vacilantes pasos
junto al seto de espino
cantando en la tarde de estío,
[en] la santa calma
de las viñas refulgentes a lo lejos
sombras ahora en el fresco seno
de la noche, águilas dolientes.
Tan suave cierra un rayo lunar
las llagas purpúreas de la melancolía.

3

Radiante anochece la pétrea ciudad
en la llanura.
Negra sombra
sigue el forastero
con oscura frente al viento,
desnudos árboles en la colina;
también angustian el corazón
solitarios arreboles de la tarde
tal si se despeñaran argénteas aguas
en fresca oscuridad –
Oh amor, roza
un azul espino
la fría sien,
con estrellas abatiéndose
nívea noche.

A LO LARGO DE LOS MUROS EN LA OSCURIDAD *Primera versión*

Nunca más el áureo rostro de la primavera;
oscura risa en el avellanar. Paseo de tarde en el bosque
y el fervoroso grito del mirlo.
Todo el día susurra en el alma del forastero el verde brillante.

Metálicos minutos: mediodía, desaliento del estío;
las sombras de las hayas y la mies amarillenta.
Bautismo en castas aguas. Oh el hombre purpúreo.
A él sin embargo asemejan bosque, alberca y blanco venado.

Cruz y convento en la aldea. En oscura conversa
se conocieron hombre y mujer
y junto al muro desnudo pasea con sus estrellas el solitario [.]

Suave sobre el camino brillante de luna del bosque
bajo la espesura de cacerías olvidadas.
La mirada del azul desde derruidas rocas se quiebra.

[EL SUEÑO]
Primera versión

Sedantes oscuros venenos
creando blanco sueño
un jardín extravagante
de árboles crepusculares
lleno de serpientes, mariposas nocturnas,
murciélagos;
¡forastero, tu lastimosa sombra
vaciló, amargo desconsuelo
en el arrebol de la tarde!
Inmemoriales solitarias aguas
se sumieron en la arena.

¡Blancos ciervos en la linde de la noche
estrellas tal vez [?]!
Envueltas en velo de arañas
brillan muertas heces.
Férrea visión.
Espinas sobrevuelan
el azul sendero a la aldea,
una risa purpúrea
al que escucha en la venta vacía.
Sobre el umbral
danza blanca de luna
la poderosa sombra del mal.

LLEGADA
LA VUELTA AL HOGAR *Primera versión*
VUELTA AL HOGAR EN OTOÑO *Primera versión (a)*

El frescor de oscuros años, dolor y esperanza
conserva esta parda viguería
sobre la que cuelgan flameantes dalias.
Como si se sumiera un áureo casco de sangrante frente
en calma termina el día,
mira la infancia dulce con negruzcos ojos.
Suave irradian en la tarde las rojas hayas,
amor, esperanza, que de azules párpados
rocío gotea incontenible.

¡Solitaria vuelta al hogar! Los oscuros gritos de los pescadores
resuenan en el río crepuscular;
amor, noche, cristalinos minutos de la melancolía
transverberando, estrellas, ya más silente el mirar.

EN LA NIEVE

ENTREGA A LA NOCHE *Primera versión*

Meditar la verdad —
¡Mucho dolor!
Por fin exaltación
hasta la muerte.
¡Noche de invierno
oh, monja pura!

VISION

ENTREGA A LA NOCHE *Segunda versión*

Cuando tan rojo el otoño y callado
es bajo olmos oscuro tormento
aldea que oscurece y amoroso sustento
el halcón saluda en viaje dorado.

Frente que sangra suave y oscura
girasol que en la valla fenece
seno de mujer que azul entristece;
¡palabra de Dios en astros fulgura!

Purpúreas flamean boca y mentira.
Brilla en estancia ruinosa y fría,
sólo la risa, juego de oro, todavía,
cuando la tempestad esta cabeza tira

, abajo de noche con rayos; endrino
cae del árbol el fruto que se altera.
Tengo, criatura, por tu azul ribera
que pasar como mudo peregrino.

A LA NOCHE

ENTREGA A LA NOCHE *Tercera versión*

Monja reclúyeme en lo oscuro de tu luz,
en frío fulgor de estrellas está la cruz.
Quebradas purpúrea boca y mentira vana
es ya un último repique de campana.
Noche lo lascivo núbeo-oscuro de tu luz
Rojo fruto, maldita mentira vana
es ya un último repique de campana —
En fulgor de estrellas sangrando la cruz.

A LA NOCHE

ENTREGA A LA NOCHE *Cuarta versión*

Ninfa reclúyeme en lo oscuro de tu luz;
el aster en la valla se hiela y se mece,
melancolía en el seno de mujeres florece,
en fulgor de estrellas sangrando la cruz.

Purpúreas la boca y la mentira vana
quebrándose en cámara ruinosa y fría;
fulge la risa, juego de oro, todavía,
es ya un último repique de campana.

¡Azul nube! Sordo cae peceño
del árbol el fruto en podredura;
el espacio se vuelve sepultura
y este peregrinar del mundo sueño.

CONJUNTOS DE POEMAS

[LARGO TIEMPO...]

Largo tiempo escucha el monje al pájaro moribundo en la linde del
[bosque
oh cercanía de la muerte, de cruces ruinosas en la colina
El sudor de la angustia que en cérea frente surge.
Oh el habitar en las azules grutas de la melancolía.
Oh aparición manchada de sangre, que baja por la cañada
tal que el obseso exánime en la argéntea rodilla se quiebra.

Con nieve y lepra se llena el alma enferma
cuando ella de tarde el delirio de la ninfa escucha,
en el seco cañal las dulces flantas del delirio desangrándose;
tenebrosa su imagen en el estanque de estrellas mira;

silente se pudre la muchacha en el espinar
y los senderos desiertos y vacías aldeas
se cubren de amarilla hierba.
Por derruidas gradas abajo — [?] purpúreo [?] abismo.

Solitario sangra un pardo venado en el bosque.
Solitario el ciego que desciende por peldaños deruidos.
En el seco canal el oscuro silbo del delirio.

Donde en negros muros están los obsesos
desciende el pálido caminante en otoño
donde antes un árbol había, un venado azul en el soto,

se abren para escuchar, los tiernos ojos
de Helian.

Donde en sombríos cuartos antaño los amantes durmieron
juega el ciego con argénteas serpientes,
con la melancolía otoñal de la luna.

Gris se agostan en parda vestidura los miembros
Un arco pétreo
que en el espejo de aguas putrefactas se extasía.
Ósea máscara que antes fue canto.
Qué silenciosas las moradas.

Un rostro apestado que se hunde entre las sombras,
un espino que busca el rojo manto del penitente;
suave sigue el dedo mágico del ciego
sus extinguidas estrellas.

Una blanca criatura es el hombre solitario
que atónito brazos y piernas mueve,
cuencas purpúreas donde fenecidos ojos ruedan.

Por derruidas gradas abajo donde los malvados están
un sonido de otoñales címbalos se apaga
Se abre de nuevo un blanco [?] abismo.

Por negras frentes renquea la muerta ciudad
El turbio río sobre el que gaviotas aletean
Canalones se cruzan en pretéritos muros
Una torre roja y chovas. Sobre ellas
un nublado invernal que se eleva.

Aquéllos cantan el ocaso de la tenebrosa ciudad;
triste infancia que en la siesta juega en el avellanar,
de tarde bajo pardos castaños azul música escucha,
la fuente llena de dorados peces.

Sobre el rostro durmiente se inclina el anciano padre
barbado rostro de la bondad, que lejos ha ido
en lo oscuro.

Oh alegría de nuevo, un niño blanco
deslizándose junto a ventanas apagadas.
Donde antes un árbol había, un animal azul en el soto
se abren para morir los tiernos ojos
de Helian.

Donde en los muros las sombras de los mayores están
antes había un árbol solitario, un venado azul en el soto
Baja el hombre blanco por áureas gradas,
Helian a la suspirante oscuridad.

[SOMBRIO SANGRA UN PARDO VENADO...]

Sombrío sangra un pardo venado en el soto;
solitario el ciego que por derruidos escalones desciende.
En el cuarto las oscuras flautas del delirio.

De nieve y lepra se llena el alma enferma,
cuando en la tarde su imagen en el estanque rosa contempla.
Ruinosos párpados se abren llorando en el avellanar.
Oh el ciego,
que silencioso por derruidos escalones desciende en lo oscuro.
En lo oscuro se hunden los ojos de Helian.

[VERANO]

Verano. Entre girasoles amarillos crujía una pútrida osamenta,
descendió a los jóvenes monjes la tarde del jardín destrozado
olor y melancolía del viejo saúco,
cuando de las sombras de Sebastián surgió la hermana difunta,
purpúrea del durmiente la boca se quebró.
Y la voz argéntea del ángel.

Niños que juegan en la colina. Oh qué suave el tiempo,
de septiembre y aquél, cuando él en negra barca
en el estanque de septiembre pasó de largo por las secas cañas.
En vuelo y grito de aves salvajes.

Lejos fue en sombras y silencio del otoño
una cabeza,
bajó la sombra del durmiente por derruidas gradas.

Lejos estaba sentada la madre en la sombra del otoño
una blanca cabeza. Por derruidas gradas
bajó al jardín el oscuro durmiente.
Queja del tordo.

Oh la sedeña ciudad; estrella y rosado despertar.

Lejos fue en la sepia sombra del otoño
el blanco durmiente.
Sobre derruidas gradas lucía una luna su corazón,
le sonaban suave azules flores,
suave una estrella.

O cuando él dulce novicio
por la tarde en la crepuscular iglesia de Santa Úrsula entraba,
una argéntea flor su rostro ocultaba en rizos
y en escalofríos le envolvía el manto azul del padre
la oscura frescura de la madre.

O cuando él dulce novicio
por la tarde en la crepuscular iglesia de Santa Úrsula entraba,
una argéntea voz el rostro ocultaba en sedeños rizos,

y en escalofríos le....la

FRAGMENTOS

Fragmento 1

INFANCIA

Algo bajo los árboles del otoño camina
junto al río verde, se deslizan gaviotas —
caen hojas; sencillez de horas innotas.
Es la calma de Dios. Orla de sombras vespertinas
un pájaro negro en árboles de otoño trina.

Un juntar las manos concorde y cansado
sus signos de aves en la tarde persiguen
los ojos, que después al sueño siguen —
recuerdo del joven dulce y delicado.

Un pájaro negro canta en árboles de otoño
A la paz de estos días dulce y fuerte
quiere el alma también silente disponerse.

Fragmento 2

Una cruz se alza en Elis
Tu cuerpo en crepusculares senderos

Fragmento 3

NACIMIENTO

Paseo con el padre, paseo con la madre

Fragmento 4

EN PRIMAVERA

Ha llegado la tarde al viejo jardín

Fragmento 5

PASEO SONAMBULO, MUERTE Y ALMA

Cuando caí en la negra colina del sueño, cansado de la espesura y de la desesperación de los sombríos días de invierno, vino a mí un sueño en ardiente ala [?]:

Fragmento 6

Cuando el día declinó fue K

Fragmento 7

Vuelve el que no tiene hogar
de nuevo a musgosos bosques

Fragmento 8

Por la tarde se despertó Münch en la linde del bosque. Una nube áurea se extinguió sobre él y el oscuro silencio del otoño lo llenó de angustia. La soledad de las colinas en redor.

Fragmento 9

En primavera; un tierno cadáver
radiando en su tumba
bajo la silvestre
floresta de saúcos de la infancia.

Fragmento 10

Hayas nocturnas; vive en el corazón
del oscuro paisaje un gusano rojo.

Fragmento 11

¡Noche de nieve!
Oscuros durmientes
bajo el puente
de quebradas estrellas
os cae cristalino sudor.

Fragmento 12

Que yo, amargo mundo, de amarguras
en derredor cercado estoy, es [...]
Bajo [?]...
Que yo, el más pobre de los diablos, [...]
Toda amargura, un [?] Creso soy,
que, oh mundo, también [?] esto [...]

DRAMAS

BARBAZUL

UNA PIEZA PARA MARIONETAS

Fragmento

ANUNCIO

Te quejas tú, justo, de esta escena confusa,
entre carcajadas y delirio difusa.
¡Créeme, cuando nos hayamos de nuevo encontrado
caminos más decentes mi héroe habrá andado!
¡Amén!

PERSONAJES

Barbazul / El Anciano / [Herbert] / [Isabel]

Escena 1, primera versión

Habitación en el castillo. De noche. Últimos acordes de un órgano.

EL ANCIANO (en la ventana):
¡Dios le sea grato! La misa ya era.
Ahora salen de la iglesia fuera.
Dios la proteja.
HERBERT (arrodillándose):
¡Que Dios la proteja — a la pálida novia!
(Con miedo:) Me pareció oír una voz que suspira

que surge de la noche. ¡Dios de misericordia,
salva a los pecadores de su infernal miseria!
¡No soporto esto!

EL ANCIANO:
En las cimas sopla de primavera el viento.
Cállate, muchacho, ya llegan.

HERBERT (como en éxtasis):
Todas
las que tras esta noche el día no vieran
ahora allí abajo despiertas como antes
suspiran en la noche de bodas de sangre.
¡Quítame oído y ojos! ¡Estoy maldito!
La noche es toda locura — y delirio.
¡Socorro! ¿No oyes los gritos, anciano?

EL ANCIANO (en voz baja):
¡No!

HERBERT:
¡Deja que me vaya! ¡Hasta la aldea!
Quiero arrodillarme en la plaza abierta
y quiero proclamar — lo que ha sucedido
y hoy sucede — que lejos y aquí mismo
campanas de rebato suenen en la noche
antes de que se cumpla lo que no tiene nombre.

EL ANCIANO:
Yo no te detengo. Si hacer eso
se te impone, entonces sea hecho.
¡Pena siento por ti!

HERBERT:
Padre, reza por mí.
Que yo a mi señor [?] traicioné.
¡Ya no nos veremos! Oigo que ya viene.
¡Vamos, vamos! ¡Adiós!

EL ANCIANO:
¡Adiós!

(Herbert sale)

Escena 1, segunda versión

[Habitación en el castillo. De noche. Últimos acordes de un órgano.]
[Ver la primera versión hasta: EL ANCIANO (en voz baja): ¡No!]

HERBERT:
La vi salir como luz que se apaga
por mi sueño y no me lo explicaba
sentía su cercanía como en calentura —
y tuve que gritar y darme a la fuga.
Un sueño maldito me ha enfermado
y toda la noche la paso llorando,
olvidé — por qué.
[EL] ANCIANO:
Tu infancia se fue —
[HERBERT:]
Déjame, anciano, deja que me vaya ya.
Buitres carroñosos vuelan sobre el lugar,
sobre el umbral van derramando sangre,
donde la novia tiene que arrodillarse
Mira, anciano, ves la sangre.
EL ANCIANO:
El fuego de las antorchas llameantes.
HERBERT:
Las sombras saludan a la novia pálida
qué puedo hacer — esto me espanta
Vuélvete, Muchacha. ¡Ante las puertas a un paso estás!
¡Vosotras, amadas mujeres, avanzad ¡
¡La muerte ante el umbral! ¡Reza por mí!
¡La muerte ante el umbral! ¡Deja que muera por ti!
¡María, Virgen Santa, oh ruega por mí!
(Se precipita por la ventana)
EL ANCIANO (cae de rodillas):
¿Dejas para esto que sea primavera,
Dios mío, en esta oscura tierra?

Escena 1, tercera versión, fragmento

EL CRIADO:
¡Dios le sea propicio!
¡Cómo va ella — como una luz que fenece
como un lejano sueño — oh no la sientes!
Y si la miro, siento que la fiebre me quema
y me gustaría inclinarme ante ella
¡Qué a mi corazón hace arder así
y presta a la noche voces mil!

EL ANCIANO:
Tú, pobre muchacho, no debes mirarla
EL JOVEN:
Dios la ampare a la novia pálida

Escena 2

Barbazul e Isabel.

ISABEL:
¡Mi señor! Cuando por la casa hemos pasado
las antorchas todas se han apagado
BARBAZUL:
Paloma mía, ¿ves un sentido en ello?
ISABEL:
No sé, señor, arden mis dedos.
¡Me parece que sin cesar lloraran!
BARBAZUL:
Vete, anciano, vete y descansa
EL ANCIANO (se inclina ante él):
¡Dios os sea propicio!
BARBAZUL:
¿Por qué esos gemidos?
EL ANCIANO:
Mi sangre circula hace ya un siglo.
¡Nunca en este mundo he visto, mi señor,
como vos uno tan atormentado por Dios!
Daría con gusto este resto de vida por vos —
y sólo puedo llorar y arrodillarme ante vos.
BARBAZUL:
¡Tú dices locuras! Vete, viejo niño.
EL ANCIANO (besa sus manos):
Apiádate de estas manos tan pálidas,
oh Jesús, de estas manos tan pálidas
Buenas noches (sale).
BARBAZUL (en la ventana):
La luna
como una ramera borracha mira fijo —
ISABEL:
Tengo frío.

BARBAZUL (se retira):
¡Vamos, temblorosa niña, bebe este vino!
¡Que te brillen los ojos! ¡Cómo son limpios!
¡Ay, qué loca eres! Brindo por ti.
¿Lo olvidé? ¿Qué edad tienes?, di.

ISABEL:
Esta noche, señor, quince años.
¿Qué os pasa, señor?

BARBAZUL:
¿Me he reído acaso?
¡Vamos, bebe! ¡Tierna novia!
Mira cómo la luna te mira celosa.

ISABEL:
No os entiendo, vuestra persona miedo me da.

BARBAZUL:
¡En verdad tus mejillas pálidas están!
Te cantaré una copla, que te hará reír.

ISABEL
¿La cantáis?

BARBAZUL:
Caramba, yo sé una copla para ti,
que a menudo en tal noche he oído.
(Canta): Quién dice que su luz estaba apagada
cuando desaté su cabello en la fiesta.
Por qué os quejáis de ello, campanas.
Mejor, regocijaos de veras.

Quién dice que su muda boca se corrompe
cuando estaba con ella en la noche.
Oh, calla, calla, tú infinita
triste suave melodía.

¡Quién dice que hay una tumba abierta
y que algo malo en mi mirada ha visto!
¡Si mi corazón esto supiera!
¡Apiádate, oh Jesucristo!

ISABEL solloza

BARBAZUL:
¡Qué bien te sientan las lágrimas!
¡Bebe vino!

ISABEL:
Lo he tirado — como sangre brilla.

BARBAZUL:
¡Dijiste sangre! ¡De la luna brasa turbia
nada más! ¿Oyes cómo susurra el árbol de mayo?
ISABEL:
Me parece que alguien en lo oscuro oye temblando
[...]
Soñé ayer bajo el tilo
en casa del padre un sueño maldito.
(Soñadora): ¡Heinrich, niño mío! !Ayúdame!
BARBAZUL (en voz baja):
¡Ramera!
Es un mono o es un toro –
un lobo o qué feroz otro.
Ah, en la noche alegre arrullo
hasta que dos son sólo uno..
Y tres son en tanto.
¡Así los gorriones oí piar en mayo!
ISABEL (como hechizada):
¡Ven, querido! Fuego mi pelo recorre,
ya no sé, ya no sé lo que pasó ayer.
La sangre sofoca y la garganta me ahoga,
ninguna noche tengo paz ahora.
Desnuda deseo pasear bajo el sol,
que me vean todos los ojos,
y suplicar para mí un gran dolor
y dolores causarte, en ira salvaje.
¡Ven, niño mío! Bebe lo que en mí arde.
¿No estás sediento de mi sangre,
de mis cabellos en ardiente oleaje?
¿No oyes cómo cantan en el bosque los pájaros?
Ven y todo lo que soy, tómalo.
¡Tú, el más fuerte –mi vida–, tómalo!
Por qué te has alejado –
BARBAZUL:
La última estrella se ha apagado – –
ISABEL (como hechizada):
¿No cuelga en tu cuello una llavecita?
¿Es acaso de oro? Brilla.
¿Qué me abrirá?
BARBAZUL:
Abre la puerta del lecho nupcial.
Su secreto es putrefacción y muerte,

de profunda miseria de la carne florece.
(Suena la medianoche. Se apagan las luces.)
Oh novia en celo, en la medianoche
la flor de la muerte azulándose coge —
Séate confiado este dulce secreto.
Por la mísera carne Dios murió una vez,
celebre el diablo la muerte con placer.
(Cierra una puerta)
Oyes a Asrael aletear —
Como oíste los pájaros en el soto gritar.
Placer fustigan odio, putrefacción y muerte
brotan de la sangre, rojos y estridentes.
¡Ven temblorosa novia! (Se arroja sobre ella.)

ISABEL:
¡Ay, ay! ¡Cómo esto me estremece y agobia!
¡Tú no! ¡Tú no! ¡Oh, sálvame!,
¡amado!

BARBAZUL:
¡Como tu niño — tan casto, oh yo te amo!
Pero poseerte toda, mi criatura, debo.
¡He de, Dios lo quiere, sajarte el cuello,
mi paloma, y beber tu sangre tan roja
y tu muerte palpitante y espumosa!
Y de tus entrañas succionar
tu pureza y tu virginidad.

ISABEL:
¡Piedad! ¿Por qué del cabello me arrastras?

BARBAZUL:
De mi altar florida rosa casta —

ISABEL:
¡Dios, protégeme! ¡Tú, animal rabioso!

BARBAZUL:
Es un mono o es un toro
un lobo o qué feroz otro.
¡Ah, en la noche alegre arrullo —
hasta que dos sólo son uno
y la muerte es una!

ISABEL:
¿Nadie se compadece de la horrible fortuna
en que estoy yo?

BARBAZUL (grita):
¡Dios!

(La arrastra hacia el fondo. Se oye un grito estridente. Después un profundo silencio. Pasado algún tiempo aparece Barbazul, chorreando sangre, y ebrio, fuera de sí y se desploma, como segado, ante un crucifijo)

BARBAZUL (moribundo):
¡Dios!

Escena fragmentaria

BARBAZUL:
Es un huésped jocoso de nuevo amable huésped.
¡Qué te hace tan ardiente — casi tienes fiebre!
(Acaricia los dedos de ella.)
Respiras esta noche de luna llena —
que sapos y lirios encela.
¡Ay, cómo espumea de cálices vibrantes
y cuerpos sobre cuerpos se empinan ulcerantes
y airados se abrazan llenos de furia
y se lucha y lucha!
Tan ardiente y grave...

LA MUERTE DE DON JUAN

[TRAGEDIA EN TRES ACTOS]

Fragmento

PROLOGO

[...] altos sueños festivos [...]
[...]
[...] dionisíaco rostro,
en el que los placeres de un mundo de dioses,
que una vez se hundió, parecían resucitados.
Un nieto de aquellos que los dioses amaban
y que la vida bendice y libera.
¡Ay!
Desde ti me miró pétreamente la máscara
vacía y el dolor [...] de la vida terrenal,
detrás muerte y ardiente delirio acechando.
[...]
[...el] de ardientes tormentos [Destino...]
[...]
Por lúgubre hecho, en la disonancia de tu ser —
alguien que nació extraño y destinado al tormento
un vencedor vencido, perdido en sí mismo,
en heladas cumbres, al hombre ajenas,
un cazador, que las flechas envía hacia Dios.

LA MUERTE DE DON JUAN
[UNA TRAGEDIA EN TRES ACTOS]

TERCER ACTO DE LA TRAGEDIA
Primera versión

Escena: Una sala en el castillo de Don Juan.

CATALINON (murmurando solo):
¡Qué araña allí en la puerta! ¡Que siga!
Yo no me levanto — Parece paciente como
un animal, que al silencio mismo una respuesta
quisiera arrancar — araña y araña. ¡Eh tú,
cuidado! Aquí es el infierno — ¿dije infierno?
Tal vez también la entrada del cielo. ¡Quién sabe!
A lo inasible trata de atrapar la perezosa palabra
inútilmente, que sólo en oscuro silencio
al último límite de nuestro espíritu toca.
¡No tan fuerte, ya voy, ya abro!
(Va a la puerta y descorre el cerrojo.)
¡Entra, incansable! Si eres
un hombre deja tu palabra fuera,
no vayas a usarla con impertinencia.
FIORELLO (le tiembla todo el cuerpo, entra.)
CATALINON:
¡Me lo figuré en seguida!

FIORELLO:

¡Gracias que estás aquí!
Vacía está la casa, la servidumbre ha huido
gritando en la noche la atrocidad
que aquí en esta hora se prepara.

CATALINON:

¡Calla, viejo!

FIORELLO:

¡Oh desafuero sin nombre!

CATALINON:

Date prisa en terminar, ya sé por dónde vienes. Cállate,
como te he dicho.

FIORELLO:

Ya me callo, hombre terrible.

CATALINON:

Si te place, también puedes irte.
Sería mejor para ti — —

FIORELLO:

¿Yo, dejar a mi señor?
Yo me quedo aquí aunque me muera de miedo,
en espera de lo que va a venir.
(Se sienta)

CATALINON (musitando):

En tus ojos apagados
planto una luz de llamas vivas
de las tinieblas de la muerte te arranco
ni Dios ni el demonio lo evitan.

FIORELLO:

¡El espantoso!

CATALINON (escucha):

¡Se acerca — ya llega!

[(]Don Juan aparece en la puerta de la derecha, por la que se ve el cadáver de Doña Ana que yace sobre un lecho en una habitación débilmente iluminada.[)]

DON JUAN:

¡Fuera, rostro horroroso!
Por qué me espantas de mi lecho
cuando esta hora de profundo estremecimiento de placer
aún me conmueve en la sangre y me llena
de rostros sobrehumanos. ¡Fuera, fuera!
Mueca, que un espanto lascivo parió,

me das náuseas, cuando te veo — no lo deseo
pero no puedo evitarlo. ¡Así te agarro maldita
figura, excrecencia de mi ardiente sentido,
te ahogo con estas manos, te quemo
con el ardor de mi aliento, a ti, rostro de animal!
¡Ah! Aún te me pones delante y me miras
desde las cuencas de tus ojos rígidos de muerte, donde
llora la tiniebla, que nunca alumbró ningún rayo de luz.
Y llenas el espacio de un silencio,
que pálido, sepulcral se desliza en los pulsos furiosos
de mi corazón y como una serpiente se enrosca
en el ebrio embeleso de mi sentido,
tal que lejos, cada vez más lejos de mí,
las multiples voces de la vida se extinguen, rompiéndose
en un hastioso vacío. Se estrecha el espacio
y engulle la forma segura de las cosas cercanas.
¡En mí se eleva y ya amenaza abrazarme! ¡Fuera, ser de vacío!
Todavía resuena en mi sangre este mundo,
la tierra me retiene y yo me río de ti.
(Vacila cerca de la ventana, y la abre de golpe)
Abro a la vida las puertas de par en par,
y resonante irrumpe para rodearme,
con sus alas me cubre — y yo...
¡soy suyo!
Y aspiro el mundo, soy de nuevo mundo
soy armonía, reflejo de ardientes colores — soy
infinito movimiento — soy.

LA MUERTE DE DON JUAN

[UNA TRAGEDIA EN TRES ACTOS]

TERCER ACTO DE LA TRAGEDIA

Segunda versión

DON JUAN:

¡Fuera, rostro horroroso!
Por qué me espantas de mi lecho
cuando esta hora de profundo estremecimiento de placer
aún me conmueve en la sangre, y me llena
de rostros sobrehumanos! ¡Fuera — fuera!
¡Mueca, que un espanto lascivo parió!
Me horripilo cuando te veo — no lo deseo
pero no puedo evitarlo. (Agarrando con las manos en el vacío):
Así te agarro, maldita figura, excrecencia de mis ardientes sentidos,
te ahogaré con estas manos, te quemaré
con el ardor de mi aliento — a ti, rostro de animal.
¡Ah! Aún te me pones delante y me miras
desde las cuencas de tus ojos rígidos de muerte, donde
llora la tiniebla, que nunca alumbró ningún rayo de luz.
Y llenas el espacio de un silencio
que pálido, sepulcral, se desliza en los pulsos furiosos
de mi sangre y como una serpiente se enrosca
en el ebrio embeleso de mi corazón,
tal que lejos, cada vez más lejos de mí, las múltiples
voces de la vida se extinguen, rompiéndose

en el hastioso vacío. Se estrecha el espacio
y engulle la forma segura de las cosas cercanas.
En mí se eleva y ya amenaza con abrazarme. ¡Fuera, ser de vacío!
¡Todavía resuena en mi sangre este mundo,
la tierra me retiene y yo me río de ti!
(Vacila junto a la ventana y la abre de golpe.)
Abro a la vida las puertas de par en par
y aspiro el mundo, soy otra vez mundo,
soy armonía, reflejo de ardientes colores — soy
infinito movimiento — ¡Soy!
(Se desploma dando un fuerte grito sobre las gradas.)

II ESCENA

Salen el administrador Fiorello y Catalinón.

FRAGMENTO DE UN DRAMA
Primera versión

1

Cabaña en la linde de un bosque. En el fondo un castillo. Es de tarde.

EL APARCERO: Terminamos nuestra jornada. El sol se ha puesto. Vámonos a casa.

PEDRO: En el molino han encontrado hoy el cadáver de un niño. Los huérfanos del pueblo cantan su negra putrefacción. Los peces rojos han comido sus ojos y un animal ha devorado su cuerpo argénteo; el agua azul ha tejido una corona de ortigas y espinas silvestres en sus oscuros rizos.

EL APARCERO: Rojo ayer, cuando un lobo destrozó a mi primogénito. Maldición, maldición de años tenebrosos. Qué me recuerdas: suave suenan las campanas, lentamente se comba el puentecillo negro sobre el arroyo y las rojas cacerías resuenan en los bosques. Oscuro canta el delirio en la aldea; mañana levantaremos tal vez la mortaja de un muerto querido. Vámonos. Oh los sonoros rebaños en la linde del bosque, el susurrar de la mies –

PEDRO: Vuestra hija –

EL APARCERO: ¡Hablas de tu hermana! Su cara la vi esta noche en el estanque de estrellas, envuelta en velos sangrientos. La extraña al padre –

PEDRO: La hermana cantando en el espino y la sangre corrió de sus dedos argénteos, sudor de sus sienes de cera. ¿Quién bebió su sangre?

EL APARCERO: Dios, tú has afligido mi casa. En la habitación oscura estoy con la cabeza inclinada, ante la llama de mi hogar; dentro hollín y cazuela y en la sombra sé un óseo huesped; incandescente ceguera. ¿Dónde estás, Pedro?

PEDRO: Verdes serpientes susurran en el avellanar — Paso en llama angelical.

EL APARCERO: Oh los caminos llenos de espinas y piedras. Quién os llama; para que abandonéis en sueño la casa y la blanca cabeza antes que cante el gallo al amanecer.

PEDRO: Oh el portal del convento, que lento se cierra. Tormentas vienen sobre el castillo. Muecas infernales y las espadas flameantes de los ángeles. ¡Afuera! ¡Afuera! Adiós.

EL APARCERO: Oh la cosecha qu[e...]. Ya susurra la hierba silvestre en los escalones de la casa, se anida en los muros el escorpión. Oh hijos míos.

María, ¿me hablas?, pequeño fuego fatuo, perdida criatura, mi fallecida esposa, una fuente azul, y los viejos árboles caen sobre nosotros. ¿Quién habla? Juana, hija, voz blanca en el viento nocturno, de qué tristes peregrinajes vuelves a casa. Oh, sangre de mi sangre, camino y soñadora en noche lunar — ¿Quién eres tú? Pedro, el más oscuro hijo, como un mendigo estás sentado en la linde de la pétrea besana, hambriento, si colmases el silencio de tu padre. Oh la gravedad estival de las mieses; sudor y culpa y finalmente se inclina en la habitación vacía también la cansada cabeza. ¡Oh el susurro del tilo de la infancia, inútil esperanza de la vida, el pan petrificado! Ven ahora, noche de calma.
(Él oculta la cabeza entre las manos.)

2

Maleza espinosa, rocas, una fuente. Es de noche.

JUANA[:] Hiere, espina negra. Ah todavía resuenan de salvajes tormentas los brazos argénteos. Corre sangre de los raudos pies. ¡Cuán blancos se han vuelto en los caminos nocturnos! Oh el gritar de las ratas en el corral, el olor de los narcisos. Rosada primavera anida en las dolorosas cejas. A qué jugáis, putrefactos sueños de la infancia, en mis ojos quebrados. ¡Adelante! ¡Adelante! ¿No me corre acaso escarlata de la boca? Blancas danzas en la luna. Un animal entró en la casa de jadeante garganta. ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Oh qué dulce es la vida! En el árbol desnudo habita la madre, me mira con tristes ojos. La blanca cabellera del padre se sumió en el saúco —

Cariño, es mi ardiente cabello. No lo toques, hermana, con tus fríos dedos.

LA APARICION: Suave alzarse de incandescente flor —

JUANA: Ay, la herida abierta en tu corazón, querida hermana[.]

LA APARICION[:] Ardiente placer; tormento sin fin. Llena los negruzcos dolores de mi seno.

JUANA: En tu sombra qué rostro aparece; aunado de metal y de ángel de fuego en la mirada; quebrada espada en el corazón.

[LA] APARICION: ¡Ay! ¡Mi asesino! (La aparición se esfuma.)

JUANA: Ardiente deshonra que me mata: ¡Elai! ¡Nevado fuego en la luna! (Cae desmayada en el espino, que se cierra sobre ella[.)]

EL CAMINANTE: ¿Quién grita en la noche y me turba el dulce olvido en la negra nube? Camino y colina, donde descanso en ardientes lágrimas — Dios, deja que sólo sea sueño, el paso en el bosque musgoso, la cabaña que abandoné en el arrebol de la tarde, la mujer y el hijo. Lejos de estas sombras terribles.

EL ASESINO: Plomizo escalón a la nada. Quién me arrancó del sueño; me dijo que fuera por yermos caminos. Quién me ha quitado el rostro, y ha vuelto cal el corazón. ¡Maldito sea tu nombre! Quién me ha quitado la lámpara de mis manos. ¡Salvaje olvido! Quién aprieta el cuchillo en mi roja derecha. ¡Riente oro! ¡Maldito, Maldito! (Mira fijamente al [?] aire [?])

EL CAMINANTE: Qué oscuro se ha vuelto en mi redor; la voz interior anuncia desgracia, madre santa, seca el sudor de mi frente, la sangre; triste silbo del mirlo, sol de la baja tarde en el bosque — ¿dónde soñé esto?

EL ASESINO (arrojándose sobre él): ¡Perro, muerto eres! (Lo apuñala.)

EL CAMINANTE (muriendo)[:] Fuera, la mano negra de mi garganta — fuera, nocturna herida, de mis ojos — purpúrea pesadilla de la infancia. (Se desploma.)

EL ASESINO: ¡Riente oro, sangre — oh maldito! (Registra el morral del muerto.)

FRAGMENTO DE DRAMA
Segunda versión

PRIMER ACTO

En la cabaña del aparcero. Es de noche. El aparcero, Pedro, su hijo. Llaman.

PEDRO: ¿Quién es?

UNA VOZ FUERA: !Abre! (Pedro abre. Kermor entra.)

KERMOR: A mi caballo negro le rompí la nuca en el bosque, cuando el delirio brotó de sus purpúreos ojos. La sombra de los olmos cayó sobre mí, la risa azul del agua. ¡Noche y luna! ¡Dónde estoy! ¡Si caigo en dulce sueño, me sobrevuela una argéntea cabellera de brujas! Ajena cercanía anochece en mi redor. (Se desvanece junto al hogar.)

PEDRO: Sus sienes sangran. ¡Su rostro está negro de soberbia y duelo, Padre!

EL APARCERO: Terminamos nuestro jornada, el sol se ha puesto. Calma en nuestra vida.

PEDRO: En el molino han encontrado hoy el cadáver de un monje. Los huérfanos de la aldea cantan su negra putrefacción. Peces rojos han comido sus ojos y un animal ha devorado su argénteo cuerpo; el agua azul ha trenzado una corona de ortigas y espinas silvestres en su oscuro cabello.

EL APARCERO: Rojo ayer, verdeante mañana. Mi mujer ha muerto, el primogénito pereció, pierde la vista el rostro del anciano[.] Maldición de tenebrosos años. ¿Qué extraño vino a nuestra casa?

KERMOR (en sueño): Resonad, rojas cacerías. Negro puentecillo, lentamente combado sobre el arroyo. Bosques y campanas. Suave levanta la mano argéntea la mortaja de la tenebrosa durmiente, espinas ofrece el metálico corazón. Rostro lunar —

EL APARCERO: ¡Se apagó la llama del hogar! ¡Quién me abandona!

PEDRO: Oh, la hermana cantando en el espino y la sangre corre de sus argénteos dedos, sudor de su frente de cera. ¿Quién bebe su sangre?

KERMOR (dormido): Oh, caminos en la piedra. Rostro de estrellas envuelto en helado velo. Cantora extranjera — — La tiniebla fluye en mi corazón.

EL APARCERO: Terrible Dios, que ha vuelto a mi casa. Recogido está el grano, prensada la uva. ¡Oh las lúgubres habitaciones!

PEDRO: ¡Sudor y culpa! Padre, oye las puertas del convento, que se abren lentamente! ¡Estrellas que caen! Tormentas vienen sobre el castillo, muecas infernales y llameantes espadas de los ángeles — —

KERMOR (dormido): Muchacha, tu ardiente seno en el estanque de estrellas — —

PEDRO: ¡Oh las rosas, retumbando en truenos! ¡Afuera! ¡Afuera! Adiós. (Se va precipitadamente.)

KERMOR (dormido)[:] ¡Aparta — negro gusano, que purpúreo horadas el corazón! Luna ruinosa, que siguiendo por pútrido pedregal — —

EL APARCERO: Pedro, el hijo más sombrío, como un mendigo estás sentado en la linde de la más pedregosa besana, hambriento, si rompieras el silencio de tu padre. Oh la gravedad otoñal del trigo, hoz y duro paso y finalmente se inclina en desnuda habitación la blanca cabeza. (En este momento entra Juana del dormitorio.) Juana, pequeño fuego fatuo, nos hablas, silenciosa niña, mi fallecida esposa con la voz azul de la fuente y los altos árboles, que un muerto ha plantado, caen sobre nosotros. Quién habla, Juana, hija, blanca voz en el viento nocturno, preparada para el purpúreo peregrinaje; oh, tú, sangre de mi sangre, sendero y soñadora en la noche lunar. ¿Quiénes somos? ¡Oh inútil esperanza de la vida; oh el pan petrificado! (Su cabeza se abate.)

JUANA (sonámbula): Oh la hierba silvestre en los escalones, que devora los pies helados, imagen en duro cristal, déjate punzar con argénteas agujas — oh, dulce sangre.

KERMOR (despertando): ¡Despertar de parda amapola! ¡Suave enmudecen las dulces voces de los ángeles! ¡Aúlla la tempestad del otoño! Cae sobre mí, negra sierra, nubes de acero; culpable sendero, que aquí me ha traído.

JUANA: Riente voz en el viento nocturno — —

KERMOR (la ve): Espinosos escalones en la putrefacción y la oscuridad; ¡purpúrea llama del infierno, llamea! (Se levanta y huye a lo oscuro.)

JUANA (puesta en pie): Mi sangre sobre ti — pues irrumpiste en mi sueño.

AFORISMOS

Aforismo 1

Sólo a aquel que desprecia la felicidad llega el conocimiento.

Aforismo 2

Sentimiento en los momentos de un estado semejante a la muerte: todos los hombres son dignos de amor. Al despertar sientes la amargura del mundo; en ella está toda tu culpa irredenta; tu poesía una expiación imperfecta.

VI

CARTAS

1. A KARL VON KALMAR [VIENA]

Salzburgo, agosto/primera mitad de septiembre de 1905 (?)

Querido amigo Kalmár:

Mucho te agradezco tu última carta. Las vacaciones han comenzado para mí de la peor manera posible. Hace ocho días que estoy enfermo, con el ánimo desesperado. Al principio he trabajado mucho, demasiado. Para superar el posterior cansancio de los nervios me refugié de nuevo, desgraciadamente, en el cloroformo. El efecto fue terrible. Hace ya ocho días que sufro las consecuencias: mis nervios están a punto de desgarrarse. Pero resisto la tentación de volverme a calmar con tales medios, pues veo muy cerca la catástrofe.

En lo que respecta a tu amable invitación a Viena, no es la cosa tan sencilla. No más comenzadas las vacaciones he hecho una excursión de 5 días por Gastein y alrededores. Allí todo ha sido caro a rabiar; era también mitad de temporada. En Viena los hoteles no serán tampoco baratos, y la cuestión de la manutención por largo tiempo será para mí una... Pues no quiero causarle a mi padre tales gastos. No se qué hacer, puesto que no estoy familiarizado con el ambiente de la gran ciudad, a pesar de lo que me gustaría aceptar tu invitación.

Mis respetos a tus estimados padres. Te saluda cordialmente tu amigo

Jörg Trakl

2. A KARL RITTER VON GÖRNER [LINZ]

Salzburgo, 24 de mayo 1906

Muy distinguido señor redactor:

El señor Streicher tuvo la bondad de enviarle hace algún tiempo un pequeño trabajo mío. Al no haber tenido noticia de cómo fue el fallo de su apreciado juicio, tal vez no debería atreverme, muy distinguido Señor, a enviarle de nuevo un trabajo. Espero sin embargo que merezca su benévola aprobación, y por eso le ruego que acepte incluir este trabajo en su estimada publicación.

Con todos mis respetos

su seguro servidor Georg Trakl

3. A KARL VON KALMAR [¿VIENA?]

Salzburgo, 30 de septiembre de 1906

Querido Kalmár:

Tu amable carta, que acabo de recibir, me ha dado, bien lo sabe Dios, una enorme alegría. Te la agradezco con toda el alma, no tanto porque me trae tus felicitaciones con motivo de aquella representación, sino simplemente porque viene de ti.

Espero que tus asuntos vayan todo lo bien que desees y que vayas por el camino del futuro con paso de hierro. De verdad, esto me parece muy deseable: que cada uno vea con claros ojos el camino del porvenir, pues sólo así se goza totalmente de lo presente.

Me gustaría mucho y al mismo tiempo me interesaría vivamente que una vez me escribieras sobre ti mismo. ¿Por dónde has estado en estos dos últimos años? Cuando cada uno va siempre así por su camino sin poderse seguir mutuamente con los sentidos, cualquier relación parece lejana y extraña. ¿No debe uno realmente, cada vez que sea posible, alargar la mano y decir: Aquí estoy?

¡Esto es sin duda sólo una expresión! ¿Pero no puede ser tanto como un enriquecimiento ininterrumpido? ¡Yo creo que sí!

Tú sabes, querido amigo, que me expreso mejor por escrito. Nunca he tenido don de palabra. Y por eso me parece que hago bien en enviarte un pequeño trabajo de los últimos días. Tal vez puedas leer en él lo que no me es tan fácil decir. ¡Este año he trabajado muy, muy

poco! Sólo he terminado pequeñas historias. ¡El camino me parece cada vez más difícil! ¡Mejor así!

Próximamente pienso dar un paso importante para mi futuro.

En caso de que esto se resuelva en el sentido que deseo, te informaré mejor sobre el asunto. Te ruego que saludes cordialmente de mi parte a la señorita E. Jägermayer. También envío muchos saludos para Vonwillern.

Tal vez vaya a Viena por unos días. Hace tiempo que lo deseo.

¡Esperemos que hasta pronto!

Tu leal amigo

Georg Trakl

4. A HERMINE VON RAUTERBERG

[Viena, 5 de octubre de 1908]

Querida Minna:

Desearía que me disculparas buenamente que haya postergado escribirte hasta hoy. En la alterada situación en que me encuentro puede suceder fácilmente que descuides por algún tiempo las pocas personas y cosas que a uno le son especialmente cercanas y queridas, para después pensar aún más vivamente en ellas, cuando de nuevo se vuelve a sí mismo.

Harto me ha interesado considerar lo que me sucedió estos días, pues no me pareció ordinario y a pesar de todo no tan extraordinario, si tomo en consideración toda mi predisposición. Cuando llegué aquí fue como si por primera vez viera la vida tan clara como es, sin interpretaciones personales, desnuda, sin presuposiciones, como si percibiera todas aquellas voces que tiene la realidad, crueles, penosas. Por un momento sentí algo de la presión que pesa normalmente sobre los hombres y el impulso del destino.

Creo que tiene que ser horrible vivir siempre así, sintiendo plenamente todos los instintos animales que arrastran la vida a través de los tiempos. He sentido, olido y tocado en mí las más espantosas posibilidades y he oído aullar en la sangre los demonios, los miles de diablos con sus aguijones, que hacen delirar la carne. ¡Qué espantosa pesadilla!

¡Ya pasó! Hoy esa visión de la realidad ha vuelto a hundirse en la nada, las cosas me quedan lejanas, más aún sus voces, y escucho de nuevo con un oído alegre las melodías que hay en mí y mi vista alada sueña de nuevo con sus imágenes, que son más bellas que toda reali-

dad. ¡Estoy con mí mismo, soy mi mundo! Mi mundo pleno y bello, lleno de infinita armonía.

Y así vuelves también a serme tú cercana y vienes a mí, así que te saludo muy de veras y desde el más lo más hondo del corazón y te digo que verte feliz es mi mayor deseo.

Todo tuyo Georg

5. A MARIA GEIPEL [SALZBURGO]

Viena, finales de octubre de 1908

Querida hermanita:

Que mi carta encontrara tan pronto una respuesta, ha sido para mí una doble alegría. Cada línea, cada hoja que viene de Salzburgo es en mi corazón un valioso recuerdo de una ciudad que amo sobre todas las cosas, un recuerdo de los pocos a los que entrego mi amor.

Pienso que el Monte de los Capuchinos se ha cubierto ya del flameante rojo del otoño y el Monte de Gais se ha vestido con suave atavío, que es el que mejor sienta a sus líneas suaves. El carillón repica la «última rosa» en la tarde realmente amable, con tan dulce movimiento que el cielo se comba en lo infinito. Y la fuente canta tan melodiosa en la Plaza de la Residencia, y la catedral arroja sombras majestuosas. Y la calma se eleva y se extiende por plazas y calles. Si pudiera yo estar en medio de toda esta hermosura con vosotros, me iría mejor. ¡No sé si alguien puede sentir como yo el encanto de esta ciudad, un encanto que pone triste el corazón de inmensa felicidad! ¡Yo estoy siempre triste cuando soy feliz! ¡¿No es curioso?!

Los vieneses no me gustan en absoluto. Es un pueblo que esconde un montón de estúpidas, necias y también viles cualidades detrás de una desagradable amabilidad. ¡Nada me es más repulsivo que una forzada acentuación de la cordialidad! En el tranvía se te insinúa el conductor, en el hostal el camarero, etc. Por todas partes te zalamean de la forma más vergonzosa. Y la finalidad de todos estos atentados es la propina. Ya he comprobado que en Viena todo tiene su tasa de propina. ¡Que el diablo se lleve a estas desvergonzadas chinches!

Me alegra mucho que Streicher venga pronto a Viena. ¡Ojalá haya logrado en Munich sus fines! ¡Que alegraríais mucho mi paladar con productos de vuestro arte culinario es algo que no tengo que subrayaros! ¡Enviad sólo maná! Os desea un viaje especialmente feliz, a ti y a Minna,

vuestro muy leal Georg

6. A KARL VON KALMAR, VIENA

[Salzburgo, 8 de abril de 1909]

FELIZ PASCUA
desde una ciudad alegre de uno a quien le gustaría estarlo. Tu amigo

Georg Trakl

7. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Viena, 25 de abril de 1909]

Estoy sano y contento.

Cords. saludos de tu José [Karl Minnich]

Si tu José (véase el dorso) está sano y contento, me es en verdad desconocido, pero contento y sano te saluda

mi José [Georg Trakl]

Dios dijo: ¡José, escupe! y, mira, surgió un hombre.

Pue[s] Dios necesitaba al José para la creación.

José [Franz Schwab]

Cuando vieron que José era de bella figura, fueron y lo vendieron por 20 monedas de plata.

José [...] [Franz Schwab]

8. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, mayo/principios de junio de 1909

Querido Buschbeck:

Estoy de acuerdo con tu propuesta.

En esta ocasión te envío un pequeño poema. Con el ruego: (es casi ridículo. Pero qué importa) Ten la bondad de enviarlo a cualquier

periódico, dado que yo nunca me voy a animar lo bastante para hacerlo. ¡Adjunto sello!

¡Pon toda la correspondencia a tu nombre — publícalo a ser posible bajo otro nombre que el mío! Sobre todo que nadie más que tú sepa del asunto.

Afectuosamente tu amigo Georg Trakl

9. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, principios de junio de 1909

Cómo mérito y dicha van engarzados
nunca al insensato se le ocurriría.
¡Si la piedra filosofal hubiera hallado
la piedra no tendría filosofía!

¡Adjunto te enviamos la crema de la Exposición de Arte! ¡Oh maravilla! ¡Oh gran, oh eterno Kokoschka! (en francés: cochon! cochon!).

G. Trakl
[...]
Schwab
KMinnich

10. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, 11 de junio de 1909

Querido amigo:

Muchas gracias por tus noticias. Mucho desearía que tus amables esfuerzos tuvieran éxito y te doy las gracias de antemano. En cuanto a tu propuesta, me parece excelente, y seguro que no voy a dudar en llevarla a cabo próximamente.

Tú no puedes imaginarte bien qué entusiasmo le arrebata a uno cuando todo lo que se ha acumulado en un año y que pedía angustiosamente una liberación, de repente e inesperadamente surge a la luz, liberado, liberando. He vivido unos días provechosos: oh si tuviera ante mí otros aún más ricos, y sin fin, para entregar, devolver todo lo

que he recibido, y volver a recibirlo, como puede acogerlo cada prójimo que lo desee.

¡Esto sería una vida!

Una vez más, querido amigo, muchísimas gracias y hasta la vista.

Tu amigo Georg Trakl

11. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo, octubre (?) de 1909

Querido amigo:

Muchísimas gracias por tu amable intercesión ante H. Bahr, lo que es para mí, sin duda, un importante acontecimiento, puesto que ha posibilitado que mis poesías lleguen por primera vez a un crítico importante, cuya opinión me es en todo caso de gran valor, sea como fuere el resultado de su crítica. Todo lo que espero de él es que su claridad y aplomo asegure y aclare algo mi naturaleza permanentemente inconstante, que duda de todo. ¡Y qué más que esto podía esperar! Es sin duda lo más relevante que jamás haya esperado.

En lo que respecta a la vivienda que Minnich ha reservado para mí, me parece muy adecuada y te ruego le des las gracias por sus gestiones así como por su Rapsodia de Odiseo.

Sin duda llegaré a Viena el lunes a las 12,55 h.

Saludos cordiales y hasta la vista.

Tu amigo Georg Trakl

12. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena (?), junio/julio de 1910 (?)

Querido Buschbeck:

Muchísimas gracias por tus amables provisiones, te envío copias de mis últimos trabajos. Espero que te gusten algo.

Que te vaya bien

tu amigo G. Trakl

13. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, entre el 9-15 de julio de 1910

Querido amigo:

Muchas gracias por tu carta. En cuanto a mis poesías, que has enviado a Merker, ya no me interesa lo que vaya a pasar con ellas. Sé que no es justo decir esto, pues has tenido que molestarte por mí. Pero mi humor se interesa ahora realmente por otras cosas. No por mis preocupaciones comunes, naturalmente. (Por lo demás, he hecho ya dos exámenes — ya que preguntas por ello). No, mis asuntos ya no me interesan.

Estoy totalmente solo en Viena. ¡Lo soporto también! ¡Excepto una corta carta que he recibido hace poco, y una gran angustia y un abandono sin igual!

Me gustaría taparme totalmente y aparecer invisible en otro sitio. ¡Pero siempre se queda en palabras o mejor dicho en la terrible impotencia! ¿Debo seguir escribiéndote en este estilo? ¡Qué estupidez!

Saluda cordialmente a Minnich. Dios mío, me alegraría tanto si ahora estuviera aquí aunque fuera una tarde.

Tus asuntos los va arreglar un bedel, pues he visto que soy totalmente incapaz para ello.

Probablemente iré a casa el 25 o 26 d.e.m.. No me alegro en absoluto.

Todo se ha vuelto tan distinto. Uno mira y mira — y las más mínimas cosas no tienen fin. Y uno se vuelve cada vez más pobre, mientras más rico se vuelve.

¡Saludos a Minnich! Hasta la vista.

Tu amigo Georg Trakl

14. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, segunda mitad de julio de 1910

Querido Buschbeck:

Tú me podrías sacar de apuros increíblemente penosos si me pudieras adelantar 30 C, dado que no quiero dirigirme a mi hermano por razones fundadas. Este dinero sin embargo no puedo devolvértelo antes del 1 de octubre. Ojalá puedas pasarte sin él hasta entonces. Me harías verdaderamente un gran favor.

Tengo que contarte un suceso que me ha sido más que penoso.

Ayer el señor Ullmann me ha leído una poesía, antes me había explicado largamente que sus cosas son afines a las mías, etc., y mira por dónde lo que vino a verse tenía más que afinidad con una de mis poesías, «La tarde de tormenta». No sólo algunas imágenes y expresiones habían sido tomadas casi literalmente (el polvo que danza en el arroyo de la calle, nubes, un tronco de caballos salvajes, el viento golpea vibrando en los cristales, brama de pronto brillando, etc., etc.) también las rimas de algunas estrofas y su valencia son exactamente igual a las mías, exactamente igual mi estilo plástico, que funde en cuatro líneas de la estrofa cuatro partes de la imagen en una única expresión[,] en una palabra: ha imitado hasta en el más mínimo detalle la textura, la manera, con tanto esfuerzo lograda, de mis trabajos. Aun cuando a esta poesía «afín» le falta la fiebre viva, que precisamente tenía que crearse esta forma, y el conjunto me parece una chapuza sin alma, no me puede ser indiferente, por ser algo totalmente desconocido e inaudito, ¡ver surgir tal vez próximamente en cualquier sitio el esperpento de mi propia cara como máscara de un rostro extraño...! Verdaderamente me asquea la idea de que antes de entrar en ese mundo papelero, me vea explotado periodísticamente por un aficionado, me asquea ese sumidero lleno de mendacidad y de vileza y no me queda otra cosa que cerrar puerta y casa ante toda esa turbia ralea. Por lo demás, prefiero callarme.

Que te vaya bien te desea tu amigo

G. Trakl

Para prevenir cualquier malentendido: ¡esta carta está destinada sólo a ti! Tenía que desahogarme.

ps. Te ruego que bajo cualquier pretexto solicites al señor Ullmann la devolución de las copias de mis poesías y que queden bajo tu custodia.

15. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, segunda mitad de julio de 1910

Querido Buschbeck:

Me viene muy mal que no estés en situación de ayudarme, pero, de verdad, no estoy enojado por ello.

En cuanto al consabido asunto, deseo darlo por terminado, al menos de momento. Tampoco tengo la intención de pedir al señor U. la devolución de mis poesías, como un niño enfadado.

Ya me es de nuevo totalmente igual. Qué me importa a mí si alguien considera mis trabajos dignos de imitación. Al final allá él con su conciencia.

Le agradezco al señor U. que haya recomendado mis trabajos a St. Zweig.

Pero de momento estoy demasiado agobiado (qué caos infernal de ritmos e imágenes) para tener tiempo para otras cosas más que para darle forma a esto sólo en una mínima parte, para al final verme ante lo que no se puede dominar como un ridículo chapucero al que el menor choque exterior le causa convulsiones y delirios.

¡Habrá pues que sobrevivir tiempos de indescriptible monotonía! ¡Qué vida absurdamente desgarrada lleva uno!

He escrito, muy impersonal y frío, a Karl Kraus — no creo que pueda esperar mucho de él. Te adjunto varias copias de los últimos trabajos

tu amigo G. Trakl

16. A ANTON MORITZ, ATTERSEE

[Salzburgo, 29 de julio de 1910]

Querido Toni:

Muchas gracias por tus felicitaciones y perdona, por favor, que te haya hecho esperar tanto esta respuesta. Minnich ha sido operado en Munich del apéndice. Ayer llegó aquí después de cuatro semanas de ausencia. Buschbeck se está curando su bocio — bebe ininterrumpidamente agua yodada. Últimamente he adelgazado 5 kilos, sin embargo me va bien, descontando el nerviosismo general del siglo.

Esperemos que pronto podamos celebrar en Viena un reencuentro con agua mineral, limonada, leche y cigarros sin nicotina.

Deseándote buena salud

tu amigo Georg Trakl

17. A MARIA GEIPEL, SALZBURGO

[Viena, 15 de noviembre de 1910]

¡El último día de la aus. de seis semanas! ¡Y el rebaño tranquilamente satisfecho!

El fotógrafo no ha logrado captar en las imágenes todas las fatigas de los héroes.

Pero es suficiente para compadecerlos sinceramente así como están.

Schurcel

18. A FRIEDRICH TRAKL, ROVERETO

Viena, otoño de 1910

Querido Fritz:

Tras una pereza para escribir y hablar pertinazmente continuada, me animo por fin a pedirte ante todo disculpas por no haber contestado, indisculpablemente, durante tanto tiempo tu carta, que tanta alegría me dio; a la vez espero saber pronto algo de tus asuntos, que me interesan vivamente. Espero también que te siga yendo bien en tu guarnición, y estoy convencido de que tienes todas las simpatías entre tus camaradas de ahí. ¿Qué tal te sienta ese turismo militar? Seguramente será bastante fatigoso, pero creo que vale la pena.

En lo que a mí se refiere —cumplo mi año— y encuentro deplorable que en este asunto sea mi trasero lo único que esté fatigado. Para Navidad voy de vacaciones a casa y espero encontrarte, seguro, en la tuya.

Mitzi parece que se encuentra bien en Suiza y Gretl, en tanto le es dado, también, lo que no le impide enviarme epístolas excéntricas.

De mi casa, como siempre, ninguna noticia. He cambiado hace poco mi domicilio y vivo ahora en una pequeña habitación en la calle Josefstädter (Nr. 7. III. St. Puerta 19), que tiene la dimensión de un retrete. En el fondo temo volverme idiota allí dentro. Tengo vista a un patio interior oscuro y pequeño — Cuando se mira por la ventana, se queda uno de piedra del desconsuelo.

A ver si echo este año en esta celda contemplativa — y estaré contento, cuando haya pasado.

Para ti sin embargo, querido Fritz, todas las bienaventuranzas y los más cordiales saludos de tu amigo

Georg

En el caso de que desees escribirme, no olvides mencionarme cuándo tienes las vacaciones de Navidad. Así que hasta la vista.

VIII. Josefstädterstrasse núm. 7. III. St. Puerta 19

19. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Viena, 20 de mayo de 1911]

Querido Buschbeck:

Te envío mi nueva direccción: III. Klimschgasse 10, Puerta 7, y te ruego me pidas en la librería «Sucesores de Richter» 10 ejemplares de *Ton und Wort —Sonido y Palabra—* cuaderno N.º 6. (En la librería saben mi dirección.) Lástima sin embargo que el poema se haya publicado en la primera versión, ya que he omitido el envío a la redacción de la versión definitiva.

Schwab estuvo 14 días en Viena —y hemos bebido más desatinadamente que nunca y así hemos pasado las noches. Creo que los dos estábamos completamente locos.

Minnich ha reaparecido por Viena los días pasados. Lo veo raramente. Esperemos que este asunto que le absorbe tanto termine pronto.

En caso de que acontezcan sucesos de repercusión mundial, házmelo saber, pues yo me he escondido totalmente y he cerrado ojos y oídos.

Ya hace dos días que cae agua sin parar.

Tú has elegido lo mejor: haberte ido a Salzburgo. Que te vaya bien,

tu amigo G. T.

p.s. Como he olvidado tu dirección, te ruego que me la comuniques.

20. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Viena, 27 de junio de 1911

Q. B.:

¡Usted recibirá en los próximos días una carta mía sobre la mierda de la asociación! La cosa está muy bien, ahora acabo de salvarme de las olas de la «asamblea general». Bueno, cordialmente

su L.[udwig] U.[llmann]

Q. Bck:

¡Muy entristecido, mi corazón asemeja a las nubes que cubren desde ayer la ciudad de Viena, porque su espíritu de naturaleza palurda no puede decidirse a motivar su manaza para que me escriba un par de frases amables! ¡Por eso le sigo despreciando! Esperemos que sus her-

manos, los otros palurdos, hagan un esfuerzo supremo para motivarle. Con una patada fraterna

Franz-J. Obermayer

Y le saluda cordialmente muy divertida

¡Irene (Amtmann)!

Querido Buschbeck:

Desgraciamente no puedo enviar tu postal a Minnich a esa dirección, ya que el paradero actual [de] M. me es desconocido. Que yo sepa, ha ido al Mar del Norte.

Tu penúltima postal me dio mucha alegría. Mi hermana me ha preguntado ya varias veces por tu dirección, y temo que va a ocuparse de las copias que te dejé en un ataque de espontaneidad, para emprender Dios sabe qué fantásticas tentativas. Te ruego que no sueltes nada, pues no puedo soportar que se emprenda algo sin mi consentimiento, para lo que no considero llegado el momento.

Lo que más me gustaría sin embargo es que te dicidieras a devolverme esos malditos manuscritos — no podrías hacerme un mayor favor.

Con los s. m. cord.

tu amigo G. Trakl

21. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Viena, 6 de julio de 1911]

En una gira por el bello Prater te envían cordiales saludos

Karl Minnich y Georg Trakl

¡Algo digno de verse, de primer rango!

22. A ANTON MORITZ, ATTERSEE

[(Viena), 8 de mayo (marzo de 1911)]

Querido Toni:

Ante todo te ruego me perdones que no hayas tenido noticias mías durante tanto tiempo. A finales de esta semana voy a Salzburgo y no

dejaré de enviarte desde allí las 10 coronas, ya que de momento, debido a grandes gastos imprevistos, me encuentro en una situación bastante precaria. Espero que no será para ti una gran molestia esperar unos días más [.]

Cordiales saludos de

Georg T.

23. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 3 de octubre de 1911]

Muy distinguido señor y protector:

Sus cordiales palabras han puesto un altar en mi corazón en el que ni de día ni de noche se apaga el fuego del agradecimiento y del encomio. Sí, Vd. es el único que comprende al poeta con el alma y pensar en ello alienta maravillosamente a quien ha sido puesto a prueba. Ah, qué significan además las necesidades del cuerpo. Sólo una cosa digo: ¡Honorario! ¡Oh dulce, celestial palabra! En lo más profundo del alma siento esto: ¡Ahora todo se pone bien, todo! ¡Otra vez! Le doy las gracias, mil gracias, a Vd. noble caballero y no se tome a mal si termino este escrito haciendo sonar delicada y tiernamente los infantiles sonidos primigenios de nuestra lengua patria: Sell woll! Sell woll! (Así es, así es.)

¡Siempre fiel!

Su G. T.

24. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 23 de octubre de 1911]

Querido Buschbeck:

Envíame, por favor, a vuelta de correo la copia de «Al inicio de la primavera», pues he añadido una estrofa y he hecho algunos cambios.

Espero que ya habrás recibido las últimas copias que mandé a la dirección de la novia de Ullmann. No olvides enviarme inmediatamente el poema.

Cord[.] sdos.

Tu amigo Georg Trakl

25. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 13 de noviembre de 1911]

Desde el bello Salzburgo muchos saludos

Karl [Minnich]

¡Cuando un judío jode, coge ladillas! Un cristiano, oye cantar a todos los ángeles.

G. T.

K Hauer [...]

26. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo (?), finales de otoño (?) 1911

Querido Buschbeck:

Adjunto el poema reelaborado. Así es mucho mejor que el original, pues ahora es impersonal y lleno hasta reventar de movimiento y visiones.

Estoy convencido de que te dirá y significará mucho más en esta forma y manera universal que en la limitada y personal de la primera versión.

Puedes creerme que no me es fácil, ni nunca lo será, subordinarme incondicionalmente a lo que se ha de expresar y me tendré que corregir una y otra vez, para dar a la verdad lo que es de la verdad.

Te ruego trasmitas a Minnich y Schwab los más cordiales saludos. ¡Mi situación no se ha aclarado todavía y así espero con el alma en un hilo! ¡Qué situación más repugnante! Me gustaría pasar un par de días tranquilos, me hace verdaderamente falta. Pero ya lo sé: ¡volveré a beber vino! ¡Amén!

Sdos. cord.

Tu amigo G. Trakl

27. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 2 de febrero de 1912]

Querido Buschbeck:

Me parece natural que no queráis hacer de un número de carnaval ningún discutible panorama móvil lírico y no veo motivo alguno para

sentirme ofendido. La revista va a tener éxito sin duda en la nueva forma, lo que te deseo de todo corazón.

Espero que pronto puedas hablar tú también con «los pies», hebreo naturalmente.

Saluda, por favor, afectuosamente a Ullmann, tal como me inclino ante tu ulterior benevolencia, tú que llevarás algún día mis poemas a la editorial

tu amigo G. T.

28. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 19 de febrero de 1912]

Querido amigo:

Muchas gracias por el envío del «Grito». Ojalá tengáis un buen éxito. ¿Has recibido las dos cartas?

Cord. saludos.

Tu amigo G. Trakl

29. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Innsbruck, antes del 21 de abril de 1912]

Nunca hubiera imaginado que tendría que pasar este ya de por sí difícil tiempo en la más brutal y vulgar de las ciudades que existen en este agobiado y maldito mundo. Y cuando además pienso que una voluntad extraña tal vez me vaya a hacer sufrir aquí durante un decenio, puedo caer en un ataque de llanto de las más desconsoladora desesperanza.

Para qué esta plaga. Siempre seré al final un pobre Kaspar Hauser.

Escríbeme pronto un par de líneas

tu amigo G. T.

Farmacia del Hospital de la Guarnición N.° 10

30. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Innsbruck, 24 de abril de 1912]

Querido amigo:

Muchas gracias por tu amable postal; así como por el envío del *Grito*. Me dio mucha alegría ver allí mi poema y me ha sorprendido menos de lo que puedas creer el encontrarte a ti dentro en combate con los Gritones.

No creo que aquí pueda encontrar a alguien que me agrade, y la ciudad y sus alrededores, de eso estoy seguro, me repugnarán siempre. Por lo demás, también yo creo que me veréis probablemente aparecer por Viena, aunque no lo desee. A lo mejor también me voy a Borneo. De algún modo se descargará la tormenta que crece en mí. Por mí, que así sea y de todo corazón que lo haga también en enfermedad y melancolía.

Como quiera que sea soporto todo este aturdimiento en cierto modo sereno y no inmaduro del todo. Y esto es lo mejor que puedo escribirte sobre mí.

Confío mucho en que me visites ocasionalmente, en el caso de que tenga que aguantar aquí todo el verano.

Algunos trabajos nuevos, pocos, te llegarán próximamente.

Cordiales saludos.

Tu amigo G. T.

31. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, primera mitad de mayo de 1912

Sombras

Pardos castaños. Se deslizan suave los viejos
en la tarde silente. Bello follaje muere blando.
Camposanto: con el primo muerto un mirlo jugando.
A Ángeles el maestro rubio le hace el cortejo.

Ante puras imágenes de muerte en vidrieras te pasmas
pero un sangriento fondo es muy doliente y grave.
La puerta está cerrada. El sacristán tiene la llave.
En el jardín la hermana habla amable con fantasmas.

En viejas bodegas se hace el vino dorada claridad.
Dulce olor de manzanas. Brilla alegría no lejos.
Los niños en la larga tarde cuentos oyen perplejos.
La dulce locura ve a menudo la dorada verdad.

Fluye el gris lleno de resedas; cuartos en luz jovial.
A los humildes espera bien preparada su casa.
Por la linde del bosque un solitario destino pasa;
La noche aparece —ángel de reposo— en el umbral.

Ojalá no te parezca el «cielo azul» sobre este paisaje demasiado desesperanzado ni el pobre «Sebastián en sueño» demasiado perdido.

Con mucho cariño tu amigo

T.

32. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Innsbruck, 10 de octubre de 1912]

Querido amigo:

¿Has recibido mi última carta? Dime, por favor, si has terminado las correcciones de «Tres miradas en un ópalo». También quiero devolverte el boletín de subscripción. El éxito no es precisamente extraordinario. Recuerdos a Schwab.

Quiero enviarte también el último cuaderno del *Brenner*, en el que está impreso el «Salmo».

Sdos. cord. tu amigo GT.

33. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, mediados de octubre de 1912

Querido amigo:

Muchas gracias por el envío de las fotos. Ruego a tu hermano que haga dos o tres copias o mejor tres de cada toma — son tan agradables.

Subscripción: En Innsbruck, Salzburgo, Berlín.

Esperanza: ¡100 camellos que se subscriben! ¡50 por ciento! ¡Digo,

cincuenta %! ¡Oh, el Buschbeck y los negocios! Buschbeck y un poeta = dos (escribo) 2 santos (s-a-n-t-o-s) locos.

Vonwiller: ¡Un filósofo que ríe! ¡Oh sueño! El vino era extraordinario, los cigarrillos excelentes, el ánimo dionisíaco y el viaje una mierda total; la mañana desvergonzada, sin fiebre, la cabeza llena de dolor, maldición y apesadumbrante fantasmagoría.

¡Hace tanto frío que se me hielan los intestinos! Mentira, que las habitaciones con calefacción y la comodidad causan a uno hemorroides en el culo. ¡Todo lo contrario! Vino, tres veces: vino, así el funcionario K.u.K. (del imperio austríaco) brama por las noches como un pardo, pardirrojizo Pan.

No olvides Todopoderoso terminar concienzudamente las correcciones de «Tres miradas en un ópalo». ¡¡¡Tu dirección de Viena!!!

Tu amigo G. T.

34. A LUDWIG ULLMANN [VIENA]

Innsbruck, probl. 24 de octubre de 1912

Estimado [señor Ullmann:]

Muchísimas gracias por su amable y detallada carta. Desgraciadamente no me he aclarado todavía sobre mi futuro destino, lo que no pudo impedir que viviera aquí el inicio de la primavera más maravilloso e indescriptible que pueda recordar. Creo haber echado atrás una buena porción de trabajo, y entretejido en él el algo melancólico recuerdo de embriagueces de todo tipo y el ligero deseo de descansar un poco, si Dios quiere.

Mucha luz, mucho calor y una playa tranquila, vivir allí, no necesito más para volverme un ángel bueno; por lo demás, es triste cuando después se hace un mal chiste con uno mismo y se convierte en un farmacéutico supernumerario de la monarquía austríaca.

Diga, por favor, a la Srta. I[rene] que le doy las gracias por sus líneas tan amables.

Le saluda cordialmente

su amigo Georg Trakl

Le ruego que entregue las copias adjuntas a B[uschbeck], pues he perdido su dirección.

Tal vez voy a tener la alegría de poder saludarle en Viena este mismo noviembre, pues acabo de recibir una noticia a este respecto.

35. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, finales de octubre/primeros de noviembre de 1912

Querido amigo:

Muchas gracias por el envío de las fotos. Las poesías desgraciadamente no puedo enviártelas durante el permiso, pues tengo muchísimo trabajo por terminar, las recibirás por correo la próxima semana.

Que es invierno y hace frío lo siento al calentarme con vino por la tarde. Anteayer he bebido 10 (¡digo diez!) cuartillos de tinto. A las cuatro de la mañana he tomado en mi balcón un baño de luna y helada y por la mañana he escrito finalmente un poema magnífico, que tiembla de frío.

En Viena sin embargo «resplandece» el sol en el cielo «despejado» y la «suave melancolía» del bosque vienés tampoco está «falta de». Con el «vino nuevo» se alegra el «áureo» corazón y cuando suenan allí las «melodías lánguidas», piensa entonces, ¡hombre!, que nieva para «los probos alpinos» y hace un frío terrible. ¡Oh, qué doloroso es el mundo, qué delirante el dolor, qué mundanal el delirio!

Con castañear de dientes y saludos vaporosos

tuyo G.

36. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, principios de noviembre de 1912

Querido amigo:

Te envío hoy los dos últimos números del *Brenner*. También las 15 coronas que te debo, y el boletín de subscripción.

En uno de los cuadernos del *Brenner* encontrarás una caricatura, que desgraciadamente nada tiene que ver conmigo.

He recibido el pliego de corrección que me ha enviado la librería Morawitz y tu hermano tuvo la amabilidad de enviarme otras fotos, por lo que yo, grosero, todavía no le he dado las gracias y además le debo el dinero.

¿Ha terminado Minnich su penoso examen?

En cuanto haya ordenado los poemas te los enviaré. Dejo a tu gusto los cambios en la selección y en el orden, te ruego sin embargo que me los hagas saber.

Aquí estoy sentado en mi servicio; trabajo, trabajo — no hay tiempo — ¡viva la guerra!

Cordialmente

tu amigo G.

37. A KARL KRAUS [VIENA]

[Innsbruck, 9 de noviembre (1912)]

Le agradezco un instante de la más dolorosa claridad. Con los mayores respetos su servidor G. Trakl.

38. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, primera mitad de noviembre 1912

Querido amigo:

Te llevaré, sí, personalmente mis poesías a Viena, ya que he sido llamado por el Ministerio de Trabajo para comenzar el primero de diciembre.

Adjunto el pobre boletín de subscripción de mi hermana, que me mira como un documento de la más terrible desgracia, no sé por qué.

Sé que tengo algo que agradecerte, pero te digo hasta la vista

tu amigo G.

39. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, primera mitad de noviembre de 1912

TROMPETAS

Bajo sauces destallados, donde juegan blancos niños
y se agitan hojas, suenan trompetas; ruina y duelo.

Colores escarlatas, una marcha entre polvo y temblor de acero
a través de un campo de centeno, a lo largo de molinos vacíos.
O pastores cantan de noche y entran ciervos
al cerco de sus fuegos, el duelo antiguo de la floresta.
Danzarines se destacan sobre un muro negro;
colores escarlatas, risas, delirio, trompetas.

Querido amigo:

Ojalá la poesía no se salga demasiado del marco general de un número bélico de *El Grito*. Creo que se la puede incluir en él.

Me he esforzado en escribirla lo más legible posible.

Con los más cordiales saludos

tu amigo G.

40. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, primera mitad (?) de noviembre de 1912

Querido amigo:

Ten la amabilidad de hacer las siguientes correciones en la primera estrofa del poema

— — — — —

y se agitan hojas, suenan trompetas. Un fúnebre escalofrío.
En el duelo del arce irrumpen escarlatas banderas.
Jinetes a lo largo de campos de centeno, de molinos vacíos.

¡¡2.ª Estrofa:!!

banderas de escarlata, risas, delirio, trompetas.

Dime, por favor, si has podido introducir las correcciones. Tal vez puedas lograr que el poema se imprima en la última página del número, pues no me gustaría que después de la última línea el benévolo lector se deslice hacia la primera línea de un canto guerrero de Paul Stephan.

Cordialmente tu amigo G.

41. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, segunda mitad de noviembre de 1912

Querido amigo:

Te ruego encarecidamente que mires bien la hoja de ordenanza que sale el 23 ó 24 de noviembre a ver si está impreso allí mi traslado a la reserva, eventualmente en la que sale el 30 de noviembre. En este caso, envíame inmediatamente un telegrama con el siguiente contenido: el traslado a la reserva tiene lugar, pues entonces puedo partir inmediatamente.

¿Has podido hacer las correcciones y cuándo sale *El Grito*?

Saludos cordiales a Schwab. ¿Por lo demás, te ha gustado la poesía «Trompetas»? La última línea es una crítica del delirio que se cubre con su propio sonido.

He pasado unos días muy malos. En Viena será tal vez peor. Sería más fácil quedarse aquí, pero necesito marcharme.

Cordialmente tu amigo G.

42. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Innsbruck, 23 de noviembre de 1912]

Querido amigo:

Te agradecería mucho si en los próximos días pudieras reservarme una habitación en el distrito VIII[.] o IX[.] El tiempo me viene ahora muy, muy corto. Perdona que te pida tanto.

Con los más cordiales saludos

tu amigo G.

Te telegrafiaré sobre mi llegada a Viena, eventualmente podremos encontrarnos ese día al mediodía en la fuente plateada, si lo encuentras más cómodo para ti.

43. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 30 de noviembre de 1912]

Querido amigo:

Te agradezco tu amable carta y te comunico que me quedaré en Salzburgo hasta el 1 de enero, puesto que el Ministerio me ha concedido una prórroga de cuatro semanas.

Recibirás las poesías en 3 ó 4 días.

Ojalá vengas pronto a Salzburgo.

Con los más cordiales saludos

tu amigo Georg

44. A KARL RÖCK [INNSBRUCK]

Salzburgo, 3.12.12

Muchas gracias por sus amables postales. Único convidado ante el vino ácido, estoy sentado aquí en esta ciudad muerta y me siento avergonzado por su vital cordialidad. Lo noble tiene aquí ya el laurel sobre las blancas sienes, pero el que está conmovido sigue al que vive, pues también allí hay bondad y justicia. Con todos los respetos me despido de Vd., querido amigo, y le ruego acepte mis más cordiales saludos.

Suyo G. Trakl

45. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo, principios de diciembre de 1912

Querido amigo:

Hoy ha salido el manuscrito. He trabajado en él durante dos días y te lo he enviado sin ordenarlo según un determinado punto de vista. Adjunto dos correcciones, que te ruego que hagas. La primera incumbe al poema «De camino» y concretamente a la penúltima estrofa. La segunda a «Tres estanques en Hellbrunn», las dos últimas líneas del primer poema.

En el caso de que otro orden te parezca más indicado, sólo te ruego que no sea cronológico.

Me gustaría mucho saber tu opinión sobre el particular, así como a qué editorial piensas dirigirte.

Tal vez también se pueda dejar de lado «Tres estanques en Hellbrunn». ¿No sería mejor? Tal vez también «Ruina».

¿Cuándo vienes a Salzburgo? El lunes iré a Innsbruck por unos días. Sería muy bueno que vinieras también. Si tienes ganas, dime cuándo puedes salir de Viena, porque entonces podría aplazar unos días el viaje.

Con saludos cordiales

tu amigo G.T.

Suscripción:

2 Ejempl. Sra. Grete Langen, Berlín Wilmersdorf. Babelsbergerstrasse 49

1 [Ejempl.] Sr. Artur Langen, Berlín Wilmersdorf. Babelsbergerstrasse 49

El nombre de la tercera persona desgraciadamente lo he olvidado, que también suscribió 2 ejemplares.

46. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo (?), primera mitad de diciembre de 1912

Querido amigo:

Otra vez «Los tres estanques en Hellbrunn» N.º 1. Por favor pega la tira sobre el manuscrito. En caso de que tengas alguna duda al revisar los poemas, por favor, escríbeme, ya que no he puesto todo el cuidado que en el caso hubiera sido necesario.

No te enfades por todo lo que te molesto.

Con los más cordiales saludos

tu amigo G.

47. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo (?), primera mitad de diciembre de 1912

«Tres miradas en un ópalo» con algunas correcciones. «Soneto de diciembre» tal vez en lugar de «Tres estanques en Hellbrunn».

G.T.

48. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

Salzburgo, primeros de diciembre de 1912

Muy distinguido señor Ficker:

Muchas gracias por el nuevo número del *Brenner*. El lunes por la tarde llego a Innsbruck y me alegraría mucho encontrarle a las 9 h. en casa de Delevo. Creo que lo mejor es que me aloje allí, pues el camino hasta Mühlau es largo y lleno de peligros para el ebrio. También puede perderse fácilmente y al final no tiene nada donde pueda reposar su cabeza para dormir. Seguramente hay que tomar el desayuno en una pensión en compañía de ancianas damas, a lo que no estoy acostumbrado.

La poesía de Röck me parece extraordinariamente bonita y original. En ella lo veo como un buen hermano de convento.

Le ruego trasmita a su esposa mis más respetuosos saludos y acepte Vd. mis expresiones de fidelidad y amistad

su seguro servidor G. Trakl

49. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Viena, 2 de enero (1913)]

llego a las 11 h. de la noche tengo que hablarte = trakl.

50. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Innsbruck, 4 de enero de 1913]

Querido, muy querido amigo:

He pasado como un muerto por Hall, una ciudad negra, que se ha precipitado a través de mí como un infierno a través de un maldito.

Voy en Mühlau a través de puro sol hermoso y estoy aún muy vacilante[.] El veronal me ha permitido algún sueño en casa de Franciska Kokoschka.

Quiero quedarme el tiempo que sea posible. Envíame por favor mi bolsa de viaje, pues necesito ropa interior necesariamente.

Dime por favor si mi madre tiene muchas preocupaciones por mi causa.

Con muchísimos saludos tu amigo Georg

Mi dirección: [Innsbruck-Mühlau 102]

51. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, segunda mitad de enero de 1913

Querido amigo:

Adjunto tres subscripciones. También Kalmár me ha pedido que le apunte un ejemplar más.

En caso de que quieras escribirme esta semana por favor la dirección a Innsbruck-Mühlau, pues esta semana me quedo aquí todavía.

Ahí va el manuscrito de dos poemas, de los que puedes disponer a tu gusto.

Con los más cordiales saludos tu amigo G.

p.s. Por favor, comunícame que has recibido esta carta.

52. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Mühlau, 23 de enero de 1913]

Querido amigo: Por favor haz la siguiente corrección:

2

Oscuro signo del agua; frente en la boca de la noche,
suspirando en negros cojines la sombra rosada del hombre,
arrebol de otoño, el susurro del arce en el viejo parque,
conciertos de cámara que en derruidas escaleras se desvanecen.

3 (añadir)

El barro negro que gotea de los tejados.
Un dedo rojizo se sumerge en tu frente

Carámbanos azules en el desván silente
que ya son de amantes espejos apagados.

Muchos saludos cordiales. Tu amigo G.

53. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Innsbruck, segunda mitad de enero de 1913

Querido amigo:
Muchas gracias por el envío de la crítica de Ullmann, que me ha alegrado muchísimo y por la que te ruego que trasmitas a Ullmann mi efusivo agradecimiento.

A mí no me va todavía muy bien, a pesar de que aquí se está mejor que en ningun sitio. Tal vez hubiera sido mejor haberme dejado llegar una crisis en Viena.

Le ruego a Schwab que se informe, en el Hospital General sobre el servicio farmacéutico, de si yo tendría posibilidades de entrar allí, cómo y a quién debo dirigir la correspondiente solicitud, de qué tipo son las condiciones de servicio y cosas semejantes.

Tal vez puedas tú entonces comunicarme algo tan pronto como sea posible sobre el asunto.

En los próximos días voy a enviarte una copia del «Helian». Es para mí lo más valioso y doloroso que he escrito.

Con muchos saludos cordiales tu amigo G.

54. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Mühlau, 28(de enero)1913]

Querido amigo: A continuación una versión comprimida de los poemas 1 y 3 de «Delirios». El 2 * bajo el título «Al borde de una vieja fuente».

* Las cifras 1, 3 y 2 están subrayadas.

DELIRIUM

La nieve negra que gotea de los tejados;
un dedo rojizo se sumerge en tu frente
carámbanos azules en el desván silente
que ya son de amantes espejos apagados.
Salta la cabeza en trozos y pensando arde
en sombra que en lunas azules fulge yerta,
o en la fría sonrisa de una ramera muerta.
En aromas de claveles llora el viento de la tarde.

AL BORDE DE UNA VIEJA FUENTE

Oscuro signo del agua: frente en la boca de la noche[,]
suspirando en negros cojines la sombra rosada del hombre,
arrebol de otoño, el susurro del arce en el viejo parque,
conciertos de cámara que en derruidas escaleras se desvanecen.

3

(Con esto queda eliminado el primero.)

Esperemos que no sea demasiado tarde para hacer las correcciones. El Dr. Heinrich ha enviado ayer los manuscritos a la editorial. Pasado mañana recibirás una copia en papel de tina de «Helian»; el miércoles voy a Salzburgo. Ojalá reciba pronto noticias de Schwab. Por favor, dime en una postal si has podido hacer las correcciones. Con muchos saludos

tu amigo G.

55. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 5 de febrero de 1913]

Querido amigo:

¿Has recibido el «Helian» y la última carta con las correcciones? Desde el sábado estoy en Salzburgo. Le agradezco muchísimo a Schwab sus amables gestiones. Me hubiera gustado escribirle personalmente, pero he perdido su dirección.

Cordiales saludos

tu amigo G.

56. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

[Salzburgo, principios de febrero de 1913]

Querido señor von Ficker:

Al enviarle los manuscritos de mis últimos poemas, me permito volver a agradecer de todo corazón a usted y a su amable esposa la hospitalidad que me han dispensado.

Desgraciadamente no pude trasladarme a Eugendorf, como tenía pensado, pues han surgido acontecimientos que obligan a mi madre a liquidar negocio y casa en Salzburgo. En esta amargura y preocupación por el próximo futuro, me parecía ligereza dejar la casa materna. En caso de que vuelva al servicio militar, le rogaría encarecidamente que le escribiera al señor Robert Michel para ver si él puede hacer algo para que me trasladen a Viena, o de nuevo a Innsbruck.

Le ruego salude a los amigos muy cordialmente de mi parte y reciban usted y su esposa las expresiones de mi amistad y respeto.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

57. A KARL BORROMAEUS HEINRICH [INNSBRUCK]

Salzburgo, probablemente el 19 de febrero de 1913

Querido amigo:

Muchas gracias por su amable telegrama. Me alegraría tanto que viniera en marzo a Salzburgo; los días en casa no son ahora nada agradables para mí y así voy viviendo entre fiebre y debilidad en habitaciones soleadas, frías hasta lo indecible. Insólitos escalofríos de alteraciones, sentidos corporalmente hasta lo insoportable, alucinaciones de oscuridades, hasta la seguridad de estar muerto, espasmos hasta la rigidez pétrea; y un seguir soñando tristes sueños. Qué oscura es esta ruinosa ciudad llena de iglesias y figuras de la muerte.

Pero yo estoy tan contento de que usted quiera venir a Salzburgo.

Escríbame antes, por favor, algunas líneas, para que pueda reservar a tiempo un alojamiento para usted.

Trasmita, por favor, mis respetuosos saludos a su amable esposa y permítame que me despida

su seguro servidor Georg Trakl

58. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 23 de febrero de 1913]

Querido señor von Ficker:

Mucho le agradezco su bondadosa carta. Cada vez siento más profundamente lo que significa para mí el *Brenner*, morada y refugio en un círculo de noble humanidad. Atribulado por indescriptibles estremecimientos, que no sé si me destruyen o me quieren perfeccionar, dudando de todo lo que comienzo y en vista de un futuro ridículamente inseguro, siento más profundamente de lo que puedo decir la dicha de su generosidad y bondad, la comprensión indulgente de su amistad.

Me espanta cómo crece en los últimos tiempos un odio inexplicable contra mí y se da en los más pequeños sucesos de la vida cotidiana en apariciones estrafalarias. Me amargan hasta el hastío la estancia aquí, sin que yo pueda aunar fuerzas para marcharme.

Adjunto la nueva versión de un poema dedicado al doctor Heinrich, que le ruego publique en el próximo número del *Brenner*. La primera versión contiene algunas cosas que quedan demasiado solamente insinuadas.

Salude cordialmente de mi parte a Florian y Puppa y acepte, por favor, las expresiones de mi amistad y lealtad.

Suyo Georg Trakl

59. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo 28 de febrero de 1913]

Querido amigo. Muchas gracias por tu amable carta. ¿No has recibido aún ninguna noticia de la editorial «Langen»? Al señor Von Ficker le gustaría publicar el libro en la editorial del *Brenner*. ¡Si pudieras decirme la dirección de Ullmann! Me gustaría enviarle una copia del «Helian». Las últimas semanas fueron de nuevo una cadena de enfermedad y desesperación. Me alegraría de corazón que estuvieras aquí. A Minnich no lo veo demasiado, aunque cada vez vuelvo a encontrar con él una cierta serenidad.

Schossleitner quiere organizar en Viena una tarde de autores de Salzburgo. Como no conozco su dirección, te ruego encarecidamente que le comuniques en mi nombre que me sería muy molesto que se

leyeran poemas míos. Que, por favor, respete mi deseo de ser silenciado.

Con los más cordiales saludos

tu amigo G. Trakl

60. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Primera versión

Salzburgo, hacia 10-13 de marzo de 1913

Querido señor von Ficker:

Sus noticias sobre el Dr. Heinrich me han conmovido profundamente. ¿No ha echado el cielo ya bastante desgracia encima de este infeliz? ¿Tiene que ser uno atribulado para finalmente ser destruido? Su relato me ha llenado de tan tremenda desesperación y espanto sobre esa caótica existencia que me quiere parecer,

Segunda versión

[Salzburgo, 13 de marzo de 1913]

Querido señor von Ficker:

Las noticias que me da sobre el Dr. Heinrich, me han conmovido más de lo que yo podría expresar. No queda más que un sentimiento de tremenda desesperación y de espanto sobre esta caótica existencia; permítame guardar silencio.

Sobre el poema adjunto puede, por favor, disponer a su agrado. Tal vez pueda añadir también «Melancolía»; la segunda línea en la reelaboración dice:

«Oh dulzura del alma solitaria.»

Todo lo demás permanece inalterado.

Con los más efusivos saludos

su seguro servidor G. Trakl

61. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo, segunda mitad de marzo de 1913

Querido amigo:

Sobre los poemas adjuntos te ruego: que en vez de «Alegre primavera» elijas «En la aldea». Reunir las tres poesías: 1 «A la hermana», 2 «Cercanía de la muerte» y 3 «Amén» bajo el título de «[Canciones del] rosario».

Si tienes algunos minutos, dime, por favor, si la lección tiene lugar el 2 de abril. No creo que pueda ir a Viena, pues de las 30 coronas que he recibido por el servicio en la farmacia he gastado 5 en cosas muy necesarias, y para el mismo fin pronto tendré que gastar la misma suma.

Mis mejores saludos tu amigo G.

62. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 16 de marzo de 1913]

Querido señor von Ficker:

En caso de que me sea posible iré a Innsbruck a mitad o al final de la próxima semana.

¿Me podría dispensar su hospitalidad por unos días?

Transmita, por favor, al Dr. Heinrich, mis más cordiales saludos.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

63. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 23 de marzo de 1913]

Querido señor von Ficker:

Desgraciadamente me es imposible ir a Innsbruck: algunas cosas se resuelven en tristes paseos — los días son aquí tan soleados y solitarios, que apenas me atrevo a escribirle.

Por favor, salude de mi parte al Dr. Heinrich, que tiene su pena y más. Muchas cosas me resultan verdaderamente difíciles.

Muchísimos saludos.

Su seguro servidor Georg Trakl

64. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 31 de marzo de 1913]

Querido señor von Ficker:

Voy a Innsbruck el martes por la mañana y le ruego me dispense su hospitalidad por algunos días.

Si le parece bien, iré a su casa hacia las 10 h. de la mañana.

Cordiales saludos.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

65. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 1 de abril de 1913]

Querido amigo:

Te ruego encarecidamente que me envíes las poesías devueltas por la editorial Langen y concretamente a Innsbruck, a la dirección de Ficker, ya que salgo hoy para allá. Voy a revisar el manuscrito a fondo y conciencia, antes de que se lo envíe a otra editorial y sobre todo voy a retirar los poemas que primero había quitado yo y después añadió el Dr. Heinrich.

Ojalá vengas pronto a Salzburgo. Con mis más cordiales saludos

tu amigo G. Trakl

66. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Innsbruck, 2 de abril de 1913]

Querido amigo:

Te ruego encarecidamente que me prestes 50 C. más. Quería pedírselas al señor von Ficker. Pero me resulta verdaderamente demasiado difícil. Te quedaría muy agradecido si me enviaras esta suma a Innsbruck en los próximos días. Creo ciertamente que en el verano y con la entrada en circunstancias en cierto modo ordenadas podré devolverte este dinero.

El señor von F. me dijo hoy que te ha escrito a propósito de mis poesías. Creo que lo mejor es que el libro se publique en la editorial del *Brenner.*

En los diarios de Innsbruck de hoy he leído sobre el plebeyo escándalo durante el concierto de Schönberg. Qué desesperante ultraje para un artista al que la vulgaridad de la canalla no le impide aún defender la obra de sus discípulos.

En 10 días a lo más tardar estaré de nuevo en Salzburgo. Hasta entonces seguro que habrás llegado tú también. Rogándote de nuevo que no me dejes en la estacada te envío los más cordiales saludos

tu amigo Georg T.

67. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, 5 de abril de 1913

Muy señor mío:

Permita que le dé muchísimas gracias por la oferta que me ha hecho. Los manuscritos, que se encuentran en manos de un amigo vienés, le serán enviados en los próximos días; así como la lista de los subscriptores, cuyo número se eleva a 120, en cuanto esté terminada. Le ruego me comunique sus propuestas. Reciba, distinguido señor, las expresiones de todos mis respetos.

Su afectísimo y seguro servidor

Georg Trakl

Dirección: Salzburgo, Mozartplatz 2

68. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Innsbruck, 5 de abril de 1913]

Querido amigo:

Hoy he recibido una oferta muy agradable de la editorial Rowohlt en relación con mis poesías. La acepto muy contento y te ruego que me envíes el manuscrito, ya que quiero ordenarlo antes de presentarlo.

En el caso de que me puedas prestar 50 C., te ruego que me las envíes rápidamente, pues estoy en gran apuro.

Sobre las bofetadas que has repartido, me congratulo de todo corazón.

Con los mejores saludos

tu amigo G. T.

69. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

Innsbruck, primera mitad de abril 1913

Querido amigo:

Te agradezco de todo corazón el envío del dinero. La poesía «En la aldea» está por supuesto a tu disposición.

Perdona que no haya contestado a vuelta de correo. Los últimos días estuvieron llenos de acontecimientos precipitados e insólitos.

Muchísimos saludos

tu amigo G. T.

70. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, a mediados de abril 1913

Muy distinguido señor Wolff:

Ayer le envié el manuscrito de mis poemas listo para la imprenta. Me permito rogarle lo siguiente: que el libro sea impreso en letra gótica o en antigua letra romana y que en la elección del formato se tenga en cuenta a ser posible la propia estructura de los poemas.

Tenga la amabilidad de comunicarme también cuándo piensa usted entregar el libro a la imprenta.

Reciba, muy distinguido señor, las expresiones de mis mayores respetos y considéreme su muy seguro servidor.

Georg Trakl

71. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, entre el 20-22 de abril de 1913

Muy distinguido señor:
Adjunto le envío los dos contratos firmados. Si quiere darle otro título al poemario, le propongo el que tenía antes el conjunto: «Crepúsculo y ruina». Creo que expresa todo lo esencial.
Le quedaría muy agradecido si me dijera cuándo podrá salir el libro. Mañana le enviaré la corrección de una poesía; sea tan amable de añadirla.
Con todos mis respetos, me reitero, distinguido señor, como su más atento y seguro servidor.

Georg Trakl

72. A KARL BORROMAEUS HEINRICH, MUNICH

[Igls, 25 de abril de 1913]

Queridísimo amigo:
Llego el sábado a Munich a las 4 de la tarde. Tal vez pueda usted ir a la estación.
Le abraza efusivamente.

Suyo G. T.

73. A LA EDITORIAL KURT WOLFF, LEIPZIG

Innsbruck, 27 de abril de 1913

P.t.
Editorial Kurt Wolff
Leipzig

Acuso recibo de su escrito del 23 dp., cuyo contenido, como es de suponer, me ha desconcertado mucho. Usted me comunica —y además con una nonchalance que parece presuponer mi consentimiento como algo secundario— que prepara una selección de mis poesías en una colección «El día del Juicio» y que esta publicación saldrá presumiblemente dentro de cuatro semanas. Naturalmente no estoy de ninguna

manera de acuerdo con esto y no consiento que antes de la publicación de todas mis poesías, que fue el único objeto de nuestras negociaciones, se publique cualquier edición parcial que no haya sido prevista por mí y sobre lo que el proyecto de contrato que se me ha presentado (cuyo refrendo por lo demás no está en mis manos hasta hoy) no incluye la menor alusión. Le ruego pues que tome nota de esta decisión mía que es irrevocable y abandone definitivamente la idea de la publicación de la selección prevista, puesto que en ese caso consideraré sin compromiso la firma de su oferta de contrato y tendré que exigirle la devolución inmediata de mis poesías. Consecuentemente me veo obligado a rechazar por de pronto la suma que se me asignó.

Con todos mis respetos [Georg Trakl]

74. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, principios de mayo de 1913

P.t.
Editorial Kurt Wolff

Muy señor mío:

Acuso recibo de su carta del 30 d. m. y le agradezco su aceptación y consideración de mi protesta dictada sólo por motivos puramente artísticos.

La lista de los suscriptores le será enviada en los próximos días por el presidente de la Asociación Académica de Arte y Literatura en Viena, señor E. Buschbeck.

En caso de que después de la publicación de las poesías completas quiera usted publicar una pequeña antología, no tendría entonces nada en contra.

Adjunto una corrección del poema que le ruego añada al ms. y otro que me gustaría incorporar al libro.

Los pliegos de corrección envíemelos, por favor, a la dirección: Redacción del *Brenner*.

Con todos los respetos Georg Trakl

p.s. El poema «Tres miradas en un ópalo» hay que introducirlo después de «En una habitación abandonada».

En lugar del primero, «Al joven Elis».

74a. A RUDOLF VON FICKER, INNSBRUCK

[Munich, 6 (?) de 1913]

Muchos saludos.

Lilly Heinrich
Georg Trakl

Gracias por la genciana. Me ha dado mucha alegría.

K.[arl] B.[orromaeus] H.[einrich]

75. A ERHARD BUSCHBECK, VIENA

[Salzburgo, 7 de mayo de 1913]

Querido amigo:

Por favor, envía inmediatamente a la editorial Kurt Wolff, Leipzig, Königsstrasse n.º 10 el pliego de suscripción y [-] tarjetas.

Tal vez puedas hacer las siguientes correcciones en el poema «En la aldea»:

Penúltima estrofa primera línea: en lugar de «treten» [entran], «starren» [miran fijamente].

Última estrofa: primera línea: en lugar de «schreiten» [avanzan], «treten» [entran].

Cordiales saludos

tu amigo G.

76. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

Salzburgo, hacia el 7 de mayo de 1913

Querido señor von Ficker:

Adjunto las copias a máquina de «Los malditos» y una nueva poesía que aprecio sobremanera. Le rogaría que no la añadiera a la primera, sino que la publicara sola en el próximo cuaderno del *Brenner.*

He recibido hoy carta y contrato de la editorial. Tal vez pueda ir a Innsbruck dentro de cuatro o cinco días.

Con los más cordiales saludos para usted y su querida esposa.

Su seguro servidor Georg Trakl

77. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Salzburgo, hacia el 8 de mayo de 1913

Muy distinguido señor:

Ayer he recibido el contrato refrendado. Deje, por favor, el poema «Tres miradas en un ópalo» en su lugar original; pero ponga «Al joven Elis» después de «En una sala abandonada».

Le envío adjunto un artículo que el Dr. Borromaeus Heinrich ha escrito sobre mí. Tal vez sea de interés para el libro. El Dr. Heinrich me escribió que enviará otro artículo más detallado al *Frankfurter Zeitung* una vez publicadas las poesías.

Reciba, distinguido señor, las expresiones de todos mis respetos.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl.

p.s. Espero que haya recibido el pliego de suscripciones, que he reclamado hace una semana para su editorial.

78. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

Salzburgo, primera mitad de mayo de 1913

Querido señor Ficker:

Reduzca, por favor, el título del poema «De noche en sueño» a «De noche», y corrija en la 3.ª línea «den Sterbenden» [el moribundo] por «den Sinkenden» [el que se hunde].

Tal vez me pueda enviar aún 3 ejemplares de cada uno de los tres últimos números del *Brenner*, que aún no he recibido.

Saludos cordiales de

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

79. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 16 de mayo de 1913]

Querido señor von Ficker:
Llego el domingo a las 9 y 30 de la noche a Innsbruck.
Cordiales saludos
de su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

80. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, hacia el 19 de mayo de 1913

Muy distinguido señor:
Adjunto le devuelvo el pliego de correcciones. Las listas de suscripción se las envié el sábado y ya las habrá recibido. El cambio del precio del libro que se fijó para la suscripción queda a su decisión.

Le quedaría muy agradecido si pudiera hacer más visible el «Salmo» mediante la separación de cada párrafo. Claro que tendrá que pasar una parte del poema a la página 49, lo que le vendrá bien a «Las canciones del rosario[»], que entonces estarán en dos páginas contiguas y así tendrán mejor efecto.

Comuníqueme, por favor, su decisión sobre ello y reciba, distinguido señor, las expresiones de todos mis respetos.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

81. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, finales de mayo de 1913

Muy distinguido señor:
Adjunto le retorno las correcciones, que he revisado y cambiado en el sentido de mi última carta y concretamente de modo que los correspondientes cambios puedan hacerse sin la menor dificultad. Mi carta pierde así toda validez. Aténgase, por favor, sólo a la corrección[.]

Le agradecería que me enviara la 2.ª corrección lo antes posible y concretamente en 2 ó 3 ejemplares.

Le saluda expresándole todos los respetos.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

82. A ERHARD BUSCHBECK [SALZBURGO]

Innsbruck, finales de mayo/principios de junio de 1913

Querido amigo:

Por favor, envíame inmediatamente mi solicitud. Desgraciadamente no puedo enviarte una copia de la correción de las poesías, pues sólo recibí un ejemplar.

Dime, por favor, si Minnich está todavía en Salzburgo, pues hasta hoy no tengo noticia alguna de él. Tal vez sepas si mi hermana Gretl está en Salzburgo.

Mi dirección: Igls en Innsbruck, Schloss Hohenburg.

Con los mejores saludos

tu amigo Georg Trakl

La copia a máquina del «Elis» te la enviaré cuando tenga ocasión.

83. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, finales de mayo/junio de 1913

Muy distinguido señor:

A su pregunta contesto inmediatamente que la correspondiente expresión en la frase es completamente correcta. El «lass» [deja] tiene aquí la significación de «dulden» [consentir]; por ello no hay guión tras «blutet» [sangra].

Reciba, mi distinguido señor, las expresiones de todos mis respetos

de su seguro servidor Georg Trakl

84. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Igls, 6 de junio de 1913]

Querido amigo:

Dime a vuelta de correo si me has enviado mi solicitud como te pedí.

Voy a Salzburgo la próxima semana.

Saludos de tu amigo G. T.

85. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 26 de junio de 1913]

Querido señor von Ficker:

Muchas gracias por su telegrama. Desgraciadamente no me he encontrado con el señor Loos en la estación; esperé encontrarle en el tren de la 1 y 40, que es el único que lleva vagón restaurante hasta Salzburgo. Desgraciadamente mi suposición era falsa y he sentido mucho no haber hablado con el señor Loos.

Aquí cada día es más triste y frío que el otro y llueve ininterrumpidamente. A veces llega un rayo de los últimos días soleados de Innsbruck a esta tristeza y me llena del más hondo agradecimiento a usted y a todas las nobles personas cuya bondad verdaderamente no merezco en absoluto. Demasiado poco amor, demasiado poca justicia y piedad, y siempre demasiado poco amor; demasiada dureza, orgullo y todo tipo de criminalidad — eso soy yo. Sé muy bien que omito el mal sólo por debilidad y cobardía y con ello envilezco aún mi maldad. Anhelo el día en que el alma no podrá ni querrá vivir en este desalmado cuerpo apestado por la melancolía, en que abandonará esta figura ridícula de heces y podredumbre, que sólo es un reflejo demasiado exacto de un siglo sin Dios y maldito.

Dios, sólo una pequeña chispa de alegría pura, y uno estaría salvado; amor, y uno estaría redimido.

Permítame seguir siendo

su agradecido y seguro servidor Georg T.

86. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Salzburgo, hacia el 30 de junio-2 de julio de 1913

Muy distinguido señor:

Adjunto le envío tres suscripciones más. Le estaría muy agradecido si me enviara dos o tres ejemplares de mi libro y en concreto a mi dirección de Salzburgo.

Con los mayores respetos G. Trakl

Salzburgo, Mozartplatz 2

87. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 8 de julio de 1913]

Querido señor von Ficker:

Adjunto una nueva versión de la «Canción de Horas», que ha caído totalmente en lo oscuro y en lo desesperado. Mi viaje a Viena lo he aplazado para mañana, pues desde hace dos días padezco vértigo. Muchas gracias por su amable carta. Con los más cordiales saludos

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

88. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Salzburgo, 12 de julio de 1913]

Querido señor von Ficker:

A toda prisa le comunico que al final de esta semana tengo que entrar en servicio en Viena. Dios quisiera que la marcha en esta oscuridad hubiese comenzado ya. Mi nueva dirección se la comunicaré inmediatamente. Muchísimas gracias por todo el cariño y bondad de su última carta.

Los más respetuosos saludos a su querida esposa y abrace a sus niños de mi parte

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

89. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Viena, 17 de julio de 1913]

Querido Fallot: Si me quieres escribir, me alojaré en casa de Schwab, tal vez pasado mañana, en Innsbruck. Eventualmente podríamos vernos también mañana tarde en casa de Hofinger.

Tu amigo G. T.

No lo creo. Mañana me voy a casa pasando por Selztal.

Gr. Schwab

Trakl se queda en Viena. Usted también debe venir. Los guardias de la Corte echan de menos al vociferante Erhard. ¡Servus!

F. Zeis

90. A FLORIAN VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, hacia el 16-18 de julio de 1913]

Saludos cordiales de

[Karl Kraus].

Muchos saludos del tío Trakl.

91. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, entre el 16-18 de julio de 1913]

Querido señor von Ficker:

Muchas gracias por el envío del último *Brenner*. El dibujo que el señor Esterle me ha dedicado me ha causado una gran alegría. Tal vez tenga usted la bondad de enviarme algunos ejemplares más de este número.

Ocupo aquí un cargo sin sueldo, que es de lo más repugnante, y me maravillo diariamente de que no se me exija ninguna caución por hacer la suma, que aprendo de nuevo bastante torpemente.

Tal vez logre que me trasladen a Innsbruck de nuevo como funcionario farmacéutico. De momento me angustia cualquier determinación. El señor Loos ha prometido interesarse por mí.

¿Tiene usted noticias del señor Heinrich? He recibido mi libro hace unos días.

Por favor, salude cordialmente de mi parte a su querida esposa y a su señor hermano.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

Viena VII.
Stiftgasse 27, Puerta 25

92. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURGO

[Viena, 24 de julio de 1913]

Querido Jogl: Pensamos en ti en silencioso divertimiento.

L. Ullmann

Querido Jogl: ¿Qué sigue usted haciendo? ¿Ha recibido mi carta?

Servus Irene [Amtmann]!

Q.E.B.: ¡Aún no me puedo imaginar la Bodega Zet sin usted!

Servus FZ[eis].

Dile, por favor, a la librería Morawitz que debe enviar mis libros a mi nueva dirección.

Georg Trakl

93. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Viena, segunda mitad de julio/primera mitad de agosto 1913

Muy distinguido señor:

La Asociación Académica de Literatura y Música en Viena se propone publicar una antología «Joven Viena» y me ha pedido algunas colaboraciones. Dado que creo necesitar su asentimiento, me permito preguntarle si tiene algunas objeciones sobre el particular.

Dos amigos — Gustav Streicher y Dr. Ph. Berger — que suscribieron mi libro, me comunican que no lo han recibido aún.

Reciba, estimado señor, las expresiones de mis más distinguidos respetos

su seguro servidor Georg Trakl

Viena VII. Stiftgasse 27. Puerta 25

p.s. Le quedaría muy agradecido si me enviara aquellos 8 ejemplares en rústica de mi libro, que me aseguró, en los próximos días.

94. A FRANZ ZEIS, JAJCE/BOSNIA

[Viena, 14 de agosto de 1913]

Querido señor Zeis:

He renunciado a mi cargo y grado. Esto es también lo único que puedo comunicarle con seguridad. Todo lo demás está por decidir; el sábado saldré probablemente con Loos para Venecia, lo que me produce en cierto modo un miedo inexplicable. Su interés por mi destino me ha conmovido mucho.

Buen viaje. Con los mejores saludos.

Suyo Georg Trakl

95. A ERHARD BUSCHBECK, SALZBURG

[Viena, 15 de agosto de 1913]

Q.B. ¿Qué pasa con Tomi? ¿Sigue pensando tan cariñosamente en mí? Muchos saludos.

Rheinhardt

¡Querido! El mundo es redondo. El sábado bajo a Venecia. Siempre adelante — hacia las estrellas.

Tuyo G. T.

96. A KARL BORROMAEUS HEINRICH, WARNSDORF

[Innsbruck, entre el 3 y 7 de agosto de 1913]

Querido amigo: Sus telegramas los he recibido aquí reexpedidos. Estoy aquí desde el martes por la tarde y me había alegrado ya mucho de volver a verle. Tal vez le sea aún posible venir a Innsbruck; si no, haré por verle en Munich en el viaje de vuelta. Le abraza con mucho cariño su

Georg Trakl

97. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, octubre de 1913

Muy distinguido señor:

He recibido muy tarde sus cartas, pues he estado 14 días en Venecia y algunas semanas en la montaña. En cuanto a los suscriptores a los que no se les pudo enviar el libro, conozco a muy pocos de ellos. En todo caso puede enviar el libro a los señores Esterle y Schwab, que han estado de viaje durante el verano y ahora están de nuevo en casa. En lo que concierne a los otros suscriptores, voy a intentar informarme. Le volveré a dar noticias.

Finalmente le puedo decir que en Innsbruck, Salzburgo y Viena han solicitado el libro repetidamente, dado que ha sido ya anunciado como publicado en *Der Brenner* y *Die Fackel.* Creo por ello que un mayor retraso de la publicación será desfavorable para el libro.

Le ruego que me envíe los ejemplares en rústica lo antes posible y a la dirección del *Brenner*: Mühlau 102, en Innsbruck.

Permita usted, estimado señor, las expresiones de mis más distinguidos respetos

su seguro servidor Georg Trakl

98. A FRANZ ZEIS [VIENA]

Innsbruck, fines de octubre de 1913

Querido señor Zeis:

Le agradezco profundamente su carta. Su bondad e interés me ha conmovido muchísimo, ya hace semanas que estoy sin noticias de los

amigos. Todavía no sé si iré a Viena, pues mi solicitud al Ministerio de Trabajo está aún sin resolver. Así que he aprovechado esta semana para trabajar y ha salido algo de lo que puedo estar bastante satisfecho. Mi vida sería demasiado oscura sin estas horas de efusión y de alegría.

Por favor, salude muy cordialmente a Schwab. Finalmente, le quedaría muy agradecido si tuviera a bien preguntar por teléfono en el Ministerio de Trabajo si la plaza de asistente en el Departamento de Contabilidad de Sanidad está ya ocupada y si, dado el caso, me enviará en breve una noticia, si fuera posible por telégrafo, pues tengo que tomar definitivamente una decisión en mis asuntos.

Agradeciéndole de antemano su amabilidad, me reitero de usted con cordiales saludos

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

Innsbruck, Mühlau 102

99. A OTHMAR ZEILLER, SOLBAD HALL

[Salzburgo, 3 de noviembre de 1913]

Ayer me reclamaron por telégrafo y tengo desgraciadamente que revocar mi visita. Trasmita, por favor, a su señora los más respetuosos saludos y permita que me reitere como

su seguro servidor G. Trakl

100. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, 11 de noviembre de 1913]

Querido señor Ficker:

Hace una semana que estoy en Viena. Mis asuntos están totalmente sin aclarar. He dormido dos días y dos noches y tengo hoy una intoxicación de veronal realmentemente grave. En mi confusión y con toda la desesperación del último tiempo ya no sé cómo puedo seguir viviendo. Aquí he encontrado personas muy socorridas; pero me quiere parecer que a mí no me pueden ayudar y que todo va a terminar en la oscuridad.

Haga, por favor, querido amigo, el siguiente cambio en «La canción de Kaspar Hauser»:

1.ª línea: él amaba el sol, que purpúreo descendía la colina.

2.ª estrofa, 1.ª línea: en vez de «ernsthaft» [serio] «wahrhaft» [veraz].

Última línea: Argéntea se hundió la cabeza del no nacido.

p.s. Por favor, comuníqueme si ha hecho las correcciones. Kraus le envía muchos saludos, también Loos. Beso la mano a su querida esposa.

101. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

[Viena, Café Frauenhuber 11/12 de noviembre de 1913]

Querido señor von Ficker:

He vuelto hoy de Trieste-Pola-Graz y me alegro mucho de poder verle en enero en Innsbruck.

Muchísimos saludos, también para su qda. esposa y los conocidos

de su Karl Kraus

Muchísimos saludos

suyo Georg Trakl.

¡Un saludo cortés!

Dr. Philipp Berger
ErnstDeutsch

102. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, 12 de noviembre de 1913]
II tarjeta

Querido señor von Ficker:

Por favor cambie definitivamente la última línea de la C.K.H.:
«De un nunca nacido, se abatió la cabeza roja del forastero»
(una línea).

Loos me pide que dedique el poema a su esposa. Así que por favor ponga esta dedicatoria: para Bessi Loos. Finalmente le ruego que me envíe lo antes posible una copia de la correción. Muchos saludos a sus queridos niños. Últimamente me he tragado un mar de vino, aguardiente y cerveza. Sobrio. Saludos a Röck y Esterle.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

Correc. d.1. línea:
Amaba de verdad el sol que descendía purpúreo la colina.

La primera línea de la segunda estrofa queda sin cambiar. Es decir: «Serio».

102a. A RUDOLF VON FICKER, VIENA

[Viena, 12 de noviembre de 1913]

Querido señor Ficker:

Le ruego encarecidamente que me preste 40 C, pues me encuentro aquí en una situación miserable. Estoy en Viena desde hace una semana para poner en orden definitivamente mis asuntos. No sé si lo lograré, pero voy a intentarlo por todos los medios. Por eso no quiero dejar Viena antes de que todas estas cosas estén aclaradas. Me alegraría mucho verle mañana, jueves, a las 2 de la tarde, en el Café Museum. En caso de que le sea imposible venir, le ruego me escriba un par de líneas.

Su seguro servidor Georg Trakl

VII. Stiftgasse 27, Puerta 25

103. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, 17 de noviembre de 1913]

Querido señor von Ficker:

Muchas gracias por la invitación a una lección en Innsbruck. Puedo aceptarla con seguridad, pues también es seguro que no voy a quedar-

me en Viena, esta ciudad de mierda. Vuelvo de nuevo sin reservas al ejército, e. d. si me aceptan. Ojalá haya podido introducir la dedicatoria. Ya le había dado a Loos una copia que llevaba esta dedicatoria y Loos se la ha enseñado a mucha gente. Por eso me sería penoso que el poema se publicara sin dedicatoria, especialmente porque Loos me lo pidió.

Saludos cordiales

su afectísimo y seguro servidor G. T.

104. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, (19) de noviembre de 1913]

Querido señor Ficker:

Estoy muy de acuerdo con la elección de los poemas que van a leerse; la encuentro excelente. Tal vez se puedan añadir los poemas de «Elis».

Llego el sábado o el domingo a Innsbruck para desde allí organizar mi servicio en el ejército y le ruego que me albergue por dos o tres semanas en su casa.

Los artículos de Loos se los llevaré yo mismo. Esta tarde es la lección de Kraus y en la Universidad leerá también esta tarde una selección de mis poesías. Iré personalmente a la lección de Kraus.

Mis más respetuosos saludos para su esposa. La tarjeta del Dr. Heinrich me ha sorprendido mucho. Encuentro su determinación muy respetable.

Con los más cordiales saludos

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

105. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, 20 de noviembre de 1913]

Karl Kraus
Lenz
Georg Trakl
DSeitz (Seitz)
AlbertEhrenstein
ErnstDeutsch
Henny Herz

Adolf Loos
Dirsztay
Paul Engelmann
HansBrecka

GWBuding (?)

106. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

Viena, finales (?) de noviembre de 1913

Querido señor von Ficker:

Muchas gracias por su telegrama. Kraus le envía muchos saludos. El Dr. Heinrich está aquí de nuevo seriamente enfermo y además en los últimos días me han pasado cosas horribles de cuyas sombras no podré deshacerme hasta la muerte. Sí, estimado amigo, mi vida se ha roto inefablemente en pocos días y no queda más de ella que un atónito dolor, al que incluso la amargura le está negada.

¿Puede, por favor, para hablar de mis asuntos inmediatos, reiterarme su bondad y cariño y escribir al capitán Robert Michel (tal vez es importante que lo haga inmediatamente) y rogarle en mi nombre su amable intercesión en el Ministerio de Defensa?

Tal vez pueda escribirme dos palabras; yo ya no sé qué hacer. Es una desgracia tan increíble cuando el mundo se le derrumba a uno. Oh Dios mío, qué condena ha caído sobre mí. Dígame que tengo que tener aún la fuerza de vivir y de hacer lo verdadero. Dígame que no estoy loco. Ha irrumpido una oscuridad pétrea. Oh, amigo mío, qué pequeño y desdichado me he vuelto.

Le abraza afectuosamente

su Georg Trakl

107. A KARL KRAUS [VIENA]

[Innsbruck, 13 de diciembre de 1913]

Muy distinguido señor Kraus:

En estos días de vertiginosa ebriedad y criminal melancolía he escrito algunos versos que le ruego acepte como expresión de la admiración a un hombre que da ejemplo como ningún otro en el mundo.

Cuando cae la nieve en la ventana,
está la mesa para muchos preparada,
la casa ya quedó bien arreglada
cuando suena en la tarde la campana.

Alguien que como peregrino yerra
llega al portal por sendero apagado.

Llena de piedad su herida ha cuidado
la dulce fuerza que el amor encierra.

Oh del hombre penoso camino.
El que con ángeles mudo ha luchado,
alcanza por el santo dolor obligado
silente de Dios el pan y el vino.

Oh, salude Vd. también al magnífico Loos-Lucifer.
Expresándole mi más respetuosa admiración

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

108. A HANS BRECKA [VIENA]

Innsbruck, mediados de diciembre de 1913

Muy distinguido señor:

Le agradezco cordialmente su bondadosa carta. Su reconocimiento me ha alegrado profundamente, así como la elección de los tres poemas para el número de Navidad de *Reichspost* (*Correo Imperial*).

Adjunto le envío dos separatas de poemas que me son muy queridos. Acéptelos como un signo de cordial aprecio.

Reciba, muy distinguido señor, las expresiones de mi más respetuosa consideración

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

109. A KARL KRAUS [VIENA]

Innsbruck, segunda mitad de diciembre (?) de 1913

Muy distinguido señor Kraus:

Permita que le agradeezca cordialmente la alegría que me ha dado con el envío de *Die Fackel* (*La Antorcha*) y acepte, por favor, los sentimientos de mi respetuosa admiración y cariño.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

110. A KARL BORROMAEUS HEINRICH [PARIS?]

Innsbruck, a principios (?) de enero de 1914

Querido amigo Borromaeus:

Muchas gracias por su tarjeta. Dios le dé alegría y salud de nuevo y bendiga su trabajo. Oh, cómo me ha alegrado oír de usted que proyecta una nueva obra. Estoy tan seguro de que será excelente, tal vez la mejor. Cómo podría ser de otro modo.

A mí no me va muy bien. Perdido entre melancolía y ebriedad, me faltan energía y ganas para cambiar una situación que se perfila cada dia más funesta, queda tan sólo el deseo de que irrumpa una tormenta y me limpie o destruya. Oh Dios, por cuánta culpa y tiniebla tenemos ciertamente que pasar. Ojalá no sucumbamos al final.

Le abraza fuertemente

su G. T.

111. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, 6 de marzo de 1914

Muy estimado señor:

Me permito enviarle adjunto, según mis obligaciones contractuales, el manuscrito de un nuevo libro de poesías «Sebastian en sueño» con el ruego de que lo lea lo antes posible y de que me haga saber si desea incluir el libro en su editorial y bajo qué condiciones.

Con todos los respetos me reitero

su afectísimo y seguro servidor [Georg Trakl]

112. A KARL BORROMAEUS HEINRICH [INNSBRUCK]

Berlín, Wilmersdorf, 19 de marzo de 1914

Querido amigo:

Mi hermana ha tenido hace unos días un mal parto, que se produjo con hemorragias muy vehementes. Su estado es muy preocupante porque desde hace cinco días no ha tomado ningún alimento, así que de momento no puede pensarse que ella vaya a Innsbruck.

me en Viena, esta ciudad de mierda. Vuelvo de nuevo sin reservas al ejército, e. d. si me aceptan. Ojalá haya podido introducir la dedicatoria. Ya le había dado a Loos una copia que llevaba esta dedicatoria y Loos se la ha enseñado a mucha gente. Por eso me sería penoso que el poema se publicara sin dedicatoria, especialmente porque Loos me lo pidió.

Saludos cordiales

su afectísimo y seguro servidor G. T.

104. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, (19) de noviembre de 1913]

Querido señor Ficker:

Estoy muy de acuerdo con la elección de los poemas que van a leerse; la encuentro excelente. Tal vez se puedan añadir los poemas de «Elis».

Llego el sábado o el domingo a Innsbruck para desde allí organizar mi servicio en el ejército y le ruego que me albergue por dos o tres semanas en su casa.

Los artículos de Loos se los llevaré yo mismo. Esta tarde es la lección de Kraus y en la Universidad leerá también esta tarde una selección de mis poesías. Iré personalmente a la lección de Kraus.

Mis más respetuosos saludos para su esposa. La tarjeta del Dr. Heinrich me ha sorprendido mucho. Encuentro su determinación muy respetable.

Con los más cordiales saludos

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

105. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Viena, 20 de noviembre de 1913]

Karl Kraus	Adolf Loos	GWBuding (?)
Lenz	Dirsztay	
Georg Trakl	Paul Engelmann	
DSeitz (Seitz)	HansBrecka	
AlbertEhrenstein		
ErnstDeutsch		
Henny Herz		

106. A LUDWIG VON FICKER [INNSBRUCK]

Viena, finales (?) de noviembre de 1913

Querido señor von Ficker:

Muchas gracias por su telegrama. Kraus le envía muchos saludos. El Dr. Heinrich está aquí de nuevo seriamente enfermo y además en los últimos días me han pasado cosas horribles de cuyas sombras no podré deshacerme hasta la muerte. Sí, estimado amigo, mi vida se ha roto inefablemente en pocos días y no queda más de ella que un atónito dolor, al que incluso la amargura le está negada.

¿Puede, por favor, para hablar de mis asuntos inmediatos, reiterarme su bondad y cariño y escribir al capitán Robert Michel (tal vez es importante que lo haga inmediatamente) y rogarle en mi nombre su amable intercesión en el Ministerio de Defensa?

Tal vez pueda escribirme dos palabras; yo ya no sé qué hacer. Es una desgracia tan increíble cuando el mundo se le derrumba a uno. Oh Dios mío, qué condena ha caído sobre mí. Dígame que tengo que tener aún la fuerza de vivir y de hacer lo verdadero. Dígame que no estoy loco. Ha irrumpido una oscuridad pétrea. Oh, amigo mío, qué pequeño y desdichado me he vuelto.

Le abraza afectuosamente

su Georg Trakl

107. A KARL KRAUS [VIENA]

[Innsbruck, 13 de diciembre de 1913]

Muy distinguido señor Kraus:

En estos días de vertiginosa ebriedad y criminal melancolía he escrito algunos versos que le ruego acepte como expresión de la admiración a un hombre que da ejemplo como ningún otro en el mundo.

Cuando cae la nieve en la ventana,
está la mesa para muchos preparada,
la casa ya quedó bien arreglada
cuando suena en la tarde la campana.

Alguien que como peregrino yerra
llega al portal por sendero apagado.

Pienso quedarme aquí todavía hasta el lunes o el martes y espero sin duda volverte a ver aún en Innsbruck. Dime, por favor, si el señor von Ficker se ha informado respecto a mis asuntos militares y si ha llegado noticia de K. Wolff.

Los más respetuosos saludos a tu esposa y buena suerte a Peter. Espero que le vaya bien de nuevo. Saluda cordialmente a Ficker de mi parte y recibe un abrazo de tu

G. T.

113. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Berlín-Wilmersdorf, 21 de marzo de 1914]

Querido señor von Ficker:

Mi pobre hermana está aún muy enferma. Su vida es de una tristeza tan descorazonadora y a la vez de tan gran valentía que a veces me hace sentirme muy pequeño; y ella merece sin duda mil veces más que yo vivir rodeada de buenas y nobles personas, como a mí me ha sido dado en elevada medida en tiempos difíciles.

Pienso quedarme todavía unos días en Berlín, pues mi hermana está todo el día sola y mi presencia le sirve ciertamente de algo.

Le agradezco de todo corazón el envío del dinero. Dé por favor a su esposa los más respetuosos saludos de mi parte, también muchos recuerdos para sus hijos y acepte las expresiones de mi afecto y agradecimiento

su seguro servidor G. T.

Muchos saludos para el Dr. Heinrich y su señora.

114. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, 7 de abril de 1914

Muy distinguido señor:

Hace más de 4 semanas que le he enviado el manuscrito de un nuevo libro de poesías, «Sebastian en sueño». Le quedaría muy agradecido si me comunicara a vuelta de correo si ha llegado a sus manos el manuscrito, y si está dispuesto a publicar el libro en su editorial.

Una pronta respuesta me sería muy oportuna porque deseo hacer algunas correcciones en el manuscrito, sobre todo retirar provisionalmente algunos poemas que me parece necesitan una reelaboración y en su lugar introducir otros recientes.

Acepte, distinguido señor, las expresiones de mi consideración con la que me reitero

su seguro servidor Georg Trakl

Innsbruck Mühlau 102 / Redacción del *Brenner*

115. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, 10 de abril de 1914

Muy distinguido señor Wolff:

Muchísimas gracias por su amable notificación. Como base del contrato preferiría un único honorario a una participacion porcentual en los beneficios del libro, pues actualmente estoy sin empleo y sin medios, lo que le ruego tenga amablemente en cuenta en la cuantía del honorario. Espero, pues, su propuesta al respecto, que le ruego haga pronto, y le notifico además que el editor del *Brenner* está también esta vez dispuesto a promover la venta del libro con la inclusión de boletines de suscripción en el *Brenner*. También espero que usted esté dispuesto a publicar mi nuevo libro independientemente (no en el marco de una serie numerada de libros); sin más, y en espera de su pronta respuesta, le saluda por hoy con respetuoso afecto

su Georg Trakl

116. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, 16 de abril de 1914

Muy distinguido señor:

Muchas gracias por su amable carta. Estoy de acuerdo con las condiciones que ha tenido la bondad de proponerme y le ruego que me envíe el manuscrito del libro lo antes posible para que pueda emprender aquellos cambios de que le hablé en mi última carta. Quisiera ade-

más añadir cinco poemas escritos durante mi estancia en Berlín y que están dedicados a Else Lasker-Schüler.

Con las expresiones de mis afectuosos respetos, me reitero

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

117. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, mediados de mayo de 1914

Muy distinguido señor:

Adjunto le devuelvo el contrato firmado. Usted tuvo la amabilidad de enviarme algunas pruebas de imprenta para elegir; tras su examen me parece mejor elegir un tipo de letra romana que resulta un ojo discreto y según creo adecuado a la esencia de los poemas. Le envío como ejemplo una parte de las pruebas de las poesías de Alb. Ehrenstein. Tal vez sería conveniente el siguiente cuerpo de letra más pequeño. Decídalo, por favor, usted mismo y tenga la amabilidad de comunicármelo.

Permítame, distinguido señor, las expresiones de mi respetuosa consideración.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

118. A MARIA GEIPEL, SALZBURGO

[Innsbruck, 26 de mayo de 1914]

Querida Mitzi:

Por favor, dime si Gretl irá a Salzburgo, o si ya ha llegado; y cuánto tiempo se puede quedar.

El señor von Ficker la acogería en su casa con mucho gusto. Desgraciadamente su esposa está gravemente enferma y tiene que guardar cama todavía 4 semanas. En estas condiciones es naturalmente muy difícil traer a Gretl a Innsbruck.

Yo mismo me he trasladado a Hohenburg.

Dale, por favor, a Gretl mis más cariñosos saludos.

Tal vez pueda yo volver a Salzburgo muy pronto.

Saludos cordiales.

Tuyo Georg

Dir. p.: Rud. v. Ficker. Igls en Innsbruck. Hohenburg

119. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, principios de junio de 1914

Muy distinguido señor:

Adjunto le envío una versión más breve y muy reelaborada del poema «Abendland» «Occidente» y le ruego que la incluya en lugar de la primera versión de este poema: puesto que es uno de los últimos del libro, espero que todavía no esté impreso.

Tenga la amabilidad de devolverme o destruir la primera versión. Con las expresiones de mi afectuoso respeto me reitero su seguro servidor

Georg Trakl

120. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, 10 de junio de 1914

Muy distinguido señor:

Adjunto le envío 4 poemas, con el ruego de incluirlos en lugar de los siguientes poemas del conjunto «Gesang d. Abgeschied» («Canto del retraido»): «Ausgang» («Salida»), «Sommer» («Verano»), «Sommers Neige» («Declinar del verano»), «Am Rand eines alten Brunnens» («Al borde de una vieja fuente»), «In Hellbrunn» («En Hellbrunn»). (Estos cinco poemas hay que eliminarlos.)

El poema «Ein Winterabend» («Una tarde de invierno») del mismo conjunto le ruego lo incluya en lugar del poema «Trauer» («Duelo») del segundo conjunto, que habría igualmente que eliminar.

También le envío el índice consecuentemente renovado. Digame, por favor, si está dispuesto a hacer estos cambios, puesto que para mí son extraordinariamente importantes. El correspondiente conjunto del libro será incomparablemente más homogéneo y mejor, de lo que usted mismo puede convencerse fácilmente.

Le ruego una pronta respuesta y le saludo con estimada consideración como

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

IV. Canto del retraído

En Venecia
Anteinfierno
Canto de un mirlo prisionero
Año
Alma nocturna
El sol
Occidente
Primavera del alma
A oscuras
Canto del retraido

En el conjunto II, «Otoño del solitario»
En lugar de «Duelo», «Una tarde de invierno»

121. A ADOLF LOOS, VIENA

Innsbruck, finales de junio/principios de julio de 1914

Muchas gracias por su amable carta. Quédese, por favor, con la primera prueba de broza. Si todo va bien estaré la próxima semana de voluntario en Albania. Los más respetuosos saludos a su esposa.

Su afectísimo y seguro servidor

Georg Trakl
Trude Schmid
Paula Schmid

122. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, mediados de julio de 1914

Muy distinguido señor:

Examinando la prueba de broza recibida me he dado cuenta de que en la página 12, penúltima línea, el cajista ha hecho un cambio arbitrario de las pruebas 1 y 2 corregidas por mí. El verso en cuestión es:

«Die Glocke lang im Abendnovember»
(La campana larga en la tarde de noviembre)

Este tipo de expresión probablemente no le pareció comprensible al cajista, que hizo del «lang» (larga) un «Klang» (sonido).

¿Quiere, por favor, tener la bondad de disponer que el verso en concreto sea restaurado según la copia corregida por mí? Con los más distinguidos respetos

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

p.s. En página 4, línea 5, tiene que decir correctamente: «des Frühlingnachmittags» (de la tarde de primavera) en lugar de «Frühlings-Nachmittags» (tarde de primavera).

Página 19: se eliminan los guiones en el título del poema.

123. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, hacia el 20/21 de julio de 1914

Muy distinguido señor:

Adjunto le devuelvo las correcciones revisadas para su almanaque editorial. Le quedaría muy agradecido si me comunicara si ha hecho corregir el error de imprenta en mi libro, sobre el que le llamé la atención en mi última carta. Con las expresiones de mis distinguidos respetos

su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

124. A LA EDITORIAL KURT WOLFF [LEIPZIG]

Innsbruck, finales de julio de 1914

Muy distinguido señor:

Adjunto le envío las segundas correcciones revisadas de mi libro. Me parece muy importante que entre la última página del texto y el índice se incluya una hoja en blanco.

Finalmente me permito comunicarle que a partir de la próxima semana mi dirección es: Salzburgo, Waagplatz 3.

Le saluda con distinguido respeto

como su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

125. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Viena, 26 de agosto de 1914

Distinguido amigo:

Ayer, a mi llegada a Salzburgo, me dijo mi hermano que ya ha salido mi nuevo libro. Tal vez pueda conseguirlo en una librería de Innsbruck. Le quedaría muy agradecido si pudiera enviarme un ejemplar. Mi dirección del correo militar se la comunicaré lo más pronto posible. Con los más cordiales saludos

su seguro servidor Georg Trakl

126. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Hacia principios de septiembre de 1914

Distinguido amigo:

Me alegraría mucho que pudiera decirme en unas líneas si los errores de imprenta en mi nuevo libro fueron realmente corregidos. ¿Ha tenido el libro una buena acogida o ha pasado inadvertido por los acontecimientos bélicos? Saludos cordiales a su esposa y a los niños.

Su seguro servidor Georg Trakl

127. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Hacia principios de septiembre de 1914

Distinguido amigo:

Hoy nos vamos para Galitzia (Polonia). En nuestra presunta estación de destino apenas tuvimos una hora de parada. El viaje fue extraordinariamente hermoso. Probablemente tendremos que pasar aún tres días en tren. Muy cordiales saludos de su servidor

Georg Trakl

128. A MARIA TRAKL, SALZBURGO

Galitzia, hacia principios de setiembre de 1914

Querida mamá:

Saludos cordiales. Me va bien. Desde hace una semana viajamos por toda Galitzia y hasta ahora no hemos tenido nada que hacer.

Mi número de correo militar es el 65. Muchísimos saludos a todos

tu Georg Trakl

p.s. Por favor, de momento no enviar ni escribir nada, pues nuestra dirección puede cambiar cada día.

129. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Limanova (?), principios de octubre de 1914

Distinguido amigo:

Hemos tenido cuatro semanas de marchas fatigosas por toda Galitzia. Desde hace dos días descansamos en una pequeña ciudad en el oeste de Galitzia en medio de un suave y agradable paisaje de colinas y después de todos los grandes acontecimientos de los últimos días podemos estar a gusto en paz. Mañana o pasado mañana continuamos la marcha. Parece que se prepara otra gran batalla. Que el cielo nos sea clemente esta vez. Cordiales recuerdos para su señora y sus queridos niños.

Su seguro servidor Georg Trakl

130. A KARL RÖCK, INNSBRUCK

Limanova (?), principios de octubre de 1914

Querido amigo:

Después de unos viajes de campañas por toda Galitzia durante semanas, saludos cordiales. Espero que en los próximos días marchemos hacia el norte. Estuve algunos días enfermo y muy deprimido de tristeza. Buena suerte de su

Georg Trakl

Tal vez pueda escribirme unas líneas.

131. A ADOLF LOOS, VIENA

Limanova (?), principios de octubre de 1914

Querido señor Loos:

Tras un viaje de campaña de meses por toda Galitzia le envío los más cordiales saludos. Estuve unos días bastante enfermo, creo que de indescriptible tristeza. Hoy estoy contento porque marcharemos casi seguro hacia el norte y en unos días tal vez entraremos ya en Rusia. Muchísimos saludos al señor Kraus.

Su afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

132. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Cracovia, hacia el 12 de octubre de 1914

Distinguido amigo:

Hace cinco días que estoy aquí en el hospital de la guarnición para la observación de mi estado mental. Mi salud está algo debilitada y caigo con bastante frecuecia en una indescriptible tristeza. Esperemos que estos días de depresión pasen pronto. Muchísimos saludos a su mujer y a sus niños. Por favor, telegrafíeme unas palabras. Me alegraría mucho recibir noticias suyas.

Saludos cordiales.

Su seguro servidor Georg Trakl

Muchos saludos a Röck.

133. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Cracovia, hacia el 21 de octubre de 1914

Distinguido amigo:

Puesto que no he recibido noticias suyas hasta hoy, supongo que no ha recibido mis tarjetas de campaña. Dejo Cracovia tras 14 días de

estancia en este hospital de la guarnición. No sé todavía adónde iré. Mi nueva dirección se la comunicaré lo antes posible.

Cordiales saludos

Su seguro servidor Georg Trakl

[Praga, 9 de noviembre (1914)]

El señor Trakl ha fallecido de muerte repentina (¿apoplejía?) en el hospital de la guarnición de Cracovia.

Yo era su compañero de habitación.

Firma

133a. A CECILIA VON FICKER, INNSBRUCK

Cracovia, 24 de octubre de 1914

¡Saludos cordiales para ti y para los niños! El tío Trakl será dado de alta de su servicio en los próximos días. La ciudad es muy interesante.

Vuestro papá [Ludwig von Ficker]

Los más cordiales saludos de su seguro servidor.

Georg Trakl

134. A HUGO NEUGEBAUER, INNSBRUCK

Cracovia, 24 de octubre de 1914

Saludos cordiales desde Cracovia. Visité a Trakl aquí en el hospital, del que será dado de alta en los próximos días.

Suyo Ludwig von Ficker

Saludos cordiales

Georg Trakl

135. A KARL BORROMAEUS HEINRICH [MUNICH]

[Cracovia, 25 de octubre de 1914]

Los más cordiales saludos y gracias, deseándole lo mejor le envía

suyo K.[arl] K.[raus]

Die Fackel no se publica ahora.

¡Saludos!

Ludwig v. Ficker

Saludos cordiales desde el hospital en Cracovia.

Georg Trakl

136. A LA EDITORIAL KURT WOLFF, LEIPZIG

[Cracovia, 25 de octubre de 1914]

me daría una gran alegría si me enviara un ejemplar de mi nuevo libro sebastian en sueño. estoy enfermo en el hospital de la guarnición en Cracovia = georg trakl.

137. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

Cracovia, 27 de octubre de 1914

Querido, distinguido amigo:

Adjunto le envío las copias de los dos poemas que le he prometido. Desde su visita en el hospital tengo el ánimo doblemente triste. Me siento ya casi fuera del mundo.

Para terminar quiero añadir que en caso de mi defunción es mi deseo y voluntad que mi querida hermana Grete reciba en propiedad

todo lo que yo poseo en dinero y otros objetos. Le abraza, querido amigo, entrañablemente

suyo Georg Trakl

QUEJA

Sueño y muerte, las lúgubres águilas
baten toda la noche su rumor en torno a esta cabeza:
a la imagen áurea del hombre
devoraría la onda helada
de la eternidad. En arrecifes tenebrosos
se destroza el cuerpo purpúreo
y la oscura voz se queja
sobre el mar.
Hermana de tempestuosa tristeza,
mira: una barca angustiosa se hunde
bajo las estrellas,
bajo la faz silenciosa de la noche.

GRODECK

En la tarde resuenan los bosques otoñales
de armas mortales, las áureas llanuras
y lagos azules, sobre ellos el sol
rueda más lóbrego; abraza la noche
murientes guerreros; la queja salvaje
de sus bocas destrozadas.
Pero silente se reúne en los prados del valle
roja nube, allí habita un Dios airado
la sangre derramada, frescura lunar;
todos los caminos desembocan en negra putrefacción.
Bajo el áureo ramaje de la noche y las estrellas
oscila la sombra de la hermana por la arboleda silenciosa
al saludar los fantasmas de los héroes, las cabezas sangrantes;
y suenan suave en el cañar las oscuras flautas del otoño.
¡Oh duelo tan orgulloso! Oh altares de bronce,
a la ardiente llama del espíritu nutre hoy un inmenso dolor,
los nietos no nacidos.

138. A LUDWIG VON FICKER, INNSBRUCK

[Cracovia, 27 de octubre de 1914]

Distinguido amigo:

Adjunto le envío una reelaboración del poema «Menschliches Elend» («Humano duelo») de mi primer libro y una corrección del poema «Traum d. B.» primera estrofa.

HUMANO DUELO

Antes que las del sol da las cinco la campana—
Oscuro espanto a los solitarios estremece.
El jardín en la tarde pútridos árboles mece.
El rostro del muerto se agita en la ventana.

Tal vez que se detiene el tiempo en esta hora.
Ante turbios ojos nocturnos figuras fantasmean
al compás de los barcos que en el río balancean.
La procesión de hermanas va por el muelle ahora.

De los murciélagos parece oírse el clamor,
que uno en el jardín tablas de ataúd adosa.
Fulgurean osamentas entre tapias ruinosas
y un demente negruzco merodea alrededor.

En nube otoñal un rayo azul hielo se torna.
Los amantes en el sueño están abrazados,
en alas de estrellas de ángeles echados,
del noble la pálida sien el laurel adorna.

SUEÑO DEL MAL

Muere el sonar de una campanita de agonía —
Un amante despierta en salas que obnubilan,
la mejilla en estrellas que en el cristal titilan.
Fulgen velas, cordeles, mástiles en la ría.

Las otras estrofas, inalteradas.

De nuevo los más cordiales saludos — al Tirol, a usted y a todas las personas queridas.

Suyo Georg Trakl

CARTAS DE FECHA INCIERTA

139. A GUSTAV STREICHER, VIENA

Viena, semestre del invierno 1908/09 (?)

Querido amigo:

Te ruego me perdones que no haya podido aceptar ayer tu amable invitación. Como estuve todas las primeras horas de la tarde fuera de casa y fui directamente del café a la ópera, he visto tu postal sólo a las 9 y 1/2 de la noche.

He ido inmediatamente a la Bodega Löwenbräu, pero desgraciadamente no os he encontrado. También eché un vistazo en el Rathauskeller (Bodega de la Casa de la Villa), desgraciadamente con el mismo éxito.

Francamente me hubiera alegrado haber pasado la tarde contigo y el señor Glaser. En estos días —ojalá te venga bien el sábado— me permitiré visitarte. Estoy muy interesado en ver tu nuevo hogar. Así que hasta el sábado, si estás dispuesto y tienes tiempo para mí.

De nuevo me excuso, lo siento.

Tu afectísimo y seguro servidor Georg Trakl

140. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo (?)

Querido Buschbeck:

Por un error han sido mal reproducidas dos líneas del poema cuya copia te he enviado ayer. Te adjunto la copia correcta y te ruego que me devuelvas el otro manuscrito.

Cordialmente tu amigo Georg Trakl

141. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Salzburgo, 1909 (?) o finales de enero de 1912 (?)

Querido Buschbeck:

Transmitiéndote estos cuantos ritmos de mi infierno, te comunico que he recibido vuestra carta.

Espero que ya estés de nuevo en forma y con buen ánimo. Muchos saludos a Schwab, que según he sabido por Minnich bebe en Viena un vino más alegre que el mío en Salzburgo.

¿Cuánto tiempo habré de demorarme en esta maldita ciudad? Todo depende del momento y yo estoy aquí sentado y me consumo de impaciencia y de ira contra mí mismo. Me parece idiota el destino, que no me emplea mejor.

En triste aburrimiento

tu amigo G. T.

142. A ERHARD BUSCHBECK [VIENA]

Viena, no antes del otoño de 1909

Querido Buschbeck

Por favor, procúrame sin falta mañana temprano en la Universidad tres ejemplares del *National*. Son para Schwab. Pues como hoy mismo salgo para Salzburgo, no me es posible hacerlo yo mismo.

Envía el *National* inmediatamente a mi dirección en Salzburgo, desde donde se los haré llegar a Schwab.

Cordiales saludos tuyo G. Trakl

143. A ERHARD BUSCHBECK

Querido Buschbeck:

Te ruego que vengas hoy a mi casa hacia las 5 y 1/2. (urgente)

Georg Trakl

144. A IRENE AMTMANN [VIENA]

Salzburgo, a principios del otoño de 1910 ó 1911

Querida señorita:

Es cierto que vagabundeo días enteros, bien en los bosques, que ya están muy rojos y diáfanos y donde los cazadores acosan ahora al venado, o por los caminos en lugares tristes y solitarios, o también merodeo por el Salzach y miro las gaviotas (lo que es mi más agradable holgazanería). Pero hay en mí más inquietud de lo que me confieso a mí mismo, y así su tan amable carta no ha sido contestada durante largo tiempo, injustamente. Perdone a este desabrido original al que le gusta más ir a un campo que hacer versos con el sudor de su frente. ¿Tendré que decirle que estoy más que impaciente por volver a Viena, donde puedo de nuevo sentirme yo mismo, lo que aquí no me es dado?

Se me podría tal vez acusar de ingrato al hablar así bajo este cielo puro de mi lugar natal, pero es bueno defenderse contra la plena belleza, ante la que no le queda a uno otra cosa que el simple mirar. No, la consigna para gente de nuestra condición es: ¡Adelante, hacia ti mismo! Entre tanto uno se entrega al ocio para al menos contestar amablemente cartas amables.

Dele, por favor, al señor Ullmann mis más cordiales saludos, con lo que me reitero

su afectísimo y seguro servidor G. Trakl

145. AL DR..... [INNSBRUCK]

Innsbruck, primavera de 1914 (?)

Muy distinguido señor Doctor:

El Dr. Heinrich, que sufría este mediodía de fuertes depresiones, me rogó que llamara a un médico de nervios. Le he pedido al médico que lo trató hace un año que viniera a verle y me permito comunicárselo en nombre de ese médico.

Su servidor G. Trakl

INDICES

INDICE ALFABETICO Y CRONOLOGICO DE LOS POEMAS *

* Nuestra cronología se basa en el reciente tesis doctoral de Hermann Zwerschina, *Die Chronologie der Dichtungen Georg Trakls*, Institut für Germanistik, Universidad de Innsbruck, 1990. Este trabajo refuta y precisa en numerosos casos la cronología de la edición crítica de Walther Killy y Hans Szklenar.

Signos empleados: si se dan dos fechas separadas por guión, la primera es el término *post quem* y la segunda el término ante *quem* de la creación del poema; las fechas y lugares entre interrogantes indican probabilidad; se indican, asimismo, los lugares de creación; si no se menciona ninguno, el poema se supone escrito en Salzburgo.

INDICE GENERAL

II. SEBASTIAN EN SUEÑO

IV. OTRAS PUBLICACIONES EN VIDA

V. OBRA POSTUMA

VI. CARTAS